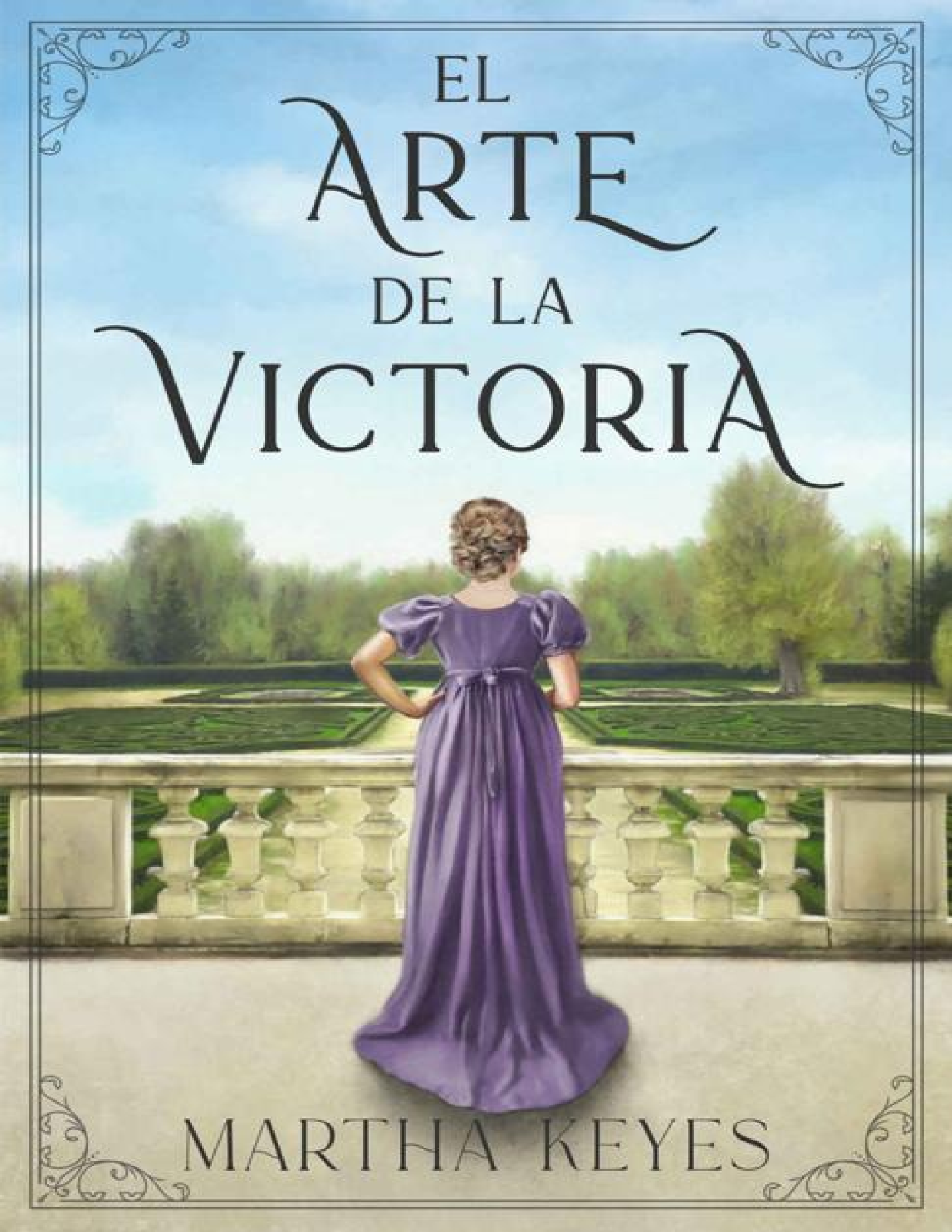
EL ARTE DE LA VICTORIA



MARTHA KEYES

El Arte de la Victoria

Martha Keyes

Copyright

El Arte de la Victoria © 2022 de Martha Keyes. Todos los derechos reservados
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor. La única excepción es para un crítico, que puede citar breves extractos en una reseña.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Martha Keyes

http://www.marthakeyes.com

Contenido

Página del título
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Nota de la Autora
Agradecimientos
Sobre la Autora

Capítulo 1

Oakworth Village, Kent, 1816

Puse una mano sobre las inquietas manos de Lucy Ellis, enviándole una sonrisa tranquilizadora mientras ella miraba hacia la puerta del salón de baile por décima vez.

“Perdóname”, dijo, apretando sus manos con fuerza frente a su vestido. Se veía hermosa esta noche, con su cabello rubio brillando en la sala iluminada por velas. Cuando nos conocimos en el seminario hace unos años, Lucy era una joven e ingenua de trece años. Desde entonces, había crecido hasta alcanzar sus dieciocho. “Estoy tan nerviosa. Oh, Diana, ¿qué pasa si se enoja terriblemente contigo? ¿O conmigo?”

Solté una risa ligera. “¿Qué imaginas exactamente que hará en un lugar como este?” Hice un gesto hacia las parejas que bailaban en medio de la sala, llena de gente.

Los ojos de Lucy se agrandaron como si no encontrara nada divertido en mis palabras. “No se puede saber qué hará. Mi tío es un hombre muy desagradable”.

Fruncí el ceño a la mujer que me empujó mientras intentaba abrirse paso entre la multitud. A pesar de que tenía lugar en el pueblo a solo una milla de mi casa, no había asistido a una reunión campestre en años, y esta noche me recordaba fuertemente por qué. No había espacio para respirar aquí, y mucho menos para bailar. Incluso si ese no fuera el caso, tenía poco interés en eventos cuyo objetivo era hacer coincidir parejas. No tenía intención de casarme; no tenía la personalidad adecuada para ello.

Un caballero que no reconocía me miró con una clara admiración en sus ojos, y aparté la mirada. No pude evitar tocar las guedejas color miel que enmarcaban mi rostro. Seguramente, eran las culpables de atraer su atención. Los hombres podrían mirarme con aprobación, pero una vez que me conocían, se curaban rápidamente de cualquier deseo de casarse conmigo. “Por supuesto que es desagradable”, dije. “¿Por qué otro motivo rechazaría una unión completamente razonable con alguien tan bueno y amable como tú?”

“Edwin dice que es porque no puede soportar ceder el control”.

No respondí a eso, ya que me resultaba inconcebible que su tío no deseara ceder la responsabilidad de una joven como Lucy. Ella era dulce, inocente y joven, y necesitaba urgentemente una guía constante. Solo porque la Sra. Agnes Westwood le brindaba esa guía, su tío tutor podía relajarse.

Lucy merecía ser feliz, y no podía imaginar por qué su tío había rechazado darle su aprobación para la unión que ella deseaba. Solo había visto a Edwin Pike dos veces, pero era completamente aceptable, especialmente para alguien como Lucy. Ella había estado viviendo bajo el cuidado de su prima, la Sra. Westwood, desde la muerte de sus padres muchos años atrás. Su condición de huérfana no la hacía exactamente la novia más deseable.

La Sra. Westwood se acercaba a nosotras ahora, luciendo más severa que de costumbre mientras pasaba junto a un joven y una joven que intercambiaban secretos en susurros. Como directora del cercano Seminario de la Sra. Westwood para Damas Jóvenes Refinadas, al que tanto Lucy como yo habíamos asistido, su tarea consistía en convertir a niñas tontas y alocadas en mujeres jóvenes respetables y casaderas. Llevarla a una reunión pública, donde el comportamiento no siempre era el más discreto, era una especie de tortura. Me pregunté cuántas

veces ya se había detenido a ofrecer censura no solicitada a los asistentes. Después de todo, esa era su especialidad.

Solo con ver a la Sra. Westwood me decidí aún más a ayudar a Lucy a obtener la aprobación de su tío, quien también era su tutor. Lucy merecía más libertad de la que había disfrutado bajo el cuidado de la Sra. Westwood, y me había prometido ser una defensora para ella desde el momento en que la conocí en el seminario. Si eso significaba hablar con su viejo y estirado tío, estaba más que dispuesta a hacerlo. Mi propio padre era un viejo estirado, un almirante naval, y, habiendo convivido con sus colegas toda mi vida, tuve muchas oportunidades para aprender a apelar a los hombres más rígidos. Me encantaba un buen desafío.

"Una sobreabundancia de compañía lleva a una falta de supervisión", refunfuñó la Sra. Westwood cuando se acercó a nosotras, lanzando otra mirada desaprobadora a la pareja que susurraba. Había escuchado este dicho en particular varias veces de su parte. Esa era la razón por la cual aceptaba a menos mujeres jóvenes en su seminario que la mayoría. Necesitaba poder dedicar la cantidad adecuada de atención a cada una.

Examinó la sala con desagrado. "Una *pensaría* que…"

"¡Él está aquí!" exclamó Lucy, interrumpiendo a su prima de manera grosera, pero afortunada.

Sorprendida de escucharla sonar tan animada por la llegada de su tutor, me giré rápidamente hacia la puerta, curiosa por ver a mi oponente.

Pero era solo Edwin Pike, el hombre del que Lucy se había enamorado. Cuando vio a Lucy, su boca se curvó en una sonrisa. Era un joven apuesto, con cabello arenoso, una sonrisa amplia y una personalidad amigable. Se abrió paso entre la multitud hacia ella, tomando su mano. Pensé que podría besar mi guante, pero se conformó con una reverencia.

Su mirada se encontró con la mía cuando se incorporó, y le sonreí, reconociendo la sabiduría de su decisión. La Sra. Westwood parecía mirar con buenos ojos el cortejo de Mr. Pike a Lucy, pero su tono había cambiado notablemente desde que el tío de Lucy expresó su desaprobación por la unión. La Sra. Westwood podría ser chaperona y compañera de Lucy, pero era su tío quien tomaba las decisiones para el futuro de Lucy.

Deseé que pudiera haber presenciado este momento. Seguramente nadie podría ser tan insensible como para negar el matrimonio a dos personas que se miraban como Lucy y Mr. Pike lo hacían. Sentí una punzada de celos al verlos, como el corte de una hoja de papel. Hacía mucho tiempo que había renunciado a la esperanza de ser mirada de esa manera, pero de vez en cuando, tenía un momento de debilidad, un momento de desear no ser una mujer tan difícil.

Pero esta noche no se trataba de mí. Se trataba de ablandar el corazón del tío de Lucy.

"¿Cuál es el nombre de tu tío, Lucy?" pregunté.

Ella seguía mirando a Edwin, como si el contacto físico que se le negaba pudiera compensarse solo comunicando la profundidad de sus sentimientos con la mirada. "Duke."

"¿Qué?" dije, consternada. Seguramente, Lucy me habría dicho si su tío fuera un duque. Y seguramente no estaría pasando su tiempo en casa de la Sra. Westwood si ese fuera el caso. A menos, claro, que fuera un tipo de duque cascarrabias y tacaño.

Se volvió hacia mí, y Mr. Pike tomó su lugar a su lado. Si su tutor les daba o no su aprobación para casarse era indistinto, no era probable que Lucy tuviera muchos otros pretendientes, al menos no en *esta* reunión. Su proximidad y actitud del uno hacia el otro hablaban claramente de sus intenciones y sentimientos. Una censura de la Sra. Westwood era inminente.

"Bueno, en realidad, su nombre es Marmaduke Russell", dijo Lucy, "pero siempre ha

insistido en que lo llame Tío Duke, y no me atrevo a desobedecerlo".

Mis labios se curvaron en una sonrisa, mitad divertida, mitad desdeñosa. Ya veía a través de este hombre. Sin duda, pensaba que, si tan solo lograba que lo *llamaran* Duke, podría ser considerado con la misma reverencia y deferencia que alguien con ese título. Era algo patético, y sentí una pizca de lástima por el tipo de hombre que se rebajaría a tales métodos.

Lucy se tensó, y sus ojos se agrandaron mientras miraba en dirección a la puerta. "Ha llegado".

Por el tono de temor en su voz, el mismo diablo acababa de entrar en la sala.

Giré la cabeza, con demasiada curiosidad como para hacer otra cosa. Busqué una cabeza con cabello gris, el paso vacilante de un caballero con gota y un chaleco abultado por los botones. Fruncí el ceño. "¿Dónde?"

"*Allí*. Con chaleco color marrón."

Mis ojos buscaron entre los presentes en la puerta, finalmente encontrando la prenda mencionada. Los botones ciertamente no estaban en peligro de reventar. Mi mirada viajó hacia arriba, recorriendo un abrigo azul extendido sobre un par de hombros fuertes, pasando por un cuello ancho envuelto en una corbata bien atada, y finalmente hasta un rostro de mandíbula afilada con ojos claros, pestañas oscuras y cejas aún más oscuras y sombrías.

El hombre no podía tener más de treinta años, y ciertamente solo unos pocos años más que yo. ¿Por qué lo había imaginado mucho mayor? Traté de recordar lo que Lucy había dicho sobre él, pero aparte de sus quejas sobre su mal carácter, no podía recordar si alguna vez me había dicho su edad. Sea como fuere, no era en absoluto lo que había esperado. De hecho, si no fuera por su aspecto tan severo, podría haberme sentido tentada a describirlo como atractivo.

"Oh, Diana", dijo Lucy, tomándome del brazo. "¿Estás reconsiderando tu oferta de hablar con él? Ciertamente no te culparía".

Parpadeé, apartando la mirada de la vista inesperada del hombre que, si soy honesta, *parecía* como si realmente pudiera ser un duque, aunque mucho más atractivo que los duques que había visto. Se movía con la suficiente seguridad para el puesto, ciertamente. "Tonterías. Estoy tan decidida como siempre".

"Es muy amable de su parte, señorita Donovan," dijo Mr Pike, "pero, si me atrevo a preguntar, ¿realmente cree que él la escuchará a usted, una desconocida?"

Sonreí ante la duda en su voz. "Por supuesto que tengo la intención de que lo haga." Desde que podía unir unas pocas palabras, me habían entrenado en la estrategia de batalla del antiguo general chino Sun Tzu. Podía enumerar los trece principios contenidos en su tratado militar, *El arte de la guerra*, con la misma facilidad con la que podía decir los nombres de mis tres hermanos. Manejar una conversación con un caballero solo unos pocos años mayor que yo era un juego de niños.

"Diana es la persona más valiente que conozco." Lucy respiró profundamente para darse valor. "Ven, te lo presentaré."

No debes mostrar tus intenciones primero. La línea de *El arte de la guerra* vino inmediatamente a mi mente.

Lucy tomó mi mano, pero la detuve. "No, no. Si me llevas hasta él, se pondrá a la defensiva de inmediato. Déjame hacerlo a mi manera."

"Seguramente no pretende presentarse *usted misma* ante él, señorita Donovan." La señora Westwood no podría haber sonado más sorprendida si hubiera dicho que tenía la intención de invitar al Príncipe Regente a bailar.

Le dirigí una sonrisa tranquilizadora, aunque la perspectiva de ver su expresión si realmente

me acercaba al señor Russell era, admito, tentadora. “No se preocupe, señora Westwood. Usted me enseñó a no cometer un error tan grave como *ese*.”

Parpadeó aliviada. “Me tranquilizas, querida, porque está aquí bajo mi tutela, y simplemente no puedo permitir que mancille su reputación.”

Dado que la señora Westwood ya había actuado como guía y chaperona mía durante mis años en el seminario, a veces le pedía que nos acompañara a Lucy y a mí en nuestras salidas. Mi madre había muerto hace dos años, pero incluso antes de eso, había estado demasiado enferma para asistir a fiestas y bailes. Mi padre, el único otro chaperón potencial, no era alguien que buscara entretenimientos como este.

Después de tranquilizarla una vez más, me dirigí hacia el Maestro de Ceremonias, el señor Booth, quien era amigo de mi padre. Me miró con una expresión cómplice cuando le comuniqué que deseaba ser presentada al señor Russell, como si no fuera la primera en hacerle tal solicitud. Consideré informarle que mi intención al bailar con ese hombre estaba lejos de lo que él claramente asumía, pero al final, decidí que era información innecesaria, y él, obedientemente, me guio hacia él.

Capítulo 2

Ante la perspectiva del desafío que tenía por delante, mi corazón se aceleró. El señor Russell estaba conversando con un hombre que no conocía, pero el extraño fue lo suficientemente amable como para poner fin a la conversación cuando vio al Maestro de Ceremonias esperando para hablar con el señor Russell.

Ahora que lo tenía más cerca, decidí que era la combinación de sus cejas espesas y sus ojos claros lo que le daba una apariencia severa y penetrante. No era de extrañar que Lucy le temiera tanto.

"Señorita Donovan," dijo el señor Booth, "permítame el placer de presentarle al señor Marmaduke Russell. Vi que ambos estaban sin pareja y pensé que podrían disfrutar bailando juntos. La señorita Donovan es hija del estimado Almirante Donovan, señor Russell. Quizás haya oído hablar de él."

El hombre me miraba de una manera calculadora mientras realizábamos la esperada reverencia y el saludo. Sostuve su mirada sin vacilar, ya que hacía tiempo que había superado la tendencia a sonrojarme bajo escrutinio.

“De hecho, he oído hablar de él,” dijo el señor Russell. “Incluso lo he conocido.”

“Ah, entonces tendrán mucho de qué hablar, estoy seguro,” dijo el señor Booth. “Ahora, si me disculpan…” Se retiró con una reverencia, dejándome frente a mi desafío.

El señor Russell no habló de inmediato, aunque su mirada estaba fija en mí, y habría sido fácil dejar que me inquietara si yo fuera del tipo que se pone nerviosa.

“¿Esperamos un cotillón?” pregunté. “¿O prefiere un reel?”

“Ninguno,” dijo con frialdad. “No tengo intención de bailar esta noche.”

Me encontré buscando palabras, una situación tan rara como indeseable. Las únicas que me venían a la mente no eran precisamente las que contribuirían a mi objetivo. De repente, la descripción que Lucy hizo de su tutor como un hombre desagradable me pareció una subestimación.

"Sin embargo, estaría más que feliz de procurarle una bebida, señorita Donovan."

Deseaba nada más que rechazarlo, pero una rápida mirada a Lucy y su expresión preocupada y sus manos inquietas fue todo el recordatorio que necesitaba. Que se vaya al diablo mi orgullo; estaba aquí para ganar una batalla.

"Le estaría agradecida por eso, señor," logré decir con mi sonrisa más encantadora.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente mientras me observaba. "¿Realmente? Creo que preferiría lanzar la bebida a mi rostro en el momento en que se la entregue."

Desconcertada, no pude hacer otra cosa más que reír. "La idea me había pasado por la mente, lo admito. Quizás si selecciona un clarete, se mezclará con su chaleco."

Miró hacia abajo por un momento, con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. "Una sugerencia generosa."

"No desearía privarlo de una noche llena de rechazar bailar con más jóvenes. Dígame, señor Russell, ¿cuál es el propósito de asistir a una reunión cuando uno se niega a bailar?"

"No es nada personal." Me ofreció su brazo, y lo acepté tras una breve vacilación. Nos guio a través de la multitud, abriendo el camino con la misma facilidad que Moisés y el Mar Rojo. Este era un hombre acostumbrado a salirse con la suya.

Bueno, no por mucho tiempo.

"En respuesta a su pregunta, estoy aquí como una promesa a mi sobrina," dijo.

Vi mi oportunidad: una forma de sacar a colación el tema de Lucy sin ser demasiado directa. "¿Su sobrina?"

Él lanzó una rápida mirada hacia mí al llegar a la mesa de refrescos, cargada con varias bebidas y dulces. "Sí."

Esa respuesta no era en absoluto alentadora. De hecho, era claramente despectiva. "Presumo que se refiere a la señorita Lucy Ellis," insistí, decidida a llevar la conversación en esa dirección.

"Presume correctamente," dijo de manera plana. "¿Prefiere limonada o negus, señorita Donovan?"

"Clarete," dije.

Sus labios se curvaron en una sonrisa. "Me temo que no tienen clarete."

"No, supongo que no. Que sea negus, entonces. Servirá bien para nuestros propósitos."

Alcanzó una copa del líquido ámbar, ofreciéndomela y levantando una ceja, como si esperara mi prometida venganza por su negativa a bailar. La visión de salpicar el contenido del vaso en su rostro, con su corbata blanca inmaculada manchada con gotas de negus, se me presentó. Pero rápidamente me vino a la mente las palabras de Sun Tzu: ¡Sé sutil! ¡Sé sutil!

"Ah, allí está," dije, señalando a Lucy. Ella y el señor Pike se dirigían a unirse al grupo. "Qué feliz se ve."

No hubo respuesta por parte del señor Russell, y lo miré para ver si siquiera me había escuchado. Me estaba mirando, sereno y calmado.

"Por *eso* le pidió al señor Booth que nos presentara," dijo.

Parpadeé sorprendida, y el calor subió a mis mejillas.

Él sonrió divertido ante mi vergüenza. "Debe ser usted una de las amigas de escuela de Lucy."

Me reí ante la descripción que me hacía sonar como si tuviera diecisiete años en lugar de veintitrés. "Y usted debe ser el tío decrepito y gruñón de Lucy."

Su sonrisa solo se amplió, haciéndolo ver más atractivo de lo que alguien tan desagradable debería permitirse. "¿Así me describió ella?"

"No. Lo hice yo." Aunque después de conocerlo, difícilmente podría pretender que era decrepito. En verdad, parecía capaz de cualquier cosa a la que se propusiera—o a su forma atlética.

Tomé una respiración. Estaba perdiendo de vista mi estrategia—persuadirlo e inspirarlo a aceptar el emparejamiento—pero no podía evitarlo. Era frustrante e intrigante y desagradable todo a la vez.

"Y usted está aquí para abogar por ella y el señor Pike, supongo. Ahorre su aliento, señorita Donovan. No voy a aprobar el emparejamiento. ¿Le gustaría bailar?" Extendió la mano en invitación.

"Pensé que no tenía intención de bailar."

"Usted ha cambiado mi opinión."

Me quedé sin palabras. El señor Russell estaba resultando ser un oponente mucho más difícil de lo que había anticipado, y deseaba nada más que darle una respuesta negativa a su invitación. Pero si había cambiado su opinión sobre bailar, seguramente podría cambiar su opinión sobre otras cosas.

Me observaba con esos ojos vivos y perceptivos y un pequeño tic en la esquina de su boca, como si supiera exactamente cuál era mi lucha interna.

"Estaría encantada," dije con una sonrisa tensa, "de bailar con usted, señor Russell."

"No lo estaría. Pero espero que lo esté al final del set. Venga."

Atrapé la mirada de Lucy mientras nos dirigíamos a la pista de baile, y ella me miró con una pregunta, la esperanza en su mirada era visible incluso desde los extremos opuestos del grupo. Le di una sonrisa alentadora y luego miré al señor Russell.

Él levantó una ceja hacia mí. Había visto el intercambio.

Parecía particularmente torpe esta noche, o al menos así parecía. Apenas un estado ideal para bailar, sin mencionar el desafío de derribar a un oponente. Pero tal vez la torpeza era precisamente lo que se necesitaba para forzar al señor Russell a perder algo de su compostura. *Si su oponente tiene un temperamento colérico, busque irritarlo, decía Sun Tzu.*

Me resultó difícil pisar sus pies, de hecho. No pude hacerlo, aunque hubiera querido. Si necesitaba más evidencia de su naturaleza dominante, los bailes la proporcionaban en abundancia. Era un bailarín capaz, aunque algo reservado, y dirigía los pasos de una manera que no permitía desviaciones de mi parte.

"¿Qué tiene contra el señor Pike?" pregunté mientras la pareja a nuestro lado se dirigía al centro del grupo.

Él sacudió la cabeza mientras nos juntábamos y descendíamos por el grupo. "Busquemos otro tema, señorita Donovan. Me esfuerzo por no mezclar el negocio con el placer."

"¿Y qué le hace pensar que esto es placer?" Nos separamos y tomamos nuestros lugares uno frente al otro nuevamente.

Él mantuvo mi mirada, su rostro inexpresivo. "Lo es."

No había absolutamente nada coqueto en su tono—de hecho, era irritantemente plano—y, sin embargo, encontré mis mejillas calentándose igualmente.

No fue hasta el último paso del segundo baile que logré presionar mi talón en la punta de su zapato. Le sonreí mientras volvía a mi lugar y hacía una reverencia, y él inclinó la cabeza, devolviendo su propia sonrisa enigmática y sin indicar que algo había sucedido.

Se levantó y encontró mi mirada. "Gracias por los bailes, señorita Donovan. Si está buscando a su próximo compañero, ¿podría sugerir al señor Pike? Le estaría agradecido si lo quitara tanto de mis manos como de las de Lucy. Como un bono adicional, dado que ya lo conoce, no necesitaría siquiera pedirle al Maestro de Ceremonias que organice una presentación."

Mi sangre hervía, pero preferiría morir antes que darle alguna señal de que me estaba perturbando, así que mantuve la mirada fija. "Una sugerencia amable, señor Russell. Dígame, ¿cuánto tiempo tenemos el placer" pronuncié la palabra innecesariamente larga "de su compañía en Oakworth?"

"Lamento informarle que me voy mañana por la mañana," respondió. "Solo vine a petición de Lucy—deberes de tutor, ya sabe—y ahora que ese asunto está resuelto, debo irme."

Una pizca de decepción se alojó bajo mi piel al ser rechazada la posibilidad de asegurar una victoria contra el señor Russell. "¿No es el deber de un tutor velar por el futuro de su pupila? Tiene la oportunidad de hacer precisamente eso por Lucy al asegurar un emparejamiento para ella, sin embargo, lo descarta de inmediato. Lo encuentro incomprensible."

"Respetuosamente, señorita Donovan, no me importa si lo comprende o no. No es asunto suyo."

El calor subió a mis mejillas. "Decir *respetuosamente* no le exime automáticamente de la necesidad de pronunciar palabras respetuosas, señor. Déjeme ser clara. He sido amiga de Lucy durante años. Me atrevería a decir que la conozco mejor que usted. Si le importa su pupila, sería prudente escucharme."

El hecho de que no hubiera ira en su rostro, solo esa misma expresión impasible que solía

llevar, solo aumentó mi frustración. Levantó las cejas. "¿Ha terminado?"

No dije nada, sabiendo que, si abría la boca, unas cuantas obscenidades que había aprendido a bordo del barco de mi padre, el *Dominance*, saldrían sin duda. Eso no lo haría más propenso a verme como la sabia y confiable amiga de Lucy.

"Ahora permítame ser claro," dijo con tanta calma que deseaba estrangularlo. "Parece ser una mujer inteligente, señorita Donovan, y amiga de Lucy. Mi consejo para usted es aceptar tanto ese rol en la vida de Lucy como mi *rol* en su vida—y no confundirlos." Mantuvo mi mirada. "Más claro aún, en caso de que haya malinterpretado su nivel de inteligencia o terquedad —si intenta enfrentarse a mí en este punto, *fracasará*. Me disgustaría ver a alguien con tanto potencial como usted fracasar." Sonrió serenamente. "Ha sido un placer conocerla, señorita Donovan. Permítame acompañarla de regreso a su chaperona. Creo que el siguiente grupo está formándose alrededor de nosotros."

Mordiéndome la lengua hasta estar segura de que iba a sangrar, permití que el señor Russell me escoltara. Todo lo que podía pensar era en cómo derrotarlo.

Y tenía toda la intención de hacerlo.

Capítulo 3

El sol brillaba suavemente en el camino que llevaba a la iglesia parroquial de Oakham, y Lucy tarareaba suavemente a mi lado mientras caminábamos en un silencioso compañerismo con la señora Westwood detrás de nosotras. Ni siquiera me había molestado en decirle que había fracasado en mi objetivo. No había fracasado. Mi objetivo simplemente había cambiado. Ahora comprendía que esto no era una batalla corta. Era una guerra, y saldría victoriosa, a pesar de tener que librarla contra mi enemigo desde lejos. De hecho, la distancia podría incluso beneficiarme, pues pensaría más claramente con el señor Russell ausente.

"¡Ay!" Lucy tiró de su brazo, mirándome con sorpresa. Miró hacia abajo a su manga, que estaba arrugada donde había estado mi mano.

"Oh, cielos," dije, alisando el tejido y presionando su brazo donde mis uñas habían estado clavadas. "¡Lo siento mucho, Lucy! Qué descuido de mi parte."

Ella sacudió la cabeza, aunque su ceño seguía fruncido. "¿Qué te impulsó a... a arañarme de esa manera?"

Tratando de pensar en una explicación plausible, no encontré ninguna. El simple pensamiento del señor Russell tenía tal efecto sobre mí. Afortunadamente, llegamos a la puerta del cementerio en ese momento, y nuestra atención se desvió al saludar a aquellos con quienes nos cruzábamos.

Lucy había insistido en que llegáramos antes del servicio—la iglesia era el único momento en que ella y el señor Pike estaban garantizados para verse, y lo aprovechaban al máximo. Él estaba justo dentro de la puerta de la iglesia, esperando, y Lucy rápidamente me abandonó para ir con él, dejándome con la señora Westwood.

No la culpaba por ello. Aún recordaba cómo me sentía cuando me enamoré a los quince años del teniente Stokes a bordo del *Dominance*, cómo estaba ansiosa por cada oportunidad de verlo. Incluso había logrado convencer a mi padre para que le extendiera invitaciones para cenar con nosotros una o dos veces. Esa historia terminó mal para mí—momentos que trataba de no recordar cuando podía evitarlo—pero esperaba asegurarme de que la historia de Lucy no terminara igual. El señor Pike no era como el teniente Stokes.

La señora Westwood estaba ansiosa por tomar su asiento. No tomaba nada tan en serio como la asistencia a la iglesia, de ahí su disposición para llegar con anticipación. Pero en lugar de acompañarla en el banco, le informé que había alguien con quien necesitaba hablar antes de que comenzara el servicio. Con labios fruncidos que me indicaban que pensaba que debería estar meditando durante los minutos restantes, se alejó de mi lado y se dirigió a su asiento, manteniendo un ojo avizor sobre Lucy.

No tenía a nadie en particular con quien hablar, pero prefería estar sola a estar sujeta a la conversación de la señora Westwood en ese momento. Aproveché la oportunidad para inspeccionar las placas en la pared—figuras prominentes que habían sido enterradas en la iglesia y algunos que habían hecho contribuciones amables, también. Era terriblemente aburrido, pero prefería caminar un poco a estar sentada.

“¿Me sigue, señorita Donovan?”

Me di la vuelta de golpe y me encontré frente al señor Russell. Mi corazón dio un salto. Nunca pensé volver a verlo, y mucho menos solo dos días después del baile. Cómo podía hablar con tanta ligereza después de la manera en que nos habíamos separado la noche anterior era inexplicable para mí. Mis manos se hicieron puños al simple verlo.

“Parece que el zapato está en el otro pie,” respondí. “Recordará que me dijo que se iba de la zona, lo que me informa, supongo, que puedo añadir perjurio a su creciente lista de cualidades *admirables*.”

El vicario tomó su lugar al frente de la congregación, y el señor Russell me condujo al banco más cercano. “¿Gruñón y decrepito, ante todo? Mi negocio aquí no está, como pensaba, resuelto, de ahí mi presencia continua.”

La señora Westwood estaba sentada junto a Lucy en unos bancos delante de nosotros, y se giró, enviándonos una mirada de desaprobación, acompañada de un gesto de silencio.

Esperé hasta que ella volviera a girarse antes de inclinarme hacia el señor Russell y susurrar. “¿Negocios aquí significa destruir las esperanzas y sueños de Lucy en pedazos?”

“No es el momento para tal discusión,” respondió él, sin molestarse en bajar la voz.

“¿Y cuál es su excusa esta vez?” susurré. “Y nada más de su tontería sobre mezclar negocios con placer, por favor.”

La señora Westwood se giró nuevamente, su expresión era aún más amenazadora que la vez anterior. El señor Russell fijó su propia mirada en mí. Era tanto decepcionante como desaprobadora, y puso un dedo sobre sus labios. “Por favor, señorita Donovan.” Habló un poco más alto ahora. “Este no es el lugar para discutir asuntos impíos—mucho menos en una voz tan estridente. Seguramente puede dejar tales cosas en la puerta por este breve tiempo. Estamos en la casa de Dios.”

Lo miré, infundiendo a mis ojos toda la venganza prometida que pude reunir. Pero él no me estaba mirando. Sus manos estaban juntas en su regazo, y estaba mirando hacia el vicario con una calma anticipatoria, con el mero atisbo de un tic en la comisura de sus labios.

Presioné mis labios y me mordí la lengua, reacia a atraer más miradas censuradoras cuando él estaba tan decidido a no hablar sobre el tema.

Nunca había asistido a un sermón y oído tan poco. No estaba segura de qué me molestaba más—el hecho de que el señor Russell había logrado obligarme a sentarme a su lado durante toda la misa o que se negaba a hablar conmigo sobre el único asunto que me interesaba discutir con él. Mi propia familia—mi padre y mis hermanos Valentine y Phineas—estaban sentados en el banco de nuestra familia, donde debería haber estado. Había charlas entre los feligreses sobre mi presencia al lado del señor Russell, y no tenía paciencia para ello.

Cuando hubo una breve pausa en el servicio, se volvió hacia mí. “¿Está disfrutando del servicio hoy, señorita Donovan?”

Mantuve la vista al frente, sin decir nada.

Su mirada permaneció en mí, esperando la respuesta que había decidido no darle.

“¿Se niega a hablar conmigo, entonces?” preguntó.

“Mi único asunto con usted, señor Russell, se relaciona con su sobrina, y como se niega a discutir ese asunto, no veo propósito en ninguna conversación entre nosotros.” Hice una pausa. “Además, estamos, como tan astutamente señaló, en la casa de Dios, y nada más de lo que tengo que decirle es apropiado para un lugar como este.”

“Dios mío,” dijo, su voz impregnada de diversión. “Me escandaliza, señorita Donovan.”

Giré la cabeza rápidamente, sintiendo mi rostro calentarse ante lo que él había inferido de mis palabras. “Eso no es en absoluto lo que quise decir, como bien sabe. Expresar mis verdaderos pensamientos sería escandaloso solo porque requeriría que utilizara la amplitud del lenguaje marinero a mi disposición—insultos que dejarían sus oídos zumbando”.

“Después de la iglesia, entonces,” dijo él. “Estoy debidamente intrigado.”

Era imposible, pero estaba tan enojada conmigo misma como con él. Desde la reunión,

había estado formulando una estrategia para ayudar a Lucy y al señor Pike—una que aprovecharía la ausencia del señor Russell y mi proximidad a la pareja—pero su aparición repentina e inesperada en la iglesia me había descolocado, tomándome por sorpresa y provocando que actuara de una manera que difícilmente ayudaría a mi causa. La causa de Lucy, eso era.

Para cuando terminó el servicio, me estaba arrepintiendo de mi imprudencia. Heredé mi temperamento de mi padre—Dios sabe que mi madre no tenía ninguno—y no era algo de lo que estuviera orgullosa. Con una rígida *disculpa*, dejé el banco.

Necesitaba decidir cómo actuar hacia el señor Russell de manera que beneficiara más a Lucy. No podía permitir que esta batalla se tratara de mí y de mi orgullo. La felicidad y el futuro de Lucy estaban en juego.

Quizás el señor Russell tenía razón. Quizás debería ocuparme de mis propios asuntos y dejar que ellos resolvieran su futuro entre ellos. Pero ¿qué tipo de amiga haría tal cosa? No había garantía, después de todo, de que se presentara una oferta mejor que la del señor Pike—de hecho, era bastante *improbable*, ya que ella era una huérfana sin dote que mencionar. Esto hacía aún más desconcertante para mí que el señor Russell estuviera tan en contra del matrimonio.

Al salir y entrar en la sombra que el edificio proyectaba sobre el cementerio de la iglesia, encontré a mis hermanos y a mi padre esperándome.

"¿No pudiste traer contigo a la chusma hoy?" bromeó Valentine. Era dos años mayor que yo y, por mucho, el más oscuro en nuestra familia—tanto en apariencia como en personalidad. Dado lo claros que eran tanto mi padre como mi madre, había sido objeto de burlas desde joven por ser ilegítimo. El hecho de que él y mi padre no pudieran soportarse mutuamente no había ayudado a calmar tales especulaciones. Tampoco había ayudado su insistencia en hacer todo lo posible para frustrar y molestar a mi padre en cada oportunidad. Donde el *Almirante*, como Valentine lo llamaba, insistía en la rectitud moral y la frugalidad, Valentine había adquirido una reputación de libertino y jugador.

"No sabía que conocías al señor Russell, Diana," dijo mi padre, eliminando cualquier duda de que había notado dónde me había sentado durante el servicio.

"Apenas lo conozco," dije. "Es el tutor de Lucy Ellis, lo sabes."

"Uno esperaría que se sentara a *su* lado, entonces," dijo Valentine, levantando una ceja oscura y curiosa.

"Créeme," respondí, "hubiera preferido eso."

"Señor Russell," dijo mi padre, mirando detrás de mí.

El labio de Valentine se movió, y yo cerré los ojos mientras hablaba el señor Russell.

"Almirante Donovan, qué placer verlo. Supuse que aún estaría ausente, ocupado en asuntos navales. Su hija me estaba contando todo lo que aprendió al pasar tiempo a bordo."

Me volví hacia él, con los ojos agrandados ante su referencia a mi habilidad para insultar como un marinero. No era algo que mi padre apreciara—de hecho, fue eso y mi fallido intento de romance con el Teniente Stokes lo que lo decidió a enviarme a casa y, posteriormente, a la señora Westwood. Estaba convencido de que me había corrompido mi tiempo a bordo del *Dominance* y necesitaba ser severamente controlada, algo que mi madre no podía hacer dada su salud deteriorada. Desde su regreso de la guerra, había hecho todo lo posible para evitar dejar pasar palabras inapropiadas por mis labios.

Las cejas de mi padre se fruncieron, pero fue Phineas quien habló, ajustando sus gafas en el puente de su nariz. "Sí, creo que Diana puede manejar las cuerdas tan bien como cualquiera de nosotros."

Era un sacrificio para Phineas decir algo así, y quería abrazarlo por la inusual interjección. Nunca había sido el marinero que mi padre había esperado que fuera. Ninguno de mis hermanos lo había sido, de hecho. Theo estuvo muy cerca de serlo, solo para arruinarlo todo cuando renunció a la Armada a principios de este año y se casó con mi amiga Elena.

Phineas había decepcionado a mi padre desde el principio, rogando asistir a la Academia Naval Real en lugar de trabajar en un barco real—blasfemia para el Almirante George Donovan, que valoraba la experiencia por encima de todo. Pero el interés de Phineas en la Armada siempre había estado limitado a lo que podía leer entre las tapas de un libro.

"*Estoy* bastante ocupado, por lo que parece," dijo mi padre, "pero la mayor parte de mi tiempo está dedicado a la correspondencia en este momento. Lo cual, me temo, es la razón por la que debo pedirle disculpas. Tengo algunos asuntos urgentes que requieren mi atención en casa." Hizo una ligera inclinación de cabeza y se volvió hacia mí. '¿Vienes, Diana?'

"No," respondí. "Le prometí a Lucy que caminaría a casa con ella."

"¿Y con la señora Westwood?" añadió mi padre, aunque lo dijo como una pregunta.

"Sí, padre." Era un misterio para mí qué asumía él que podría hacer en ausencia de la señora Westwood y por qué pensaba que ella sería un obstáculo para lo que realmente estaba decidida a hacer, pero estaba contenta de que pensara que su presencia era una guardiana para mi reputación si eso me daba más libertad.

"Creo que también caminaré a casa," dijo Valentine.

"Muy bien," dijo mi padre con frialdad. "Buen día para usted, señor Russell."

"Y para usted, Almirante," respondió el señor Russell.

Valentine nos miró a mí y al señor Russell, arqueó una ceja negra hacia mí, luego se apartó mientras Phineas seguía a mi padre.

"Estoy listo, señorita Donovan," dijo el señor Russell.

Me volví hacia él y levanté las cejas. "¿Listo?"

"Para que mi carácter sea destrozado en la jerga de un marinero." Se cruzó de manos en la cintura y esperó.

Lo miré por un momento, considerando cómo se sentiría decirle lo que pensaba de él, cuán fuertes eran mis sentimientos después de tan poco tiempo. Pero, aunque no había escuchado la mayor parte del sermón del vicario, había tenido algo de tiempo para reflexionar, y no tenía intención de dejar que el señor Russell supiera el poder que ejercía sobre mi temperamento. Envidiaba su disposición calmada y serena.

"No," dije.

Sus cejas se fruncieron. "¿No?"

"No."

Se detuvo, pareciendo un poco decepcionado. "Quizás en otro momento, entonces."

"Es poco probable," dije. "Ahora, si me disculpa, debo encontrar a Lucy." Hice una rápida reverencia y me volví para irme.

"¿Con eso quiere decir que pretende ayudarla a pasar tiempo con el señor Pike?"

Me detuve, esperando un momento antes de volverme hacia él. "¿Y si eso es lo que pretendo?"

"Entonces espero que no la anime a hacer nada de lo que pueda arrepentirse."

Solté una risa breve por la nariz. "Señor Russell, fue usted quien me recordó tan respetuosamente que soy amiga de Lucy, no su tutora. ¿Qué influencia tengo yo en comparación con la suya? Si desea controlar a Lucy, le recomiendo que lo haga usted mismo. Al fin y al cabo, no es asunto mío, ¿verdad?" Sonreí con dulzura falsa.

“Por mucho que me encantaría *controlar* a Lucy, como usted tan delicadamente lo expresó, no debo retrasar mi regreso a casa. No tenía la intención de pasar más de un día aquí.”

Levanté las cejas. “¿Y su asunto está realmente concluido ahora? ¿Confía en mí lo suficiente como para dejar el bienestar de Lucy en mis manos viles?”

“En las de la señora Westwood, diría yo.”

Me reí y miré hacia otro lado. Los asistentes al servicio de la mañana estaban saliendo lentamente del cementerio, dejando solo unos pocos grupos de conversación entre los árboles frondosos y las lápidas de piedra.

“¿Se burla de mi elección?” preguntó el señor Russell.

Crucé los brazos y lo miré a los ojos. “Sí. De su elección de descuidar sus deberes y de su elección de compañera para Lucy.”

Él frunció el ceño. “La señora Westwood es una mujer honorable.”

“¿Y ha pasado usted tiempo en su compañía?”

“Por supuesto que sí.”

“Entonces está familiarizado con su abundancia de máximas y con la manera en que adorna cada conversación con ellas.”

“Difícilmente podría no estar familiarizado con eso.”

Asentí. “¿Y le gustaría *entregarse* a su cuidado durante años? Pasé tres años bajo su tutela, señor Russell, y podría contarle muchas historias para ilustrar por qué su elección es poco sabia.”

Él mantuvo mi mirada, sin decir nada por un momento. “Ella es la persona más adecuada y sensata para cuidar de Lucy, señorita Donovan.”

“Sensata,” repetí con una risa. No era la primera palabra que usaría para describir a la señora Westwood. Su corazón era bueno, pero era rígida e inflexible en sus expectativas.

“De nuevo, se adentra en asuntos fuera del alcance de su responsabilidad o conocimiento,” dijo el señor Russell.

Me encogí de hombros. “Usted pidió mi opinión sobre su elección. Solo la estoy proporcionando.”

“¿Y proponiéndose usted misma como una alternativa más adecuada?”

“Estoy proponiendo al señor Pike para ese papel, señor Russell. Pensé que había dejado eso claro. Y como dice nuestra querida señora Westwood, *nadie puede saber mejor qué es lo mejor para una mujer que su esposo*.”

Creí ver que la comisura de los labios del señor Russell temblaba. “Estoy seguro de que la señora Westwood estaría de acuerdo en que se debe seleccionar una alternativa hasta que Lucy tenga tal esposo.”

“Lo cual, si usted es el árbitro de su futuro, será nunca.”

“Está equivocada, señorita Donovan. Inteligente y encantadora, pero equivocada.”

Ignoré la extraña sensación que su cumplido indirecto producía dentro de mí. “O quizás sea *usted* quien está equivocado, señor Russell. Y tengo la intención de hacérselo ver. ¿Qué es lo que tiene en contra del señor Pike? ¿Qué es tan inapropiado en él a sus ojos?”

Sonrió ligeramente. “Le pido de nuevo, señorita Donovan, que deje el asunto en mis manos.”

“¿Cuándo no me da ningún motivo para hacerlo?”

“No estoy obligado a darle nada. Digo lo que digo. Si insiste en seguir por este camino, no me queda más opción que considerarlo una provocación. Es una batalla que perderá.”

Era mi turno de sonreír. Hablar de batalla no podía sino provocar una respuesta así. “¿Está usted familiarizado con las enseñanzas de Sun Tzu, señor Russell? *Asegurarnos contra la*

derrota está en nuestras propias manos, pero la oportunidad de derrotar al enemigo es proporcionada por el propio enemigo.” Lo miré fijamente. “Le aseguro que no le proporcionaré tal oportunidad.”

Extendió las manos. “Entonces, hágalo lo mejor que pueda. Pero cuando finalmente se dé cuenta de que su causa está perdida, espero que recuerde este momento.”

“Creo que recordaré este momento por otras razones.”

“¿Qué sería...?”

Incliné la cabeza hacia un lado. “El momento en que me declaró la guerra.”

Sus ojos se entrecerraron imperceptiblemente en diversión. “Casi me hace arrepentirme de tener que irme.”

“El arrepentimiento es un sentimiento con el que se familiarizará muy bien, señor Russell.”

En un gesto inesperado, tomó mi mano, se inclinó y depositó un beso casto sobre mi guante. Aún inclinado, me miró a través de sus pestañas oscuras. “Oh, dudo mucho de eso.”

Capítulo 4

Observé al señor Russell alejarse para hablar con la señora Westwood, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho por la forma en que me había mirado. Una vez más, me encontraba preguntándome cómo interpretar sus palabras y si había un doble sentido en ellas. No podía decir si despreciaba nuestra conversación o si disfrutaba del desafío que yo representaba, y eso hacía muy difícil para mí planificar.

Por la forma en que la señora Westwood miraba a Lucy y al señor Pike mientras el señor Russell hablaba con ella, anticipé que sería reacia a dejar que él acompañara a Lucy en el camino de regreso a casa.

Esperé hasta que el señor Russell se hubiera ido y la señora Westwood estuviera en camino para unirse a Lucy y al señor Pike, permitiéndole escuchar mi comentario al señor Pike.

"Tenía un asunto que discutir con usted, señor Pike," dije. "¿Sería una gran carga para usted y su madre caminar con nosotros?"

Él me miró a los ojos, entendiendo claramente lo que intentaba lograr. "No es una carga en absoluto, señorita Donovan. ¿Está de acuerdo, Madre?" Miró a la señora Pike, que había estado de pie con él y Lucy durante los últimos minutos. Ella era una viuda delgada y tranquila, con los ojos algo demacrados y el rostro pálido. Lucy me había contado que ella estaba algo inválida, y de repente me preocupó que pudiera estar pidiendo demasiado. Pero ella accedió al plan con una pequeña sonrisa y un asentimiento. "El aire fresco me vendrá bien."

Ella podría mantener ocupada a la señora Westwood, esperaba, hasta que nos separáramos. Necesitaba este tiempo para consultar con Lucy y el señor Pike, ya que no se podía saber cuándo los volvería a ver juntos. También les daba a ellos el beneficio añadido de más tiempo juntos.

Y aunque los labios de la señora Westwood se comprimieron cuando nosotros tres nos quedamos atrás, dejando una distancia suficiente entre nuestros dos grupos, no dijo nada. La señora Pike se vio obligada a mantener un paso lento, lo que nos daría al menos diez minutos para discutir nuestros planes antes de separarnos de ella y su hijo.

"¿Has logrado avanzar en algo, Diana?" preguntó Lucy ansiosamente.

"Un poco," dije, sintiendo que incluso eso era un exceso. "Pero siempre es lento al principio, ya sabes. No puedo hacer mucho hasta conocer mejor al señor Russell." Eso era ciertamente difícil dado que ya había visto todo lo que *podía* ver de él. "Hasta ahora, ha sido muy oscuro acerca de sus razones para desaprobar el matrimonio. Señor Pike, ¿tiene alguna idea de por qué podría estar en contra de usted?"

Las cejas del señor Pike se alzaron y sacudió la cabeza incrédulo. "He hecho memoria para pensar a qué podría deberse. ¿Quizás cree que soy demasiado atrevido en mis afectos hacia Lucy?"

"Bueno, eso sería una tontería," dije. "Uno pensaría que él aplaudiría a un hombre que sabe lo que quiere. ¿No dio ninguna razón para asegurarle que no daría su aprobación?"

Lucy levantó los hombros. "Dijo que era demasiado joven y que no confía en Edwin para cuidarme."

Levanté las cejas.

"Debido a algunas decisiones financieras poco sabias que tomé en el pasado," explicó el señor Pike, con las cejas fruncidas y las comisuras de los labios caídas en una mueca autocrítica.

"¿Qué hombre no ha tomado decisiones financieras poco sabias?" dije. "De hecho, me gustaría preguntarle al señor Russell si es inmune a tales debilidades." Me volví hacia el señor

Pike nuevamente. “Lucy mencionó que usted cree que también se trata de que él no desea renunciar al control sobre ella.”

El señor Pike se sonrojó un poco. “Quizás no debí decir eso, pero he conocido a algún que otro tutor con personalidades fuertes como la del señor Russell, y a menudo están ansiosos por afirmar su control.”

“Conozco justo el tipo de persona.” Mi padre era uno de ellos. Estaba acostumbrado a ser obedecido, y cuando no lo era... bueno, no hacía falta mirar más allá de Valentine para ver el tipo de resentimiento que podría resultar. Si Valentine no hubiera estado en dificultades financieras en ese momento, ciertamente no estaría pasando su tiempo en Blackwick.

“Debemos persuadir al señor Russell de que está equivocado en sus evaluaciones,” continué. “Necesitamos una estrategia para obtener su aprobación para el matrimonio.”

“¿Qué pasará si nunca tenemos éxito?” Lucy miró a Mr. Pike con un toque de angustia. “Él es tan obstinado—tan exigente. Creo que esa es la razón por la que aún no se ha casado. Ninguna mujer podría cumplir con sus expectativas.”

Me reí con desdén. “No deberías pensar así. No es que ninguna mujer desee hacerlo.” Me tranquilicé, recordando el objetivo de nuestra conversación, que no era enumerar las peores cualidades de Mr. Russell, sino elaborar un plan y apaciguar las evidentes dudas de Lucy. “Tendremos éxito, Lucy. Estoy segura de ello. Pero siempre está Escocia en caso de que la situación se vuelva desesperada.” Le guiñé un ojo a Mr. Pike.

“¿Escocia?” repitió Mr. Pike, mirándome con los ojos muy abiertos.

“¿Te refieres a Gretna Green?” La voz de Lucy estaba llena de desdén.

“Solo estoy bromeando,” dije. “Escocia es un último recurso, y aún no hemos probado otras estrategias. Hay muchas disponibles para nosotros. Puedes estar segura de ello.”

“Por supuesto,” dijo Mr. Pike. “Tiene usted toda la razón, señorita Donovan. No es en absoluto como deseo tener a mi Lucy.” Su mirada se dirigió hacia ella, y ternura llenó sus ojos. “Quiero hacer las cosas correctamente...como ella se merece.”

Desvié la mirada del momento íntimo que estaban compartiendo en medio de la calle. ¿Cómo se sentiría ser mirado de esa manera? ¿Lo disfrutaría? ¿O lo encontraría nauseabundo? De cualquier manera, no era el tipo de ángel que merecía tal mirada, y cualquier hombre que pudiera creer que lo era sería demasiado aburrido para mantener mis sentimientos interesados. Ciertamente no sería su elección de esposa. Era demasiado masculina en personalidad, demasiado práctica y brusca. Los hombres que querían a mujeres como Lucy, querían mujeres dulces y dóciles para proteger, mujeres que los hicieran sentir necesitados e importantes, y yo no necesitaba que nadie me protegiera.

“Necesito entender mejor a Mr. Russell,” dije, volviendo a enfocar mi atención. “¿Qué más puedes decirme sobre él, Lucy?”

“Poco o nada. Aparte de las breves comunicaciones sobre mi asignación y otros asuntos de negocios, mis interacciones con él han sido pocas y distantes.”

Fruncí los labios pensativamente. “Entonces, ¿cómo has llegado a tu opinión sobre él? Dijiste que era desagradable—algo con lo que estoy de acuerdo, ahora que lo he conocido—pero ¿cómo llegaste a esa conclusión?”

Ella frunció el ceño. “Siempre ha… me ha evitado, supongo. Apenas me dirige la palabra. Ha sido así desde que recuerdo. En teoría, es mi tío, pero no ha habido nada de protector en él. Esperaba que eso cambiara cuando se convirtiera en mi tutor, pero, si acaso, ha sido aún más distante desde entonces. Tras la muerte de mis padres, parecía molesto conmigo...como si le desagradara estar encargado de mi cuidado.” Frunció el ceño. “Y siempre tiene una apariencia

tan severa."

"De acuerdo," dije, "el temperamento de Mr. Russell no podemos cambiarlo. Debemos trabajar con lo que tenemos, y lo que tenemos, querida, eres tú. Has sido demasiado complaciente y fácil de cuidar, pienso."

El señor Pike me miró con curiosidad, mientras Lucy dirigía sus ojos azules y abiertos hacia mí. "Intento no ser una carga."

Le sonreí con simpatía. "Y eso te hace justicia. Pero, ¿es de extrañar que tu tío esté reacio a ceder la responsabilidad cuando eres una carga tan fácil? Debes convertirte en una carga. De ese modo, él estará ansioso por entregarte a Mr. Pike aquí."

Lucy parecía dudosa, pero Mr. Pike admirado.

Continué. "Solo le estaremos pidiendo que haga las cosas que cualquier tutor debe estar preparado para hacer. Y, si todo sale bien, él será menos reacio a la idea de abdicar su responsabilidad y permitir que alguien que está ansioso por atender tus necesidades" miré a Mr. Pike "se haga cargo."

Lucy lo miró a él. "No me gusta molestar a mi tío, pero si significa que podré estar con Edwin…"

Llegamos a la intersección que requería que los Pike se despidieran de nosotros, y les dimos un adiós.

Mrs. Westwood se volvió hacia nosotros una vez que estuvieron fuera del alcance del oído. "No puedo evitar pensar que no es prudente que continúe viendo a Mr. Pike ahora que su tío ha expresado su desaprobación por la relación, Lucy."

"Oh, pero seguramente no desaprueba a Edwin por completo," dijo Lucy alarmada.

La boca de Mrs. Westwood se volvió más rígida. "*Aquellos que toman libertades con los nombres del sexo opuesto están destinados a tomar libertades en otras áreas de la propiedad*. No debe ser tan informal con el nombre de pila de Mr. Pike, Lucy. No es en absoluto apropiado. Y puede que tenga razón sobre la opinión de Mr. Russell acerca de Mr. Pike, pero odiaría asumir tal cosa y descubrir que estoy equivocada."

Había estado escuchando el intercambio en silencio, pero se me ocurrió una idea—una que me hizo sonreír interiormente. "No es necesario que nadie asuma *nada*. Es mejor solicitar a Mr. Russell que aclare cualquier asunto sobre el cual haya una duda."

Mrs. Westwood me miró pensativamente, considerando la sugerencia, y presioné mi ventaja.

"No debería cargar con la responsabilidad de tales decisiones, Mrs. Westwood. Ya tiene muchas cosas en mente y es su tiempo, por supuesto, y no puede ser esperada para adivinar los deseos del tutor de Lucy. Él me ha asegurado que toma su posición muy en serio; no puedo pensar que sería de otro modo que ansioso por hacer lo que esté a su alcance, incluso si solo es para aliviar su mente." Pausé. "En realidad, ningún asunto es demasiado pequeño para pedir su opinión, de hecho, pues parece ser un hombre particular que espera que sus deseos sean entendidos y obedecidos con precisión."

Entre las comunicaciones de Lucy y Mrs. Westwood, Mr. Russell estaría obligado a responder a un nivel de correspondencia hasta ahora inalcanzado. También sería una carga para su bolsillo, pagando por la recepción de cada pieza de correo.

La excelencia suprema consiste en romper la resistencia del enemigo sin luchar. Esta sería una aplicación perfecta de la filosofía de Sun Tzu.

Capítulo 5

Mi padre estaba tan ocupado con asuntos navales estos días que apenas notaba lo que hacía. La guerra podría haber terminado para Inglaterra en general, pero sus repercusiones ciertamente no habían terminado para la Royal Navy. A pesar de que él no habría notado mi partida sin compañía, llevé conmigo a mi doncella, Tait, en mi paseo al día siguiente. Necesitaba asegurarme de que la carta que Lucy escribió a su tío tuviera el tono adecuado, pero no deseaba ser reprendida sobre el decoro adecuado por la señora Westwood al llegar al seminario.

Estaba cerca del centro de Oakworth, justo al lado de la biblioteca circulante, un hecho que la señora Westwood había tenido motivo de lamentar. Más de una vez me había reprendido por entrar y regresar con una de las novelas que tanto la escandalizaban. El pensamiento me hizo sonreír con nostalgia. En general, sin embargo, no echaba de menos ser estudiante en el seminario.

Era el período de las vacaciones de mediados de verano, y todas las chicas estaban en casa durante las próximas cuatro semanas, lo que dejaba el lugar extrañamente tranquilo. Encontré a Lucy en su habitación, sentada en su escritorio con una pluma en la mano, mirando por la ventana. Unos pocos papeles arrugados estaban esparcidos sobre las tablas del suelo cerca de sus pies.

Ella se sobresaltó cuando la puerta chirrió, y luego se apresuró a levantarse. "¡Ahí estás, Diana! Debes ayudarme a escribir esta carta. La prima Agnes se pondrá furiosa conmigo si desperdicio otro trozo de papel, pero no puedo decidir qué decir."

Me acerqué a ella y observé el saludo que había escrito y las frases que lo seguían. Era exactamente como había pensado, lleno de frases como "perdóneme", "cuando le convenga" y *no es un asunto urgente en absoluto*.

Ella me miró con un atisbo de culpa en el rostro.

"Lucy," dije, mirándola con una mezcla de diversión y consternación, "¿quieres casarte con el señor Pike cuando a tu tío le convenga? ¿No es tu futuro un asunto urgente?"

Ella sonrió ligeramente. "Cuando lo pones en esos términos…"

"Volvamos a intentarlo."

Juntas, redactamos una carta para el señor Russell, explicando que Lucy necesitaba más dinero para comprar adornos para un nuevo gorro.

"*Dos metros de cinta serán más que suficientes, creo,*" dicté lentamente para que ella pudiera seguirme. Normalmente, odiaba la correspondencia—mi mano nunca podía seguir el ritmo de mis pensamientos—pero dictar era diferente. Y esto era por una causa importante. "*Ayer encontré un color encantador, el tono de manzanas rojas, o quizás cerezas sería una comparación más adecuada...*"

Lucy había dejado de escribir. Me miró.

"¿Qué pasa?"

"¿Es necesario molestar a mi tío con el color de los adornos?"

"Sin duda, debemos hacerlo. Es probable que lo aburra hasta la muerte, lo cual es aún más razón para extender tales detalles, querida. Si él tiene la intención de afirmar su tutela ahora, en todos los tiempos, debe aceptar todo lo que eso conlleva, hasta los detalles más triviales de tu vida. ¿Seguimos?"

Ella asintió, volviendo a la página y sumergiendo la pluma nuevamente.

"*A tres peniques por metro, necesitaría medio chelín para comprarlas. ¿Cree que es un*

precio demasiado alto para cinta de seda roja? No debería decir roja, quizás, ya que eso hace que parezca bastante sencilla, cuando no lo era en absoluto, como mencioné. Había otro carrete que llamó mi atención a dos peniques por metro, aunque me dicen que el verde lima no es un color tan saludable como algo más discreto—como el verde pera, por ejemplo. La prima Agnes dice que los colores que una mujer lleva deben ser tan reservados como su carácter. Pero aparte de eso, estaría encantada con cualquier cosa si la cinta coincidiera con mi abrigo, que es, si recuerda de la iglesia, de un color escarlata, que creo que irá muy bien con el rojo, pero no tan bien con el verde lima. ¡Oh, por favor, dígame sus pensamientos! No quisiera hacer nada de lo que pueda desaprobar."

Sonreí al pensar en el señor Russell leyéndola.

Una vez que terminamos el largo y elaborado final, Lucy espolvoreó la tinta con arena y se volvió hacia mí. "¿Crees que la prima Agnes es seria en cuanto a que no vuelva a ver a Edwin?"

"Creo que ella teme que tu tío la acuse de animarte. Pero no puedes evitar ver al señor Pike por completo. Tu tío debe ser lo suficientemente razonable como para admitirlo. Estás en la misma parroquia, después de todo, e imagino que también debes verlo en el pueblo."

"No a menudo, no," respondió con una mueca. "Solo lo he visto en la botica. Él está allí a menudo, ya sabes, por la mala salud de su madre."

Levanté las cejas ante esta útil información. "¿Al lado de The Feather and Fawn, quieres decir, donde se envían las cartas?" Levanté una ceja enigmáticamente. "Vamos, llevemos esta carta entonces. ¿Quién sabe qué encontraremos cuando lo hagamos?"

Ella movió la mano y se dio la vuelta para doblar el papel. "Oh, Sarah puede hacer eso. No es necesario..." Su cabeza se dio vuelta, con los ojos fijos en mí mientras la comprensión se apoderaba de ella. "Oh." Su boca se curvó en una sonrisa. "Sí. Sí, vayamos."

"También tengo en mente detenerme en la botica," dije, poniéndome de nuevo el gorro. "Mi suministro de sales aromáticas está peligrosamente bajo, y sabes cuán a menudo las uso." Le guiñé un ojo, y ella cubrió una risa con su mano.

***

De hecho, tuvimos la suerte de ver al señor Pike en la botica, y pude proporcionarle a él y a Lucy una conversación de quince minutos mientras hablaba con el boticario y adquiría algunos artículos que casi estaba segura de que ya teníamos en Blackwick.

Solo pasaron dos días antes de que recibiera una respuesta del señor Russell, pero Lucy estaba demasiado aterrorizada para leerla. En su lugar, me la entregó e insistió en que se la leyera.

Sonreí ante su nerviosismo, pero en realidad, yo también estaba ansiosamente impaciente por la respuesta. Rompí el sello de cera y desdoblé el papel, revelando un billete de una libra dentro. La caligrafía del señor Russell era tan tranquila y uniforme como su personalidad, y el mensaje breve—también como su personalidad.

Querida Lucy,

Me complació recibir tu carta. Adjunto encontrarás suficiente dinero, espero, para pagar tanto las cintas verde lima como las rojas—¿eran manzana o cereza?—si decides seguir tal curso. En cuestiones de moda, debo confiar en tu gusto y en el de la señora Westwood sobre el mío, me temo.

Tu servidor, como siempre,

Tío Duke

"¿Y bien?" dijo Lucy. "¿Qué dice?"

Parpadeé. Había leído la carta en silencio, dejando que Lucy adivinara su contenido.

“Perdóname.” Aclaré mi garganta y se la leí, luego le entregué el billete a Lucy.

Sus ojos se abrieron mucho. “Bueno, eso es muy generoso de su parte, ¿no?”

“Lucy,” dije con voz de reproche. “No debes permitir que él te desvíe de tu objetivo. El hecho de recibir una libra para cintas, aunque es una agradable sorpresa, no es nuestra verdadera misión, recuerda. Deseamos su aprobación para el matrimonio.”

Ella parpadeó rápidamente, asintiendo. “Sí, sí. Por supuesto, tienes razón. Siempre tienes razón, Di.” Miró el billete en sus manos. “Aunque, admito que me gustaría ver qué cintas tiene la señora Daniels. Parece justo que compre cintas cereza ahora.”

Tomé un pedazo de papel del cajón del escritorio y lo coloqué frente a ella. “Después de que escribas otra carta.”

“¿Otra carta?”

Asentí.

“¿Pero… sobre qué debería ser?”

Pensé por un momento, mirando alrededor de la habitación. Mis ojos se posaron en el delgado montón de papeles en el cajón. “Papeles. Suficientes papeles y tinta para escribirle una carta al día durante un año entero.”

Sus ojos se abrieron aún más. “¿Un año?”

“Si eso es necesario, entonces sí.”

Dicté otra carta, esta vez pidiéndole a Lucy que detallara todas las razones por las que podría necesitar papel—correspondencia, dibujo, llevar un diario, hacer flores de papel—además de pedir su opinión sobre las recetas de tinta más superiores, teniendo tantas más décadas de experiencia que yo.

“No es tan viejo, Di,” Lucy replicó mientras dictaba la línea.

“Quizás no, pero si insiste en tratarte como a una niña, al menos debería sentir algún efecto negativo por ello, creo.”

Entregamos la carta al cartero y, como habíamos empezado a hacer, pasamos por la botica, donde encontramos al señor Pike justo saliendo. Nos acompañó a comprar cintas, y nuevamente me encontré preguntándome qué encontraba el señor Russell de malo en él. Era atento tanto con mi comodidad como con la de Lucy, respetuoso con todos los que pasábamos, y aunque no era un hombre de medios infinitos, era lo suficientemente amable como para pagar las cintas de Lucy, insistiendo en que ella guardara el billete para otra cosa.

***

Dos días después, me puse mis guantes de piel mientras Tait y yo nos dirigíamos a la puerta principal de Blackwick Hall para hacer nuestra visita diaria al seminario. Esperaba que la respuesta del señor Russell a nuestra última carta pudiera estar esperando allí.

“Di.”

Me volví y encontré a Valentine mirándome desde la puerta del comedor. Generalmente desayunaba tarde para evitar a mi padre. Vivir bajo el mismo techo con ambos era una situación explosiva. Si mi padre no hubiera estado tan preocupado con otros asuntos, habría sido mucho peor, y mis propias acciones seguramente habrían estado bajo una mayor vigilancia.

“¿Adónde vas?” preguntó Valentine.

“Al pueblo,” dije.

Su cabeza se inclinó hacia un lado en señal de duda. “Para organizar una reunión para la señorita Ellis y el señor Pike, ¿quieres decir? Ten cuidado, Di.”

Eché una mirada a Tait, preguntándome si ella había abierto la boca a los otros sirvientes. No había otra forma en que Valentine pudiera haber oído algo. La mirada de Tait se encontró con

la mía en señal de disculpa, y volví a mirar a mi hermano. “¿A qué te refieres?”

“Escuché que hablaba con su tutor en la iglesia,” dijo. “Él no aprueba el matrimonio.”

“¿Y desde cuándo te importa un comino la obediencia?”

“Solo quería advertirte,” dijo. “No parece el tipo de hombre con el que sería prudente enfrentarse.”

Yo pensaba que el problema era que el señor Russell no había sido desafiado lo *suficiente*. “Tu advertencia—y tu inusual preocupación por mí—se toma en cuenta, querido hermano.” Ajusté las cintas de mi retículo y lo deslicé sobre mi muñeca. “Me sorprende verte. Pensé que podrías decidir pagar por una habitación en The Feather and Fawn durante las próximas dos semanas.” Nuestro padre esperaba visitas—algunos de sus oficiales por asuntos de negocios.

"Créeme," respondió Valentine, "si tuviera el dinero, lo haría. Pero, por otro lado, si tuviera dinero, no estaría aquí en absoluto, ¿verdad? Tal vez podamos unir nuestros recursos y turnarnos para refugiarnos. Tu viejo amigo está entre nuestros invitados ilustres, ya sabes."

Fruncí el ceño. "¿Quién?"

"El Capitán Stokes."

Mi sonrisa se desvaneció. La última vez que había visto al Capitán Stokes, era teniente en el *Dominance*. No era un momento del que quisiera acordarme. "De acuerdo," dije, fingiendo indiferencia, "veo que habrá aún más viajes al pueblo en un futuro cercano."

"Ten cuidado de no meterte en problemas, Di." Valentine se dio la vuelta, dejándonos a Tait y a mí para que siguiéramos nuestro camino.

Tait se disculpó profusamente tan pronto como cerró la puerta detrás de nosotros, admitiendo que había mencionado al Sr. Pike al contar cómo había conseguido la nueva tintura que compró en la botica el otro día.

"No tiene importancia," dije. "Valentine no es el tipo de persona que realmente intente detenerme. Simplemente quiere ser desagradable."

En el seminario había, efectivamente, una respuesta del Sr. Russell esperándome. Todavía estaba sin abrir, pues Lucy insistió en que se la leyera.

Me obligué a abrirla lentamente y con método. Había un billete de diez libras dentro.

Querida Lucy,

Gracias por su carta. Me ha hecho darme cuenta de mi alarmante ignorancia sobre el tema de la tinta. Parece claro que he sido negligente en proporcionarle la asignación necesaria. Perdone mi error y acepte el billete adjunto, que anticipo será suficiente para sus necesidades hasta el próximo trimestre.

Su servidor, como siempre,

Tío Duke

P.D. Buenos días, Srta. Donovan.

Mi respiración se detuvo al leer la última línea. Una sonrisa se deslizó por mis labios y una emoción recorrió mi cuerpo al leerla de nuevo. Sabía de mi participación en esto, y me alegraba por ello.

"Bueno," dijo Lucy, sosteniendo el billete con asombro, "no podemos pedirle más dinero ahora. Dios santo. ¡Diez libras!"

"No, no podemos pedir más dinero," coincidí. "Pero hay muchas otras cuestiones por las que se puede recurrir a un tutor. En verdad, creo que es terriblemente irresponsable."

"¿Irresponsable?" preguntó Lucy con duda.

"Sí. Te envía un billete de diez libras y no te da ninguna orientación sobre en qué gastarlo o dónde guardarlo. Te puedo decir que hay una gran cantidad de personas que estarían encantadas

de hacerse con ese billete si tuvieran la oportunidad. Te pone en gran riesgo. También pone en duda cómo ha manejado sus gastos hasta ahora, siendo tan liberal con el dinero."

El ceño de Lucy se frunció. "¿Crees que estoy en peligro de ser robada? ¿Aquí en el seminario?"

No creía tal cosa. Pero cuanto más ridículas fueran las comunicaciones de Lucy, más molesto sería para el Sr. Russell, y nuestro objetivo era hacer que estuviera ansioso por entregar la responsabilidad de ella al Sr. Pike. Tenía que pensar que la única manera de ser un tutor efectivo era involucrarse en los detalles más minuciosos de la vida de Lucy, hasta decirle dónde guardar su dinero.

Después de todo, según Sun Tzu, *A veces, debes fingir ser débil*.

Al final de dictar la carta, una mezcla de preguntas ridículas y una urgencia por sus respuestas, hice una pausa.

"Eso será suficiente," dije. "Tal vez antes de irnos, puedas preguntarle a tu prima si tiene alguna carta para que enviemos. Puedo encargarme de doblar la carta."

Lucy devolvió la pluma a su soporte y se levantó de su asiento. "Por supuesto. Iré de inmediato."

Cuando salió de la habitación, me senté, tomé la pluma, la sumergí en la tinta y la puse al final del papel, debajo de la firma de Lucy.

P.D. Un hombre soltero que envía un mensaje clandestino a una mujer soltera no puede ser confiable con su propia pupila.

Sonriendo, devolví la pluma a su lugar y me apresuré a secar la tinta y doblar la carta, dirigiéndola con mi propia letra, pues sabía que eso lo molestaría.

Bueno, esperaba que lo hiciera. Mi experiencia con el Sr. Russell me decía que pocas cosas lo alteraban. Pero eso fue antes de conocerme.

No quedaba más que enviar la carta y esperar otros dos días para su respuesta. Admito que era frustrante tener que quedarnos de brazos cruzados hasta entonces, pero no había remedio. Algunas guerras debían librarse desde la distancia.

***

La carta había sido enviada y estábamos en la botica, esperando una de las pociones de la Sra. Pike, cuando la puerta se abrió. Tait, que había estado esperando afuera, apareció con aspecto agitado, sus ojos llenos de advertencia. La Sra. Westwood se acercó detrás de ella. Se detuvo en seco al vernos, y la conversación entre Lucy y el Sr. Pike cesó inmediatamente.

La Sra. Westwood nos evaluó, y sus fosas nasales se ensancharon. Empujó a Tait. "Srta. Ellis, ¿puedo hablar con usted afuera, por favor?"

Lucy asintió lentamente, lanzándome una mirada nerviosa.

"Usted también, Srta. Donovan," añadió su prima.

Yo encabezaba el camino hacia la puerta, esperando que mi reacción tranquila al ser descubiertas ayudara a calmar a Lucy. Lucy todavía tenía la esperanza de cumplir con las expectativas de su prima, una meta que yo había abandonado hace tiempo. Era imposible. La mujer parecía tener una frase trillada para cada situación bajo el sol.

Tait me lanzó una mirada de disculpa al pasar por su lado para salir de la tienda, y puse una mano tranquilizadora en su brazo. A menos que hubiera detenido físicamente a la Sra. Westwood, no había nada que pudiera haber hecho para evitar la situación.

La Sra. Westwood se detuvo cerca del costado de la botica, y le di a Lucy una sonrisa alentadora.

"La palabra de un hombre es su promesa, pero la palabra de una mujer contiene su propia

alma." Dejó que esas palabras pesadas—y, francamente, ridículas—flotaran en el aire por un momento. "Pensé que habíamos acordado que ya no vería al Sr. Pike, Lucy. Y, Srta. Donovan"—se volvió hacia mí—"estoy sorprendida de usted por permitir que tal cosa sucediera bajo su cuidado. Seguramente sabe lo que debería hacer. No tengo nada en contra del Sr. Pike, Lucy, pero ¿qué clase de mujer sería yo sí ignorara los deseos de su tutor?"

Los ojos de Lucy se llenaron de lágrimas, y su prima parecía agobiada—lastimada, incluso. Sentí un peso en el pecho.

"¿Puedo hablar con usted en privado, Sra. Westwood?" pregunté.

Con los labios apretados, asintió y se apartó conmigo.

"Debe absolver a su prima de responsabilidad," dije una vez que nos alejamos de Lucy. "Esto es completamente obra mía."

Frunció el ceño, sus ojos llenos de decepción mientras me miraba. "¿Por qué, Srta. Donovan? No entiendo."

Vacilé un momento. *"El matrimonio es la culminación de los esfuerzos de una joven, la Estrella del Norte que guía cada una de sus decisiones, la cima misma de su existencia."* Solo con esfuerzo logré terminar la frase que nos había enseñado sin estremecerme. "Solo estoy tratando de ayudar a Lucy a lograr eso, Sra. Westwood. Y, como sabía que no se sentía cómoda asumiendo la responsabilidad de continuar las reuniones entre Lucy y el Sr. Pike, lo asumí yo misma. Le aseguro que no se ha infringido la decencia, pues he supervisado cada una de ellas."

Parecía indecisa. "Estoy de acuerdo en que el Sr. Pike es un joven caballero honorable, y si dependiera de mí, estaría feliz de ver a Lucy casarse con él. Pero el hecho sigue siendo que su tutor *no* lo aprueba."

"Sí, y puede ser bastante intimidante, creo. Debe ser difícil estar en su posición."

Ella miró a Lucy y suspiró, un poco de su enojo desapareciendo. "Siento una gran responsabilidad al tenerla bajo mi cuidado. Y sí, el Sr. Russell inspira... bueno, confieso que me resulta difícil descifrar su opinión sobre mis esfuerzos con Lucy."

Puse una mano tranquilizadora en su brazo, sinceramente compadeciéndome de ella, sorprendida como estaba por su admisión de la carga que sentía. Ella no era generalmente una persona que expresara emociones.

Pero la severidad del Sr. Russell debía estar afectándola, haciéndola sentir ansiosa e indigna. Era desagradable de su parte, porque, por más ridícula que a veces encontrara a la Sra. Westwood, ella merecía nada más que elogios y aprobación por sus años de dedicación para formar a Lucy como una dama. Ella tenía un respiro del resto de las jóvenes durante las vacaciones de verano, pero no tenía tal cosa al cuidar de Lucy. Era otra razón más por la que la unión debía ser aplaudida y buscada.

Pero su rígido sentido del bien y del mal nunca le permitiría supervisar más cortejos entre su protegida y el Sr. Pike, y si el Sr. Russell se salía con la suya, podría tener a Lucy bajo su tutela durante muchos años más.

Y eso no serviría en absoluto.

Pero tal vez había algo más que pudiera hacer para ayudar tanto a la Sra. Westwood como a Lucy con sus problemas.

Capítulo 6

Cuando regresé a Blackwick, mi padre estaba recluido en su estudio, donde también tomaba su cena, y valoraba demasiado mi paz como para molestarlo. Mi sugerencia tendría que esperar hasta la mañana. Mi padre era partidario tanto de levantarse temprano como de tomar una comida sustancial por la mañana, así que sincronicé mi aparición allí con la suya.

Al entrar, levantó la vista del periódico que sostenía, frunciendo ligeramente el ceño. "¿Cuál es la ocasión especial?"

Tomé un plato y puse un poco de tostadas en él, luego me senté a su lado. "Ninguna ocasión. Simplemente tengo hambre."

"Vamos, Diana. Nunca vienes a desayunar a esta hora a menos que tengas algo particular que decirme."

Unté mantequilla en mi tostada y me encogí de hombros. "Ya que tendremos invitados, pensé que podría invitar a algunas otras personas a venir a Blackwick por una o dos semanas."

Bajó ligeramente su periódico. "No es una fiesta en casa, Diana. Es negocio."

"Es cierto, pero no estarás ocupado con negocios todo el día, todos los días, seguro. Debes comer y tomarte descansos de vez en cuando. Quieres que tus oficiales se diviertan tanto como sea posible, ¿no es así?"

"No," dijo secamente. "Discutiremos asuntos importantes, no organizaremos una partida de caza. No tendré tiempo para jugar al anfitrión con tus amigos."

"Tampoco esperaría que lo hicieras," le aseguré, untando mermelada sobre la mantequilla. "Soy más que capaz de hacerlo yo misma."

"No estás en posición de recibir invitados, Diana. Si deseas hacer tal cosa, quizás deberías considerar casarte." Mi padre abrió el periódico más amplio y volvió a mirarlo. Lo estaba perdiendo, perdiendo mi oportunidad.

La puerta se abrió, y Valentine se detuvo en el umbral al vernos a los dos dentro.

"Valentine puede ayudar," dije antes de que pudiera cerrar la puerta y retirarse.

Mi padre lo miró mientras Valentine me observaba.

"Eso no suena como yo," dijo Valentine. "¿Ayudar con qué?" Pareciendo aceptar que no podía desaparecer en ese momento, entró en la habitación y comenzó a servirse un plato.

"Pensé que tú y yo podríamos invitar a uno o dos amigos mientras papá tiene a sus invitados aquí. Hace tanto tiempo que no tenemos una verdadera fiesta en casa. No es que esto fuera a ser una," me apresuré a decir al ver que mi padre abría la boca.

Dirigí mi mirada más suplicante a Valentine mientras se giraba del aparador para venir a la mesa. Me debía un favor, ya que había suavizado las cosas entre él y mi padre más de una vez en las últimas semanas, incluso convenciendo a mi padre de pagar algunas de las deudas más urgentes de Valentine.

"Si Valentine está dispuesto a satisfacer tus deseos, no tengo ningún argumento en contra," dijo mi padre, cerrando el periódico y empujando su silla hacia atrás.

Valentine encontró mi mirada cada vez más esperanzada y suplicante con consternación, colocando su plato y tomando asiento.

"¿Qué dices, Val?" pregunté.

Mantuvo mi mirada un largo momento, y reconocí exactamente lo que me estaba comunicando. Solo lo haría para pagar su deuda conmigo. Lo conocía demasiado bien como para pensar que sería de alguna ayuda real como anfitrión. No era lo suficientemente sociable para

eso, y eso me venía perfectamente. Me gustaba estar al mando.

"Está bien," dijo.

Mi padre se detuvo en la puerta, mirándonos con su mirada intensa y grave. "Así sea. Pero no te equivoques, Diana. La prioridad es mi negocio con los oficiales. En el momento en que nos molestes o impidas eso, enviaré a todos de vuelta a casa."

"Por supuesto," dije. "Apenas notarás que estamos aquí... a menos que lo desees, claro."

Hizo un breve asentimiento y salió de la habitación, cerrando la puerta con firmeza.

"¿Cuál es tu juego, Di?" preguntó Valentine.

Sonreí y le di una mirada enigmática. "¿No te gustaría saberlo?"

Sus cejas oscuras se fruncieron. "Quizás no."

Me alegré de que no tuviera la intención de presionarme, pues pensé que podría retractarse de su disposición si supiera a quién pensaba invitar.

Cortó la rebanada de cordero en su plato. "¿Es este tu intento de ganarte a Stokes?"

Hice un gesto de disgusto. "Ni por asomo."

Masticó su cordero y luego se volvió hacia mí. "Bueno, considérate en deuda conmigo ahora, querida hermana." Sonrió seductoramente y me pellizcó la mejilla.

Estar en deuda con mi hermano valdría la pena, la molestia si las cosas salían según mi plan.

***

"Lleven las cosas del Sr. Pike a la Habitación Azul," le dije al lacayo.

Él recogió el único baúl que el Sr. Pike había traído. Tres de los cuatro invitados de mi padre habían llegado ayer, mientras que el Capitán Stokes se esperaba para mañana. No estaba del todo segura de cómo sentirme respecto a su llegada. Solo el pensar en él era desagradable, y me preguntaba cuántas otras jóvenes habría manipulado para lograr su rango actual. Lo odiaba doblemente, pues me había utilizado y destrozado mi carácter. Nada de lo que había criticado sobre mí hace años había cambiado. De hecho, era más terca y dominante que nunca, si acaso. Ese era el efecto inevitable de haber gestionado prácticamente Blackwick desde que dejé la casa de la Sra. Westwood. Pero siempre había sido de voluntad fuerte incluso de niña. Entre mi capacidad para persuadir a mi padre y luego su ausencia debido a la guerra, me había acostumbrado a salirme con la mía. El teniente Stokes—o el capitán Stokes ahora—quería una mujer más dócil. Todos los hombres lo querían.

"¿Tiene algo más?" le pregunté al Sr. Pike.

"No," respondió. "Me temo que tendré que ir y venir entre Blackwick y mi casa. Mi madre está siendo cuidada, pero se inquieta cuando estoy fuera por mucho tiempo."

"Por supuesto," respondí. "Puede hacer uso del carruaje o de los caballos, cualquier cosa para acelerar su regreso."

Sonrió ampliamente. "Es usted la mejor de las mujeres, Srta. Donovan."

"No," dije con una sonrisa. "Simplemente no puedo soportar ver a Lucy tan abatida."

La respuesta de Lucy a mi invitación por escrito a Blackwick había sido entusiasta, como lo demostraba la efusiva gratitud que me había expresado. Había enviado a mi propia doncella y el carruaje para recogerla justo después de la llegada del señor Pike, y esperaba verla en menos de una hora.

Sin embargo, el señor Pike todavía estaba en su dormitorio acomodándose cuando escuché las ruedas de un carruaje en el camino solo media hora después, y me apresuré a salir para darle la bienvenida.

Pero fue la señora Westwood quien bajó del carruaje primero, seguida por una Lucy que

parecía disculparse y sentirse impotente. Sus ojos me contaron la silenciosa historia de los intentos fallidos de frenar la determinación de su prima de venir. Cualquier esperanza que tenía de que simplemente acompañara a Lucy a Blackwick se desvaneció rápidamente al ver el baúl que llevaba con ella.

"Señora Westwood," dije, sintiéndome más molesta que de costumbre con ella. ¿Y si no hubiéramos tenido una habitación disponible para hospedarla? "Había pensado que la visita de Lucy le daría un respiro."

"Fue muy considerado de su parte, señorita Donovan," respondió, "pero con todas las chicas fuera por las vacaciones, me volvería loca sin nada que hacer. Además, pensé que lo mejor era que yo viniera. Después de todo, soy la compañera y chaperona de Lucy, y como usted sabe, *la presencia de una mujer de buena reputación, velando por la delicada posición de sus jóvenes compañeras como una centinela de la virtud, no puede subestimarse en importancia*."

Que el cielo me ayude. Si iba a estar sometida a sus máximas durante las próximas dos semanas, sería yo quien se volviera loca. Sabía perfectamente lo que significaba su presencia aquí. Tendría que ocupar su atención si Lucy y el señor Pike querían tener alguna oportunidad de estar juntos.

Quizás podría endosársela a Valentine de vez en cuando. Solo pensarlo me hizo temblar de miedo por la venganza que tomaría.

"Por supuesto," respondí con una sonrisa forzada. "Permítame ver cómo arreglar un lugar para usted, por favor." Para alguien que era tan particular y estaba tan preocupada por las costumbres y las reglas, la señora Westwood podía ser sorprendentemente desconsiderada.

"Debí haber enviado aviso, por supuesto," dijo, "pero no quise demorarme cuando Lucy ya era esperada, y estaba segura de que su padre contaría con que ella estuviera acompañada. Él tiene una comprensión tan robusta de lo que se debe a una joven."

Quise rechazarla, encontrar una excusa para no darle la bienvenida, pero no pude hacerlo. La señora Westwood tenía una personalidad que encontraba difícil en cualquier dosis que no fuera pequeña, pero me compadecía de ella, y mi madre siempre me había enseñado a ser consciente y amable con aquellos menos privilegiados que yo. Tanto Lucy como su prima caían en esa categoría.

Instruí a los lacayos para que tomaran las maletas y conduje el camino hacia el interior, solo para encontrarme con el señor Pike y Valentine bajando las escaleras. Consideré advertirle al señor Pike, pero si la señora Westwood iba a quedarse, no tenía sentido retrasar lo inevitable.

"Señor Pike," dijo, disminuyendo su paso. "No sabía que..." Miró hacia mí y luego hacia Lucy, como si quisiera ver si su aparición era tan inesperada para nosotras como lo era para ella.

"El señor Pike es un huésped de mi hermano," me apresuré a decir. La señora Westwood no dudaría en ordenar que sus cosas y las de Lucy fueran devueltas al seminario si supiera que él era mi invitado. "Valentine y el señor Pike han sido amigos desde que eran niños," improvisé.

La mirada de Valentine se fijó en mí, perceptiva como siempre. Perceptiva y de advertencia. El señor Pike parecía sorprendido, pero logró disimularlo, pasando un brazo por los hombros de Valentine y sonriendo.

"Sí, en efecto," dijo, felizmente inconsciente de que corría peligro de ser estrangulado en ese mismo momento.

Desde mi lugar al lado de la señora Westwood, le envié a mi hermano una de mis miradas más suplicantes.

Después de un momento, Valentine logró lo que imagino él creía que era una sonrisa, pero que se parecía mucho más a una mueca: la expresión que uno esperaría si hubiera comido huevos

podridos, pero intentara convencer a su anfitriona de que los disfrutó.

"Oh," dijo la señora Westwood, parpadeando. "Bueno, en ese caso..."

Solté un suspiro de alivio y me dirigí a los sirvientes que estaban esperando. "Cole, si pudieras asegurarte de que la Habitación Amarilla esté en orden para la señora Westwood, Reeve llevará a Lucy primero a la suya."

Cole asintió y subió las escaleras rápidamente, con una valija en una mano y un baúl en la otra, mientras Reeve invitaba a Lucy y a la señora Westwood a seguirlo. El señor Pike insistió en llevar la bolsa de Lucy y los siguió, y silenciosamente le deseé suerte en esa decisión algo peligrosa.

Valentine continuó su camino bajando las escaleras, sin decir nada hasta que llegó a mí. Era yo, no el señor Pike, quien corría peligro de ser estrangulada si la desagradable sonrisa en su rostro era un indicio.

"Pagarás por ese pequeño truco de allá atrás, lo sabes."

"Deberías agradecerme por el nuevo amigo que te hice. Gracias por seguirme la corriente, querido Val." Me incliné y lo besé en la mejilla. Hacía como si quisiera parecer amenazante y despreocupado de los demás, pero tenía un corazón mejor de lo que dejaba ver. De todos mis hermanos, era el que entendía mejor, pues ninguno de los dos podía soportar que le dijeran qué hacer. Él simplemente tenía la desgracia de no poder manejar a Papá como yo podía, lo que hacía que la relación entre ellos fuera muy infeliz.

"Asegúrate de que no necesites más rescates," respondió. "Voy al pueblo a tomar algo y no estaré aquí para salvarte de nuevo. Deberías conseguir que alguien más lo haga de ahora en adelante, porque te aseguro que no tengo intención de pasar las próximas dos semanas con Pike." Comenzó a alejarse y, sin mirar atrás, dijo: "Lo digo en serio sobre pagar por el truco."

***

La afirmación de mi padre de que estaría ocupado con sus oficiales navales resultó ser sorprendentemente precisa. Estuvieron presentes en la cena, pero una vez que nosotras, las mujeres, dejamos su compañía, no los volvimos a ver, ya que pasaron su tiempo en el estudio. Solo el señor Pike y Phineas se dirigieron al salón para unirse a nosotras después de una copa de oporto. Valentine, tal como había prometido, se fue al pueblo y probablemente no regresaría hasta bien entrada la noche.

Había esperado que Lucy trajera consigo la respuesta más reciente de su tío a Blackwick, pero me informó que aún no había recibido una, algo que simultáneamente me intrigaba y decepcionaba.

¿Acaso el señor Russell tenía la intención de ignorar a Lucy ahora? ¿O quería hacerla esperar más tiempo para retrasar su próxima carta a él? De cualquier manera, me aseguraría de que Lucy siguiera escribiéndole, con respuesta o sin ella.

Mis otros esfuerzos por fomentar el compromiso, sin embargo, estaban siendo frustrados. Hasta ahora, la señora Westwood se había mantenido al lado de Lucy cada vez que el señor Pike estaba presente, y empezaba a darme cuenta de lo difícil que sería mi propio papel.

A última hora de la mañana siguiente, estaba en la biblioteca con la cocinera, revisando el menú de la semana cuando escuché el distante rumor de las ruedas de un carruaje acercándose. Apartando la cortina de encaje de la ventana junto a mí, miré el largo camino de grava que conducía a Blackwick.

Mi padre me había pedido que me asegurara de que el capitán Stokes fuera recibido adecuadamente y luego enviado a unirse a los hombres en el estudio. No sabía si había olvidado mi fascinación juvenil por el capitán o simplemente confiaba en que hacía mucho tiempo que

había superado tal cosa, pero estaba lo suficientemente ansiosa como para obedecerle.

Taché una línea y garabateé un cambio sobre ella. “Creo que el pollo asado será más adecuado para la cena del jueves. En general, el menú es satisfactorio.” Soplé sobre la tinta y le entregué el menú a la cocinera, quien lo tomó, hizo una reverencia y se fue.

Mantuve mis acciones medidas mientras colocaba la pluma en su soporte y me levantaba de la silla. Con un rápido vistazo al espejo en la pared a mi izquierda, alisé la parte delantera de mi vestido, una muselina azul cielo con una camisola blanca impecable.

Me llevé una mano al peinado, retorciendo uno de los rizos que enmarcaban mi rostro alrededor de mi dedo para suavizarlo. Cuando el capitán Stokes me había conocido apenas comenzaba a llevar el cabello recogido, pero la cantidad de tiempo que pasaba en las cubiertas de los barcos apenas era propicia para una apariencia ordenada. Mi padre a menudo lamentaba lo poco femenina que me estaba volviendo.

Salí de la biblioteca a paso rápido y me dirigí hacia afuera, sin prestar atención a cómo mi corazón latía nerviosamente. Tomando la falda de mi vestido en la mano, bajé los escalones de piedra justo cuando el carruaje se detenía. Dos lacayos me seguían, uno listo para llevar las maletas del capitán Stokes y el otro para llevarlo al estudio.

Forcé una expresión agradable en mi rostro, pero mi mente estaba llena de uno de mis últimos recuerdos de él. Había cenado con mi familia esa noche, un honor indiscutible de parte de un hombre tan austero como mi padre, y lo había buscado después para ver cómo le había parecido. Sin embargo, me detuve en seco cuando escuché que estaban discutiendo entre él y los otros tenientes, que estaban jugando a las cartas y bebiendo en la sala de oficiales.

“¿Lograste que cenara con el capitán, entonces? ¿Crees que te promoverá ahora?”

“No se puede decir,” dijo el teniente Stokes, barajando las cartas.

“Bueno, sería mejor que aprovecharas tu oportunidad con la señorita Donovan, al menos, mientras la tengas. Se dice que el capitán la enviará a casa tan pronto como lleguemos al puerto.”

Stokes soltó una pequeña risa. “No soy tan tonto como para jugar con la hija del capitán. Me colgaría por ello. Además, ella es demasiado arisca para mi gusto.”

Los hombres rieron.

“¿Demasiado agresiva para ti, es eso?” ofreció uno de los tenientes.

“Demasiado parecida a su padre,” bromeó otro.

“¿O hiere tu orgullo que ella sepa tanto de navegación como tú?”

“Pongámoslo de esta manera,” dijo el teniente Stokes. “Ella tiene todas las cualidades que la harían una buena oficial, pero ninguna de las que uno quiere en una esposa sumisa.”

“¿Una esposa? Creo que no. Aunque sería una buena amante, ¿no crees? ¡Fogosa, dominante y un bonito brazo lleno!”

Los hombres estallaron en carcajadas y, con el rostro ardiendo de vergüenza, me giré y me alejé antes de que pudieran decir más.

El teniente Stokes fue ascendido a primer teniente después de eso, y yo fui enviada a casa.

Mi mandíbula se tensó mientras el postillón desmontaba y se dirigía a abrir la puerta de la chaise.

Marmaduke Russell emergió.

Capítulo 7

La sorpresa dio paso a una extraña mezcla de enojo y, si soy sincera conmigo misma, felicidad. No era frecuente que me quedara sin palabras, pero este era uno de esos momentos.

El señor Russell me sonrió al bajar del carruaje, con su sombrero de copa colgando de una de sus manos a su lado. Hizo una reverencia, luego se colocó el sombrero en la cabeza, luciendo mucho más apuesto de lo que lo recordaba, y mi memoria no lo había considerado nada deficiente.

"¿Qué hace usted aquí?" solté de repente. Mi apariencia podría ser lo suficientemente refinada, pero no podía ocultar mi tendencia a ser directa, especialmente cuando me sorprendían, como ahora.

Él levantó las cejas. "¿No me dijo usted que mi correspondencia con una mujer soltera me hacía un tutor inadecuado? Obsérveme arrepentido. Ahora puedo conversar con usted de una manera aprobada por la sociedad y atender mis responsabilidades como tutor. Pensé que estaría complacida… e impresionada."

Lo miré fijamente, notando el movimiento del lacayo cercano. "Déjelo, Reeve." Acababa de tomar la valija del señor Russell del cajón detrás del carruaje, pero se detuvo, dejando el maletín lentamente en el suelo. "El señor Russell no se quedará."

"¿Está usted segura de eso, señorita Donovan?" preguntó el señor Russell.

"Más segura que de cualquier otra cosa, señor."

"Muy bien," dijo. "Pero si me voy, Lucy también se va."

Apreté los dientes. Como su tutor, ciertamente tenía el poder de hacerlo. ¿Cómo había llegado a saber que ella estaba aquí? Tanto por la imagen que Lucy había pintado de un tutor distante.

La puerta se abrió detrás de mí, y miré por encima del hombro para ver a Valentine. Las sonrisas no eran una expresión común para él, pero ahora tenía una. Era torcida y traviesa, probablemente una de las razones por las que tantas mujeres habían caído víctimas de un hombre con una personalidad tan arisca.

"Russell," dijo. "Qué bueno que hayas podido venir. Puedes llevar sus maletas a la Habitación Verde, Reeve."

Una vez más, me encontré luchando por encontrar palabras, observando desconcertada cómo mi hermano estrechaba la mano del señor Russell.

"No, Reeve," logré decir.

Él volvió a dejar las maletas, mirando entre Valentine y yo con ojos grandes y cautelosos.

La sonrisa de Valentine, molesta y victoriosa, se amplió cuando nuestras miradas se encontraron. "Dijiste que podía invitar a alguien, ¿no?"

"Un amigo. Dije que podías invitar a un amigo. Ustedes dos ni siquiera se conocen."

"Pero sí nos conocemos," dijo el señor Russell. "Nos conocimos en la iglesia. Y luego, anoche, en The Feather and Fawn."

"Gracias por la bebida, por cierto," dijo Valentine.

"Fue un placer." El señor Russell me miró. "Siento como si su hermano y yo nos conociéramos de toda la vida."

Valentine le dio una palmada en la espalda amistosamente, un gesto tan extraño para su personalidad reservada como lo hubiera sido si hubiera abrazado a mi padre.

Lo miré fijamente. Así era como se sentía ser derrotada por el enemigo, y no me gustaba en

absoluto. Pero si insistía en la partida del señor Russell, Lucy también tendría que irse. Y seguramente sería más fácil vengarme del señor Russell teniéndolo cerca.

"Muy bien," dije alegremente. "Pero pongámoslo en la Habitación Roja. Al lado de la señora Westwood."

El señor Russell sostuvo mi mirada, sonriendo ante la táctica, pero me pareció ver un brillo de venganza prometida en sus ojos. "Donde usted considere apropiado, señorita Donovan."

Levanté una ceja. "Entonces, en las caballerizas." No le dejaría saber que no me molestaba tenerlo aquí en Blackwick, que sería mucho más fácil persuadirlo para que aprobara a Lucy y al señor Pike si podía observarlos juntos y yo podía observarlo a *él*.

"¿Dónde están tus modales, hermana?" dijo Valentine. "Lleva sus maletas a la Habitación Roja, como dijo mi hermana, Reeve." Y con eso, se dio la vuelta, y lo vi desaparecer por la puerta. Era muy típico de Valentine irse tan abruptamente, sin una palabra. Difícilmente las acciones de un querido amigo.

“Deseaba verla nuevamente, señorita Donovan,” dijo mientras el postillón montaba su caballo y la calesa avanzaba alejándose de la casa.

Ignoré sus palabras, destinadas a provocarme. Estaba demasiado interesada en sus tácticas como para distraerme con ellas. “¿Cómo logró conseguir una invitación de Valentine, de todas las personas? Supongo que fue la señora Westwood quien le alertó sobre la presencia de Lucy aquí.”

“Supone correctamente,” dijo. “Mujer de confianza.”

Levante una ceja. Si pretendía que eso fuera un insulto hacia mí, estaba muy equivocado. No era mi responsabilidad informar al guardián de Lucy sobre su paradero.

“En cuanto a la invitación” se encogió de hombros “supongo que soy simplemente el tipo de hombre que la gente desea que asista a una fiesta en casa.”

Miré más allá de él, dándome cuenta de que, no solo la calesa en la que había llegado se estaba yendo, otra se estaba acercando. El capitán Stokes, sin duda. Qué oportuno.

El señor Russell se volvió para ver hacia dónde miraba. “Ah, más compañía.”

“Sí,” dije, “aunque este carruaje resulta estar lleno de alguien esperado.”

Su nariz se arrugó ligeramente. “Más bien aburrido, ¿no?”

Presioné mis labios para evitar una risita, y el señor Russell se movió hacia mí para hacer espacio para el carruaje.

El conductor descendió de la caja tan pronto como el carruaje se detuvo y se apresuró a abrir la puerta.

El capitán Stokes, vistiendo su uniforme completo de la Marina, emergió. No lo había visto en casi una década, pero el tiempo había sido amable con él. Estaba tan apuesto como siempre, con sus cabellos dorados tocados por el sol, mandíbula fuerte y nariz recta. Más allá de reconocer su atractivo, sin embargo, no sentía ninguna de las chispas que me habían consumido todos esos años atrás. La única chispa que sentía era de resentimiento—un deseo de ponerlo en su lugar y de alguna manera vengarme de él.

Los ojos del capitán Stokes se dirigieron inmediatamente hacia mí, examinándome de pies a cabeza con el tipo exacto de apreciación que habría hecho que mi corazón se desbordara a los quince años. Eché una mirada de reojo al señor Russell, cuya ceja se levantó ante el lento y conspicuo estudio del capitán Stokes sobre mi rostro y figura.

“Señorita Donovan,” dijo el capitán. “Ha pasado una eternidad desde la última vez que nos vimos.”

“Así es,” dije, infundiendo a mi voz toda la cordialidad que pude reunir. A lo largo de los

años, su voz había estado en mi mente más de lo que me gustaría admitir, siempre con esas mismas palabras: *Ella tiene todas las cualidades que la harían una buena oficial, pero ninguna de las que uno desea en una esposa sumisa.*

Su mirada se desvió hacia el señor Russell, y vaciló un momento. “Sigue siendo señorita Donovan, supongo? ¿Sigue soltera?”

“Soltera, sí,” dije, con la boca sonriendo, pero con las fosas nasales abiertas. “Recordará que no soy lo suficientemente sumisa para esa institución.”

El capitán Stokes me miró intensamente, como si intentara decidir si lo que había dicho era mera coincidencia o no. Después de todo, él no sabía que había escuchado sus palabras sobre mí. “¿He interrumpido un encuentro clandestino, entonces?” preguntó.

Abrí la boca, pero antes de que pudiera responder, el señor Russell intervino. “Sí.” Su mirada estaba fija en el capitán, civil pero evaluadora.

Lo miré, con el ceño fruncido en una mezcla de confusión e irritación, y mis mejillas se calentaron. Lo último que necesitaba era que hiciera pensar al capitán Stokes que había recurrido a ser el coqueteo de alguien o una dama de compañía. En cualquier caso, ¿quién sería lo suficientemente ridículo como para tener un encuentro clandestino en un lugar como este, a plena vista de todas las ventanas frontales de la casa?

“Capitán Stokes,” dije, “permítame presentarle al señor Russell. Es un amigo de Valentine.” Eché una mirada al señor Russell para mostrarle lo que pensaba de tal descripción.

Observé cómo los hombres intercambiaban reverencias, deseando que pudieran destruirse mutuamente y liberarme de la necesidad de hacerlo yo misma. Si uno de ellos debía ganar, preferiría que fuera el señor Russell, aunque eso me sorprendía un poco.

Pero los dos no eran enemigos, y sus saludos, aunque evaluadores, eran lo suficientemente amables.

Suprimí un suspiro. Tendría que derrotarlos yo misma. Y, sin embargo, me echaba atrás ante la idea, escuchando las palabras de Sun Tzu en mi cabeza. *Podemos mantener nuestras fuerzas concentradas, mientras que las del enemigo deben estar divididas.*

Derrotar al capitán Stokes y al señor Russell sería dividir mis fuerzas, y no podía permitirme hacerlo.

Miré al capitán Stokes nuevamente, un enemigo para mí desde los quince años. Era apuesto, seguro de sí mismo hasta el punto de la arrogancia, y más condescendiente que nunca como capitán. Aunque sería encantador humillarlo, no tenía poder sobre el futuro, solo sobre el pasado.

Miré al señor Russell, un enemigo nuevo pero formidable, que tenía un poder considerable sobre el futuro de Lucy...y que me irritaba hasta el extremo.

Si tuviera que elegir enfocar mis esfuerzos en uno de los dos hombres, el señor Russell sería mi elección.

Capítulo 8

Una vez que Reeve regresó, le di instrucciones para que guiara al capitán Stokes al estudio, con la esperanza de ver lo menos posible al capitán durante su estancia en Blackwick.

Pero por ahora, tenía algunas cosas más que decirle al señor Russell.

“Espero que disfrute su estancia aquí en Blackwick, señor Russell.” Con lo que quería decir que tenía la intención de hacerle la vida completamente miserable.

Él sostuvo la puerta abierta para que yo entrara. “No tengo ninguna duda de que así será.” La manera en que me miró al decirlo me dejó en duda sobre su intención. ¿Anticipaba disfrutar verdaderamente de su estancia? ¿O creía que me derrotaría y aplastaría el entendimiento entre el señor Pike y Lucy?

“¿Entendí que mis cosas fueron llevadas a la Habitación Roja? ¿Podría mostrarme el camino?”

“Por supuesto.” Esperaba que la señora Westwood apareciera desde su dormitorio vecino justo a tiempo para darle la bienvenida...y molestarlo.

“Me gustaría cambiarme la ropa de viaje,” explicó, “a menos que, claro está, ¿haya planes de salir nuevamente?”

Le levanté las cejas y lo miré mientras llegábamos a las escaleras. “No estoy segura de poder decirlo. No tengo idea de lo que Valentine ha planeado para *sus* amigos.” Era inevitable que el señor Russell pasara tiempo con nosotros, pero no tenía intención de facilitárselo.

Sus ojos brillaron con aprecio, pero me privaron de escuchar su respuesta con la aparición de los demás en la parte superior de las escaleras. La consternación en los ojos de Lucy al ver a su tío habría sido cómica si no la hubiera sentido tan agudamente yo misma hacía apenas un cuarto de hora.

“Señor Russell,” dijo la señora Westwood con sorpresa. “No tenía idea de que pensaba venir a Blackwick.”

“Parece ser el orden de esta fiesta en casa, ¿no?” dije mientras él y yo llegábamos a la parte superior de las escaleras. Resultaba irónico que la señora Westwood hiciera tal comentario cuando ella también había llegado sin ser invitada.

“Recibí su carta,” dijo el señor Russell, “por lo que le agradezco. Como resultado, sentí que era mi deber atender el estímulo de la señorita Donovan y ser un guardián más involucrado. Ella está tan llena de sabiduría.”

“Podría ofrecerle mucho más estímulo para que lo atienda,” dije entre dientes.

Él levantó una mano. “Una cosa a la vez, por favor, señorita Donovan. Mi constitución, ya sabe, es algo débil.”

Dudaba que hubiera algo débil en la persona capaz del señor Russell.

Mantuvo mi mirada, la suya era tan serena, pero brillaba con una satisfacción divertida. “Decrepito, creo, fue la palabra que alguien usó recientemente.”

“De acuerdo,” dijo la señora Westwood, “si su constitución es capaz de soportarlo, saldremos a dar un paseo por el bosque en un cuarto de hora.”

Apreté mis dientes con la invitación no deseada.

“No hay nada como el aire libre,” continuó, *“con el precioso cutis protegido contra los estragos de los severos elementos de la naturaleza, se puede aprovechar al máximo los beneficios del aire fresco para los pulmones.”*

El señor Russell me echó una mirada, y yo mordí el interior de mi mejilla para no sonreír.

No necesitaba a Sun Tzu para decirme lo imprudente que era compartir diversión con el enemigo.

"Me aseguraré de proteger mi cutis," dijo el señor Russell humildemente.

Y, fiel a su palabra, apareció afuera un cuarto de hora después con un sombrero de castor de ala ancha. Su repentina aparición en Blackwick nos había convertido en un grupo desigual, especialmente dado que no se podía contar con Valentine para aumentar nuestro número. Eso hacía que las cosas fueran algo incómodas. Él tomó su lugar junto a Lucy, obligando al señor Pike a quedarse atrás con la señora Westwood, mientras yo observaba desde el fondo.

El señor Russell me estaba obligando a cambiar continuamente mi estrategia—la marca de un enemigo capaz. Pero yo estaba a la altura de la tarea. Tenía que estarlo.

A medida que nos dirigíamos hacia los senderos boscosos con sus caminos sinuosos, observaba al señor Russell y a Lucy—el ángulo cauteloso de sus cejas mientras respondía a su expresión habitualmente tranquila. Elegir caminar a su lado era, por supuesto, estratégico. No tenía dudas de que lo haría a menudo, tratando de evitar que el señor Pike y Lucy se emparejaran. Debe ser un alivio para la señora Westwood, sin embargo, no tener que cargar con el comportamiento de su protegida en su única conciencia.

Cuando llegamos al bosque, el señor Russell cedió su lugar al lado de Lucy y, con una mirada breve pero significativa hacia la señora Westwood, se unió a mí en la parte trasera del grupo. La señora Westwood parecía haber entendido el rápido intercambio, pues se situó justo detrás de Lucy y el señor Pike en el sendero—lo suficientemente cerca como para escuchar su conversación.

"¿Pretende que el señor Pike y su sobrina nunca tengan un momento de privacidad?" pregunté mientras cambiábamos el calor del sol en nuestras espaldas por el frío de los bosques sombreados. Olía a humedad y a césped bajo la casi completa cobertura de las ramas frondosas arriba.

"¿Está usted decidida a que nunca digamos una palabra sobre un tema que no sea el de Lucy y el señor Pike?" replicó él.

"No es mi culpa que el tema deba ser abordado tan a menudo. Usted se niega continuamente a discutirlo por una razón u otra."

"Quizá sea porque tengo otros temas que prefiero discutir con usted, señorita Donovan."

Le lancé una mirada dudosa, y él sostuvo mi mirada sin inmutarse. Por alguna razón, eso hizo que mi corazón saltara.

"Entonces," continuó, "¿qué le parece esto? Diez minutos al día de conversación sobre Lucy y el señor Pike."

Lo miré, pero la relativa oscuridad del bosque hacía difícil ver su expresión. No que eso me hubiera dicho mucho. Envidiaba su habilidad para mantener ocultos sus pensamientos.

Diez minutos no eran mucho, ciertamente, pero podría convertir diez en veinte si era hábil, y podría mantenerme alejada de él el resto del día sin problemas.

"Hecho," dije.

Él levantó una mano. "No tan rápido, señorita Donovan. No había terminado. Estos diez minutos de conversación están a su disposición *solo* si primero hemos conversado sobre una serie de otros temas. Así que, no, no podrá evitarme durante todos los días excepto diez minutos."

Apreté mis labios para detener mi sonrisa, pues él había percibido fácilmente mis pensamientos.

"¿Todavía tenemos un acuerdo?" Se detuvo y se volvió hacia mí, extendiendo una mano.

Lo miré, observando su mano. No la estrecharía hasta estar segura de que estaba tomando la decisión correcta, de que no había estrategias ocultas por su parte. “¿Por qué? ¿Por qué desea hablar conmigo sobre otros temas?”

“Porque me gusta.”

Su respuesta franca me tomó por sorpresa y me dejó momentáneamente sin palabras.

“Eso es imposible,” dije. No había sido más que desagradable con el señor Russell. Esto era simplemente parte de su intención de someterme, de seducirme para pensar en él como algo más que mi enemigo.

Él sacudió la cabeza, sin apartar los ojos de los míos. “Le aseguro que no lo es.” Su mano seguía extendida, pero no me moví para tomarla, aun considerando su propuesta y sus estipulaciones.

Fuerza al enemigo a revelarse, para descubrir sus puntos vulnerables, decía Sun Tzu.

Dado mi experiencia con el señor Russell hasta este momento, tenía mis dudas de que siquiera tuviera puntos vulnerables. Pero eso era tontería, por supuesto. Todos tenían vulnerabilidades. Un buen comandante se aseguraba de descubrirlas, y esta propuesta me permitiría hacer precisamente eso.

“Debemos cuantificar las cosas más,” dije.

Él bajó la mano. “¿Cuantificar qué exactamente?”

Me encogí de hombros. “¿Cómo sabré cuándo he alcanzado la cuota necesaria de conversación para permitir la discusión sobre la situación de Lucy y el señor Pike? Si no es una cantidad mensurable, podría fácilmente alegar que no he cumplido con su requisito cada día.”

Una esquina de su boca se curvó, dando al indicio de una sonrisa un matiz irónico. “Qué mal piensa de mí, señorita Donovan. Le aseguro que jugaré de manera justa. Pero, para tranquilizarla, digamos que cualquier discusión sobre el señor Pike y Lucy ocurrirá solo después de la cena, siempre que hayamos pasado una hora en compañía mutua durante el día.”

Una hora. Una hora a cambio de diez minutos. Parte de mí deseaba rebelarse ante su estipulación, ante su intento de controlarme, de halagarme para que lo apreciara tanto que no lo confrontara en esta batalla. Pero no avanzaría contra él hasta comprenderlo mejor. No había forma de evitarlo.

Extendí mi mano de manera decidida, y él la tomó en un apretón firme.

“¿Tiene un reloj de bolsillo?” pregunté.

Sus cejas se alzaron, pero sacó uno de su abrigo. Me miró, y la comprensión apareció en sus ojos. “Desea que anote la hora.”

Asentí. Tenía la intención de mantener al señor Russell honesto y a mí misma protegida.

***

Para cuando llegó la cena, estaba impaciente, deseando hacerle preguntas no formuladas al señor Russell. Había aprendido algunas cosas sobre él durante el día. Era del noroeste de Kent y poseía una finca llamada Birchleigh Hall. Después de la muerte de su medio hermano mayor—el padre de Lucy—heredó la finca y una fortuna muy cómoda. Tenía dos hermanos menores, pero ninguno de sus padres estaba vivo. Mientras caminábamos por los senderos del bosque, él había estado jugando frecuentemente con el anillo de sello en su mano derecha.

Nada de esta información era particularmente útil para mí.

Él también me había hecho preguntas, por supuesto, lo que me resultó mucho menos cómodo. No había considerado cómo nuestro tiempo juntos le permitiría conocerme mejor, y eso era algo peligroso para permitirle a un enemigo.

Pero era un mal necesario, y decidí no desperdiciar ni un momento en su compañía. La

observación cuidadosa garantizaría que siempre tuviera la ventaja. Aun así, salí de mis observaciones con menos municiones de las que esperaba.

Su trato con el señor Pike fue respetuoso y civil, aunque algo frío, lo que me hizo sentir aún más curiosidad por sus razones para oponerse al matrimonio. Nada tenía sentido.

Tales acertijos ocupando mi mente significaban que apenas noté al capitán Stokes en la mesa de cena, a pesar de que dominaba la conversación y trató de captar mi atención en varias ocasiones. Simplemente lo ignoré, pues estaba demasiado ocupada revisando cómo usar los preciosos diez—o veinte, si todo iba bien—minutos que pronto tendría a mi disposición. Basado en la pequeña arruga entre sus cejas cada vez que el capitán hablaba, parecía que la opinión del señor Russell sobre el capitán iba bajando cada vez más, un hecho que no podía evitar hacerme gustar un poco más a él.

Mi padre se dirigió a Mr. Russell una o dos veces durante la cena, y parecía aprobar las respuestas que recibió. Esto era algo, ciertamente, porque había estado predispuesto a no gustarle Mr. Russell al entender que era amigo de Valentine.

Nosotras, las mujeres, dejamos a los hombres con su oporto y nos dirigimos al salón. Era una noche cálida, y las dos puertas francesas allí se habían abierto para dejar entrar la leve brisa que la noche ofrecía. Mrs. Westwood se fue a buscar un par de medias para remendar, y yo aproveché la oportunidad para hablar en privado con Lucy.

"No es exactamente la reunión que habíamos planeado, ¿verdad?" Le lancé una mueca de simpatía, pues dudaba que ella y Mr. Pike hubieran tenido más de un minuto de conversación privada hoy.

"No," dijo, "pero lo siento más por ti, Di. Sé que mi prima no es el huésped más fácil. ¿Y mi tío?" Mostró los dientes apretados.

"No te preocupes por mí, Lucy. Puedo manejarlo e incluso, espero, aprovechar su presencia para ti y Mr. Pike."

Tomó mi mano, mirándome con una esperanza lastimera. "¿De verdad lo crees?"

De repente sentí el peso de sus esperanzas sobre mis hombros, de lo que significaría si *no* lograba persuadir a Mr. Russell de que estaba equivocado al negarles su unión. "Haré todo lo que esté en mi poder para lograrlo."

Cuando Mr. Russell, Valentine, Phineas y Mr. Pike entraron en el salón un rato después, tuve que hacer un esfuerzo para mantenerme en mi asiento en lugar de correr hacia Mr. Russell y bombardearlo con mis preguntas. Pero él estaba en medio de una conversación con mis hermanos, y algo que dijo provocó una risa tanto en Phineas como en Valentine.

Lo miré sorprendida. ¿Qué clase de comentario podía lograr tal hazaña? De los cuatro hijos de mi familia, Phineas y Valentine eran los que menos tenían en común entre sí.

Mr. Russell miró alrededor de la habitación, y su mirada se detuvo al llegar a mí.

Intenté comunicarle en silencio que era hora de cumplir su palabra.

Sus ojos se dirigieron a Lucy y a los demás. En mi preocupación por decidir cómo utilizar mi tiempo con él, no se me había ocurrido lo imposible que sería discutir las cosas aquí. Apenas era un lugar privado.

Por supuesto, él lo había planeado con ese propósito.

Me levanté del sofá en el que había estado sentada y caminé hacia él.

"*Tendré* mis diez minutos, Mr. Russell," dije.

Él hizo una leve reverencia. "Me halaga su determinación de pasar tiempo conmigo, Miss Donovan. Le aseguro que yo también estoy ansioso por estar en el suyo."

"¿Jugamos, Russell?" Valentine estaba a unos pasos, con las cartas en la mano.

Mr. Russell me miró como para medir mi reacción.

Levanté un hombro. “Siempre y cuando entienda que no se irá a dormir esta noche hasta que haya cumplido su promesa.”

Él sonrió ligeramente. “No desearía hacerlo.”

Capítulo 9

No me quedaba claro si Valentine y Mr. Russell estaban confabulando; ciertamente no hubiera puesto en duda que Valentine intentara frustrarme solo por el placer de hacerlo, pero su partida de cartas no terminó hasta que Mrs. Westwood, Lucy y Mr. Pike se retiraron a dormir. Solo Phineas y yo quedamos, ambos con un libro en la mano. Desde que empecé a leer, había pasado la página dos veces, mientras que Phineas lo había hecho más veces de las que podía contar.

Estaba distraída por la molestia y la impaciencia, y cada risa de Mr. Russell y Valentine me hacía apretar los dientes. Cuando Valentine soltó una risa particularmente estruendosa justo cuando el reloj marcaba las diez, Phineas levantó la vista y, tras un momento de vacilación, cerró su libro y se levantó.

No se iba a dormir. Lo conocía lo suficiente como para saber que su destino era la esquina noroeste de la biblioteca. Siempre había sido de los que se quedaban despiertos hasta tarde leyendo.

¿Y yo? Me quedaría despierta hasta el amanecer si eso era lo que se requería para obtener respuestas de Mr. Russell. Al darme cuenta de que mi salida del salón podría ser precisamente lo que se necesitaba para terminar la partida de cartas, seguí a Phineas fuera de la habitación.

Las lámparas de pared estaban encendidas, haciendo que el pasillo brillara con puntos de luz concentrada. Me detuve un momento fuera de la puerta del salón, luego me senté en el pequeño asiento junto a la ventana que las cortinas ocultaban en su mayor parte. La luz de la lámpara más cercana me permitió seguir leyendo las mismas tres frases que había estado leyendo durante la última media hora.

Solo tuve que esperar unos minutos antes de que la puerta se abriera y Valentine y Mr. Russell salieran.

"Buenas noches, Russell," dijo Valentine.

"Buenas noches."

Se escucharon pasos de retirada, y me apresuré a ponerme de pie. Difícilmente podría ir a golpear la puerta de Mr. Russell si llegaba antes de que yo lograra detenerlo.

Aparté la cortina y salí apresurada, chocando contra Mr. Russell.

"Miss Donovan," dijo, sus manos sosteniendo mis brazos. "¿Adónde va con tanta prisa? ¿Y a esta hora de la noche?"

Recuperando la compostura, retiré mis brazos de sus manos. "Usted sabe muy bien la respuesta a eso."

Su boca se curvó en una leve sonrisa, y la luz desigual proyectada por las lámparas más cercanas arrojaba sombras dramáticas en su rostro, haciéndolo parecer particularmente apuesto. "¿Otro encuentro clandestino conmigo? Y nada menos que a medianoche. Sigo sintiéndome halagado por usted."

"No es medianoche. Son solo las diez. Y estaba pensando menos en un encuentro clandestino y más en la idea de estrangularlo mientras duerme en su cama. ¿Sigue halagado?"

"Está enojada," dijo, como si no acabara de amenazar con matarlo. "Lo siento. Anoche, le había prometido a su hermano una partida de piquet, y él estaba decidido a que ocurriera esta noche. Como él fue quien me invitó a Blackwick, y dado que no había oportunidad para que usted y yo habláramos en privado en ese momento, no vi razón para negarme."

Más abajo en el pasillo, un lacayo con una bandeja de plata entró en el estudio. Refrescos

para mi padre y sus invitados, sin duda.

"¿Desea hablar aquí?" preguntó Mr. Russell.

"No. Podemos hablar en la biblioteca."

Una pizca de vacilación apareció en los ojos de Mr. Russell.

"¿Qué sucede?" pregunté impacientemente. "Se da cuenta de que no le permitiré ir a la cama hasta que hayamos hablado, ¿verdad?"

"Estoy mucho menos reacio a pasar tiempo con usted de lo que cree, Miss Donovan. Es solo que..."

"No se preocupe; no le haré daño allí."

Él soltó una leve carcajada, y el sonido produjo una inesperada sensación de triunfo dentro de mí. Era una reacción idiota. No estaba allí para hacerlo reír; estaba allí para obtener una victoria sobre él. "Ese no era mi temor. Es tarde, Miss Donovan. Y, aunque la idea de un *tête-à-tête* con usted me atrae más de lo que debería admitir, si nos encontraran..."

Me obligué a no detenerme en su comentario sobre la atracción de un *tête-à-tête*. Estaba preocupado por mi reputación. O, tal vez, temía lo que mi padre haría si descubría que nos habían encontrado solos juntos a altas horas de la noche. Si era lo último, no podía culparlo.

"Muy galante de su parte, Mr. Russell. Pero no he perdido tanto la decencia como supone. Phineas está leyendo en la biblioteca, proporcionando un guardián perfectamente respetable contra cualquier intención que pueda tener sobre mi virtud. ¿O prefiere que despierte a Mrs. Westwood para que actúe de chaperona?"

"Dios mío, no," dijo, luciendo ligeramente horrorizado.

"Es mejor así," dije, dirigiéndome a la puerta de la biblioteca, "pues, sin duda, nos acosaría con máximas llenas de culpa, y entonces sí estaríamos obligados a tener un encuentro clandestino a medianoche para llevar a cabo este asunto."

"He cambiado de opinión," dijo, deteniéndose justo afuera de la puerta de la biblioteca y plantando los pies firmemente. "Despierte a Mrs. Westwood de inmediato. O tal vez podríamos omitir eso y simplemente organizar este encuentro a medianoche del que habla."

Sabía que estaba bromeando, pero mi mente evocó la imagen de nosotros dos en la terraza en la oscuridad, enviando un extraño escalofrío por mis brazos.

Le lancé una mirada poco divertida y abrí la puerta de la biblioteca. Después de un momento de fingida obstinación desmentida por el brillo de humor en sus ojos, él entró. Tal como había supuesto, Phineas estaba en la esquina más alejada, sentado en un sillón de orejas con un libro abierto que le ocultaba la cara. No lo bajó de inmediato, seguramente terminando de leer una frase, pero cuando lo hizo, fue con una rápida e indiferente mirada por encima de sus gafas de montura delgada. Su cabello rubio arena estaba ligeramente desordenado, como si leer un libro requiriera cierta resistencia física.

"Estás aquí para hacer de chaperón, Phin," dije.

"¿Hmm?" respondió, con su atención ya de vuelta en su libro.

Le sonreí a Mr. Russell y me senté en una de las sillas más cercanas al fuego. "Solo asegúrate de que Mr. Russell no intente secuestrarme. Eso es todo."

La única respuesta que Phineas concedió a esto fue un distraído "Mmhmm."

"¿Notaría si la *secuestrara*?" preguntó Mr. Russell en voz baja, su mirada curiosa en Phineas mientras tomaba asiento en la silla junto a mí.

“Probablemente no.”

“Información útil,” dijo el señor Russell.

“Ahora,” dije, ignorando su intento de molestarme, “ha llegado el momento de que cumpla

con su parte del trato."

Asintió, sacando su reloj de bolsillo de su abrigo, un gesto que encontré extremadamente molesto. "El tiempo es doce minutos pasadas las diez."

"Después de cuánto me hizo esperar, ¿piensa ser específico con los diez minutos?" dije con incredulidad.

Él miraba el reloj. "Quedan nueve minutos y cincuenta y cinco segundos."

Fruncí los labios con frustración, pero cuanto más discutía, más tiempo perdía. No pondría en duda que simplemente podría abandonar la biblioteca cuando hubieran pasado los diez minutos. "Muy bien. ¿Por qué no le gusta el emparejamiento entre Lucy y el señor Pike? ¿Tiene algo en contra del señor Pike?"

Se recostó y cruzó el tobillo sobre su rodilla, colocando el reloj en el reposabrazos de la silla a su lado. "Eso no es asunto mío para decirlo."

Lo miré fijamente. "¿No es su opinión sobre el señor Pike asunto suyo?"

"Ofrecer mi opinión requiere divulgar *información* que no me corresponde."

Apreté la mandíbula. "Señor Russell, me dio su palabra de que podríamos hablar sobre Lucy y el señor Pike durante diez minutos cada día."

"Y así lo haremos. Por ejemplo, puede decirme por qué aprueba tan fervientemente el emparejamiento."

"Eso difícilmente calificaría como una discusión, ¿no? Tampoco es lo que quise decir, lo sabe muy bien. Simplemente está decidido a ser difícil."

Él sonrió. "Podría señalar que me *ha* frustrado en muchas ocasiones, llegando incluso a invitar a mi pupila y al señor Pike a una fiesta en la casa después de que di instrucciones específicas de que no se vieran. Su nivel de indiferencia al decir esto era casi asombroso. Estaba seguro de que estaría furioso conmigo.

"Instrucciones dadas a la señora Westwood," señalé. "*Usted* me dijo que no me entrometiera en los problemas de tutela de Lucy, así que ignoré específicamente sus deseos cuando la señora Westwood los mencionó. Además, tanto Lucy como el señor Pike son amigos míos. ¿Por qué no iba a invitar a mis amigos a una fiesta en la casa?"

Levanto una ceja y entrelazó las manos mientras me observaba. Tal vez era el color de sus ojos, un verde claro y sutil, lo que me daba la sensación de que podía ver a través de mí de alguna manera. Era inquietante, y no me gustaba.

"Pensé que el señor Pike era el invitado de Valentine. Además, es una fiesta bastante peculiar cuando las invitaciones solo incluyen a dos jóvenes solteros, ¿no es así?"

"De acuerdo, usted y la señora Westwood se aseguraron de que no fuera el caso, ¿no? Y hay cinco personas más aquí, lo sabe."

"Ah, sí, nuestro querido capitán Stokes."

Mantuve su mirada, sin anticipar tal comentario. ¿Por qué eligió señalar al capitán entre todos los otros invitados que había conocido desde su llegada más temprano ese día?

Pero no deseaba discutir al capitán Stokes con el señor Russell, ya que el capitán formaba parte de una época en mi vida cuando había sido más ingenua, y lo último que necesitaba era que él conociera mis debilidades. "Deje de cambiar de tema, señor Russell. ¿Por qué no le gusta el emparejamiento? Seguramente puede hablar en generalidades."

Frunció el ceño pensativamente. "Tengo muchas razones."

Crucé los brazos y lo miré expectante. "Lo escucho."

Su mandíbula se movió. "Le daré una razón." Sonrió, como si la idea le agradara aún más ahora que la había dicho. "Una razón cada noche."

Solté una pequeña risa. “¿Es esta su idea de torturarme?”

“Por el contrario,” dijo. “Nos permite discutir a fondo las razones y que usted presente un contraargumento, suponiendo que tenga uno.”

“¿Y qué pasa con Lucy y el señor Pike? ¿Han de esperar hasta que haya agotado las tres docenas de posibles razones para desaprobar el emparejamiento?”

Sus cejas se elevaron significativamente. “¿Así que admite que hay tantas razones para desaprobarlo?”

“No,” dije con frialdad. “Pero imagino que es capaz de retrasarse tanto tiempo.”

Parecía intrigado. “¿Me *permitiría* quedarme en Blackwick durante treinta y seis días?”

“Debería considerarse afortunado si aún está aquí después de tres.”

“Me siento afortunado de estar aquí absolutamente, se lo aseguro. Lamentablemente, esta felicidad no puede durar para siempre, sin embargo, ya que he prometido asistir a una asamblea cerca de mi hogar en dos semanas. Pero volviendo al tema que nos ocupa, no sea que piense que estoy tratando de desperdiciar sus valiosos” tomó su reloj “cuatro minutos y treinta y dos segundos. Usted asume que hay algo por lo que Lucy y el señor Pike deban esperar *mientras* tenemos estas discusiones. En este momento, no hay ninguna perspectiva de que se casen.”

No dije nada, pero él sabía que eso era exactamente lo que asumía: que estas conversaciones diarias llevarían a que cambiara de opinión. “¿La razón de esta noche, entonces?”

Frotó su pulgar sobre la carátula del reloj en su mano. “Por un lado, Lucy es demasiado joven. No ha visto nada del mundo.”

Presioné mis labios, totalmente poco impresionada con su razón. “Tiene dieciocho años, una edad perfectamente respetable para casarse, especialmente para alguien en la situación de Lucy, con tan pocas perspectivas. Y en cuanto a no haber visto nada del mundo, ¿cómo, por favor, se supone que debe rectificar eso? ¿Y qué le hace pensar que elegiría de manera diferente si hubiera visto más del mundo?”

Sus ojos se entrecerraron ligeramente. “¿Es usted una romántica, señorita Donovan?”

“¿Le parezco una romántica, señor Russell?”

Su cabeza se inclinó ligeramente mientras me miraba pensativo. Me había acostumbrado a sentarme bajo el escrutinio sin parpadear, pero la mirada del señor Russell hacía algo nuevo en mí, haciéndome agudamente consciente de mí misma—la posición de mis brazos, el estado de mi cabello, el vestido que había elegido usar.

“Más romántica de lo que deja ver, creo,” dijo.

“Insistirá en cambiar de tema, ¿no? Qué irritante es usted.” Me levanté de un salto, sintiéndome demasiado frustrada para sentarme quieta más tiempo. “Ver el mundo no necesariamente hace que una mujer sea más adecuada para el matrimonio. Créame.”

“¿Ofrece usted su propio ejemplo como prueba de ese hecho?”

Me encogí de hombros, paseando ante la chimenea. “Soy un ejemplo, ciertamente.”

"Más bien, un ejemplo que contradice su argumento. Una mujer que conoce su propia mente después de ver mucho del mundo."

"Y que está soltera en gran parte por eso."

La habitación se quedó en silencio, y yo me quedé inmóvil. El único sonido era el de Phineas pasando una página. Las palabras habían salido antes de que las hubiera considerado. Descubrí que el señor Russell tenía ese efecto en mí: me irritaba hasta el punto de dejar de planear y hablar sin pensar.

Sentía su mirada penetrante sobre mí, e instintivamente llevé una mano a mi vestido, como si quisiera asegurarme de no estar tan expuesta como de repente me sentía. "El punto es" empecé

a caminar de nuevo "que su razón—la razón de esta noche—es una tontería. Lucy está perfectamente capacitada para el matrimonio, y adora al señor Pike."

Crucé miradas con él, esperando encontrar algo parecido a la lástima—no había nada tan terrible de un enemigo como la lástima—pero en lugar de eso, encontré su expresión inescrutable. Intensa pero inescrutable.

"Tiempo," dijo, con los ojos aún puestos en mí. Nunca había conocido a nadie que pudiera sostener una mirada tan larga, imperturbable y penetrante, maldita sea.

Me acerqué a su lado y arrebaté el reloj del brazo de la silla. No hizo ningún movimiento para detenerme. Claro que no. Sería completamente fuera de lugar que el señor Russell hiciera algún movimiento que no fuera totalmente deliberado y calmado.

Llevé la cara del reloj hacia mí y lo miré. Mi ceño se frunció. "Este reloj ni siquiera funciona."

El señor Russell sonrió y extendió una mano. "Afortunadamente, tengo un sentido del tiempo impecable."

Sostuve su mirada por un momento, debatiéndome entre estrangularlo o provocarlo por su insistencia en llevar consigo un reloj de bolsillo con la cara rota y las manecillas inmóviles.

Decidí no hacer ninguna de las dos cosas, atesorando la intrigante información que acababa de aprender sobre él. ¿Qué hombre llevaba un reloj de bolsillo roto?

"Es abominable." Se lo devolví. "Exijo diez minutos más."

"No tan rápido, señorita Donovan." Deslizó el reloj de vuelta en su abrigo. "He estado observando el reloj en la repisa." Asintió hacia él. "Su tiempo ha terminado, me temo. El resto tendrá que esperar hasta mañana por la noche. ¿Nos reunimos de nuevo entonces?" Se levantó de su silla y se acercó a mí. Nunca había deseado más fuertemente tener unos centímetros más de altura para poder mirarlo a los ojos, o mejor aún, mirarlo desde arriba.

"Ha sido un placer pasar la noche con usted, señorita Donovan." Tomó mi mano y colocó un beso sobre el dorso de mi guante.

Mi corazón dio un vuelco, y miré instintivamente a Phineas. Pero él seguía tan absorto en su lectura como siempre. Lo envidié, porque tenía un libro para cubrir su rostro, pero yo no tenía nada para ocultar el calor que llenaba mis mejillas mientras el señor Russell salía de la habitación.

Capítulo 10

Valentine resultó ser un mejor anfitrión de lo que había anticipado. Parecía genuinamente gustarle el señor Russell, algo que tanto me sorprendió como me irritó, pues podría haber aprovechado la capacidad de Valentine para poner a las personas en su lugar con solo levantar un labio en una mueca de desprecio.

En cambio, me encontré con que durante el desayuno estaba haciendo planes para salir a cabalgar con el señor Russell al día siguiente. No era algo terrible, realmente. Eso significaba que no necesitaría dividir mi atención y podría conversar con la señora Westwood, permitiendo que Lucy y el señor Pike se libraran un poco de su vigilancia.

Sin embargo, hoy estaríamos todos juntos en la caminata hacia la cala, tal como le había prometido a Lucy. Valentine declinó acompañarnos, ya que no era amante del mar, al menos, ya no. Me propuse caminar al lado de la señora Westwood, pero ella era una mujer terca, no era fácil disuadirla, porque cuando Lucy y el señor Pike aceleraron el paso lo suficiente como para desaparecer en la curva del camino hacia la cala, se excusó y se apresuró a alcanzarlos.

"Un esfuerzo valeroso, señorita Donovan," dijo el señor Russell desde detrás de mí.

Ignoré su comentario y me concentré en no tropezar con las piedras que cubrían el sinuoso camino de tierra hacia la cala.

"Puede tomar mi brazo si lo desea," dijo cuando mi bota resbaló en un tramo suelto de tierra. El camino se había vuelto más peligroso después de las fuertes lluvias de hace dos semanas.

"Creo que no," respondí, a pesar de que mi estómago se aceleró con mi casi caída. En verdad, no me hubiera molestado un brazo que me asistiera. No tenía ninguna duda de que el señor Pike estaba haciendo lo mismo por Lucy, y aún menos duda de que la señora Westwood estaría frunciendo los labios, debatiendo si intervenir o no. Garantizar la seguridad de su pupila mientras reducía la intimidad entre los jóvenes amantes era un verdadero dilema.

Llegamos a la cala sin más percances, gracias al cielo, porque lo único peor que tener que tomar el brazo del señor Russell habría sido tener que hacerlo después de rechazarlo. La señora Westwood y sus protegidos avanzaban por la playa a un ritmo pausado, y no pude evitar sonreír con pesar al verla tan cerca de ellos.

"¿Cree que está contribuyendo a la conversación?" pregunté.

"Oh, sin duda," dijo el señor Russell, acercándose a mí mientras seguíamos sus huellas. "No me cabe duda de que tiene uno o dos refranes que ofrecer sobre lo que es y lo que no es apropiado en el mar."

"Destruyendo cualquier posibilidad del romance que Lucy indudablemente esperaba al venir aquí."

"Le debo mi gratitud," dijo.

Le lancé una mirada, y luego observé cómo los demás se detenían frente a la cueva. Era el lugar exacto donde, no hace mucho, había sorprendido a mi hermano Theo y a mi amiga Elena besándose. Fui yo quien arruinó el romance ese día, llamándolos como lo hice. Debería haberlos dejado en paz, pues parecían estar en su propio mundo y contentos de que así fuera.

De repente, una imagen del señor Russell y yo besándonos en el mismo lugar cruzó por mi mente. Parpadeé, sorprendida por ello y por la forma en que calentó mi sangre. No la rechacé de inmediato, pues estaba demasiado intrigada por la imagen que tenía delante de mí. ¿Cómo sería besar al señor Russell? Era tan tranquilo y sereno que era difícil imaginarlo haciendo algo tan

apasionado como besar a una mujer.

Quizás por eso la imagen hizo que mi corazón se acelerara. Su capacidad para mantenerse tan equilibrado, sin importar lo que yo dijera o hiciera, me hacía desear arrancarle algo más, provocarlo para que mostrara más emoción. Era simplemente otra evidencia de mi deseo de dominarlo, nada más.

Lo miré y lo encontré mirando al mar. Aún fija en la imagen que había estado contemplando, mi atención se dirigió a su boca. La curva de su labio superior me recordaba las olas que rompían a nuestro lado. ¿Besarlo se sentiría como el vaivén de olas suaves? ¿O me zarandearía y tiraría de mí hasta que apenas supiera cuál era arriba o abajo?

Su ceño se frunció. "¿Qué sucede?"

Aparté la mirada, pues no había notado que su mirada se dirigiera hacia mí, y yo había estado mirando sus labios. No tenía derecho a fijarme en algo así. Se suponía que debía estar descubriendo sus debilidades para poder usarlas en su contra.

"¿Es Lucy su única sobrina, señor Russell?" pregunté.

Me miró por un momento antes de responder, como si pudiera ignorar mi pregunta e insistir en mi extraña fijación con sus labios. "Sí, lo es. Mi hermano y su esposa no tuvieron más hijos, y mis hermanos menores aún no están casados."

Se refería al padre de Lucy como su hermano, aunque en realidad eran medio hermanos. Un detalle interesante, eso. "¿Y cuántos años tienen sus hermanos menores?"

"Qué curiosa está hoy," comentó. "Roger tiene veinticinco años y reside en Londres. Rebecca tiene veintiuno y vive con nuestro abuelo en Northumberland."

"¿Y sus padres?"

Hubo una breve pausa. "Mi madre murió al dar a luz a mi hermana cuando yo tenía diez años, y mi padre murió unos años después."

Eso hacía que el señor Russell tuviera treinta y un años, y que hubiera experimentado muchas pérdidas desde una edad bastante joven. "¿Y su hermano unos años después de eso?"

Asintió. "Nicholas murió en el '08." Sabía por Lucy que sus padres, el medio hermano del señor Russell y su esposa, habían muerto en un accidente de carruaje.

Sentí una pequeña punzada de culpa por hacerle esas preguntas con la intención de usar las respuestas en su contra. Lo decía todo con tanta naturalidad, pero sabía que no debía tomar eso al pie de la letra. Yo hacía lo mismo cuando hablaba de la muerte de mi madre, después de todo, y no había nada menos natural que la forma en que me había sacudido y dejado tambaleante.

"Lo siento mucho," dije.

Él me miró. "Yo también lo siento. Y lamento *su* pérdida. Lucy me contó sobre la muerte de su madre."

Sentí que un pequeño lazo de conexión se formaba entre el señor Russell y yo, y lo resistí apartando la mirada. "Gracias."

Lucy me llamó en ese momento, y aunque el viento que a menudo barría la cala hacía imposible escuchar, la señora Westwood comenzó a reprenderla por alzar la voz, una de las muchas cosas prohibidas para una mujer que deseaba ser considerada una dama.

Obediente, Lucy se dirigió hacia nosotros, y el señor Russell se alejó de mi lado.

Era lo mejor. Quizás el molesto hilo que se había unido entre nosotros se rompiera con un poco de distancia.

Lucy admitió en voz baja su necesidad de un respiro de la constante compañía y conversación de su prima, y prometí hacer lo mejor posible para captar mejor su atención.

“No, no,” dijo ella. “Entiendo que estás haciendo lo necesario para persuadir a mi tío para

que apruebe el enlace. No se puede esperar que hagas *todo*."

"Bueno, mañana será mejor, espero, ya que tu tío saldrá a montar con Valentine, y eso me permitirá mantener ocupado a tu prima."

"Eres un ángel, Diana," dijo ella con gratitud en los ojos. "¿Cómo van las cosas con el tío Duke? ¿Crees que hay algún progreso?"

Miré hacia él. Estaba conversando con la señora Westwood, dejando al señor Pike mirando pensativamente hacia el mar. "Un poco, quizás. Me temo que tomará tiempo, Lucy. Y sé que debes estar impaciente..."

Ella me tomó de la mano, presionándola. "Estamos simplemente agradecidos contigo. Y admirados por tu valentía."

Me reí, pues no se requería valentía o coraje de mi parte para hablar con el señor Russell. Era al mismo tiempo exasperante y estimulante encontrar a alguien cuya habilidad para participar en una batalla de este tipo coincidía con la mía. O al menos se aproximaba bastante. Porque no tenía ninguna duda de que al final ganaría.

***

Phineas solo nos había saludado a mí y al señor Russell con un sutil gesto de cabeza cuando entramos en la biblioteca hace unos minutos. Esta noche, estaba absorto en un libro demasiado grande para ser sostenido, y había optado por tomar asiento frente a la larga mesa de artefactos que mi padre conservaba en la biblioteca desde sus años en un barco mercante. Entre esos artefactos se encontraban tanto la versión original como una traducción al francés de *El Arte de la Guerra* de Sun Tzu.

"¿Razón número dos?" Miré al señor Russell con expectación, y su labio se curvó en una sonrisa.

"¿Directamente al grano? Muy bien. Razón número dos, entonces." Cruzó las piernas y se acomodó en el asiento. "Apenas se conocen."

"¿Apenas se conocen...?" Cerré la boca de golpe.

Las líneas junto a los ojos del señor Russell se expandieron divertidas ante mi reacción.

"Primero," dije, "han estado en la misma parroquia durante años."

"Pero admiten no haberse notado mucho el uno al otro hasta hace poco."

"¿Y su solución a este supuesto problema es prohibirles verse?" respondí.

"Una orden que ha sido todo menos acatada." Me miró con una ceja levantada.

"Por la cual debería agradecerme," dije.

Él me miró fijamente, y yo mantuve su mirada sin parpadear. "Por favor, exponga sus pensamientos," dijo.

"¿Debo hacerlo?"

"Me temo que sí."

Me acomodé en una posición más cómoda en mi silla. "Muy bien. Cualquier tutor que no sea completamente obtuso" le lancé una mirada significativa "sabe que la mejor manera de fomentar una fuga amorosa es prohibir a dos jóvenes enamorados verse."

Sonrió. "No debe preocuparse por eso. He logrado infundirle miedo a Dios al señor Pike por esa razón."

Me reí con desdén y me levanté, tomando el atizador. La luz de las velas que iluminaban la biblioteca, combinada con el aroma polvoriento de los libros, el crepitar del fuego en la chimenea y la suavidad de los sillones en los que estábamos sentados, creaban una atmósfera muy acogedora. No debía dejarme llevar por el confort.

"Y se pregunta por qué Lucy le tiene miedo." Era una noche más fría, y me satisfacía atizar

la leña en la chimenea dada mi frustración con el señor Russell.

Sin embargo, hubo un silencio inesperado después de mis palabras, y lo miré por encima del hombro. Él tenía su reloj de bolsillo en la mano y miraba su cara agrietada distraídamente.

Sentí una preocupación repentina de que mis palabras le habían causado dolor. ¿No se daba cuenta de que Lucy lo miraba con algo de temor?

Su mirada se levantó hacia mí justo entonces, y la expresión pensativa se desvaneció. "Puede que no esté de acuerdo con mis razones para desaprobar el enlace—de hecho, esperaba que no lo estuviera—pero prometí darle una cada noche, y ahí tiene el espécimen de esta noche."

"No." Sacudí la cabeza y coloqué de nuevo el atizador, frotándome las manos para deshacerme del residuo arenoso que había dejado el mango. "Lo siento. Me niego a aceptar una razón tan ridícula. Exijo otra—*si* es que tiene una."

Me miró pensativamente. "¿Qué tal una variación de la que le di?"

Me volví para enfrentarlo. "Estoy esperando."

"No la he conocido a *usted* por mucho tiempo. ¿Qué tipo de tutor sería si entregara los asuntos de mi pupila a cualquiera con un interés pasajero en ella?"

"¿Un interés pasajero?" dije incrédula. "Soy la amiga más querida de Lucy. Y, por favor, ¿qué planes cree que tengo con ella? ¿Qué anticipa que haré con la información recibida de usted?"

Se encogió de hombros y envolvió la cadena de oro alrededor del reloj de bolsillo en un gesto distraído. "No estoy seguro de poder decirlo. Es usted una mujer emprendedora, señorita Donovan."

Crucé los brazos y solté una risa desdeñosa. "Muy emprendedora, en efecto, si cree que me beneficia personalmente ver a Lucy y al señor Pike casados."

"Y, por favor," dijo él, imitando mis propias palabras, "¿cuáles *cree* que son mis razones para oponerme al enlace? ¿Me cree caprichoso? ¿Deseoso de destruir esperanzas jóvenes?"

"Lo considero insufrible," dije, sentándome de nuevo. Me observó, siempre atento, como si notara que no podía permanecer sentada por mucho tiempo—y sin prestar atención a mi insulto. "Y reacio a ceder el control de las riendas, buscando las excusas más ridículas."

"Estoy mucho más reacio a renunciar a nuestras agradables veladas proporcionando todas las razones de una sola vez. Ya no querría hablar conmigo si hiciera eso."

¿Cómo lograba frecuentemente dejarme sin palabras con observaciones inesperadas como esa? Odiaba lo efectiva que era su estrategia. "Entonces quizás simplemente dejaré de preocuparme por el destino de Lucy y el señor Pike, privándole del supuesto placer que obtiene en estos diez minutos."

"Una hora y diez minutos," replicó él. "Y no hay nada supuesto en ello, señorita Donovan. Disfruto de su compañía. Si no lo hiciera, no estaría en Blackwick en absoluto, se lo aseguro."

Mi absurdo corazón reaccionó latiendo más rápido. Le respondí con desdén. "¿Dejando a Lucy bajo mi perniciosa influencia?"

"Difícilmente. Si realmente pensara que usted es una influencia perniciosa, simplemente enviaría a ella y a la señora Westwood de regreso a casa desde Blackwick de inmediato."

Me incliné hacia adelante, con las manos entrelazadas en mi regazo y mi expresión compuesta para mostrar una leve curiosidad. "Entonces, ¿*cómo* considera mi influencia? ¿Ruinosa? ¿Objetable?"

"En lo que respecta al señor Pike, por supuesto, la considero mal orientada. Pero en general, estaría más que complacido si Lucy se pareciera más a usted."

Con el corazón aun latiendo a doble velocidad, mantuve su mirada. Nadie, excepto mi

madre, había hecho otra cosa que lamentar mi personalidad testaruda, mi firmeza de opinión. Solté una risa forzada. “Solo lo desea porque, si ella fuera más como yo, el señor Pike ya no querría casarse con ella.”

El señor Russell guardó su reloj de bolsillo en su abrigo y se levantó. “Entonces sería un tonto.” Me miró hacia abajo y me ofreció su mano.

Vacilé, luego la tomé, dejando que me ayudara a levantarme hasta que estuvimos cara a cara. Soltó mi mano, y yo la apreté a mi lado, agradecida por la protección que mi guante ofrecía contra el contacto de su piel con la mía. Miró fijamente a mis ojos. Nunca había visto sus ojos tan de cerca ni tan claramente. No había ni siquiera una palabra en mi vocabulario para describir el color: una mezcla de azules claros y verdes rodeados por un gris oscuro. Tampoco había una palabra para describir cómo me afectaba su mirada.

“Un hombre fuerte no quiere un reflejo de sí mismo en una esposa, señorita Donovan,” dijo. “El hombre que teme a una mujer segura de sí misma es un hombre cuyo verdadero miedo es que desafíen su propia debilidad.”

Las palabras del capitán Stokes vinieron, como tantas veces, a mi mente. ¿Había tenido miedo de que yo desafiara su debilidad? ¿Por qué nunca lo había considerado de esa manera? De cualquier manera, las palabras del señor Russell me golpearon en algún lugar profundo, en un lugar vulnerable que no deseaba que él supiera que existía.

Mantuvo mi mirada por un momento antes de irse, y no tuve respuesta más que un latido acelerado.

Lo miré mientras se iba, escuchando el suave cierre de la puerta detrás de él. Así era él: calmado e imperturbable en todo lo que hacía. Su personalidad hacía que las más mínimas desviaciones se sintieran mucho más pronunciadas, al igual que las palabras que acababa de decir me hicieron sentir cálida y agitada. De alguna manera, cada cumplido de su parte se sentía como una victoria.

Pero ganar su favor no era la victoria que estaba buscando.

Miré a Phineas y lo encontré mirándome. Detrás de sus gafas, sus ojos se encontraron con los míos por un momento, luego volvieron a bajar al libro que tenía.

¿Qué tanto había escuchado? ¿Y qué pensaba al respecto? No debería pensar nada al respecto. Yo ciertamente no lo haría. No podía permitírmelo si pretendía ayudar a Lucy. Necesitaba que el señor Russell me tomara en serio como un oponente.

Capítulo 11

El señor Russell y Valentine ya se habían marchado para cuando bajé a desayunar la mañana siguiente. Estaba tan concentrada en si el señor Russell estaría allí que ya había entrado en el comedor antes de notar la presencia del capitán Stokes.

Él levantó la vista de su plato lleno de carne de cordero, huevos y tostadas. “Señorita Donovan. Buenos días.”

Quería irme y pedir que me llevaran el desayuno a mi habitación, pero me negué a hacerlo. Los enemigos deben enfrentarse, incluso los antiguos e irrelevantes.

“Buenos días, Capitán Stokes.” Tomé un plato del aparador y me dispuse a elegir mi comida.

“Lamento no haber hablado mucho con usted desde que llegué,” dijo. “Hemos estado tan ocupados con asuntos navales que ha habido poco tiempo para socializar.”

“Sí, lo entiendo, eso es exactamente lo que mi padre tenía en mente, según creo. Nunca fue partidario del entretenimiento.” Coloqué mi plato en el lado opuesto de la mesa y tomé asiento.

“Soy muy consciente de eso,” dijo con diversión. Sus ojos azules brillaban desde el otro lado de la mesa. En algún momento había estado fascinada por esos ojos brillantes, y me encontré con su mirada de frente, curiosa por ver si aún me afectaban después de todos estos años. Pero ahora los encontraba insulsos—quizás coquetos, pero aún insulsos detrás del brillo.

“Usted proporcionaba el poco entretenimiento a bordo del *Dominance*,” continuó. “A menudo he deseado agradecerle por eso.”

Mis músculos se tensaron con cada palabra, trayendo de vuelta recuerdos de los pequeños momentos entre nosotros—un giro juguetón de uno de mis rizos, usando los estrechos pasajes del barco como excusa para rozarse conmigo, un casi beso en la cubierta—todas cosas que habían hecho que mi joven corazón latiera violentamente y me llenaran de esperanza.

Ahora, tales recuerdos solo me enojaban. Él tenía siete años más que yo—suficientemente mayor como para saber que no debía aprovecharse de mi ingenuidad.

Pero ya no era ingenua, y nunca dejaría que él supiera cuán bajo me había hecho caer su trato. Tampoco dejaría que pensara que no sabía lo que había estado haciendo. “¿Agradecerme por eso y por su ascenso a primer teniente?”

Su sonrisa vaciló, y el azul de sus ojos se volvió más acerado, pero se vio privado de responder por la entrada de Lucy y la señora Westwood. Volví a concentrarme en comer mi desayuno, satisfecha de que supiera que yo sabía lo que había hecho. Me había usado para avanzar, para sus propios fines.

Lucy se sentó a mi lado, y no pasó mucho tiempo antes de que el capitán Stokes abandonara el comedor. Al escucharlo marcharse, me vinieron a la mente las palabras de Sun Tzu. *Ejércitos hostiles pueden enfrentarse durante años, luchando por una victoria que se decide en un solo día*. Hoy se sentía un poco como esa victoria.

“¿El señor Pike sigue en la cama?” pregunté.

Lucy lucía sombría y negó con la cabeza. “No, recibió una nota temprano esta mañana, informándole que su madre deseaba verlo. Creo que ella está cada vez más enferma, así que se vio obligado a partir hace una hora. Creo que no lo veremos hasta la cena, al menos.”

“Oh.” Todos mis planes para darle tiempo a Lucy y a él juntos se desintegraron de inmediato. “Es un hijo devoto, ¿verdad?”

“Lo es,” dijo Lucy, con admiración en los ojos.

Hice una nota mental para señalarle esta admirable cualidad al señor Russell. Se podría esperar que un hombre tan devoto a su madre también fuera un esposo devoto.

La señora Westwood todavía estaba en el aparador, y aproveché su distancia para inclinarme hacia Lucy. “Tu tío no puede estar *tan* en contra del matrimonio, o no te dejaría quedarte aquí en presencia del señor Pike.”

Y aunque el señor Russell no había mostrado ningún deseo de buscar la compañía del señor Pike por su propia voluntad, fue civil con él. Eso era algo, sin duda.

Desearía tener más esperanza que ofrecerle a Lucy esta mañana, más progreso. Pero era un trabajo lento, con solo diez minutos al día para persuadir a su tío de que me dejara entrar en su mente. Si tan solo hubiera una manera de obtener más de una razón al día de él. Lucy era una joven tan dócil y el señor Pike tan amable que no podría haber tanto en contra del matrimonio.

Las palabras del señor Russell de anoche vinieron a mi mente—su deseo expresado de que Lucy se pareciera más a mí. Aunque halagador, me pareció simplemente un halago demasiado grande para creerlo. Si lo deseaba, era porque no me conocía lo suficiente. No era simplemente una mujer decidida que conocía su propia mente. Era alguien decidida a ganar, y él necesitaba comprender eso sin ninguna duda. Necesitaba tomarme en serio. Entonces sabría que lo último que debería desear era que Lucy fuera como yo.

“Lucy,” dije, con mis ojos fijos en el gran reloj de caja que marcaba los segundos en la esquina. “¿Qué sabes del reloj de bolsillo de tu tío?”

“¿Reloj de bolsillo?”

Asentí. “Parece que lo lleva en su abrigo en todo momento, a pesar de que está roto.”

Su ceño se frunció. “No creo haberlo visto nunca.”

Fue decepcionante, por supuesto, pero no me desanimé. Un hombre no lleva un reloj roto en su persona a menos que tenga algún significado para él. Y dado lo reservada que es la personalidad del señor Russell, era muy difícil encontrar algo que realmente le importara.

Comienza apoderándote de algo que tu oponente aprecia; entonces él será susceptible a tu voluntad.

Eso era lo que Sun Tzu instruía. Quizás el reloj de bolsillo fuera lo suficientemente significativo para el señor Russell como para que lo cambiara por dos de sus ridículas razones, o algo más. O quizás no le importara en absoluto.

Pero valía la pena intentarlo.

***

Estaba tocando el piano en el salón mientras la señora Westwood se ocupaba de coser y Lucy hojeaba *La Belle Assemblée* en busca de láminas de moda que nunca podría permitirse.

“Hmm,” dije, inclinándome sobre el estuche que contenía la partitura y hojeando las diferentes piezas. “Debo haber dejado la pieza de Pleyel en mi habitación. Disculpen.”

Lucy y la señora Westwood me reconocieron con asentimientos ausentes, y salí del salón para dirigirme hacia la Habitación Roja donde se alojaba el señor Russell. Aunque él estaba fuera cabalgando y lo estaría durante al menos otras dos horas, mi cuerpo chisporroteaba de nervios.

Era posible, por supuesto, que él tuviera el reloj de bolsillo consigo incluso en ese momento, pero suponía que no. Si lo valoraba, como parecía que lo hacía, no querría arriesgarse a perderlo en el caos de saltar cercas, que era una de las actividades favoritas de Valentine.

Como esperaba, la puerta estaba cerrada cuando llegué. Miré en ambas direcciones por el pasillo y, al encontrarlo benditamente vacío, puse la mano en la manija y la giré. Cedió, y me detuve, vacilando.

Si el enemigo deja una puerta abierta, debes apresurarte a entrar.

Esta era la puerta de mi enemigo, y él la había dejado abierta—o al menos, sin seguro. Era demasiado cuidadoso como para haber hecho tal cosa si realmente temiera que algo dentro fuera tomado. Además, esta era mi casa, y tenía todo el derecho de asegurarme de que las cosas dentro estuvieran en orden. ¿No es así?

El sonido de pasos en algún lugar cercano llegó a mis oídos, y empujé la puerta, desapareciendo dentro antes de que alguien pudiera notar mi presencia en el pasillo.

La Habitación Roja era una de nuestras recámaras menos utilizadas. Dudaba que hubiera sido ocupada en los últimos cinco años. Claramente lo estaba ahora, sin embargo, y la vista me hizo detenerme por un momento, la duda persistente e inquietante se hizo notar nuevamente al revolver mi estómago. La valija del señor Russell estaba en la base de la cama, y su ayuda de cámara ya había dispuesto la ropa que se cambiaría cuando regresara de montar—una levita gris, un chaleco verde claro y un par de pantalones negros. Me pregunté distraídamente si el chaleco combinaría con sus ojos.

Pero no estaba allí para inspeccionar su elección de conjunto para la cena; estaba allí para encontrar el reloj de bolsillo. Me giré hacia el tocador que estaba contra la pared detrás de mí, con mi mirada recorriendo un par de gemelos de plata y un envase de pomada. Tomé la pomada y abrí la tapa, llevándola a mi nariz e inhalando suavemente. Era un olor familiar y agradable, uno que se mantenía en torno al señor Russell, y rápidamente la volví a colocar. Mi mirada se desplazó hacia la esquina trasera del tocador, y sonreí. El reloj de bolsillo.

Lo levanté, mis ojos se dirigieron inmediatamente a la grieta que atravesaba todo el frente de vidrio. Las agujas estaban inmóviles, y lo giré, curiosa por encontrar alguna razón por la que el señor Russell elegiría conservar un artículo así, o decidir no arreglarlo. Quizás el daño era reciente, algo que había ocurrido en el viaje a Blackwick, y aún no había tenido tiempo de repararlo. En ese caso, era completamente posible que este reloj no significara nada más para él que cualquier reloj de bolsillo antiguo. Qué decepción sería.

Pero, entonces, ¿por qué llevarlo consigo en lugar de dejarlo en su recámara o enviarlo a reparar?

La parte trasera era de latón, ligeramente abollada, y más de lo usualmente simple. Curiosamente simple, de hecho. El señor Russell no era en absoluto ostentoso en su manera de vestir, pero lo que usaba era de una calidad obviamente fina. Un reloj de bolsillo antiguo y dañado de latón no encajaba particularmente con lo que sabía de él.

Había *algo* en este reloj, entonces. Y aprovecharía al máximo eso.

Los nervios revoloteaban en mi estómago, con una pequeña pregunta de si estaba yendo demasiado lejos.

¿Podría alguien ir demasiado lejos en la ayuda de un querido amigo?

Dejé caer la cadena en mi palma y cerré los dedos alrededor de ella, luego salí de la habitación.

Capítulo 12

Valentine y el Sr. Russell no regresaron de montar a caballo hasta que fue la hora de vestirse para la cena, lo cual me alegró porque había decidido hacer la guardia. No habíamos tenido tiempo para pasar la hora obligatoria en compañía mutua, lo que significaba que necesitaría la carta de negociación para obtener una razón de él esta noche.

Tan casualmente como pude, lo intercepté en el vestíbulo al regresar. Sus ojos brillaban y su cabello, que usualmente llevaba peinado hacia su rostro con pomada, había sido revuelto por el viento. El desorden le sentaba bien. Pero también le favorecía la manera ordenada en que usualmente se presentaba, maldita sea.

Sonrió al verme, y sentí un molesto atisbo de culpa por la cálida bienvenida.

"¿Me extrañó, señorita Donovan?" preguntó mientras se quitaba la chaqueta de montar.

Lo había extrañado un poco. "En realidad, esperaba que hubiera decidido cabalgar de regreso a su propiedad."

"Una decepción aplastante", dijo con la misma sutil sonrisa que siempre llevaba. Se acercó a mi lado y comenzamos a caminar hacia la escalera. "Particularmente porque el Sr. Pike aún está fuera y no ha podido aprovechar mi ausencia para fomentar cualquier mal comportamiento de su parte y de Lucy."

Su capacidad para percibir exactamente lo que me había molestado era extremadamente irritante.

"Y está usted de tan buen humor porque cree que no tendrá que darme su razón esta noche debido a que ha estado fuera de mi compañía todo el día."

Nos detuvimos al pie de la escalera, y él se volvió hacia mí. "Al contrario. Espero que acepte pasar esa hora en la biblioteca después del té."

La franqueza de sus palabras y su mirada, la manera en que contrarrestó mi suposición con tanta facilidad y sinceridad, me dejaron atónita por un momento. "¿Está usted haciendo una cita clandestina conmigo, Sr. Russell?"

Su boca se curvó en una sonrisa. "¿Invita usted a su hermano a todas sus citas clandestinas?"

"Solo a las que tengo con hombres en los que no confío."

Él rio, y esperé que la sensación de victoria que sentí fuera debido a haberlo superado en esta batalla de ingenio y no porque disfrutara escuchar su risa. Sin embargo, sería yo quien tendría la última risa esta noche.

"¿Después de la cena, entonces?" dijo.

"Después de la cena, entonces."

***

El Sr. Russell no entró en el salón hasta justo antes de que sonara la campana que nos llamaba a la mesa. Llevaba la ropa que había visto tendida en su cama, y el chaleco resaltaba el color de sus ojos, tal como esperaba. Tenía la sensación de que el efecto sería hipnótico si estuviera más cerca, particularmente en combinación con el aroma de la pomada. Mejor mantener la distancia lo más posible.

Su expresión, sin embargo, era algo sombría, con una pequeña arruga en su ceño que me decía que estaba en un estado de ánimo pensativo en lugar de juguetón ahora. Podía apostar a por qué…

El Sr. Pike regresó a mitad de la comida, y la expresión de Lucy se transformó al verlo.

Había estado más callada todo el día, preocupada por la Sra. Pike y ansiosa por ver de nuevo al Sr. Pike. Cuanto más veía de los dos, menos sentido tenía para mí que el Sr. Russell los mantuviera separados. Como yo, no era una persona romántica, pero tampoco era un desalmado. Y parecía terriblemente cruel e innecesario negar a Lucy la felicidad que sentía en presencia del Sr. Pike.

Cuando Valentine, Phineas y el Sr. Pike se unieron a nosotros en el salón más tarde en la noche, busqué en vano que el Sr. Russell los siguiera. Pero me abstuve de preguntar por su ausencia, pues temía la habilidad de Valentine para usar todo lo que decía en mi contra y el conocimiento de Phineas sobre mis visitas con el Sr. Russell en la biblioteca por las noches. En cambio, jugué a las cartas con la Sra. Westwood, manteniendo un ojo en la puerta.

Él había dicho *después de la cena*. ¿Lo había dicho literalmente?

Me sentía impaciente e inquieta. ¿Acaso nadie pensaba preguntar por él? ¿No tenía Lucy ningún afecto familiar? ¿La Sra. Westwood ninguna preocupación por la ausencia inexplicada del tutor de su pupila? ¿Valentine ni una idea de si quizá había hecho que su amigo cabalgara demasiado fuerte? Esto último era bastante improbable, pero ciertamente alguien debería preguntarse dónde estaba el Sr. Russell.

Pero nadie parecía prestar atención a su ausencia, así que cuando el juego de cartas terminó y me aseguré de que Lucy y el Sr. Pike hubieran pasado un tiempo juntos, me excusé discretamente.

Me dirigí a la biblioteca y eché un vistazo adentro, segura de que la encontraría vacía y estaría obligada a asumir que el Sr. Russell se había ido a la cama con un dolor de cabeza. A primera vista, en efecto parecía vacía, pero un sonido llamó mi atención, seguido de un movimiento. El Sr. Russell estaba de rodillas, buscando debajo de las sillas junto a la chimenea.

Era una vista extraña, y sonreí antes de aclarar mi garganta en voz alta.

Él levantó la vista y, al verme observándolo con una expresión de leve curiosidad, se puso de pie. La pequeña arruga en su ceño de antes se había profundizado, y la sonrisa que llevaba al verme más temprano había desaparecido.

“¿Está buscando algo, Sr. Russell?” pregunté con estudiada indiferencia.

Él me miró por un momento, y su ceño se frunció aún más. Contuve un pequeño suspiro al ver cómo sus ojos podían verse tan claros y oscuros al mismo tiempo.

“¿Lo tomó usted?” preguntó.

Lo miré en silencio, sorprendida en secreto por la emoción no deseada visible en un rostro que normalmente era tan sereno.

“El reloj de bolsillo de mi hermano,” dijo. “¿Lo tomó usted?”

¿Pertenecía a su hermano? Me sentí en terreno inestable y debatí por un momento cómo responder. “Pensé que podría querer un reloj funcional para nuestras conversaciones nocturnas, así que lo envié a reparar.”

La intensidad en su expresión dio paso a un ensanchamiento de los ojos y una mirada de asco que hizo que mi estómago se contrajera y se llenara de dudas.

“¿Dónde?”

Tragué saliva, enredada en los hilos de mi engaño y en este nuevo territorio en el que estaba con el Sr. Russell.

Él dio tres largos pasos hacia mí, obligándome a mirarlo directamente a esos ojos claros y ardientes. “¿Dónde lo envió?”

“Yo… yo… no lo envié a ningún lado,” dije, titubeando. “No lo envié a ninguna parte.”

“¿Dónde está?”

“En mi dormitorio,” admití.

“Vaya a buscarlo.” Las palabras fueron dichas como una orden. Pareció darse cuenta de esto y añadió, “Por favor.” Había un tono suplicante en la palabra que hizo que mi corazón se retorciera.

Asentí y salí apresuradamente de la habitación. Mi mente era un torbellino mientras me apresuraba a mi cuarto y tomaba el reloj de bolsillo de mi tocador. Casi lo había llevado conmigo a la cena para tenerlo a mano cuando llegara el momento de usarlo, pero conocía lo suficiente al Sr. Russell para adivinar que no sentiría ningún remordimiento al arrebatármelo de las manos. La imagen de mí retrocediendo contra una de las estanterías mientras él me lo quitaba hizo que mi corazón latiera de una manera que me decidió en contra de tal curso de acción.

Pero mi corazón latía ahora también, y mis manos temblaban mientras sostenía el reloj en mi mano y salía de mi habitación. Temblaba no por la ira del Sr. Russell, sino por la realidad de que estaba enojado conmigo. Verdaderamente enojado. Después de todas las cosas que había dicho y hecho, había comenzado a creer que no había nada que pudiera hacer que perturbara al hombre.

Pero su calma no era impenetrable. Me había excedido. De alguna manera había contravenido el consejo de Sun Tzu: *Hay caminos que no deben ser seguidos, ejércitos que no deben ser atacados, ciudades que no deben ser sitiadas, posiciones que no deben ser disputadas.*

Había tomado el reloj de bolsillo roto de su hermano; había seguido un camino que no debía haber seguido. Ahora lo sentía.

Cuando llegué de nuevo a la biblioteca, Phineas aún no estaba allí, y el Sr. Russell estaba sentado en una de las sillas junto al fuego, con los codos apoyados en las rodillas mientras miraba la chimenea vacía.

Ni siquiera levantó la vista cuando entré, y no sabía cuál saludo me disgustaba más: el ceño fruncido de antes o la apatía de ahora.

Me acerqué a él y abrí mi mano, sintiendo que le debía una explicación. “Pensé que podría negarse a darme una razón hoy, o que podría ser capaz de obtener dos de usted con esto.” Mi voz sonaba débil y patética, pero no me importaba. Quería que me mirara para poder medir cómo se sentía.

El reloj descansaba en mi palma abierta, intacto. Finalmente, suspiró y lo tomó con un movimiento lento y firme, mucho más característico de él. Pasó una mano por su cara agrietada, y me pregunté si lo había hecho tantas veces que estaba seguro de que no le cortaría.

"Le habría dado una razón sin necesidad de esto." Me miró, y toda la ira había desaparecido de su rostro, reemplazada por la calma a la que me había acostumbrado. "¿No entiende que disfruto de mi tiempo con usted, señorita Donovan? O al menos lo disfrutaba." Desvió la mirada, y sentí un nudo en el pecho.

"Perdóneme por haberlo tratado tan mal," dijo. "Perdí la compostura, y lo lamento." Giró el reloj, pasando el pulgar por la parte trasera, donde estaba abollado. ¿Había sido él quien había desgastado el pulido, haciendo justo lo que hacía ahora? ¿O estaba así cuando lo recibió? "Este reloj... tiene un significado para mí."

Sus palabras me inundaron de culpa. Debería haberme dado cuenta de que el reloj pertenecía a alguien a quien él apreciaba, una de las personas que había perdido.

"Lo siento," dije suavemente.

Él negó con la cabeza, con los ojos aún fijos en el reloj. "No lo sabía."

"No, pero si me hubiera tomado el tiempo de pensar, podría haberlo adivinado."

"Eso no excusa mi comportamiento," dijo.

"Si alguien hubiera tomado algo de mi madre, imagino que habría reaccionado de manera similar."

"Prácticamente lo puse frente a usted; debí anticipar que lo vería como un arma irresistible."

Odiaba que me perdonara tan fácilmente. Quería que me reprendiera de nuevo, porque no sabía qué hacer con esta misericordia. La misericordia no tenía lugar en la guerra.

Me di la vuelta para irme.

"¿A dónde va?" preguntó.

Me detuve en seco, luego me giré para enfrentarlo. "A la cama, supongo."

"Rindiéndose, entonces." Había un ligero tono de burla en sus palabras.

Fruncí el ceño, notando cómo esa palabra encendía algo en mí. "No me rindo, Sr. Russell."

"Y, sin embargo, está abandonando el campo de batalla." Estaba provocando a la bestia, y lo sabía. Esta era su manera de mostrarme que realmente no estaba enojado conmigo por lo que había hecho, que aún tenía la intención de luchar contra mí. "No intentaré disuadirla," continuó, "pero le *advierto*: no espere indulgencia de mi parte."

La pequeña llama que había encendido se avivó hasta convertirse en un fuego. Miré el reloj en la repisa mientras caminaba hacia la silla vacía frente a él. "Cincuenta minutos hasta que me de su razón."

"Así será." Sonrió, aunque había un toque de esfuerzo en ella. Quizás me había perdonado, pero no olvidaría.

Capítulo 13

Phineas había entrado, y habían pasado cincuenta y seis minutos antes de que volviera a mirar el reloj esa noche, pero como el señor Russell nos permitió diecisiete minutos en lugar de diez, no me reproché demasiado. Disfrutaba hablando con él, si soy honesta conmigo misma. Tenía una inteligencia aguda y, me atrevo a admitir, un sentido del humor seco que apreciaba. Era un hermano mayor responsable para sus hermanos menores y, aunque requería que yo interpretara sus respuestas, parecía albergar un considerable sentimiento de culpa por el hecho de que su hermana menor, Rebecca, hubiera estado viviendo con su abuelo inválido durante tanto tiempo, privada de una vida social normal.

La razón que dio por no desear un compromiso entre su sobrina y el señor Pike —una duda expresada sobre los motivos del señor Pike para desear casarse con Lucy— requirió una sorprendente cantidad de discusión. Pensé que la refutación a una razón tan ridícula podría resumirse con éxito en una sola palabra: amor. Pero el señor Russell estaba lejos de estar dispuesto a aceptarla. A veces, me dejaba perpleja.

La discusión había derivado en más acusaciones de su parte de que yo era una romántica, lo cual había contestado acaloradamente, y eran casi las once de la noche cuando dejamos la biblioteca para irnos a la cama, con el señor Russell luciendo divertido y mi propia expresión crispada de irritación.

Comenzaba a dudar de la sabiduría de estas reuniones nocturnas, ya que dudaba estar logrando mucho progreso con el señor Russell. Pero no podía negar la sabiduría de lo que Sun Tzu había dicho sobre la importancia de cronometrar las batallas con cuidado: *El espíritu de un soldado es más agudo por la mañana; al mediodía ya ha comenzado a decaer; y por la tarde, su mente solo piensa en regresar al campamento.*

Si iba a derrotar al señor Russell, persistir en estas conversaciones al final del día podría ser un componente crucial. Pero no era lo suficientemente ingenua como para pensar que serían exitosas por sí solas. Necesitaba probar otras tácticas también. Necesitaba ser observadora y estar atenta a oportunidades para desgastarlo, para tomarlo por sorpresa. Pero sería más cautelosa en mis elecciones a partir de ahora, porque la forma en que me miró cuando se dio cuenta de que había tomado el reloj no se borraría pronto de mi mente.

***

A la mañana siguiente, las estrellas parecían alinearse de tal manera que solo las personas que deseaba ver en el desayuno estaban presentes. Mi padre y sus invitados habían ido a Dover por el día, dejando nuestro segmento de la extraña fiesta en la casa para nosotros mismos, no es que alguna vez hubiéramos sido otra cosa.

El clima también cooperaba con mis planes para un picnic en una de las colinas cercanas. Estaba perfectamente situado con una vista al mar, altos acantilados blancos hacia el oeste, y un bosquecillo de árboles para la sombra.

Dado el número desigual de nuestro grupo, le rogué a Valentine que nos acompañara, argumentando que apenas había sido convincente en su papel como amigo de toda la vida del señor Pike hasta ese momento.

Subió las escaleras de dos en dos con sus largas piernas, obligándome a apresurarme a su lado. "Quizás eso se deba a que, de hecho, no soy su amigo de toda la vida," dijo.

"Te vendría bien un amigo así, sabes." Me mantuve a su lado mientras caminaba con determinación por el pasillo.

"¿Para que puedas tener más fácilmente un *tête-à-tête* con el señor Russell?"

Fruncí el ceño. "No un *tête-à-tête*, pero necesito hablar con él, y no puedo hacerlo cuando tengo que estar constantemente oscilando entre quien no esté ocupado en conversación en ese momento. Cinco es un número terriblemente incómodo para tener."

Se detuvo frente a su puerta y me enfrentó. "Seis no es un número mucho más propicio."

Le sonreí. "¿Eres supersticioso? ¿Tienes miedo de ser el sexto?" moví mis dedos y abrí los ojos exageradamente, como si fuera un fantasma "en la fiesta?"

"No," dijo con seriedad. "Simplemente estoy decidido a no acompañarte en tu picnic. Te advertí, Di, que no te rescataría. Estás metida en esto hasta el cuello ahora, espero que lo sepas. En Russell, has encontrado a tu igual."

Dejé escapar una risa desdeñosa, pero sus palabras me molestaron. "El tiempo lo dirá. Y podrías inclinar la balanza a mi favor si solo cumplieras con tu deber de hermano y vinieras hoy."

"Perdóname, pero no tengo ningún deseo de verte coqueteando con Russell."

Hice una mueca, y su media sonrisa apareció. “Sí, Di, coqueteando. Te engañas si piensas que es algo más.” Mantuvo su mirada, levantando una ceja, luego se dio la vuelta y abrió la puerta. “Si necesitas ayuda, pregunta a Phin.”

***

Pregunté a Phineas, y con una mirada más perceptiva de la que me gustaba, accedió.

“Eres, sin duda, mi hermano favorito,” dije, besándolo en la mejilla con tal entusiasmo que tuvo que ajustar sus gafas en la nariz. A veces me preguntaba cómo alguien tan bueno y amable como Phineas lograba estar en nuestra familia. En muchos aspectos, era más una rareza que Valentine. Pero simplemente era más parecido a mi madre, y eso lo amaba.

Después de las palabras provocativas de Valentine, me sentía más decidida que nunca a obtener una ventaja sobre el Sr. Russell, y que Phineas viniera al picnic haría eso posible.

Sin embargo, si esperaba tener la oportunidad de confrontar al Sr. Russell durante el paseo al picnic, me decepcioné, ya que él inmediatamente comenzó una conversación con Phineas, mientras el Sr. Pike buscaba mi compañía.

Su visita a su madre parecía no haber mejorado su estado de ánimo, pues llevaba la preocupación en la frente.

“Desea noticias sobre mi progreso,” dije con simpatía.

Él hizo una mueca. “No quiero apresurarla, señorita Donovan. Supongo que la enfermedad de mi madre me hace pensar en todo con más urgencia. Pero también siento que debería estar haciendo más para ayudar. La carga de cambiar la opinión del Sr. Russell no debería estar sobre sus hombros, por supuesto.”

“Estoy más que dispuesta a ayudar,” respondí. “Debe ser lo suficientemente difícil dividir su tiempo entre las dos mujeres que más le importan en este momento. Lo último que necesita es añadir la carga de tratar de entender al Sr. Russell. Quizás fue un error mío hacerle venir a Blackwick.”

“No,” se apresuró a decir. “Le estaré eternamente agradecido por haber organizado las cosas como lo hizo. Es como dice, no puedo estar tranquilo lejos de mi madre o Lucy. Me pregunto si debería hablar directamente con el Sr. Russell...”

“No creo que haya cambiado de opinión desde la última vez que habló con él, así que no veo qué beneficio podría tener. Incluso podría molestarlo.” No me gustaba admitir que mi progreso era completamente nulo, pero tampoco deseaba que el Sr. Pike lo estropeara al molestar al Sr. Russell. Era una situación delicada.

Hubo silencio mientras caminábamos, y miré al Sr. Pike, preguntándome si lo había ofendido.

Pero él simplemente parecía confundido. “Pero no he hablado con el Sr. Russell sobre el asunto.”

Reduje la velocidad hasta detenerme. “¿Qué quiere decir? Usted habló con él, y él se negó a dar su consentimiento para el matrimonio.”

Él se detuvo también y sacudió la cabeza. “Creo que debe haber entendido mal. Le dijo a Lucy que no debía molestarse en pedirme permiso, pues no daría su consentimiento.”

Pensé en la conversación que Lucy y yo habíamos tenido al comienzo de todo, pero estaba demasiado difusa para recordar los detalles. “Oh.” Volví a caminar. “Eso cambia las cosas, aunque tendré que pensar en cómo exactamente.” Podía ver al Sr. Russell muy molesto si pensaba que el Sr. Pike era demasiado cobarde para hablar con él directamente, en lugar de usar a Lucy y a mí como intermediarias. Pero no tenía la impresión de que él aceptaría el matrimonio si el Sr. Pike se lo pidiera en este momento.

Aún era una situación delicada.

“Quizás podría esperar para hablar con él hasta que haya tenido la oportunidad de pensar en las cosas. Él sigue en contra del matrimonio, y estoy forzándolo lentamente a que me diga sus razones, las cuales son invaluables si usted quiere persuadirlo de manera efectiva.”

Asintió, y lo insté a que fuera a hacerle compañía a Lucy con su prima. Necesitaba un momento para reflexionar.

El Sr. Russell y Phineas seguían adelante, y me distrajo momentáneamente la forma en que Phin gesticulaba mientras hablaba. Era tan raro verlo hablar animadamente. Las manos del Sr. Russell estaban entrelazadas detrás de su espalda, y él asentía, con el ceño fruncido en concentración mientras escuchaba. Hizo un comentario hacia Phineas, quien asintió vigorosamente. *Vigorosamente*. Esa no era una palabra que hubiera utilizado en la misma oración con el nombre de mi hermano, y, sin embargo, era cierta en este momento. El Sr. Russell estaba ganando a mis miembros familiares uno a uno, maldito sea.

Apenas había tenido tiempo de considerar lo que el Sr. Pike me había dicho cuando llegamos al lugar designado para el picnic. Los sirvientes ya habían estado antes que nosotros y casi habían terminado con los preparativos: unas cuantas mantas extendidas bajo los árboles y tres cestas de comida colocadas en el centro de ellas.

A pesar de ser un grupo tan extraño, el picnic fue sorprendentemente agradable, la conversación fácil y la comida deliciosa. La Sra. Westwood, en particular, logró pasar toda la hora sin pronunciar una sola máxima, algo que me sorprendió tanto que me sentí obligada a comentárselo al Sr. Russell cuando me encontré cerca de él mientras caminábamos por los acantilados después.

“No sé si preocuparme o simplemente regocijarme en la naturaleza ordinaria de la conversación,” dije.

Él sonrió. Sus manos estaban entrelazadas detrás de él nuevamente, y nuestros brazos se rozaban con cada paso que dábamos por el sendero fresco. “Lo segundo, sin duda. Pero sé lo difícil que debe ser para usted no sospechar de tal cosa.”

“Como lo haría usted si hubiera pasado tanto tiempo en su compañía como yo,” repliqué. “Sus adagios y máximas son tan esenciales para ella como respirar.”

“Entonces deberíamos prestarle ayuda en lugar de caminar a este ritmo tranquilo.” Miró hacia adelante, donde la Sra. Westwood y Phineas caminaban juntos justo detrás del Sr. Pike y Lucy. “Creo que los dichos ayudan a ponerla a gusto. Es un consuelo, imagino, tener una frase

guía para cada situación. Da una apariencia de orden al caos de la vida."

Fruncí el ceño. Nunca lo había considerado de esa manera, pero las palabras resonaron en mí. ¿Acaso no utilizaba yo a Sun Tzu para el mismo propósito? La única diferencia era que no pronunciaba mis frases guía en voz alta. Quizás era más parecida a la Sra. Westwood de lo que había notado. No estaba en absoluto segura de cómo sentirme al respecto.

¿Acaso el Sr. Russell se daba cuenta también de la similitud? Miré hacia él, pero su mirada seguía adelante. El reflejo del sol en el mar detrás de él creaba una especie de halo alrededor de su cuerpo que me habría parecido divertido si no fuera tan irritante. El Sr. Russell no era un ángel, aunque dijera cosas intrigantes y perspicaces. Y no estábamos coqueteando, a pesar de lo que insistía Valentine.

Esto seguía siendo una guerra, el campo de batalla aún estaba por conquistar, y yo debía observarlo en busca de ideas sobre otras tácticas. Su defensa de las idiosincrasias de la Sra. Westwood era simplemente una distracción.

¿O no lo era? Miré a la Sra. Westwood y a Phineas. Quizás ella debería desempeñar un papel más importante en esta guerra de lo que le había dado hasta ahora, especialmente dado los argumentos del Sr. Russell en su defensa.

Sonreí al pensar en una idea, y la guardé para usarla tan pronto como se presentara la ocasión. *Todo lo que necesitamos es lanzar algo extraño e impredecible en el camino del enemigo*. Puede que no valore mucho las máximas que la Sra. Westwood había creado, pero Sun Tzu era un sabio indiscutible.

***

Los sirvientes habían recogido las cestas y doblado las mantas, dejando el césped presionado donde nos habíamos sentado. Lucy y el Sr. Pike ya habían comenzado a caminar por el sendero hacia la carretera, dejando al resto de nosotros para decidir cómo posicionarnos. Vi mi oportunidad.

Estaba a mitad de camino entre la Sra. Westwood y Phineas, pero me incliné hacia este último. "Ah, sí. Camina conmigo, Phin. Porque el Sr. Russell acaba de decir que deseaba tener la oportunidad de conversar con usted, Sra. Westwood. Ha estado lamentando la falta de oportunidad para conocerla mejor, como la intrigante mujer que es."

La mirada del Sr. Russell se fijó en mí, y una rápida mirada hacia él me dijo que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

"Olvídelo, señorita Donovan," dijo con una voz falsamente ligera, "que, aunque estoy encantado de pasar tiempo con la Sra. Westwood, ella y yo estamos emparentados."

"¿Emparentados?" dije, tomando el brazo de Phineas en el mío para consolidar mi plan de caminar con él. "Seguramente no. ¿Cuál es la conexión?"

"Lucy," dijo el Sr. Russell. "Lucy es la conexión."

"Pero su relación con Lucy proviene de su padre, mientras que la de la Sra. Westwood es a través de su madre—y sólo primos, además. ¿No es así, Sra. Westwood?"

Ella parecía tan complacida con mis tácticas como el Sr. Russell. "Sí, pero..."

"Sin duda ha habido matrimonios entre conexiones más cercanas que esa," dije con una risa incrédula. Fue una cosa escandalosa y totalmente atrevida de decir, pero la actitud serena del Sr. Russell requería tales estrategias.

Y mi estrategia tuvo éxito, pues podía ver la promesa de venganza en sus ojos.

"Señorita Donovan," dijo la Sra. Westwood en su voz más reprobatoria. "Me sorprende con una charla tan directa. *Cuando abundan las dudas sobre el camino apropiado de conversación, una mujer debe restringir sus comentarios al clima y al estado de las carreteras*."

“Qué sabiduría,” dijo el Sr. Russell, mirándome fijamente. “Usted es una verdadera fuente de ella. La señorita Donovan me decía hace unos minutos cuánto valora su consejo. De hecho, expresó el deseo de que hubiera algún tipo de registro escrito de ellos—quizás una copia encuadernada.”

Mis fosas nasales se dilataron mientras mantenía su mirada y notaba el irritante entretenimiento en su expresión.

Las cejas de la Sra. Westwood se levantaron. “Nunca lo había considerado, pues no necesito tal cosa, ya que las tengo todas memorizadas, por supuesto. Pero” parpadeó, mirando al Sr. Russell como si él acabara de iluminar algo para ella “qué regalo sería para las chicas del seminario.”

“Invaluable,” confirmó el Sr. Russell.

Apenas escuché el último comentario, pues había tirado de Phineas hacia adelante para comenzar nuestro paseo. Si el Sr. Russell decidía defender a la Sra. Westwood o animarla en su tontería, podía hacerlo después de pasar una cantidad más apreciable de tiempo en su compañía. Quizás entonces entendería por qué el Sr. Pike sería preferible a la Sra. Westwood como responsable del cuidado de Lucy.

O quizás simplemente deseaba irritar al Sr. Russell. Eso también era un objetivo aceptable, sin duda.

Capítulo 14

Fui a la biblioteca más temprano de lo habitual, antes de que el Sr. Russell se marchara del salón. Había visto el ansia de batalla en sus ojos, la promesa de represalias, y quería estar preparada para ello. Sun Tzu insistía en que: "*Quien primero llega al campo y espera la llegada del enemigo, estará fresco para la lucha; quien llega después al campo y tiene que apresurarse a la batalla, llegará exhausto.*"

No sería la segunda en el campo esta noche.

La puerta se abrió, y desde mi lugar mirando por la ventana, giré la cabeza de golpe. Phineas estaba en el umbral, pero el Sr. Russell lo seguía justo detrás de él, con la mirada ya posada en mí de una manera que me enviaba un escalofrío anticipatorio por la espalda.

Le sonreí de manera urbana y saludé a Phineas, quien se dirigió a su lugar habitual en la esquina trasera de la sala con un simple asentimiento hacia mí.

El Sr. Russell ni siquiera pretendió esperar a que Phineas se acomodara en su rincón antes de acercarse. Se dirigió directamente hacia mí, y en mi sorpresa, di un pequeño paso hacia atrás.

“Seis,” dijo, mirándome desde tan cerca que podía ver cada pestaña y cada mota oscura en sus iris.

Desconcertada, me pregunté por un momento si se refería al número de personas que había en el picnic.

“Ese es el número de máximas a las que estuve expuesto durante el paseo de regreso a casa hoy.”

Apreté mis labios entre mis dientes para sofocar mi sonrisa.

“Debe haberlas estado acumulando durante todo el picnic,” dijo, “pues todas se precipitaron, una tras otra.”

Ya no pude pretender que no sonreía. Lo sentía en mis ojos y en el dolor de mis mejillas. “De acuerdo, por favor ¿aprendió de la fuente de sabiduría?”

Me miró a los ojos. “*Es tonta la mujer que se enfrenta a un hombre más fuerte que ella.*”

Me reí con desdén, aun sintiendo con agudeza lo cerca que estábamos. Él llenaba toda mi vista, haciéndome casi marear, como si pudiera caer hacia atrás—o hacia adelante—en cualquier momento. “La Sra. Westwood nunca ha dicho nada de eso.”

“Ojalá lo hubiera dicho,” dijo. “Debería haberlo martillado en su cabeza diez veces al día mientras tuvo la oportunidad.”

Sonreí al ver cómo el encuentro lo había afectado. Mi plan había funcionado al menos en un sentido. “¿Es seguro suponer que *no* ve un futuro con ella, entonces?”

Entrecerró los ojos, pero sus labios se curvaron en las comisuras, como si estuviera divertido contra su voluntad. “Es una pequeña zorra descarada, señorita Donovan.”

Me eché hacia atrás, fingiendo ofensa. “¿Cómo puede decir tal cosa? Solo estaba pensando en su felicidad.” Soltó una risa incrédula, pero insistí. “Me he preguntado más de una vez si usted duda en darle a Lucy su oportunidad de felicidad en el amor porque usted mismo carece de ella. La miseria ama la compañía, después de todo.”

Sus cejas se alzaron. “Podría decir lo mismo de usted. Ha sido frustrada en el amor, así que está intentando vivir a través de Lucy. El amor estrellado es una perspectiva intrigante, ¿no es así, señorita Donovan?”

Entrecerré los ojos mientras lo miraba con curiosidad. “Está decidido a pensar que soy una romántica.”

“O decidido a esperar que lo sea,” dijo, manteniendo mi mirada de una manera peculiar que me hacía sentir translúcida.

“¿Qué significa *eso*?”

No dijo nada por un momento, pero la luz en sus ojos—ya no burlona sino… ardiente era la única forma en que podía describirla—trajo un calor repentino a mis mejillas.

“Nada,” dijo, apartándose y dirigiéndose a la silla en la que siempre se sentaba. “Solo que no debería esperar que una movida así pase sin respuesta. Puede que no sea de inmediato, pero puede estar segura de que la represalia vendrá.”

“Obsérveme con la respiración contenida,” dije secamente mientras tomaba asiento. “Mientras tanto, ahora que ha tenido un vistazo a la vida de Lucy, quizás no estará tan opuesto a un cambio.” Junté las manos en mi regazo y miré el reloj, notando la hora. “Y ahora, el motivo de hoy. Uno más sustancial que las excusas endebles que ha ofrecido hasta ahora, si es tan amable, o no dudaré en emplear las estrategias que experimentó hoy. O peores.”

Dejó escapar un suspiro sonriente y estiró las piernas frente a él, mirándome con una mirada evaluadora. Sin embargo, no dijo nada, y levanté las cejas, expectante.

Su atención se desvió repentinamente hacia la alfombra en el suelo. “Tengo reservas.”

“Sí, creo que hemos establecido eso, Sr. Russell. Lo que aún no hemos establecido es si alguna de ellas es razonable.”

“Se refieren al carácter de Pike.”

Guardé silencio, pues había una diferencia en su tono esta noche. Las razones que había dado hasta ahora se habían ofrecido algo así como un padre que le ofrece un juguete a un niño y espera ver qué hace el niño con él. Esto no era así. Estaba más serio.

“¿Qué tipo de reservas podría tener sobre su carácter?” pregunté.

Sus labios se comprimieron. “Eso, no puedo decírselo.”

Presioné mis palmas juntas y las coloqué frente a mis labios para evitar decir algo que pudiera arrepentirme. “Debería haberlo sabido,” dije finalmente. “Entonces permítame decirle lo que he observado del Sr. Pike. Verá, *yo* puedo proporcionar evidencia real de su buen carácter, mientras que usted espera que simplemente acepte su afirmación sin fundamento.”

“La estoy escuchando,” dijo. Y lo hacía.

“Primero,” dije, “es un hijo devoto. Su nivel de preocupación por la salud de su madre no puede sino ser inspirador. Ha estado yendo y viniendo entre su hogar y Blackwick como pocos estarían dispuestos a hacer.”

El Sr. Russell asintió en reconocimiento.

“En segundo lugar, trata a Lucy con respeto y solicitud. Quizás no esté tan bien familiarizado con Lucy como yo, Sr. Russell, pero la verdad es que ella puede ser ingenua y un poco…”

“Inútil,” ofreció él.

“Sí. Admito que me he impacientado con ella de vez en cuando por eso.”

“Me sorprende,” dijo él con un ligero tono de diversión.

Le lancé una mirada. “Pero el señor Pike no se irrita con ella. De hecho, parece tener una paciencia inagotable para cada una de sus ansiedades.”

Él consideró mis palabras, jugueteando distraídamente con el reloj de bolsillo. Verlo siempre me producía un poco de inquietud, pues era un recordatorio de lo enfadado que había estado conmigo, de lo frágil que era este disfrute mutuo de la guerra.

“Tal evidencia no tiene peso para usted,” dije, notando lo poco convencido que se veía.

“Al contrario,” dijo él. “Créalo o no, su evaluación del carácter de él tiene mucho peso para

mí, señorita Donovan. Pero, como dije, tengo razones para dudar. Estoy dispuesto a ser probado en mi error. Si no lo estuviera, no estaría aquí."

"Y si la evidencia que he presentado no es suficiente para al menos sembrar dudas sobre sus dudas, ¿qué será suficiente?"

Su ceño se frunció, y él tocó el reloj con su dedo índice por un momento, luego levantó la vista hacia mí. "El tiempo."

"El tiempo," repetí.

"Sí. Si la inagotable paciencia de Pike, como usted la llama, y su solicitud permanecen intactas, tal vez lo concederé."

Sostuve su mirada, negándome a mostrar mi alivio y sorpresa ante este pequeño avance. "¿Intactas durante cuánto tiempo?"

Las comisuras de sus labios se torcieron hacia abajo mientras consideraba la pregunta. "Dos años."

"¿Dos *años*?"

Él levantó las cejas. "¿Duda de su lealtad?"

Parpadeé. "Yo… no, no dudo de él necesariamente. Pero, como hemos discutido antes, Lucy tiene muy poco que ofrecer. No conozco los detalles de su dote, pero entiendo que está lejos de ser sustancial."

Sonrió. "Ah, pero el amor, señorita Donovan. Está olvidando el amor. Es una fuerza que puede superar obstáculos tan insignificantes como el tiempo o el dinero."

Fruncí los labios. "¿Le ha dicho a Lucy que aceptará el compromiso en dos años?"

"No lo he hecho," dijo.

"¿Pretende privarla de esperanza?"

"De ninguna manera. No había decidido el curso, pero usted me ha ayudado a ver que tal vez he sido demasiado duro con el señor Pike. *Tal vez*," enfatizó al ver que mi boca se curvaba en una sonrisa. "Pero, como usted sugiere, ciertamente se lo diré...cuando ella me hable del asunto, lo cual no ha hecho desde mi llegada aquí. De hecho, no desde nuestra conversación inicial sobre el tema. Aunque, creo que puedo asumir con seguridad que *usted* misma transmitirá la información a ella y al señor Pike."

Sus palabras me trajeron a la mente otro punto sobre el que había estado queriendo hablar con él. "¿Por qué no me dijo que el señor Pike no le había hablado formalmente sobre sus intenciones?"

Él se encogió de hombros. "Usted simplemente asumió que lo había hecho, y yo elegí no corregirla."

Suspiré con fastidio. "¿Y *si* él le pidiera permiso para cortejarla? ¿Mañana, por ejemplo?"

"Le diría que me lo pidiera de nuevo en dos años."

"O," dije, "podría permitirles la esperanza y la felicidad de un compromiso y simplemente insistir en que el matrimonio no ocurra durante dos años."

Se inclinó hacia adelante con las rodillas dobladas y los brazos descansando sobre ellas para poder mirarme más de cerca, más intensamente. Mi corazón se aceleró. "¿Y qué clase de tutor sería yo si permitiera tal cosa? Suponga por un momento, por difícil que le resulte, que los afectos del señor Pike por Lucy *no* sobrevivieran a esos dos años."

Sostuve su mirada, incapaz de hacer otra cosa que no fuera estar de acuerdo en silencio con lo que estaba diciendo. Elevar las esperanzas de Lucy solo para que se desmoronaran, comprometerla con un hombre solo para que luego la descartara… eso sería el colmo de la crueldad e irresponsabilidad por parte del señor Russell.

Dos años le parecerían una eternidad a Lucy, sin embargo.

“De acuerdo,” dije, “parece que seguimos en un punto muerto. Usted no me dirá cuáles son sus dudas, y yo no puedo estar de acuerdo con obligar a Lucy a esperar dos años sin conocer esas dudas.”

“Un punto muerto, en efecto.” Se veía perturbado, y miré el reloj en la repisa de la chimenea. Habían pasado más de diez minutos desde que comenzamos esta discusión, pero él aún no había mirado el reloj ni mencionado la hora.

Tal vez necesitaba a alguien con quien discutir estas cosas. Y, sin embargo, se negaba a hacerlo, manteniendo las cosas crípticas y opacas. No sabía qué hacer con él. La única opción era seguir luchando por Lucy y el señor Pike—continuar estas reuniones en la biblioteca cada noche y cualquier estrategia que pudiera idear fuera de sus paredes también.

Pero estábamos en un punto muerto, y la única manera de salir de un punto muerto era intentar algo nuevo.

Capítulo 15

Parte de mí quería obligar al señor Russell a decirle a Lucy y al señor Pike que tendrían que esperar dos años para casarse. Pero no tenía la paciencia para esperar a que cualquiera de ellos se acercara a él sobre el tema, especialmente cuando acababa de decirle al señor Pike que retrasara cualquier conversación con el señor Russell. Además, sentía que les debía un informe sobre el progreso que había hecho, y un acuerdo del señor Russell para decir que sí en dos años era ciertamente mejor que un no inflexible.

Estábamos en el invernadero, ya que era el único lugar en el que podría encontrar unos minutos sin que la señora Westwood escuchara nuestra conversación. Le había dado un par de tijeras y le pedí que cortara algunas de las mejores flores para ponerlas en un jarrón cuando regresáramos a la casa, y siendo una admiradora de las flores y los arreglos florales, ella estuvo de acuerdo.

El señor Russell había rechazado acompañarnos, pero la mirada que me dio cuando salíamos del comedor me hizo preguntarme si sabía exactamente de qué pretendía hablar con Lucy y el señor Pike, o, incluso más curiosamente, si quería cargarme la responsabilidad de decirles desde el principio.

Cuando les comuniqué el progreso que había logrado, me encontré con silencio—bocas calladas y expresiones consternadas.

“¿Dos años?” dijo el señor Pike, horrorizado.

“Santo cielo,” susurró Lucy.

“Es mejor que nunca, sin duda,” dije, sintiendo un pinchazo de defensiva. Había estado intentando valientemente ayudarlos, y aunque deseaba poder ofrecerles la posibilidad de matrimonio dentro del mes, eso simplemente no era posible. Parecían subestimar cuán terco podía ser el señor Russell.

“Por supuesto que lo es,” dijo Lucy, aparentemente notando mi molestia por su reacción. “Y no podemos agradecerte lo suficiente por lo que has estado haciendo para ayudarnos, Di.” Miró al señor Pike, como si esperara que él también expresara su agradecimiento.

Le tomó un momento responder, pues su mente parecía estar en otro lugar—un lugar desagradable, dada la expresión en sus ojos. Pero parpadeó y aclaró su garganta. “Sí, sí. Naturalmente, le estamos muy agradecidos, señorita Donovan.” Su sonrisa fue valiente. “Me temo que hoy debo hacer una visita a mi madre.”

“Oh,” dijo Lucy. “Sí, por supuesto. Estoy segura de que debe estar preocupado por ella.”

Asintió, y la preocupación en sus ojos era evidente. “Debería irme ahora. Regresaré esta noche, creo. A más tardar, mañana por la mañana.”

La decisión de irse fue tan repentina y apresurada, y no pude evitar pensar en las dudas del señor Russell. Pero era completamente normal que el señor Pike se sintiera desanimado ante la idea de no poder casarse con Lucy por dos años más—especialmente cuando su madre estaba tan mal. ¿De qué sospechaba yo, después de todo? No tenía ninguna razón para sospechar de nada, salvo por las palabras infundadas del señor Russell.

Lucy estaba observando cómo se alejaba el señor Pike, con sus ojos ahora llenos de preocupación. Me miró e intentó sonreír.

“¿Estás bien?” le pregunté.

“Su madre no está mejorando, sabes, y él está terriblemente preocupado por ella. Creo que esperaba que pudiéramos casarnos antes. Así todos estaríamos en la misma casa, y podríamos

cuidar de su madre juntos.”

Asentí. “Sí, no puedo imaginar que sea fácil para él dejarla—o dejarte a ti.”

Suspiró, volviendo a mirar hacia él mientras desaparecía en la casa.

De repente me sentí inadecuada, como si hubiera prometido más de lo que realmente podía cumplir. Odiaba esa sensación. Pero no podía dejar de intentarlo. Tampoco podía bajar la guardia, ya que el señor Russell había prometido represalias por lo que le había hecho ayer.

“Lo lograremos, Lucy,” dije, poniendo una mano reconfortante sobre su brazo. “No pierdas la esperanza.”

Hasta ahora, mi interacción con los invitados de mi padre se había limitado a las cenas y a algunos encuentros ocasionales en los pasillos o en la mesa del desayuno. Mi padre no había exagerado cuando me dijo que no tendría tiempo para ser el anfitrión de nadie más. Pero tal vez se estaba cansando de esos largos días encerrado en el estudio, en compañía únicamente de hombres de la marina, porque todos se unieron a nosotros en la sala de estar después de la cena.

El capitán Stokes no se me había acercado desde nuestro encuentro en el desayuno hace unos días, y me sentí satisfecha al saber que entendía que no era ninguna tonta. Sabía exactamente lo que había hecho, lo que pensaba de mí, y no tenía intención de volver a hacer el ridículo. No es que deseara su atención ahora. Ciertamente no aspiraba a casarme con un hombre de la marina, y aun si lo hubiera hecho, mi padre lo habría prohibido. Él había vivido la vida de un hombre de la marina casado, y casi había dicho que lamentaba haberse casado. Culpaba a mi madre y a su enfermedad por haber arruinado su prometedora carrera naval.

Las veladas en la sala de estar habían sido tranquilas cuando yo tenía el mando—una partida de cartas o dos, la señora Westwood remendando algo en el sofá, Phineas leyendo—pero esta noche mi padre estaba al mando.

“El pianoforte, Diana,” dijo. “Regálanos una canción.”

Odiaba cuando hablaba en órdenes de esa manera, y que lo hiciera con tal audiencia era suficiente para hacerme apretar los puños.

“¿Con el capitán Stokes, tal vez?”

Volteé la cabeza para mirar al señor Russell, quien había hecho el comentario. Se veía tan inocente como un niño.

“La señorita Donovan me comentaba más temprano cuánto deseaba hacer un dueto con el capitán,” continuó, fabricando otra conversación imaginada entre nosotros. Por supuesto, yo había hecho lo mismo cuando dije que él deseaba conocer mejor a la señora Westwood, pero esto era diferente.

Con la mandíbula apretada, lo miré, deseando que él me mirara, pero él estaba mirando al capitán Stokes.

“Stokes tiene un hermoso barítono,” dijo uno de los otros capitanes, sonriendo de una manera que solo podía describir como divertida. Tenía la clara sensación de que habían hablado sobre mí, y no me hacía ilusiones de que había salido bien en esa conversación.

“Un dueto,” dijo la señora Westwood, con la vista aún en su costura. “Qué encantador suena eso. *No hay nada más reconfortante para el oído que la voz masculina y femenina unidas en armonía*.”

Necesitaba decir algo, detener esta ridiculez. Estaba dividida entre la necesidad de asegurarle al capitán que no deseaba, ni desearía jamás, cantar un dueto con él, y la necesidad de mostrarle al señor Russell que su intento de venganza no había dado en el blanco.

“Vamos, capitán,” dije, ahogando mi orgullo y acercándome al piano para encontrar una canción adecuada, preferiblemente una que tuviera un mensaje oculto de odio que pudiera cantar

mientras miraba directamente a los ojos del señor Russell. Y tal vez un estribillo para el capitán Stokes sobre lo poco que me importaba. ¿Por qué se escriben tan pocas canciones sobre tales emociones?

El capitán Stokes no se movió de su lugar. “Tendrá que disculparme.” Fijó su mirada en mí. “Dudo que la voz de la señorita Donovan” hizo una pausa en la palabra “y la mía combinarían. Apuesto a que una voz como la suya está destinada a ser disfrutada en solitario.”

El otro capitán soltó una risa suave, y sentí que el calor se acumulaba en mis mejillas. Todos en la sala sabían que el capitán Stokes no estaba hablando de mi voz.

Normalmente era rápida en mis respuestas, lista para devolver cualquier golpe que me lanzaran, pero ahora no tenía ninguno. Tenía quince años de nuevo, de regreso en el *Dominance*. *Ella es demasiado arisca para mi gusto... Tiene todas las cualidades que la harían una buena oficial, pero ninguna de las que uno desea en una esposa sumisa.*

“Tengo la canción perfecta,” dije, mortificada al descubrir que mi voz temblaba. “Voy a buscarla.”

El capitán Stokes tenía una expresión de saber en su ojo mientras él y los demás me observaban salir de la sala.

La sangre retumbaba en mis oídos mientras apresuraba el paso por el pasillo, sin ninguna intención de buscar la pieza en cuestión. Ni siquiera existía. Pero tendría que encontrar una de todas maneras, porque no podía simplemente desaparecer por el resto de la noche. Tendría que regresar y cantar mi solo, aunque solo fuera para molestar al capitán Stokes.

Pero por ahora, necesitaba aire. Y secar las patéticas lágrimas de rabia y vergüenza que se acumulaban en mis ojos.

“Señorita Donovan.”

No me molesté en mirar atrás al señor Russell. Lo último que necesitaba era que él viera mi debilidad. De alguna manera, eso se sentía como si fuera el final.

Aceleré el paso al acercarme a la biblioteca, luego me apresuré a través de la puerta y la cerré detrás de mí. Al pasar por el lugar donde el señor Russell y yo nos habíamos sentado cada noche, abrí la puerta que conducía al exterior y a una pequeña terraza.

“Diana,” dijo el señor Russell, siguiéndome. Debería haberlo esperado; no era un hombre que se rindiera fácilmente. ¿Y cómo se atrevía a llamarme por mi nombre en un momento así?

Ni siquiera me molesté en cerrar la puerta de la terraza, pero antes de que pudiera apresurarme por los escalones que llevaban al jardín, él agarró mi mano.

“Diana.”

“¿Qué?” Me di la vuelta para mirarlo, la ira sofocando mis otras emociones por un momento. ¿Por qué no podía dejarme en paz solo por estos minutos? ¿Nunca se me permitía un momento de debilidad privada?

Sus cejas se fruncieron al encontrar mi mirada, como si no se hubiera dado cuenta de que estaba a punto de llorar. Irritantemente, esto solo hacía que mis ojos picaran aún más. Las lágrimas eran poco comunes para mí, pero en ese momento parecían la fuerza más imparable del mundo, y las odiaba por eso. Lo odiaba a *él* por eso.

“¿Está feliz?” le lancé, apartando mi mano. Preferiría que viera mi ira en lugar de mi vergüenza.

Él parpadeó. “¿Feliz?”

“El capitán Stokes, al menos, debe estar encantado. Tener una oportunidad así servida en bandeja.”

La confusión de Mr. Russell solo creció. “¿Una oportunidad para cantar con usted?”

Me reí con desdén. “Una oportunidad para rechazarme de nuevo—para ponerme en mi lugar.”

“Él declinó cantar un dueto,” respondió. “Eso no lo llamaría rechazo.”

“Es un mayor tonto de lo que pensaba si cree que eso es todo lo que él estaba diciendo.”

“O quizás usted es la tonta por asumir que él quería decir algo más.”

Mi mandíbula se tensó. “No tiene ni una pizca de humildad, ¿verdad? Asume que lo sabe todo y que lo que ve es todo lo que hay. Bueno, permítame desengañarlo de tal noción. Conozco al capitán Stokes desde que tenía quince años, él era un teniente fornido de veintidós y yo la ingenua hija del capitán, ansiosa por ser notada y admirada. Como la joven tonta que era, creí que él estaba tan enamorado de mí como yo de él.” Mi mandíbula se endureció, y levanté la barbilla. “Imagine mi sorpresa cuando lo escuché hablar de mí con sus amigos—cómo yo era demasiado mandona para ser la esposa sumisa que él requería, pero cómo esperaba que mis esfuerzos con mi padre en su nombre lo ayudaran a conseguir el rango de primer teniente.”

Mr. Russell me miró, el arrepentimiento y la compasión formándose en sus ojos. “Diana...” Extendió la mano hacia mí, y di un paso atrás. Su brazo cayó de inmediato a su costado.

“Por el amor de Dios, no me tenga lástima,” dije. “Eso no es por lo que le cuento esto. Se lo cuento para forzarlo a tener algo de humildad, para dejar en claro por qué podría estrangularlo. Me forzó a una posición en la que el capitán Stokes cree que me ha vencido, que me ha rechazado dos veces...y esta vez ante una audiencia.”

La mirada de Mr. Russell bajó, y la esquina de su boca se torció hacia arriba.

No podía creer la reacción. “¿Le resulta gracioso?”

Él levantó la vista hacia mí con una sonrisa irónica. “Nunca pensé que sentiría celos porque una mujer quisiera pelear con otro hombre.”

Lo miré.

“No quise herirla.” Su voz era suave y baja, sus ojos impactantes en su sinceridad. “Fue una decisión imprudente, nacida en parte de la necesidad de venganza, en parte del deseo de saber lo que sentía por el capitán, porque podía sentir algo entre ustedes.”

Mi corazón latía con fuerza, mi cuerpo de repente encendido con cosquilleos. “No siento nada por él, y no hay nada entre nosotros.”

“¿No desea estrangularlo, entonces?”

Parpadeé, sorprendida por el comentario extraño. “Yo... No lo había considerado.”

“¿Y ahora que lo ha hecho?”

“Creo que sería un desperdicio de mi energía.”

Él sonrió, una sonrisa más genuina de lo que estaba acostumbrada. “Me alegra oír eso.”

Fruncí el ceño. No era la primera vez que me costaba seguir una conversación con Mr. Russell. “¿Tiene tanto interés en el bienestar del capitán Stokes?”

“Algo así, supongo. Rara vez he sentido tanto desagrado por alguien como cuando creí que usted lo tenía en particular afecto. Ahora que sé que no es así, él puede tener el mundo, por mí.”

Sus palabras aceleraron mi pulso. “No entiendo.”

Él se encogió de hombros ligeramente. “Me ha dicho en más de una ocasión que desea estrangularme. A medida que he llegado a conocerla, he empezado a esperar que, para Diana Donovan, eso podría ser una manera de decir algo completamente diferente.”

Mi corazón latía más rápido que nunca. De alguna manera, nos habíamos acercado sin mi intención. Cualquier pensamiento de lágrimas se había desvanecido. En realidad, todo lo que podía pensar era en la barba de Mr. Russell y si era tan áspera como parecía, o en sus pestañas, tan suaves como *parecían*. Y en sus labios...

Él se dio la vuelta, apoyando los brazos en el bajo barandal de piedra. “Quizás solo sea un pensamiento iluso. No es la única a la que desagrado, después de todo. Lucy nunca se encariñó conmigo.” Miró hacia mí, su expresión nuevamente llena de arrepentimiento. “Podía estar completamente en paz como un bebé, pero en el momento en que la ponían en mis brazos, gritaba y lloraba. Nicholas me decía que no lo tomara en cuenta, y yo intentaba no hacerlo.” Se rio suavemente. “Quería que me amara—incluso intenté ponerme el abrigo de Nick una vez para engañarla y hacerle creer que yo era él. Pero lo sabía. Y luego creció, dejó de llorar o de querer ser abrazada, pero me evitaba cuando la visitaba. Así que comencé a evitarla también.” Suspiró, con su mirada fija en algún punto a lo lejos. “No tengo el temperamento para atraer a alguien como Lucy.”

Tragué saliva mientras sus palabras se alojaban en algún lugar profundo dentro de mí. Sabía exactamente a lo que se refería. El temperamento no es algo que se pueda superar fácilmente. Mi madre una vez me dijo que abrazara mi espíritu—que lo domesticara y controlara, pero no lo sometiera por completo. Pero no la escuché. No *quería* ser una mandona. Sin embargo, cada vez que intentaba someter el fuego dentro de mí, inevitablemente escapaba a mis esfuerzos, brillando aún más intensamente por haber sido sofocado—algunas veces quemando a otros como resultado de la explosión resultante.

“Estoy segura de que su padre lo consideró cuando lo designó como su tutor,” respondí.

Mr. Russell me miró, inclinando su cuerpo ligeramente para que su peso descansara principalmente en un codo. “Cuando recibí el testamento de Nicholas, nombrándome tutor, estaba solo, ya que él había ordenado que el testamento se leyera estrictamente en privado.” Su cabeza se sacudió lentamente de un lado a otro, sus ojos mirándome, pero sin realmente verme. “Casi no podía creerlo. Miré las palabras durante horas, o eso parecía.” Sus cejas se fruncieron. “¿Por qué yo? El que Lucy nunca quiso. Su abuelo—el padre de su madre—todavía estaba vivo en ese entonces, después de todo, y ella siempre lo había amado.”

No sabía por qué Mr. Russell me contaba todo esto. Tal vez era para hacerme sentir menos avergonzada por mi propio pasado, por el rechazo que había experimentado. Pero estaba agradecida por ello, de todos modos. “Su hermano debió confiar más en usted.”

“Quizás.” Se enderezó, sacudiendo el codo de su abrigo. “Pero sabía que nunca podría reemplazarlo, mucho menos a él y a mi cuñada. Me parecía incorrecto siquiera intentarlo. Lucy nunca me había querido, así que, ¿qué pensaría ella al pensar que yo era quien iba a tomar el lugar de su padre?” Sacudió la cabeza. “Así que, continué evitándola, seguro de que sería más feliz bajo el cuidado de la señora Westwood.” Me miró.

Sentí otro toque de compasión por él. A Lucy *no* le gustaba. Me entristecía ahora, al ver el arrepentimiento en su rostro y haber pasado tanto tiempo en su compañía. Ella no tenía nada que temer de él, incluso si él le estaba negando algo que deseaba.

“Me ha dado más tiempo con ella.” Mr. Russell sonrió con tristeza. “Me lo ha forzado, más bien. Debería agradecerle por eso.”

Sacudí la cabeza, ansiosa por desilusionarlo de la idea de que me debía algo. Lo había visto como mi enemigo desde el principio. Eso estaba resultando más difícil de recordar—más difícil cuanto más cerca estábamos, con cada hora que pasábamos en su compañía. “No tiene nada que agradecerme. No se hizo con sus intereses en mente, como bien sabe.”

Él dio un paso más cerca. “Lo sé. Después de todo, solo quiere estrangularme.” Me miró, con sus ojos impactantes buscando los míos, espesando el aire a nuestro alrededor.

Mi mirada bajó a su cuello, mayormente oculto por los pliegues de su corbata. Pero no eran mis manos las que imaginaba alrededor de él. En cambio, imaginaba cómo sería tocarlo, besarlo.

El deseo brillaba dentro de mí.

"¿Diana?"

Mi mirada se levantó hacia la suya. Me había atrapado admirando al enemigo. ¿Y qué haría si supiera que lo admiraba? Tendría poder sobre mí.

Pero él no parecía darse cuenta del contenido de mis pensamientos. Me miraba, sus ojos llenos de incertidumbre, incluso un atisbo de aprensión.

"Quiero besarla," dijo.

Las palabras temblaron a través de mí, reverberando en mis huesos, encendiendo mi cuerpo, como si estuviera hecho enteramente de leña y su confesión fuera una chispa. Encendieron mi piel y mis labios en llamas, amenazando con consumirme si no hacía algo—cualquier cosa—para detenerlo. Tenía que enfrentarlo de frente.

Apreté mi mano alrededor de su cuello y bajé sus labios hacia los míos en un choque de fuerzas enemigas.

Al principio, no hubo respuesta, ni represalia, como un enemigo sorprendido, tratando de decidir si retirarse o enfrentarse. Pero no aceptaría la retirada. Esta era una batalla que debía librarse, y tomé la solapa de su abrigo, jalándolo hacia mí, provocándolo para que contrarrestara mi ataque.

Su resistencia se desmoronó, su boca respondió a la mía de manera repentina y feroz, tomándome cautiva.

La avalancha de una fuerza conquistadora es como la ruptura de aguas reprimidas en un abismo de mil brazas de profundidad, dijo Sun Tzu.

Yo estaba en el fondo de ese abismo, con las aguas estrellándose y cascadas sobre mi cabeza hasta que pensé que podría ahogarme. Abracé a Mr. Russell aún más fuerte, ya que él era tanto mi enemigo como mi única esperanza de rescate. Sus brazos me rodearon, con una mano extendida en mi espalda, manteniéndome unida a él mientras me besaba y me vencía. Las aguas corrían sobre mí sin cesar, y luché por respirar, apartándome solo lo suficiente para tomar aire y luego volver a luchar.

Y cada vez, él estaba allí, esperándome, rompiéndome con su beso hasta que me sentí débil, como arcilla en sus manos. Y en medio de todo el caos y el fuego, comprendí la verdad: Esta era una batalla que no podía ganar, ni con todo el tiempo del mundo. Estaría involucrada en ella hasta el día de mi muerte si no me alejaba ahora.

Así que, hice precisamente eso. Me alejé, y sin decir una palabra, corrí.

Capítulo 16

Podría haber salido físicamente de la presencia del Sr. Russell, pero mentalmente, no había escape de él. Me había ido a mitad de beso, apresurada a escapar a mitad de batalla, el trabajo incompleto, el enemigo aún en libertad. Y mis labios... hormigueaban con su toque persistente, exigiendo resolución. Como una progresión de acordes no resuelta, mi mente insistía en imaginar cómo sería esa culminación.

Pero no era una tonta—no del todo, al menos—y había tomado la decisión correcta al irme.

Si nuestras fuerzas son iguales, podemos ofrecer batalla; si somos ligeramente inferiores en número, podemos evitar al enemigo; si somos desiguales en todo, podemos huir de él.

Yo había sido lamentablemente desigual. Y lo peor de todo, quizás, es que había disfrutado entregarme al Sr. Russell. Había comenzado a caer, y la sensación había sido estimulante. Pero no se puede caer para siempre. En algún momento, el suelo estaría esperando, y darme cuenta de ello había sido suficiente para alejarme.

No regresé al salón. No me importaba si me esperaban, ni qué pensaría el Capitán Stokes de mi desaparición. Que pensara lo que quisiera; tenía cosas más urgentes en las que pensar.

***

"¿Qué?" La voz de Valentine estaba agitada, incluso en su adormecida monotonía desde donde yo estaba afuera de su puerta cerrada a la mañana siguiente.

“¿Estás vestido?” pregunté.

“Estoy en la cama,” dijo, con la irritación en su voz comenzando a superar el sueño. “Como cualquier ser humano normal a esta hora.”

Empujé la puerta y entré en su habitación justo a tiempo para verlo cerrar las cortinas de la cama de un tirón.

“Necesito tu ayuda,” dije, arrastrándolas de nuevo sin ceremonias.

Maldijo, protegiendo sus ojos de la luz. “Por el amor de Dios, Di. ¿Desde cuándo te has vuelto tan patética e indefensa?”

Cruce los brazos. “No lo sé, Valentine. Quizás empezó cuando invitaste a mi enemigo a nuestra casa solo para desafiarme.”

Él subió las cobijas sobre su cabeza. “Suenas como una tonta al hablar así. No vives dentro de las páginas de *El arte de la guerra*, aunque te gustaría pensar lo contrario.”

Lo ignoré y fui hacia el armario que estaba contra la pared detrás de mí. “Necesito que lleves al Sr. Russell de caza.”

Él bajó las cobijas para revelar su rostro. “¿De caza?”

“De caza.” Abrí el armario y revisé su contenido.

“¿Y qué demonios crees que podemos cazar en junio?”

Saqué una camisa y un par de calzones, me volví hacia él. “No lo sé, y no me importa particularmente. Cacen gorriones si es necesario. Solo necesito que se vaya.”

“Y yo” cerró las cortinas de nuevo, pero lo detuve con una mano “necesito que *tú* te vayas.”

“En el momento en que me des tu garantía de que llevarás al Sr. Russell a otro lugar hoy, me iré.”

“Tú misma te metiste en este lío, Di. Encuentra tu propia salida. O” me miró con una sonrisa fabricada “aquí hay una idea: deja de ser una idiota y acepta que nunca encontrarás a alguien tan perfecto para ti como Russell.”

Cerré las cortinas de la cama y me dirigí hacia la puerta, con los labios apretados. “De todas

las personas que podría haber tenido como hermano, ¿cómo es que logré tener al más desobediente que existe?"

"Pura suerte inmerecida," dijo mientras bostezaba.

Salí y cerré la puerta tras de mí.

***

Nunca había caminado con tanta aprensión en mi propia casa como lo hacía ahora, temerosa de encontrarme con el Sr. Russell en cada esquina. No tenía la menor idea de cómo comportarme en su compañía, y era más fácil evitarlo que decidir tal cosa.

Cuando llegué a la puerta del comedor, la abrí lo suficiente para echar un vistazo. El Sr. Russell no estaba allí, así que la abrí por completo y entré para unirme a los demás en la mesa.

El Sr. Pike estaba notablemente ausente, y Lucy se veía un poco pálida y demacrada al lado de la Sra. Westwood. Su plato de comida había sido apenas tocado, pero nada había tenido más de uno o dos bocados. Parecía que cuanto más tiempo pasaba en compañía del Sr. Pike, menos podía soportar su ausencia. Quizás el Sr. Russell cedería cuando se diera cuenta de que no solo estaba en juego la felicidad de Lucy, sino también su salud.

Afortunadamente, nadie mencionó el espectáculo de la noche anterior con el Capitán Stokes, y acababa de sentarme con un plato de tostadas y estaba sirviendo mi té cuando el Sr. Russell entró por la puerta. Su mirada fue directamente hacia mí, permaneciendo solo un segundo más de lo necesario, antes de dirigirse hacia la mesa de servicio.

Maldecía su habilidad para estar en todos los lugares en los que menos lo deseaba... y con tal calma. ¿Cómo era posible que su corazón no estuviera latiendo tan fuerte que todos en la habitación pudieran oírlo, como el mío? Este juego en el que estábamos, fuera lo que fuera, se estaba volviendo demasiado complicado para mí. Enfrentar a un enemigo en batalla era una cosa, pero sentarse a desayunar con él y mantener una conversación mundana y civil cuando todo lo que deseaba era que él me besara hasta perder la cabeza, era algo completamente diferente.

Me levanté de un salto. "Parece que necesitamos más azúcar. Iré a hablar con la cocinera."

El Sr. Russell se había detenido en la mesa de servicio y me miraba con una ceja levantada. Su mirada se desplazó hacia el lacayo que estaba junto a la puerta.

"También necesito hablar con ella urgentemente sobre el menú de la semana," añadí como explicación de por qué no haría que Reeve transmitiera el mensaje en mi lugar. El Sr. Russell no estaba convencido, por supuesto, pero no me importaba en absoluto. Aún no me había recuperado de nuestro último encuentro, y necesitaba recuperar fuerzas. No estaba siendo una cobarde; estaba siguiendo el consejo de Sun Tzu: *Si él es de fuerza superior, evítelo.*

¿Pero qué hacer después? Necesitaba consultar a Sun Tzu. Sin embargo, dudaba que hubiera algún consejo en *El arte de la guerra* sobre qué hacer después de besar al enemigo. Era inevitable que volviera a ver al Sr. Russell, ¿y qué pasaría entonces? ¿Qué esperaría él de mí? Por el amor de Dios, ¿esperaría que lo besara otra vez?

Mi corazón latía con fuerza.

¿Qué tal si él *no* esperaba que lo besara de nuevo?

Mi corazón se quejaba, y me di un golpe en el pecho con el puño para intentar entrar en razón.

"¿Qué estás haciendo?"

Miré hacia la escalera y encontré a Valentine mirándome desde arriba.

Aclaré mi garganta y golpeé mi pecho de nuevo con el puño. "Tengo un poco de tos." Fruncí el ceño, recordando lo poco amable que había sido esa mañana. "¿A ti qué le importa, de todos modos?"

Él continuó bajando las escaleras. “No me gustaría salir de caza con Russell si te estás enfermando, querida hermana.”

Observé su atuendo, botas de montar incluidas. Mis ojos se abrieron de par en par cuando llegó al final de las escaleras, y me apresuré a abrazarlo por completo.

“¡Hermano santo!” Planté un beso completo en su mejilla mientras él intentaba alejarse. “¿Qué he hecho para merecerte?”

“Ciertamente no *eso*.” Se limpió la mejilla con la mano con una expresión de disgusto. “Esto es todo, Di. Y lo digo en serio. No permitiré que me involucres en más de tus juegos. No puedes esconderte de él—o de ti misma—para siempre.” Me miró intensamente y luego siguió su camino.

Lo observé alejarse, sonriendo ligeramente. Había un lugar especial en mi corazón para Valentine, por más que él intentara escapar de él.

Sintiéndome mucho mejor respecto a las perspectivas del día, abandoné mi camino hacia la cocina y me dirigí a la biblioteca. Encontré a Phineas allí, en su rincón habitual. ¿Había notado nuestra ausencia, la de Mr. Russell y la mía, anoche durante nuestra hora de encuentro habitual?

Él me miró y me sonrió un poco antes de volver a su lectura.

Me dirigí directamente a la mesa que albergaba los objetos favoritos de mi padre provenientes de Oriente, ignorando los adornos y figuras a favor de los libros allí. Conocía *El arte de la guerra* mejor que la Biblia—admito que es mucho más corto—y, sin embargo, mi mente estaba nublada, menos astuta de lo habitual hoy. Culpo a ese maldito beso. Si antes pensaba que una pequeña sonrisa de Mr. Russell era más poderosa debido a su comportamiento habitualmente estoico, ahora sabía el fuego que podía encender con sus brazos alrededor mío y sus labios sobre los míos.

Mi cuerpo se calentó al mero pensamiento, y rápidamente abrí el libro, ansiosa por encontrar sabiduría que apagara las llamas.

Mis ojos recorrieron las palabras—todas en francés—buscando algo que pudiera despertar una nueva idea en mí. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que me sintiera capaz de enfrentar a Mr. Russell sin querer que me besara, sin pensar en el beso? Hasta entonces, tendría que emplear un tipo de estrategia diferente, algo que me permitiera luchar desde lejos. Esas tácticas existían. Lo sabía con certeza, y pasé a la quinta sección, sonriendo al encontrar las palabras que estaba buscando.

Tácticas indirectas, aplicadas eficientemente, son tan inagotables como el cielo y la tierra, tan interminables como el flujo de ríos y arroyos; como el sol y la luna, terminan solo para comenzar de nuevo; como las cuatro estaciones, pasan para regresar una vez más.

Suspiré, sintiéndome más esperanzada de que tal vez podría ayudar a Lucy y a Mr. Pike sin verme obligada a pasar tiempo en compañía de Mr. Russell.

Pasé por más páginas, leyendo algunas líneas de cada una, esperando obtener ideas.

Hay una temporada adecuada para hacer ataques con fuego y días especiales para iniciar una conflagración.

Torcí la boca y fruncí el ceño. ¿Qué podría representar el fuego en esta situación particular? ¿Y era hoy el día especial y la temporada adecuada para tal cosa? A veces era difícil traducir las palabras de Sun Tzu de modo que tuvieran sentido para mis circunstancias.

Aparté unas cuantas páginas y coloqué mi dedo índice en una línea.

Gongs y tambores, banderas y estandartes, son medios por los cuales los oídos y ojos del anfitrión pueden enfocarse en un punto en particular.

No tenía gongs, tambores, banderas ni estandartes, ni sabía cómo me serían útiles si los

tuviera.

Impaciente, pasé a la siguiente página.

Estar bien alimentado mientras el enemigo está hambriento—esto es el arte de conservar la fuerza propia.

Fruncí el ceño más profundamente. Yo era quien estaba hambrienta. Ni siquiera había desayunado hoy. Pero, incluso con el estómago vacío, lo que realmente anhelaba era más tiempo con Mr. Russell.

Fruncí los labios y pasé por encima de un montón de páginas, con mi mirada aterrizando en un párrafo de la sección diez.

Si conoces al enemigo y te conoces a ti mismo, no debes temer el resultado de cien batallas. Si te conoces a ti mismo, pero no al enemigo, por cada victoria obtenida, también sufrirás una derrota. Si no conoces ni al enemigo ni a ti mismo, sucumbirás en cada batalla.

Miré las palabras, luego las leí de nuevo. ¿Conocía a Mr. Russell? ¿Me conocía a mí misma? ¿O era a Lucy y a Mr. Pike a quienes necesitaba conocer mejor?

Apenas sabía con quién estaba peleando en este momento. Empezaba a sentir que estaba luchando más contra mí misma que contra cualquier otra cosa.

Una ligera inquietud se instaló en mi pecho. Estaba perdiendo de vista las cosas, y no podía permitirme eso, no con Lucy luciendo tan abatida, con Mr. Pike agobiado por la preocupación por su madre y dispuesto a dividir su atención durante los próximos dos años. No podía permitir que mi creciente afinidad por Mr. Russell afectara lo que me había propuesto hacer. Podría ser un enemigo menos desagradable de lo que había sospechado al principio, pero seguía siendo un enemigo en el sentido de que se oponía al objetivo que tenía, y tenía que encontrar una manera de enfrentarlo—preferiblemente sin permitirme besarlo. A menos que besar fuera de alguna manera una táctica de batalla aceptable, en cuyo caso, estaría dispuesta a luchar hasta la muerte.

Suspiré. Esas tácticas indirectas de las que hablaba Sun Tzu, supuestamente tan inagotables como el cielo y la tierra, eran desesperadamente necesarias.

***

Mr. Pike aún no había regresado al mediodía, y Mrs. Westwood y yo nos vimos obligadas a tratar de animar a Lucy, para evitar que su preocupación por Mrs. Pike siguiera creciendo. Era un trabajo agotador, y desearía que hubiera sido Mr. Russell quien tuviera la tarea de consolarla. Después de todo, él era el responsable de su ánimo decaído y su rostro pálido, no Mrs. Westwood ni yo.

La influencia de Mrs. Westwood no era particularmente útil, sin embargo. A veces parecía agitar a Lucy aún más, y me descubrí deseando que estuviera en otro lugar—preferiblemente cazando con Valentine y Mr. Russell. La idea de que asustara a los pocos animales disponibles para disparar con un adagio mal cronometrado me hizo sonreír.

Valentine y Mr. Russell regresaron justo antes de la cena, y no estaba más cerca de pensar en ideas para un combate indirecto de lo que estaba cuando se habían ido. Sospechaba que era más una soldada de combate cuerpo a cuerpo—o de labios a labios, aparentemente.

Pensamientos tan insidiosos habían sido mis compañeros constantes durante todo el día, y me había molestado encontrarme mirando por la ventana en busca de algún signo del regreso de los hombres muchas veces en las dos horas antes de que regresaran a Blackwick.

Mr. Russell se sentó frente a mí en la mesa durante la cena, y no me era ajeno su intento de forzar mi mirada a encontrarse con la suya. Tampoco era tan tonta como para pensar que las veces en que sus pies encontraban los míos bajo la mesa eran meros accidentes. La tercera vez que su pie se apoyó contra el mío, lo miré y encontré sus ojos riéndose de mí.

Endurecí la mandíbula y pateé.

"¡Ay!" Lucy gritó a su lado.

Mr. Russell se llevó los labios entre los dientes, luego los cubrió con la servilleta mientras fingía limpiarse la boca.

Lucy me miró, frunciendo el ceño y confundida por la violencia que acababa de experimentar a manos mías. O, mejor dicho, a pies míos.

"Oh, cielos," dije, con las mejillas calientes. "Lo siento mucho, Lucy."

Ella se inclinó y se llevó la mano al lugar donde la había pateado, frotándolo.

Miré fijamente a Mr. Russell, quien para entonces había logrado componer su rostro y puso una mano sobre el hombro de Lucy. "¿Deberíamos llamar a un médico?" preguntó.

Mis ojos se agrandaron por la vergüenza, pero Lucy negó con la cabeza. "No, no. Solo está un poco magullado."

Pasé el resto de la comida pensando en todas las maneras en que podría vengarme de Mr. Russell. Si algún día merecía una conflagración especial, seguramente era este.

***

Me mantuve alejada de la biblioteca después de la cena, quedándome en el salón y retirándome al mismo tiempo que Lucy y Mrs. Westwood para evitar cualquier posibilidad de que Mr. Russell pudiera atraparme en el pasillo.

No te detengas en posiciones peligrosamente aisladas. Tenía la intención de seguir ese consejo de Sun Tzu sin excepción a partir de ahora. Aunque era algo complicado, esquivar a un invitado en mi propia casa; no es que lo hubiera invitado, claro está, pero lo había provocado para que consiguiera una invitación, y eso era casi lo mismo.

Cuando al día siguiente amaneció sin señales de Mr. Pike, comencé a sentirme inquieta. ¿Había sido un error informarle que Mr. Russell les exigiría esperar dos años para casarse? ¿Había sido demasiado para él? Sería una miserable si ese era el caso, pues no había hecho más que alentar a Lucy en su afecto por Mr. Pike.

Pero no había razón para preocuparse por tales cosas hasta que supiéramos algo con certeza. Mientras tanto, envié a una de las criadas con una cesta para llevarla a los Pike, esperando que pudiera regresar con más información.

Quizás para evitar a Mrs. Westwood, Lucy pasó la mañana leyendo en su dormitorio. Intenté persuadirla de salir con la promesa de un paseo en mi yegua, pero se negó, insistiendo en que no quería estar ausente cuando Mr. Pike regresara. Me rendí y decidí salir a montar a caballo yo misma.

En mi camino para vestirme para tal actividad, me encontré con Valentine en el pasillo junto a su dormitorio. Me miró con cautela.

"No pienses en hablarme", dijo. "Por más que me guste Russell, no pienso pasar otro día entero cazando gorriones."

"Ni se me ocurriría pedírtelo", dije. "Valoro mi vida demasiado como para intentarlo. Voy a salir a cabalgar yo sola." Podría ausentarme, despejar mi mente y pensar en algunas ideas, todos objetivos valiosos. Bueno, tal vez no valiosos, pero objetivos, al fin y al cabo.

"¿Te llevarás a Reeve contigo?" preguntó Valentine.

"¡Ja! No juegues la carta de la propiedad conmigo, Val. No te sienta bien. Además, hace años que no llevo a un lacayo conmigo a cabalgar."

"¿No llevas uno, o no puedes persuadir a ninguno para que te acompañe?" bromeó.

No dignifiqué su pregunta con una respuesta, simplemente le lancé una mirada seria y lo dejé en el pasillo para ir a vestirme en mi habitación.

Nunca antes había necesitado tanto un paseo en solitario como ahora.

Capítulo 17

Aunque Valentine podría implicar que yo estaba ajena a cualquier sentido de propiedad, siempre mantenía mis paseos confinados al área alrededor de Blackwick, deteniéndome antes de la línea de árboles que dividía nuestra finca de la de los Aldridge. Ellos habrían estado más que felices de darme la bienvenida en sus tierras, pero como requería atravesar árboles con ramas bajas, nunca me molestaba. Blackwick tenía más que suficientes acantilados peligrosos para satisfacerme.

Alejarme de todo y desprenderme de mi papel de anfitriona por un tiempo era glorioso, empañado solo por el conocimiento de que había entrado en una batalla de la que no podía escapar ni estaba completamente segura de cómo salir victoriosa.

Hice caminar a mi caballo, una elegante potra castaña, lentamente en la cima de los acantilados en la frontera norte de la finca. La escena daba al mar y a las olas que se acercaban a la orilla en filas implacables, estrellándose contra las rocas y acantilados con una fuerza que enviaba rociado al aire. Ojalá tuviera un suministro interminable de ataques. Pero la verdad era que encontraba a Mr. Russell más parecido a las olas, sacándome los pies de debajo solo para estrellarse sobre mí de nuevo una vez que pensaba que había encontrado mi equilibrio.

“No puede evitarme para siempre, sabe.”

Me di la vuelta rápidamente y encontré a Mr. Russell montando hacia mí, como si mis pensamientos solos lo hubieran conjurado. Mi corazón inmediatamente comenzó a galopar.

“¿Siempre obliga a su compañía a la gente, Mr. Russell?”

“Sin excepción.” Guio a su caballo hacia adelante, como si no fuera su objetivo, solo para girar en el último momento y acercarse a mí de frente.

“No es apropiado que venga en busca de mí cuando estoy sola así”, dije. “Cualquier guardián que se respete lo sabría.”

Sonrió ligeramente. “¿Es culpa mía que esté sin acompañante? ¿O que intente besarme en cuanto estamos solos?”

Mi mandíbula se cayó y mis ojos se abrieron ampliamente. “Usted... usted...”

Sus cejas se alzaron y sus ojos tomaron un destello de anticipación. “Continúe, entonces.”

“¡Desvergonzado!” grité, sin poder detenerme.

Sus labios se torcieron hacia abajo y sus cejas se fruncieron. “Hm. No estoy familiarizado con ese. ¿Quizás otro insulto?”

“Con gusto”, dije, mis fosas nasales se expandieron. “Sucio. Asno. Rasposo. Fanfarrón. Rufián. Advenedizo.” Con cada palabra, mi frustración con él crecía. “¡Usted, quejumbroso, lamentable, escamoso... petimetre!”

Juntó las manos y aplaudió suavemente. “Excelente aliteración.”

Solo con el mayor esfuerzo resistí el impulso de gritar. Él encontraba tanto placer en provocarme, y era muy bueno en eso, mientras yo... yo nunca parecía lograr lo mismo con él.

“Perdóneme”, dijo. “Quizás no había terminado. No quise interrumpir.”

Forcé una sonrisa. “Podría continuar indefinidamente.”

Se rio. “No estuvo en la biblioteca anoche.”

Levanté un hombro, intentando cultivar una actitud de indiferencia, respirando de manera uniforme a pesar de cómo la sangre palpitaba en mis venas. Bajo ninguna circunstancia admitiría que no era lo suficientemente fuerte para soportar más tiempo a solas con él o cómo nuestro beso me había afectado. Sun Tzu aconsejaba: *‘Deja que tu enemigo conozca todas tus ventajas, pero*

escóndele con gran cuidado todas tus pérdidas'. "Me cansé de escuchar sus razones débiles."

"Eso en sí mismo suena como una razón débil." Acercó su caballo al mío para que nos enfrentáramos y nuestras rodillas se tocaran. "Creo, señorita Donovan, que usted tiene miedo."

Me reí con desdén, mirando hacia otro lado. "*Y usted*, Mr. Russell, está soñando."

"Creo que se está enamorando de mí, y eso la aterra." Ahora había menos humor en su tono, y podía sentir su mirada sobre mí, evaluándome, notando cada cambio en mi expresión y cuerpo.

Mi corazón latía con fuerza. Después de una mañana considerando tácticas indirectas—que claramente había fracasado en ejecutar, dado mi ataque—el asalto directo de Mr. Russell se sentía particularmente impactante. "Desengáñese, Mr. Russell. La única persona que está enamorada de usted es usted mismo."

"¿Es así?"

Lo miré fijamente, obligándome a parecer convincente. "Si esto se trata de la otra noche, creo que ha malinterpretado las cosas, particularmente si pensó que un beso significaría que cedería mi posición."

Él levantó un dedo, con los ojos entrecerrados. "Una pequeña aclaración. Usted *me* besó."

Me reí con desdén—desdén ante la verdad. Lo había *besado*. Y nunca había disfrutado tanto de treinta segundos. Pero él había sido el que lo sugirió.

"No me estoy quejando," continuó él. "Nunca se ha expresado y cumplido un deseo tan rápidamente, y si pensara que me besaría de nuevo si expresara el mismo sentimiento ahora, lo haría."

Su mirada era penetrante con un toque de diversión, y me dejaba frustrantemente sin aliento. En secreto, mi corazón se preguntaba qué podría haber pasado si no hubiéramos estado sobre nuestros caballos, haciéndolo imposible para conceder su deseo. ¿Sería un segundo beso tan embriagador y placentero como el primero? ¿O había sido meramente la novedad lo que lo había hecho tan increíblemente intoxicante?

Apreté las riendas. Era bueno que estuviéramos a caballo. Estaba más segura aquí—más segura montada en un caballo al borde de un acantilado de sesenta metros que en un lugar donde podría sucumbir al deseo de ser abrazada y besada por el Sr. Russell nuevamente.

"Estoy más inclinada a darle la patada en las espinillas que se merece," dije.

Él movió su caballo para que nuestras piernas ya no se tocaran, y sonreí ante la retirada.

"Preferiría que no pateara accidentalmente a mi caballo," explicó él. "O a mi pupila, para el caso."

"Y yo preferiría que no aterrorizara a mi amiga."

"Usted lo llama aterrorizar; yo lo llamo proteger."

Mi caballo se movió inquieto abajo mío, volviéndose ansioso e impaciente con mis estados de ánimo fluctuantes. "¿Protegerla de una vida feliz con un hombre que la ama?"

Él entrecerró los ojos en una falsa reflexión. "Ah, sí. Este hombre del que habla… de hecho ¿dónde *está*?"

Era cierto que no habíamos visto al Sr. Pike en dos días, ni Lucy había tenido noticias de él, hasta donde yo sabía. No podía negar que mi inquietud crecía con su ausencia y silencio. Pero no lo mostraría al Sr. Russell. "Cuidando de su madre enferma, como haría cualquier buen hijo."

"Entonces, su ausencia no tendría nada que ver con que usted le informara, como sólo puedo asumir que hizo, que un matrimonio entre él y Lucy no sería aceptado por mí hasta dentro de dos años."

"Está decidido a creer lo peor de él, ¿verdad? Está equivocado al hacerlo, Sr. Russell, así como está equivocado al negarles el matrimonio. Y yo" tomé las riendas con más seguridad en

mis manos “estoy decidida a que les de su consentimiento...*antes* de que pasen dos años.”

Con una sonrisa desafiante, señalé a mi caballo y me puse en marcha a trote, dejando al Sr. Russell atrás. Me obligué a no mirar atrás para ver si me seguiría, en lugar de eso, dejé que la curva de la costa me llevara a un lugar donde pudiera ver lo que quedaba atrás. Él no me había seguido, y sentí una mezcla de alivio y decepción al saberlo. ¿Por qué todo con el Sr. Russell tenía que ser una mezcla conflictiva de emociones?

Por frustrante y exasperante que fuera, podía sentir alivio después del encuentro. No esperaba ningún cambio real en nuestras interacciones después del beso. Aparentemente, anticipaba que nuestra lucha continuaría. No había insistido en que discutiéramos el beso, aparte de sus comentarios burlones, y estaba agradecida por eso, porque no sabía cómo discutirlo, cómo explicar por qué había hecho lo que había hecho.

Ya fuera que el beso hubiera sido parte de una mera coquetería de su parte o más bien evidencia de que quería algo más, no podía permitirme repetir la experiencia. No le daría la oportunidad de rechazarme. No era, después de todo, el tipo de mujer que los hombres deseaban como esposa. Afortunadamente, no tenía necesidad de casarme, pues podía contar con una herencia suficiente de mis padres para vivir cómodamente hasta mi solitaria muerte.

No. No solitaria. Digna.

De todos modos, ¿qué mujer necesitaba a un hombre dominante como el Sr. Russell para exasperarla, burlarse de ella, abrazarla y besarla y… bueno, ya basta de eso. El punto era que no era el tipo de mujer que necesitaba nada de eso.

Lo que necesitaba era ganar. Ganar era la única forma de mantenerme segura. Y para hacerlo, primero necesitaba descubrir si el Sr. Pike todavía deseaba casarse con Lucy. Había experimentado una pequeña derrota, ciertamente, pero el éxito aún era posible. Las palabras reconfortantes de Sun Tzu resonaban en mí: *Un ejército puede lograr la victoria después de reveses.*

Capítulo 18

Mientras Lucy seguía luciendo demacrada y pálida, parecía que su preocupación por el Sr. Pike y su madre era la causa de su estado, más que cualquier temor de que él pudiera haber cambiado de opinión. La sirvienta había regresado con una nota de agradecimiento escrita apresuradamente, pero sin ninguna indicación de cuándo pensaba regresar el Sr. Pike. Cuando le pregunté a Lucy si acaso había tenido noticias de él y sabía cuándo podríamos esperarlo, ella me aseguró que vendría tan pronto como pudiera, y que su prolongada ausencia debía significar que la salud de su madre estaba empeorando.

Su lealtad hacia su pretendiente resultó ser bien fundada, pues el Sr. Pike llegó a Blackwick en la tarde, luciendo casi tan agotado como Lucy. Me arrepentí en silencio de haber dudado de él y me dispuse a redoblar mis esfuerzos para ayudar a ambos.

Salí con Lucy a recibirlo, permaneciendo al margen mientras se saludaban, él con un ferviente beso en su mano enguantada, ella con todo el ardor que dos ojos y un apretón de mano podían transmitir.

Cuando sentí que el aire a nuestro alrededor podría inflamarse si se miraban de esa manera ni siquiera un momento más, intervine en el silencio. “¿Cómo está su madre, Sr. Pike?”

Su expresión se oscureció y la preocupación nubló sus ojos. “No tan bien como podría esperar. Tenía la intención de regresar después de una breve visita el otro día, sabe, pero no pude dejarla en tal estado.”

“No esperaríamos eso de usted,” lo tranquilicé. “Le hace mucho honor que esté tan atento a ella en su momento de necesidad.”

“Gracias, señorita Donovan,” dijo con una sonrisa cansada. “Su canasta fue muy apreciada, y mi madre me rogó que le enviara sus más fervientes agradecimientos. Está demasiado débil, me temo, para entregar o siquiera escribir esos sentimientos ella misma, y todo lo que pude gestionar fue esa breve nota. De hecho, parte de la razón por la que he venido es por esa misma circunstancia.” Su mirada se volvió hacia Lucy, grave e intensa. “Si mi madre tiene alguna esperanza, el doctor insiste en que necesita una atención más avanzada de la que puede recibir aquí. Me dijo que debo llevarla a Harrogate, donde podrá beneficiarse de las aguas curativas y recibir atención.”

Miré a Lucy, cuyos ojos estaban muy abiertos, conmocionada.

“¿Harrogate?” susurró con voz temblorosa.

El Sr. Pike asintió lentamente.

“¿No podría ir a Bath?” dijo Lucy, tragando. “Seguramente sería mejor viajar a un lugar más cercano.”

“Yo dije lo mismo,” dijo el Sr. Pike, “pero debido a su condición, necesita tratamiento de un doctor muy particular, y él solo se encuentra en Harrogate. Hay algo más.” Exhaló una larga respiración. “Como el cuidado que requiere será prolongado, nos obliga a trasladarnos allí por completo.”

Observé con desánimo cómo Lucy empezaba a vacilar, con las rodillas temblando. Deslicé mi mano por su brazo, esperando proporcionar un poco de estabilidad adicional.

“¿Cuándo deben partir?” le pregunté al Sr. Pike.

Él se encogió de hombros de manera impotente. “Tomará tiempo preparar todo y arreglar la partida. ¿Dos semanas? ¿Tres semanas como máximo? Dependerá, por supuesto, de la salud de mi madre. Es un viaje largo.”

“¿Dos semanas?” repetí, mi mente funcionando a toda velocidad. “Eso debería ser suficiente.”

“¿Suficiente?” dijo Lucy.

“Aún tengo esperanzas de convencer a tu tío para que apruebe el matrimonio,” dije. “Debemos adaptarnos, sin embargo, y aprovechar el tiempo que nos queda. Lucy, creo que deberías intentar conocer mejor a tu tío.”

Ella me miró, confundida.

“Dale una oportunidad,” dije. “Quizás no es tan frío o controlador como lo imaginas, y si tiene la oportunidad de ver lo dedicada que eres al Sr. Pike, que eres capaz de tomar esta decisión por ti misma, su corazón podría ablandarse hacia el matrimonio.”

Ella tragó, pero asintió. “Lo intentaré.”

Le apreté el brazo al mío. “Esa es tu tarea. Sr. Pike, debe centrar sus esfuerzos en su madre, por supuesto. Deje lo que respecta al Sr. Russell en mis manos hasta que llegue el momento. Y en cuanto a mí…” Entrecerré los ojos, mirando la ventana de la habitación del Sr. Russell. “¿Conoces los términos de la tutela, Lucy? ¿O la redacción del testamento de tu padre?”

Ella sacudió la cabeza. “No lo sé. No estuve en la lectura del testamento.”

Las palabras del Sr. Russell de la otra noche vinieron a mi mente—*él había ordenado que el testamento se leyera estrictamente en privado*. No le presté atención en ese momento, pero ahora… nunca había oído hablar de algo así, y me intrigaba.

“Incluso si hubiera estado,” continuó Lucy, “estaba demasiado distraída con el duelo para prestar mucha atención.”

“Por supuesto,” dije. Ella había sido tan joven que era poco probable que hubiera entendido el testamento incluso si lo hubiera oído leer. Pero tal vez no estaba destinada a escucharlo. “Veré qué se puede hacer para descubrir esa información, ya que creo que es importante saber con precisión cuáles son tus obligaciones como pupila y las de él como tutor. Debería ser un asunto de registro público, si no me equivoco, aunque no estoy segura de dónde se obtiene tal registro.”

“Doctors’ Commons,” dijo el Sr. Pike.

Tanto Lucy como yo lo miramos.

Él levantó un hombro. “Mi primo trabaja en Moorington, Bates, & Higgam. Me ha contado mucho sobre su trabajo. Solo hay que escribir a la Corte de Canterbury para solicitar una copia del testamento en cuestión. No hay garantía, por supuesto, de que se conceda la solicitud, pero si explica su relación con Lucy, es muy posible que la concedan.”

“¿No tendría mi tío una copia?” dijo Lucy.

“Estoy segura de que sí,” respondí, “pero preferiría que él no supiera esto. Solo intentaría obstaculizarme. Se alegra mucho de hacer precisamente eso.”

“¿Podría enviar yo una solicitud?” preguntó Lucy. “Parece razonable que yo tenga una copia del testamento de mi propio padre.”

Mi boca se torció hacia un lado en consideración. Si el testamento se había leído en privado, es posible que Lucy no estuviera destinada a conocer su contenido. Además, ella es menor de edad—y mujer. Podría hacer que mi padre firme mi solicitud, ya que él tiene suficiente influencia y un nombre reconocido que nos daría la mejor oportunidad de éxito.

“Creo que no,” respondí. “Hay algo en el testamento que tu padre quiso mantener privado. Podríamos intentar hacerlo, por supuesto, pero no tenemos tiempo para probar varias teorías. Necesitamos enviar la solicitud más sólida posible. Estoy bastante segura de que puedo convencer a mi padre para que la firme.”

Lucy asintió.

“¿Se quedará a cenar, Sr. Pike?” pregunté.

Él miró a Lucy y asintió. “Me gustaría. Tendré que irme directamente después, lo cual desearía que no fuera el caso.”

“Me encargaré de Lucy en su ausencia,” dije. “No tiene por qué preocuparse por eso. Y estaremos trabajando hacia nuestro objetivo común mientras esté fuera.” No había tiempo que perder.

Capítulo 19

La cena se había convertido en la parte menos favorita del día. La formalidad que mi padre exigía, la conversación forzada si me tocaba sentarme cerca de él, la constante charla sobre la guerra—todo eso me hacía anhelar el salón de dibujo. O tal vez era la biblioteca. De cualquier manera, cada hora que pasaba en la mesa con el Capitán Stokes cerca era otra hora en la que me veía obligada a recordar más del pasado humillante, las elecciones desacertadas que había hecho en nombre del amor y cómo me sentí al descubrir cómo se sentía realmente sobre mí. Incluso recuerdos que había olvidado estaban resurgiendo ahora que estaba experimentando esas emociones familiares y potentes nuevamente, esta vez hacia alguien más.

Esperaba en el angosto corredor, con la anticipación encendiendo mi sangre. El Teniente Stokes pronto pasaría, pues era casi la hora de la cena, y no lo había visto desde esta mañana.

Mi paciencia fue recompensada cuando, dos minutos después, apareció, desacelerando al verme. Era tan apuesto, con su cabello despeinado por el viento y sus mejillas sonrojadas.

"Allí está," dije, acercándome a él. "Pensé que nunca llegaría."

"No debería dudar de mí, Diana," dijo en tono burlón, tomando mis manos entre las suyas.

"No lo haré," prometí, mirándolo a los ojos, preguntándome cómo pude haberlo dudado alguna vez. Con el corazón palpitante, me puse de puntillas, acercando nuestros rostros.

Él permitió el gesto hasta el último momento, girando su mejilla para que su aliento me rozara. "No puedo besarla, Di. Aún no. No hasta que tenga más que ofrecerle."

"No quiero más," dije.

"Pero usted merece más," respondió él. Hubo una pausa. "Primer teniente. Cuando sea primer teniente, la besaré. En celebración de ello; en celebración de nosotros."

Tales recuerdos se posaban amargamente en mi lengua, recordándome cuán poco confiable era mi corazón, cómo nunca debía dejar que dominara. Durante tantos años, había mantenido esa promesa para conmigo misma. Pero ahora, lo encontraba cada vez más difícil.

Mientras nos dirigíamos a la mesa para cenar esa noche, aún no había decidido si iría a la biblioteca cuando Phineas hiciera su inevitable salida más tarde.

Los invitados de mi padre tendían a congregarse hacia el extremo de la mesa donde él se sentaba, mientras que mis invitados, como yo los llamaba, ocupaban sus lugares en el otro extremo. Los seguí, eligiendo un asiento frente a Lucy, cuya silla estaba siendo amablemente retirada por el señor Pike.

"Ah", dijo el señor Russell, poniendo una mano en la silla de su sobrina. "Tenga un poco de misericordia con sus espinillas, Lucy. ¿Por qué no se sienta aquí?" gesticuló hacia la silla a su otro lado "y yo me sentaré allí".

Le lancé una mirada de desaprobación, mientras Lucy miraba al señor Pike con incertidumbre, reacia a ceder su lugar junto a él en favor de uno al lado de su tío. Él le dio un pequeño asentimiento, y ella obedeció al señor Russell.

"Diana", dijo mi padre desde la cabecera de la mesa. "Ven a sentarte aquí. Hay una silla vacía aquí." En efecto, había una, y estaba junto al capitán Stokes.

Ni siquiera esperó a ver si obedecería, y rechiné los dientes mientras debatía si armar una escena al declinar o someterme a la compañía del capitán y a las discusiones navales durante el transcurso de la comida. Realmente deseaba darle una patada en las espinillas al señor Russell. Con su intervención, de alguna manera logró simultáneamente irritarme, separar a Lucy y al señor Pike, y poner nerviosa a Lucy.

"Diana", dijo mi padre en un tono que prometía repercusiones si me demoraba más.

Intenté no mostrar mi molestia mientras obedecía. La venganza sería mía eventualmente, pero a veces se requería paciencia. Lucy había caracterizado a su tío como controlador, pero en comparación con mi padre... bueno, no había comparación.

El capitán Stokes se levantó para ayudarme a sentarme, y me pregunté por un momento cómo respondería si le diera una patada en las espinillas o si hiciera la mitad de las cosas a las que había sometido al señor Russell.

Por qué mi padre deseaba que me sentara en este extremo de la mesa era un misterio para mí. Nunca daba la bienvenida a las opiniones de las mujeres, particularmente no cuando la navegación o la guerra eran los temas de discusión, y de alguna manera sus compañeros marineros aparentemente no habían tenido suficiente de esas conversaciones a lo largo del día, o de la semana pasada. Pero me conocía lo suficientemente bien como para darse cuenta de que no me quedaría en silencio, particularmente ahora que prácticamente me había obligado a sentarme aquí.

Pero me encontré distraída por lo que estaba sucediendo al otro lado de la mesa y unas sillas más allá. El señor Russell estaba entablando una conversación con Lucy, o al menos intentándolo. Ella apenas lo miraba, a pesar de que rara vez lo había visto con una expresión tan amable.

En el caos de nuestro beso y sus consecuencias, en gran medida había olvidado nuestra conversación justo antes de eso, pero ahora volvía a mi mente, sus razones para mantenerse alejado de Lucy. ¿Estaba tratando de enmendar eso ahora? ¿O era este su intento de disuadirla de casarse con el señor Pike al aumentar su influencia sobre ella?

"Usted parece estar muy atenta a algo—o alguien—por allá."

Me volví hacia el capitán Stokes a mi lado. Llevaba una sonrisa, del tipo encantador que me había conquistado cuando era joven. Era objetivamente apuesto, maldición, y en algún lugar dentro de mí sentí una pequeña punzada de un deseo de una era pasada: capturar su corazón de la manera en que nunca había logrado hacerlo antes. Me irritaba hasta la punta de los dedos de los pies.

"¿Debería estar celoso?" preguntó, con una ceja arqueada.

Se me escapó una risita burlona, pero podía sentir la sangre subiendo a mi rostro, infundiendo mis mejillas con un color traicionero.

"No se me escapó," dijo, "que su repentina desaparición la otra noche coincidió con la retirada del señor Russell para la noche."

"Permítame felicitarlo por sus habilidades de observación, Capitán. Sin duda le han servido bien en la Marina."

Su sonrisa se amplió. "Usted nunca fue tímida para perseguir lo que quería. Solo desearía que aún fuera yo."

No pude evitar que mis ojos se agrandaran ante la audacia de sus palabras, especialmente después de que me humillara la otra noche. Pero una rápida mirada alrededor de la mesa me dijo que todos los demás estaban ocupados en conversación. "¿Cuál es la promoción?"

Frunció el ceño. "¿Qué?"

"¿Qué promoción está persiguiendo?" aclaré. "Podría ser más sencillo—y rápido—si simplemente me lo dijera. No es necesario molestarse con nada de esto." Hice un gesto hacia el aire entre nosotros.

"No hay ninguna promoción, señorita Donovan," dijo, con ofensa escrita en su ceño fruncido.

Ni siquiera me molesté en responder. No tenía paciencia para el capitán Stokes y su trato intermitente conmigo. Algunos hombres simplemente no podían soportar que las atenciones de una mujer se dirigieran a otro lugar.

No es que las mías lo estuvieran...

Miré al señor Russell, cuyos ojos estaban fijos en mí, ligeramente entrecerrados de una manera que podría haber sido escrutinio o preocupación. Le había contado sobre mi historia con el capitán Stokes, y él sabía un poco lo que significaba para mí estar aquí conversando con él.

Puso una mano en su cuello y apretó los dedos, como si amenazara con estrangularse a sí mismo. Inclinó la cabeza ligeramente en dirección al capitán y levantó las cejas en una pregunta dirigida a mí.

Me mordí el labio y rápidamente aparté la mirada, aliviada al ver que la atención del capitán había sido captada por la persona a su izquierda. Se estaba volviendo más difícil convencerme a mí misma—y a los demás, si Valentine y el capitán eran alguna indicación—de que no había nada más que enemistad entre el señor Russell y yo.

No tuve la suerte de escapar de la insistencia de mi padre en que tocara nuevamente el piano, pero esta vez, el capitán Stokes fue quien insistió en un dueto. Dudé solo un momento antes de aceptar. Negarme me habría hecho parecer resentida y mezquina. En cualquier caso, sería bueno para mí mostrarme en compañía de alguien que no fuera el señor Russell.

Revolvimos las partituras cerca del piano, buscando una pieza que ambos conociéramos.

"Tenía la impresión de que creía que nuestras voces no se complementarían," dije.

"Me equivoqué," respondió, sacando una. "Así de simple. Me encontró de mal humor. Además, ¿cómo sabremos si no lo intentamos?"

Lo miré de reojo, con los labios apretados. ¿Cuántas otras mujeres había conquistado y dejado atrás como a mí? ¿Qué otros corazones habían sido tocados y luego abandonados en su búsqueda de posición y reconocimiento?

"¿Usted nunca ha considerado casarse, capitán?" pregunté, haciendo todo lo posible por ocultar mi aversión hacia él mientras colocaba la música en el piano y me sentaba.

"Aún no," dijo. "Pero es algo a lo que aspiro, ciertamente." La sonrisa que me dirigió estaba llena de coqueteo e implicaba significados.

"Sí, de acuerdo, quizás el almirante de la flota tenga una nieta que pueda ayudarlo a ascender en las filas capitalizando la influencia de su padre. ¿Comenzamos?" Coloqué las páginas en orden y respiré hondo.

Mi habilidad en el piano no era nada espectacular, pero eso no importaba. De hecho, parecía que el capitán Stokes había olvidado que debíamos cantar un dueto. Su barítono resonó fuerte y firme, casi opacando mi canto. Y aunque consideré intentar igualar su volumen con mi propia voz en una especie de batalla por ser escuchada, decidí no hacerlo. Una mirada a la sutil pero desagradable expresión del señor Russell dejó claro que no estaba disfrutando la actuación, y por alguna razón, la necesidad de superar al capitán Stokes era menos una prioridad para mí que la necesidad de dejar una buena impresión ante el señor Russell.

Había elegido una canción misericordiosamente corta, gracias al cielo, porque al final de esta, mis oídos estaban zumbando. La compañía aplaudió educadamente mientras recogía las partituras.

"Qué placer fue eso, señorita Donovan," dijo el capitán Stokes. "Toca y canta muy bien."

"Oh," dije con sorpresa fingida, levantándome de mi asiento y enfrentándolo con la música contra mi pecho. "No estaba segura de que me hubiera oído en absoluto sobre el sonido de su propia voz."

Frunció el ceño. "No sé a qué se refiere."

Le di una palmada tranquilizadora en el brazo. "Eso pensé. Pero no se preocupe. Después de todo, un buen capitán debe ser capaz de gritar lo suficientemente fuerte como para asegurar que su autoridad no sea desafiada. Y si grita tan fuerte como canta, capitán, le auguro una carrera muy exitosa—si bien algo solitaria."

Le sonreí y me di la vuelta.

* * *

Mr. Russell me miró después de que Phineas se retirara por la noche. Yo todavía no había decidido mi propio curso de acción, pero después de unos minutos, el Sr. Russell se levantó y se excusó.

Incluso si hubiera estado segura de lo que quería hacer, no podría haberme ido en ese momento, ya que el capitán Stokes me estaba observando, con una ceja levantada y una ligera sonrisa: un desafío.

Estaba dividida entre el deseo de mirarlo a los ojos mientras me levantaba y me iba, y la renuencia a darle a alguien una razón para creer que había algo entre el Sr. Russell y yo. Comenzaba a parecer que era principalmente yo misma quien necesitaba asegurarse de que no era así.

El capitán Stokes parecía demorarse especialmente, y me sentía más impaciente con cada minuto que pasaba. Darme cuenta de que estaba dejando que él determinara mis acciones era simplemente demasiado para soportar, así que me excusé media hora después del Sr. Russell.

Me dirigí hacia la biblioteca, segura de que él ya se habría ido, si es que alguna vez había estado allí. No sabía si sería prudente entrar, incluso si él todavía estaba allí, pero si la preocupación era por mí o porque dudaba que fuera un esfuerzo fructífero en nombre de Lucy y el Sr. Pike, no lo sabía.

"No repitas las tácticas que te han dado una victoria; deja que tus métodos se ajusten a la infinita variedad de circunstancias".

Las palabras de Sun Tzu resonaban en mi mente, diciéndome que me fuera, que me estaba volviendo demasiado predecible con estas noches en la biblioteca. Pero, aun así, me encontraba ante la puerta, demasiado atraída por la idea de estar en compañía del Sr. Russell como para hacer caso a la sabiduría del antiguo general.

"Un giro de la manija y un empujón deberían ser suficientes."

Me giré rápidamente. El Sr. Russell me estaba mirando desde unos cuatro metros de distancia, apoyando el hombro contra la pared, con la luz de la lámpara sobre él acentuando el brillo de su cabello engominado.

"¿Cuánto tiempo lleva ahí?" pregunté.

"El tiempo suficiente," dijo con una sonrisa, acercándose a mí.

Sentí un escalofrío recorrer mi piel. La última vez que estuvimos juntos en la oscuridad...

Abrí la puerta con decisión. No podía confiar en mí misma estando a solas con él.

Él me siguió hasta la biblioteca, y la visión de Phineas sentado en una esquina—el siempre leal Phineas, bendito sea—actuó como un vaso de agua fría sobre mí. No había perdido tanto el sentido de la decencia como para besar al Sr. Russell en su presencia. No es que estuviera segura de que lo notaría, incluso si lo hiciera.

"Pensé que ya estaría en la cama," le dije al Sr. Russell. "Se retiró temprano."

Se sentó. "Mi apetito por la compañía... se vio disminuido, digamos, después de su número musical."

Hice una ligera mueca ante el insulto.

"Su interpretación y canto fueron disfrutados a fondo, debería añadir. Pero creo que el capitán Stokes tenía razón: sus voces no armonizan."

No pude evitar sonreír. "Sr. Russell," dije, de pie junto a mi silla habitual y mirándolo desde arriba. "¿Está usted celoso?"

Él se rió. "Una pregunta ridícula. Por supuesto que lo estoy. Nunca había querido estrangular a un hombre tantas veces en mi vida como durante la cena y su dueto."

Mi arrogancia se desvaneció, reemplazada por una sensación de falta de aire. Me apresuré a cubrir mi reacción. "Ahora entiende usted cómo me siento."

Él levantó las cejas. "Pero usted no tiene a nadie de quien estar celosa."

"Eso no es lo que yo..." Fruncí los labios. "Usted es imposible."

"El mayor cumplido que podría darme, imagino."

"No es un cumplido en absoluto." Pero eso no era del todo cierto, al pensarlo. Aunque era exasperante, podía apreciar cuán hábil era el Sr. Russell para esquivar cada uno de mis ataques. Lo que no sabía era si esto era un juego para él o si había algo de verdad en lo que estaba diciendo. ¿Estaba realmente celoso? ¿Y por qué esa posibilidad me hacía sentir tan... tan acalorada?

No podía considerar tal posibilidad. El Sr. Russell tenía demasiado que ganar haciéndome creer que realmente le importaba. Si lograba conquistarme, podría someterme.

Se inclinó hacia adelante en su silla, de modo que sus codos descansaban sobre sus rodillas. "¿Cómo sería un cumplido de Diana Donovan?"

No pude resistir un desafío, así que me incliné hacia adelante, imitando su postura. "No se moleste en preguntar, porque es poco probable que alguna vez escuche uno."

Su mirada recorrió mi rostro, deteniéndose en mis labios, de modo que instantáneamente lamenté haber elegido responder a su postura desafiante acercándome más a él. Eso puso nuestros rostros a apenas treinta centímetros de distancia, lo suficientemente cerca como para sentirme hipnotizada por sus ojos, para luchar por recordar la sensación de sus labios en los míos.

Él se inclinó aún más cerca, haciendo que nuestras rodillas se tocaran, y mi respiración se detuvo. Quería hacer lo que había hecho la última vez que estuvo tan cerca, atraerlo hacia mí, evitar que se me escapara de entre las manos como solía hacerlo.

"Complázcame," dijo, con una suavidad innecesaria en su voz, lo que evidenciaba lo cerca que estábamos.

Lucy. Tenía que pensar en Lucy. No podía distraerme. "Qué buen tutor es usted al permitir que su pupila—y sobrina—se case con el hombre que ama."

Él se echó hacia atrás, rompiendo la tensión. "Parecía estar mal esta noche."

Lo imité, recostándome en mi silla, sintiéndome más dueña de mí misma con la distancia añadida entre nosotros. "Ha estado mal durante días. Desde que descubrió que usted no la dejará casarse durante dos años. La está convirtiendo en una inválida."

Esperé su respuesta, pero no llegó. En su lugar, su ceño se frunció más profundamente, como si realmente lo hubiera preocupado.

"¿Está usted al tanto de las dificultades financieras del Sr. Pike?" preguntó.

No respondí de inmediato, porque no sabía qué decir. Aparte de la breve discusión sobre ellas cuando todo esto comenzó, no estaba muy al tanto de las finanzas del Sr. Pike. Su familia tenía la reputación de estar bien, eso sí. Poseían propiedades y tenían dos granjeros arrendatarios.

"¿Qué tipo de dificultades financieras?" pregunté.

"Deudas de juego, entre otras cosas."

"La marca de un verdadero caballero," dije, sarcásticamente. Desearía haber hecho algunas preguntas más al Sr. Pike cuando surgió el tema. No me gustaba ser la ignorante en una conversación con el Sr. Russell. Pero no era raro que el Sr. Pike—o cualquier hombre—perdiera dinero en las cartas.

El Sr. Russell no parecía estar de humor para mi broma, y por alguna razón, eso me molestó.

"No todos están tan llenos de dinero como usted," dije.

Parecía ser más hábil que de costumbre para causarle angustia esta noche, porque mis palabras se encontraron con una oscuridad sombría. "No culpo al Sr. Pike por ser un hombre de medios modestos, pero sí lo culpo por ser imprudente con esos medios."

"¿Son tan serias sus deudas?"

Él asintió, y sentí una pequeña duda brotar en mí. ¿Había sido imprudente al alentar la unión? ¿Sabía Lucy la magnitud de las deudas?

"¿Por qué no dijo algo antes?" dije.

"He estado tratando de discernir entre rumores y realidad yo mismo," respondió. "La situación aún no me queda del todo clara, lo confieso. Además, lo he estado observando, y debo admitir que su comportamiento hacia Lucy, aunque más atrevido de lo que me gustaría, ha sido intachable."

"¿Por qué no simplemente preguntarle?"

El Sr. Russell fijó su mirada en mí con una expresión que me decía que pensaba poco de mi capacidad de razonamiento en ese momento. "¿Qué le hace pensar que respondería con la verdad? Además, no ha pedido mi permiso para cortejar a Lucy. Eso haría que fuera presuntuoso, por decirlo suavemente, de mi parte indagar en sus asuntos."

"Pero le dijo a Lucy que no debería molestarse en pedirle tal permiso," señalé.

"Lo hice," reconoció. "Y quizás eso fue imprudente de mi parte. Cuando supe por la Sra. Westwood que se estaba desarrollando un afecto entre Lucy y el Sr. Pike, indagué sobre él, y lo que escuché me dio suficiente duda para oponerme a la unión."

"¿Y ahora?"

Él giraba los pulgares, mirándolos con un ceño fruncido. "Todavía albergo serias dudas, pero también albergo dudas sobre mis propias dudas. Su afecto parece genuino."

Solté una pequeña risa. "¡Por supuesto que lo es! ¿Por qué no habría de serlo?"

Él me miró por un momento, pero no dijo nada.

"¿Está usted seguro de que estos informes no están exagerados?" pregunté. "¿Adornados, quizás?"

"No lo estoy," dijo. "Pero preferiría errar por el lado de la precaución."

El testamento vino a mi mente. ¿Qué podría ser más precavido que tener un testamento estrictamente leído en privado? Me preguntaba qué pensaría él si supiera que tenía la intención de solicitar una copia. Sentí un aleteo de nervios, una intuición de que no le agradaría, al igual que no le había gustado que tomara el reloj de bolsillo. Quizás debería reconsiderar la idea.

Fruncí los labios, volviendo a centrarme en el asunto en cuestión. ¿No sería mejor para el futuro de Lucy estar resuelto, saber que estaría cuidada por un hombre que la ama, incluso si el Sr. Pike tiene algunas deudas pendientes? No podía decir si el Sr. Russell estaba siendo un tutor sabio o uno controlador.

"¿Por qué se hace llamar Duke?" pregunté.

Su ceño desapareció, reemplazado por una expresión curiosa.

"¿Es algún tipo de declaración sutil—o no tan sutil—de su poder e influencia?"

Él rio con más fuerza de la que había escuchado hasta ahora, y se veía más apuesto que nunca al hacerlo. Había experimentado una risa contagiosa antes, pero Duke Russell era el único hombre cuya risa lograba penetrar en mi corazón.

Me encogí de hombros. "Cuando Lucy me dijo que siempre había insistido en que le llamaran Tío Duke, asumí que lo hacía con la esperanza de que la gente llegara a verle como un duque y estuviera demasiado aterrorizada como para contradecirle."

"Qué imaginativa es usted."

Sonaba un poco ridículo ahora que lo decía en voz alta—y ahora que lo conocía mejor.

"Lamentablemente, la verdad es mucho menos nefasta," dijo. "Mis padres pensaron que sería sabio llamarme Marmaduke. Yo pensé que sería sabio adoptar una variación un poco menos ridícula, particularmente cuando algunas personas decidieron abreviarlo a Marm." Su nariz se arrugó ligeramente.

Sonreí. Siempre me alegraba tener un poco de información para usar en su contra.

"Reconozco esa sonrisa," dijo.

"¿Qué sonrisa?"

"Cuando tiene una idea. Es mi sonrisa favorita de las suyas, lo cual me pone en una posición difícil."

Fruncí el ceño. Estaba cada vez más confundida, dividida entre el deseo de seguir sonriendo y el de no volver a sonreír en su presencia.

"Solo la veo cuando cree que está más cerca de vencerme. ¿Cómo lo dice él? *Cuando la autoridad del general es débil... el resultado es una desorganización total.* Su sonrisa, su presencia, me debilitan, Diana."

Me quedé inmóvil, mi sonrisa se desvaneció.

"¿Ve ahora mi dilema?" continuó. "¿Cómo puede un hombre ganar una guerra cuando se está enamorando de su adversaria? ¿Cuándo parte de él *quiere* ser derrotado por ella?"

No podía moverme, no podía respirar. La forma en que me miraba, las palabras que estaba diciendo, me estaban aplastando y, al mismo tiempo, dando vida. Eran tanto victoria como derrota, y no sabía qué sentimiento debería preocuparme más: sentirme triunfante al escuchar que supuestamente estaba enamorado de mí o sentirme derrotada al darme cuenta de que conocía mi guía para esta batalla que estábamos librando. ¿Cuánto tiempo lo había sabido? ¿Había estado usando las tácticas de Sun Tzu contra mí todo este tiempo?

Detrás de todas mis preguntas, sentía un profundo anhelo de ser amada por él, de abrazar lo que parecía estar ofreciéndome. Me aterrorizaba.

No podía revelar lo perturbada que estaba, cuántas preguntas tenía. "No sabía que era seguidor de Sun Tzu."

"No lo soy, o más bien, no lo era. Pero mientras la esperaba anoche, no tenía nada que hacer más que hojear algún libro en la habitación. Fue entonces cuando me encontré con *L'art de la guerre—El arte de la guerra*—y recordé que una vez me citó a Sun Tzu. Después de hojear las páginas y hablar con Phineas, siento que la conozco un poco mejor."

Miré a mi hermano en la esquina, pero naturalmente, no estaba prestando atención. Sin duda, había pensado poco en contarle al señor Russell sobre el libro o cuán versados estábamos todos en las filosofías que contenía. Pero me había hecho un gran perjuicio. Lo último que necesitaba era que el señor Russell tuviera otra ventaja sobre mí. Ahora, podría adivinar mis tácticas, o peor, usarlas en mi contra.

Incluso ahora, decirme que se había enamorado de mí podría ser una estrategia, y conocía demasiado bien la frase de Sun Tzu para ignorar esa posibilidad. *No trague el cebo que le ofrece*

el enemigo.

El señor Russell se inclinó hacia adelante nuevamente, sus ojos se volvieron más intensos. "Pero no somos enemigos, Diana. Ambos queremos lo mismo: ver a Lucy feliz, asegurarnos de que esté bien cuidada."

Tomó mis manos, sosteniéndolas entre las suyas y mirándome con firmeza con esos terriblemente hermosos ojos. "¿Me ayudará? ¿Me ayudará a averiguar si el señor Pike es realmente un hombre digno de Lucy?"

Mis manos apretaron las suyas, mi cuerpo respondía a su súplica, deseando darle precisamente lo que pedía. Su propio agarre se volvió más firme, más seguro, recordándome cómo había respondido cuando lo había besado. Fue hace solo dos días, pero se sentía como una eternidad. Me gustaba el calor, la seguridad de ello, y deseaba que me tomara por completo en ese abrazo.

Miré nuestras manos, la forma en que las suyas cubrían casi por completo las mías. El capitán Stokes una vez sostuvo mis manos de esa manera. En ese momento me había encantado tenerlas tan envueltas, pero ahora era diferente, ya no tan joven, ya no tan ingenua. No quería que mis manos ni mi espíritu fueran rodeados por un hombre. No quería ser utilizada por uno, ser una marioneta trabajando para él, como el capitán Stokes lo había hecho una vez.

Miré al señor Russell nuevamente. ¿Por qué era tan difícil para mi corazón distinguir entre un hombre que realmente se preocupaba por mí y uno que solo quería algo de mí?

No permitiría que me usaran de nuevo. No podía arriesgarme. "No seré su espía."

Sus cejas se fruncieron ligeramente, y retiré mis manos.

Se reclinó lentamente, luciendo decepcionado. "Insiste en ver esto como una guerra. En verme como su enemigo."

"Insisto en lograr lo que me propuse, señor Russell. Y usted insiste en interponerse en el camino, lo que lo convierte en un enemigo, sí."

No respondió de inmediato, buscando en mi rostro por un momento antes de levantarse. "Espero cambiar su opinión con el tiempo, porque no deseo ser su enemigo. Todo lo contrario. Pero la conozco mejor de lo que cree, Diana Donovan. Nunca amaría a un hombre al que pudiera derrotar, y por eso, nunca permitiré que me derrote."

Capítulo 20

Quería que el señor Russell me amara, y odiaba darme cuenta de eso. No quería que fuera mi enemigo, pero el momento en que aceptara ser su aliada sería el momento en que perdería la capacidad de mantenerme a una distancia segura de él. Eso implicaría confiar en él, y no podía confiar en un hombre que podría estar usándome para salirse con la suya. No podía confiar en un hombre que podría cambiar de opinión sobre mí en el momento en que le diera lo que quería.

A pesar de lo que había dicho, no me conocía realmente. De la misma manera que no conocía al señor Pike lo suficiente como para juzgarlo indigno de Lucy. Ciertamente, no me conocía lo suficiente como para amarme. Tal vez pensaba que sí ahora, pero inevitablemente haría algo que le causaría aversión hacia mí, algo que le haría darse cuenta de que no era el tipo de mujer con la que un hombre se casaría. Ya había hecho eso cuando tomé el reloj de bolsillo, y su enojo en ese momento me perseguía, un presagio de cómo lo inspiraría con ira y frustración en el futuro también.

Cuanto antes se diera cuenta de que el arrepentimiento nos esperaba a ambos, y cuanto antes dejara de permitirme verlo como algo más que mi adversario, mejor.

Me senté en el escritorio de mi dormitorio, un lugar donde no solía estar, y el estado de la tinta allí traicionaba ese hecho. Estaba grumosa cuando puse la pluma en el papel. Detestaba escribir cartas y correspondencia, pero hoy haría una excepción, a pesar de cómo me temblaban las manos. Teníamos muy poco tiempo antes de que el señor Pike se viera obligado a viajar con su madre a Harrogate, y solo podía esperar que solicitar el testamento llevara a alguna información útil, algún detalle que aún no había considerado.

Esto enfurecería al señor Russell; estaba casi segura de eso. Pero era necesario. Había dejado que mi afecto por él debilitara mi determinación y acortara la lista de estrategias que usaría contra él. Esa no era la actitud de una mujer seria en ganar. Ya no podía caminar por la inestable y precaria cuerda floja entre complacerlo y mantener mi palabra a Lucy. Una vez que él supiera la magnitud de mi determinación para lograr lo que había prometido hacer, cualquier cosa que pensara que sentía por mí inevitablemente se disolvería.

Apreté la mandíbula y terminé mi tarea.

Sin embargo, cuando llegué al punto de firmar la solicitud, dejé el espacio en blanco. Era hora de buscar a mi padre.

***

Me apoyé en la pared afuera de la puerta del estudio, escuchando las voces apagadas dentro mientras apretaba la solicitud en mi mano detrás de mí. Las patas de las sillas rasparon contra el suelo de madera, señalando el momento que había estado esperando durante los últimos diez minutos. Los hombres tomaban un breve descanso matutino para beber y comer algo, como se había convertido en su costumbre.

La mayoría de los hombres no me prestaron atención, continuando en su conversación mientras salían del estudio, pero el capitán Stokes me miró, luego se detuvo, con las cejas levantadas.

"Señorita Donovan."

"No estoy aquí por usted, capitán", dije, pasando junto a él y entrando en el estudio. No tenía paciencia para él en ese momento, ni para ningún hombre que quisiera algo de mí.

Mi padre estaba recogiendo los papeles frente a él en el escritorio, pero levantó la vista al verme entrar. "Diana", dijo con sorpresa.

Lo había estado evitando tanto como fuera posible durante la última semana y media, así que su reacción no era sin mérito.

"Esperaba que estuvieras dispuesto a firmar esto por mí", dije, levantando el papel en mi mano.

"¿Qué es?" preguntó de nuevo.

"Una solicitud", dije, tratando de sonar despreocupada. "Lucy nunca recibió una copia del testamento de su padre, y desea tener una. Le dije que escribiría la solicitud y la enviaría a Doctors' Commons en su nombre."

"¿Por qué no lo hace su tío? Él es su tutor, ¿no?"

Esta era la pregunta que temía. "Lo es, sí. Pero tengo entendido que el tribunal está bastante sobrecargado de trabajo y tienden a ignorar las solicitudes que provienen de nombres no reconocidos. Pensé que tu firma podría ayudar... a facilitar la solicitud, digamos."

Mi padre no era insensible a los halagos. Aunque siempre estaría esperando la próxima oportunidad de avance, se enorgullecía de su posición como almirante y de las puertas que su cargo podría abrirle.

"Ah", dijo, "ya veo." Tomó la pluma en el tintero sobre el escritorio y me hizo un gesto para que le acercara el papel.

Lo coloqué frente a él y observé cómo su mano se movía rápidamente por la parte inferior. "¿Está enferma la señorita Ellis?" preguntó. "No se veía bien anoche."

"Solo está cansada y preocupada, creo. La madre del señor Pike está enferma, y Lucy tiene un corazón tan amable que no puede evitar estar tan preocupada como si fuera su propia madre."

Me entregó el papel. "Está muy enamorada de él, ¿verdad?"

"Lo está. Y le estará muy agradecida por hacer esto. Gracias, padre." Rara vez había experimentado una interacción tan fácil con él. Verifiqué que la tinta estuviera seca y comencé a doblar el papel.

"Y tú", dijo, mirándome ahora con atención. "Pareces estar igualmente enamorada del señor Russell."

Mis ojos se encontraron con los suyos. "Has interpretado mal las cosas, padre. No hay nada entre el señor Russell y yo, te lo aseguro." Eso no era del todo cierto, pero lo último que tenía intención de hacer era contarle sobre el beso que habíamos compartido. Apreté la mandíbula al recordarlo, fortaleciendo mi determinación de dejar de pensar en el señor Russell. "Tampoco tengo ningún deseo de que así sea."

"Oh." Volvió a fruncir el ceño, como solía hacer. "Bueno, no puedo fingir que no estoy decepcionado. Me agrada mucho. Pero fue un pensamiento tonto. Estoy bastante resignado al hecho de que nunca te casarás, mi querida, obstinada mujer."

Mi corazón se hundió en el fondo de mi estómago, provocando una sensación de malestar. Forcé una sonrisa. "Muy sabio de tu parte, padre." Levanté la carta doblada, ansiosa por irme. "Debería ir a dirigir esto y asegurarme de que se envíe de inmediato."

Fui a la biblioteca cercana y garabateé la dirección en Londres del tribunal. El comentario de mi padre reforzó lo que estaba haciendo. Aquellos que mejor me conocían sabían que no estaba destinada al matrimonio.

Dudé solo por un breve momento antes de entregarlo a uno de los sirvientes para que lo enviara.

Estaba haciendo esto por Lucy. Cuanto menos me concentrara en lo que el señor Russell pensaba de mí, más feliz sería. Mi padre se había resignado al hecho de que no me casaría, y yo necesitaba hacer lo mismo. Ya lo había hecho antes; podía hacerlo de nuevo.

***

Si Lucy se había visto enferma en la cena de anoche, hoy se veía aún peor. El señor Pike había regresado a casa nuevamente, y su ausencia se reflejaba en el rostro de Lucy.

Estaba sentada en la mesa del desayuno, con la cara pálida y los ojos vidriosos, su comida intacta. No era la única que se percataba de su estado esta mañana. La señora Westwood la miraba con preocupación.

"Creo que deberíamos regresar a casa, querida", dijo la señora Westwood. "Tengo preparativos que hacer antes de que lleguen las chicas en unos días."

Si pensaba que la idea agradaría a Lucy, estaba terriblemente equivocada. Los ojos de Lucy se agrandaron, llenos de pánico. La perspectiva de no poder ver al señor Pike probablemente la desmoronaría. Las cosas se estaban volviendo cada vez más urgentes.

Puse una mano en su brazo. "¿Por qué no vas a acostarte un rato? ¿A ver si puedes descansar?" Esperaba que, para entonces, el señor Pike pudiera regresar por unas horas y animar su espíritu. Además, tenía algunas preguntas que quería hacerle a Lucy. Me había negado a ayudar al señor Russell a descubrir las verdaderas intenciones del señor Pike, pero mi propia curiosidad estaba despierta. Necesitaba saber si había algo que me hiciera dudar en seguir promoviendo la unión.

"Ven", dije, apartando mi silla y ofreciéndole mi mano. "Podemos llevar esta comida a tu habitación. Quizás tengas más apetito después de descansar."

Lucy ni siquiera intentó resistirse. Imaginé que simplemente estaba aliviada de no ser llevada de inmediato a la casa de su prima, alejada del señor Pike. Me siguió al pasillo y subimos las escaleras, con su brazo enlazado con el mío, débil y frágil. Hice una mueca. A este ritmo, sería una muerte, no un matrimonio, lo que el señor Russell tendría que gestionar.

Ayudé a Lucy a quitarse el vestido y ponerse el abrigo que usaba como bata, luego aparté las sábanas para que se metiera en la cama.

"No puedo dormir en este momento", dijo, agitada. "Estoy demasiado inquieta. Edwin se irá pronto y" su barbilla tembló "nunca lo volveré a ver. Lo sé."

"Tranquila, amor", dije, apartándole el cabello detrás de la oreja. Me preguntaba cómo se sentiría el señor Russell al verla así, tan destrozada por algo que él podría rectificar tan fácilmente. "No debes alterarte. Es esencial que descanses. Aún hay esperanza, sabes, y de eso es de lo que quiero hablarte." Asentí, animándola a meterse en la cama, y ella cedió.

Le puse las cobijas encima y me senté en el borde de la cama, mi cuerpo vuelto hacia ella. "Debo preguntarte algo, Lucy."

Ella asintió, esperando.

"¿Cuál es la situación financiera del señor Pike?"

Sus cejas se fruncieron. "¿Por qué lo preguntas?"

La observé por un momento. No quería ponerla a la defensiva, pero necesitaba saber esto. "El señor Russell ha expresado nuevamente su preocupación sobre si el señor Pike está en una posición de cuidarte."

La expresión de Lucy se tornó casi enojada, algo raro en alguien de temperamento tan alegre como ella. "¡Por supuesto que puede! Y lo *hará*. Es terrible que mi tío insinúe que no lo haría. Las circunstancias de Edwin son necesariamente estrechas debido al cuidado que su madre requiere y algunas deudas pasadas desafortunadas, pero ese hecho solo hace que lo ame aún más. Hará cualquier cosa por ella, y yo no necesitaré nada si tengo a Edwin a mi lado. Pero eso es algo que mi tío no puede comprender, pues está empeñado en odiar a Edwin."

Sentí el impulso de defender al señor Russell, pero lo resistí. Esta conversación no era

propicia para que Lucy descansara. Pero necesitaba estar segura de que había transparencia en su relación.

"Entonces, ¿han discutido el tema de cómo vivirán y con qué dinero vivirán?"

"Por supuesto", dijo, sorprendida de que siquiera hiciera tal pregunta. "Edwin me ha prometido que todo estará bien. Además, preferiría casarme por amor que tener todos los lujos del mundo. El dinero puede ir y venir, pero el amor perdura."

"Bien dicho," me apresuré a decir, esperando evitar más estallidos de frustración por su parte. "Creo que deberías descansar ahora."

Ella tomó mi mano, mirándome intensamente. "Me despertarás si Edwin viene, ¿verdad?"

"Por supuesto," respondí con tono tranquilizador. "Y vendré a verte en una o dos horas."

Lucy no parecía ignorar las circunstancias del Sr. Pike, lo cual me alivió, porque significaba que el Sr. Pike no estaba tratando de aprovecharse de ella. Ahora, debía convencer al Sr. Russell de ese hecho.

Capítulo 21

A pesar de las protestas de Lucy de que no podía dormir, permaneció en la cama la mayor parte del día, indudablemente recuperando el sueño que había perdido preocupándose por el futuro.

El futuro también me preocupaba a mí. El comentario de la Sra. Westwood sobre regresar al seminario, la próxima mudanza del Sr. Pike a Harrogate y la inminente partida de los invitados de mi padre eran recordatorios constantes de los cambios en marcha. Pronto, Blackwick estaría vacío de nuevo, ¿y entonces qué haría yo?

El Sr. Russell se marcharía, y el pensamiento me inquietaba, llenándome de pesar cuando debería haberme alegrado. Me aterraba darme cuenta de lo apegada que me había vuelto al hombre que había decidido que sería mi enemigo.

Nunca amarías a un hombre que pudieras derrotar, y por eso nunca dejaré que me derrotes.

El recuerdo de esas palabras me hizo estremecer, y me froté la piel para disipar la sensación. Quería que pensara que deseaba que lo amara, y temía que ya estaba más que a mitad de camino, aunque fuera contra mi voluntad. Pero no era solo su amor por mí y su confiabilidad lo que estaba en duda, sino también mi dignidad de ser objeto de tal amor.

No se podía evitar el hecho de que, tal como estaban las cosas, yo era un obstáculo para él, y no podía permitir que me venciera. Tenía razón, después de todo. No quería un hombre al que pudiera derrotar, y el Sr. Russell estaba demostrando ser un enemigo muy difícil de enfrentar. Pero si lograba derrotarlo, tal vez mi inclinación a admirarlo, a desear su compañía, desaparecería.

Lucy pidió que le llevaran la cena a su habitación, dejando la compañía mucho más reducida de lo que había estado desde la llegada del Sr. Russell casi dos semanas atrás. El Sr. Pike aún no había regresado, y dado la hora del día, no anticipaba que lo hiciera hasta mañana.

Cuando Reeve trajo una carta mientras nos reuníamos para la cena, pensé que podría ser de él, pero estaba dirigida a la Sra. Westwood, quien la tomó con un fruncimiento de ceño.

Sus ojos se agrandaron al leerla. "Oh, Dios mío."

"¿Qué sucede?" pregunté, tratando de ignorar cómo mi brazo y el del Sr. Russell se rozaban mientras retiraban los platos para el siguiente paso.

"Una de las chicas tuvo que regresar antes de lo previsto. Fue al seminario, esperando encontrarme allí y ahora está en The Feather and Fawn. Debo ir con ella de inmediato." Rápidamente dobló la carta, luego hizo una pausa. "No puedo dejar a Lucy aquí."

"Por supuesto que puede," dije. "Lo que más necesita es descansar, y tendrá suficiente que hacer sin tener que atenderla, imagino. Estaré más que feliz de cuidarla."

"Y, más importante aún, yo también estoy aquí," dijo el Sr. Russell con sequedad. "Su tutor."

Me quedé inmóvil cuando se me ocurrió una idea. Le había dicho a Lucy al comienzo de todo que necesitaba volverse más problemática como pupila. Tal vez no habíamos hecho lo suficiente para seguir ese camino. El Sr. Russell no debería estar disfrutando de una fiesta en Blackwick. Esa era una de las filosofías de Sun Tzu, después de todo: *Si está descansando, no le des descanso.* Desde su llegada, no había tenido más que comodidades en cuanto a sus deberes como tutor.

"Sí, el Sr. Russell se asegurará de que esté bien cuidada." Lo miré, sosteniendo su mirada,

obligándolo a entender que hablaba completamente en serio cuando le dije que aún lo consideraba un enemigo.

Él me miró, con una pequeña sonrisa en el borde de sus labios, evidencia de que entendía exactamente lo que estaba haciendo. Miró a la Sra. Westwood. "No tiene por qué preocuparse por ella esta noche, Sra. Westwood. Puedo acompañarla al seminario mañana yo mismo."

Apreté los labios. Lucy no regresaría al seminario mañana si yo tenía algo que decir al respecto. Tenerla aquí en Blackwick sin la vigilancia constante de la Sra. Westwood sería un alivio, y con el descanso que había logrado hoy, esperaba que Lucy pudiera disfrutar de más tiempo con el Sr. Pike mañana. Yo, por supuesto, me encargaría de que el Sr. Russell estuviera distraído durante ese tiempo.

La perspectiva me dejó con una vergonzosa anticipación.

"A más tardar," continuó el Sr. Russell, "me aseguraré de que regrese para el miércoles, ya que es cuando debo partir si quiero cumplir mi promesa de asistir a la asamblea cerca de mi propiedad. No es que anticipe que todavía estará enferma en seis días."

Seis días. Se marcharía, para bien o para mal, en seis días. No sabía en absoluto cómo sentirme al respecto.

La Sra. Westwood asintió con incertidumbre, jugueteando con la carta en sus manos. "Es muy amable de su parte. Puedo dejar con confianza su reputación en sus manos, después de todo, mientras que dejar a la Srta. Wilde en The Feather and Fawn un segundo más de lo necesario sería una atrocidad que sus padres no perdonarían, y con razón."

Instintivamente, dirigí una mirada al Sr. Russell, quien ya me estaba mirando, listo para apreciar el drama con el que la Sra. Westwood insistía en abordar la vida. Aparté la vista. Compartir esos momentos con el Sr. Russell no era propicio para ninguno de mis objetivos.

Tampoco lo era sentarme a su lado en la cena, pero apenas me había dado opción en ese asunto. "Si cree que sentarse conmigo en las comidas la mantendrá a salvo," dije en voz baja, solo para que él me oyera, "permítame desengañarlo de esa noción."

"Oh, no he estado a salvo de usted desde el momento en que la conocí, Srta. Donovan."

Lo miré rápidamente, molesta porque, sin importar cuántas veces dijera cosas así, siempre lograban hacer que mi corazón se acelerara. La mayoría de los coqueteos que había conocido, incluido el del Capitán Stokes, habrían mostrado una especie de sonrisa y me habrían mirado para ver cómo reaccionaba a su galantería. Pero no el Sr. Russell. Estaba desplegando su servilleta, colocándola en su regazo con toda la calma de alguien que acababa de hacer un comentario sobre el clima. Era esa misma contención la que tanto me atraía de él como me hacía dudar de él. Seguramente, alguien que sintiera las cosas por mí que el Sr. Russell insinuaba que sentía no podría hablar de ellas con tanta frialdad. Pero el Sr. Russell no era como ninguna persona que hubiera conocido.

"Aunque," dijo, "admito que tengo curiosidad por saber qué tipo de tácticas piensa usar durante una comida. ¿Debería protegerme de otro puntapié en la espinilla? Si es así, tal vez debería advertirle a su hermano a su izquierda, ya que su mala puntería pone en peligro a todos en las cercanías."

Me quité los guantes de los dedos con calma estudiada. "No podría llamarme a mí misma estudiante de Sun Tzu si solo tuviera una estrategia para las comidas en mi arsenal, ¿verdad?"

"No, pero entonces, no puedo decir que encontré ninguna mención de patear espinillas durante mi estudio de sus palabras hoy."

Lo miré de nuevo. ¿Eso es lo que había estado haciendo hoy? ¿Estudiando en la biblioteca?

"Permítame servirle una bebida, Srta. Donovan." Sin esperar respuesta, tomó la botella de

champaña y comenzó a verterla en mi copa vacía. Sin embargo, no se detuvo cuando el líquido alcanzó las tres cuartas partes del vaso.

Lo miré para ver si tal vez se había distraído mientras servía, pero no era así. Estaba mirando lo que hacía, ciertamente, y el líquido seguía subiendo hasta que estuve segura de que se derramaría. Inclinó la botella en el último momento posible, dejando mi copa a rebosar de modo que la champaña formó una burbuja en la parte superior. El más leve movimiento haría que se derramara.

Le sonreí, apretando los dientes. "Gracias, *Marmaduke*."

El borde de sus labios se curvó mientras me miraba a los ojos. "Fascinante."

Fruncí el ceño. "¿Qué?"

"Siempre he detestado ese nombre, pero encuentro que no lo detesto tanto cuando es usted quien lo usa." Tomó el cuenco de papas *au gratin* frente a él y comenzó a servirme, poniendo una porción generosa en mi plato. Quizás generosa no era la palabra adecuada. Era mucho más de lo que jamás podría comer, así que no había nada de generoso en ello.

"Tal vez podría dejar algo de espacio para el venado," dije con una alegría tensa. "Encuentro que tengo bastante apetito por el caza mayor esta noche. Algo sobre un animal salvaje derrotado es simplemente irresistible." Lo miré significativamente.

Él me devolvió la mirada significativa con una mirada divertida, luego alcanzó la fuente de venado. "Por supuesto. Alguien como usted debe contentarse con los despojos de otro hombre. Personalmente, prefiero el sabor de la carne que yo mismo he cazado."

Él mantuvo sus ojos fijos en mí mientras me servía una porción extremadamente pequeña de carne; de hecho, podría pasar fácilmente desapercibida entre todas las papas. Luego, colocó la fuente de nuevo en el centro de la mesa.

Apreté los dientes y agarré con fuerza los guantes que tenía sobre mi regazo. Al encargarse de servirme, él tenía una ventaja frustrante sobre mí en esta situación. Solo podía hacer todo lo posible por no mostrar lo desesperadamente que odiaba eso y, al mismo tiempo, lo renuente que me sentía a admirar su ingenio.

Nuestra atención pronto fue captada por mi padre, quien aprovechó la ocasión para hablar en la mesa, expresando su gratitud a los oficiales que habían pasado los últimos diez días en Blackwick y su pesar por su inminente partida.

Levantó su copa, mirando a su alrededor a los oficiales. “Por la Real Marina de Su Majestad. Que nuestra reciente victoria sea solo una de muchas por venir”.

La mesa retumbó con repeticiones del brindis proclamado mientras algunas copas chocaban entre sí. Mi propia copa estaba demasiado llena para ser utilizada con tal propósito, pero como la atención estaba en los oficiales, nadie notó mi falta de participación. Excepto el señor Russell, por supuesto, quien me miró con diversión apenas disimulada mientras levantaba su copa, fingía chocar la suya con la mía imaginaria y tomaba un trago.

Sentía la garganta particularmente seca y traté de no envidiarlo mientras el champán bajaba por su garganta. También intenté no fijarme en la pequeña parte de cuello descubierto que se veía por encima de su corbata mientras inclinaba ligeramente la cabeza hacia atrás. O quizás no estaba mal admirar los puntos fuertes del señor Russell. Era importante, después de todo, estar bien familiarizado con las habilidades y fortalezas del enemigo. El señor Russell parecía tenerlas en abundancia.

Se dispuso a dejar su copa, pero se detuvo con la mano aún envuelta en el tallo. Se levantó de su asiento.

“¿Podría ser tan audaz como para proponer un brindis también, almirante?”

“Adelante”, dijo mi padre con una inclinación de cabeza mientras se sentaba.

El señor Russell levantó su copa y me miró, sus ojos brillando con un travieso diversión. “Por la señorita Donovan, entonces, por ser una excelente anfitriona”.

Las copas en la mesa fueron tomadas en mano y levantadas, todas las miradas dirigidas hacia mí.

Apreté la mandíbula, fijando una mirada de labios apretados en el señor Russell mientras todos esperaban a que tomara mi propia copa.

“¿No va a beber, señorita Donovan?” preguntó.

“Diana”, la voz censuradora de mi padre llegó a mis oídos.

Forcé una sonrisa y alcancé mi copa rebosante, tomándola e ignorando cómo su contenido se derramaba sobre mi mano y goteaba hacia mi codo.

“Por la señorita Donovan”, dijo el señor Russell.

“Por la señorita Donovan”, resonó alrededor de la mesa, destacándose la voz del capitán Stokes por su volumen.

Llevé mi copa a los labios y la mantuve allí, bebiendo todo su contenido y terminando mucho después de que todos los demás ya hubieran dejado sus copas.

El señor Russell tenía los labios entre los dientes, luchando por ocultar su diversión ante mi comportamiento impropio. Si la señora Westwood hubiera estado aquí, sin duda me habría apartado a la primera oportunidad para recitar uno de sus dichos sobre exactamente qué y cuánto era apropiado que bebiera una joven.

La mesa pronto se llenó de conversación, y me volví hacia mi derecha. “Pagará, lo sabe”. Sentía el líquido en mi brazo, pero me negué a secarlo.

“No tengo duda de que intentará hacerme pagar”, dijo él. “Pero primero” tomó su tenedor en mano y, de todas las cosas, clavó sus púas en el pequeño trozo de venado que me había servido antes.

Lo observé estupefacta mientras lo llevaba a su boca y lo comía. Un trozo de comida de mi plato.

Lo miré mientras masticaba, su ceño fruncido en apreciación mientras emitía algunos *mms*. “Tan tierno. Mis cumplidos a su talentoso cocinero, señorita Donovan”. Me miró y sonrió, inclinándose hacia mí hasta que nuestros hombros se tocaron. “*Un carro de provisiones del enemigo equivale a veinte de los propios*. ¿No es eso lo que dice Sun Tzu?”

***

Para cuando me retiré al salón—pues yo era la única mujer presente—tanto mi cuerpo como mi temperamento estaban en llamas. Todo lo que hacía el señor Russell estaba calculado para alterarme. ¿Cómo podía estar tan enojada con él y, sin embargo, tan preocupada por besarlo de nuevo? ¿Cómo podía desear simultáneamente derrotarlo y ser derrotada por él? ¿Humillarlo delante de una audiencia y encontrar una manera de estar a solas con él?

No era una batalla justa. Me estaba dando cuenta de eso ahora. Cada día, estaba obligada a estrujarme el cerebro para determinar cómo obtener una ventaja sobre él, para encontrar alguna nueva táctica que usar contra él. Pero para el señor Russell, ganar tal ventaja sobre mí era tan simple como colocarse a mi lado. Su mera presencia me amenazaba, debilitando mi resistencia, porque todo lo que podía hacer cuando él estaba cerca era pensar en lo mucho más cerca que lo quería, lo cerca que una vez lo tuve.

Mi susceptibilidad a su encanto y mi admiración por su carácter eran alarmantes.

En lugar de quedarme en el salón, me dirigí a la alcoba de Lucy. Estaba sentada en la cama, sin parecer ni de cerca tan descansada como había esperado después de todo el tiempo que había

estado durmiendo.

Me senté en el borde de la cama. “¿Cómo estás, querida?”

Ella me sonrió débilmente. “Lo suficientemente bien, supongo. Me temo que estaré despierta toda la noche, pues dormí gran parte del día”.

“Sí, me preguntaba si eso podría suceder. Debería haberte despertado, pero te veías tan en paz cada vez que venía que no podía hacerlo”.

“¿Has tenido alguna noticia de Edwin?” preguntó.

Negué con la cabeza. “Nada hasta ahora. Estoy segura de que está muy ocupado con su madre y todos los arreglos”.

Lucy tragó saliva, y podría haberme golpeado por recordarle su inminente partida.

“Sin duda.” Apartó la mirada.

La observé, mordiéndome el labio. Mientras el resto de nosotros dormíamos profundamente, ella estaría despierta toda la noche, sin nada que la mantuviera ocupada más que la sombría perspectiva del futuro. No se veía bien, a pesar de todo el descanso que había tenido.

Se me ocurrió una idea, y me acerqué a ella en la cama. “¿De verdad crees que estarás despierta toda la noche, Lucy?”

Ella se encogió de hombros. “Me siento débil, pero para nada cansada. Creo que simplemente leeré.”

“Ciertamente podrías hacer eso,” dije. “O . . . tengo otra idea.”

Ella me miró, frunciendo el ceño, y yo le sonreí, sintiendo cómo la anticipación de la nueva táctica me recorría las venas. Lucy necesitaba atención para su salud, y el Sr. Russell se había ofrecido para encargarse de eso.

Capítulo 22

Si él está descansando, no le des tregua.

La frase se repetía en mi mente mientras me sentaba frente al espejo, vestida con mi bata y sosteniendo un candelabro, vacilante. Normalmente, dormía con el cabello atado con cintas, pero esta noche había optado por una trenza simple, que descansaba sobre mi hombro. Lo había hecho con la idea de ver al Sr. Russell. Una tontería.

Ya había pasado el tiempo que le había dicho a Lucy que volvería con el Sr. Russell, pero no podía disipar la inquietud sobre lo que habíamos acordado. "Acordado" podría ser una forma generosa de expresarlo. Lucy había resistido mi idea, y aunque hice todo lo posible por convencerla de que sería algo gracioso despertar a su tío e insistir en que atendiera a su enferma, la verdad es que yo también tenía mis dudas sobre todo el asunto. Y cuanto más tiempo pasaba en mi habitación, esperando la hora señalada, más fuertes se volvían esas dudas.

Solté un suspiro decisivo y me levanté, sosteniendo la vela, abriendo la puerta suavemente y saliendo al pasillo. Estaba completamente oscuro, todos los candelabros colgados en la pared estaban apagados, pues eran casi la una de la mañana, y los sirvientes llevaban horas en la cama. Todos lo estaban. Ese era, en realidad, el punto de mi plan.

Pero no me sentía bien al respecto, preocupando innecesariamente al Sr. Russell, especialmente cuando recordaba nuestra conversación sobre Lucy la noche en que nos besamos. Su preocupación por ella era más profunda de lo que cualquiera de nosotros reconocía, supuse, y no deseaba hacer nada que lo hiciera mirarme de la forma en que lo hizo cuando tomé el reloj.

Caminé con pasos ligeros hasta llegar a la habitación de Lucy. Era totalmente posible que se hubiera quedado dormida mientras esperaba nuestro pequeño juego, así que llamé suavemente a la puerta, luego entré. Parecía estar dormida, acostada de espaldas bajo las mantas.

“Lucy,” susurré. “Lucy, he cambiado de opinión.” Me acerqué a la cama y le puse una mano en el brazo para despertarla suavemente. A la luz de la vela que sostenía, su ceño se frunció y se giró hacia otro lado.

“¿Lucy?” dije, con la preocupación creciendo en mi pecho. Puse mi mano en su frente. No reaccionó a mi toque ni a mi voz, pero su piel ardía como un horno.

El pánico se apoderó de mí mientras la luz de la vela iluminaba sus mejillas enrojecidas. Tenía una fiebre terrible, tan alta que me recordó a la que tuvo mi madre justo antes de morir. Sin pensarlo más, salí de su dormitorio y me dirigí a la puerta de la Habitación Roja.

Golpeé la puerta tres veces con firmeza, escuchando atentamente, impacientemente.

Después de un momento, se escuchó un movimiento amortiguado desde dentro, volviéndose más definido a medida que se acercaban los pasos.

La puerta se abrió, y apareció un Sr. Russell despeinado. Se había puesto la bata apresuradamente, colgando de forma desigual en sus hombros, de modo que una manga caía más baja que la otra. Bajo el lazo asegurado apresuradamente, su camisa estaba abierta, dejándome ver su pecho desnudo.

“¿Diana?” Parpadeó y se pasó una mano por el cabello oscuro, sus ojos somnolientos. “¿Qué sucede?”

“Es Lucy,” respondí, mi voz temblorosa. “Lo necesita.”

Los ojos del Sr. Russell se entrecerraron ligeramente, un poco del sueño se desvaneció mientras reprimía un bostezo. “¿Es esta su idea de venganza por lo que ocurrió en la cena? Quizás pueda esperar hasta el desayuno.”

Sacudí la cabeza, pensando en lo cerca que estaba de la verdad. Qué estúpida había sido al sugerir tal broma a la pobre Lucy. “*Por favor*, Sr. Russell. Tiene una fiebre terrible.”

Sus ojos se abrieron un poco más al escuchar mi tono, y puso una mano en mi brazo, asintiendo rápidamente. “Por supuesto. Deme un momento.”

Me aparté de la puerta, y él la cerró suavemente, dejándome en el pasillo con mi única vela, preocupándome más con cada segundo que dejaba a Lucy sola.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, el Sr. Russell salió, con la camisa metida apresuradamente en sus pantalones y el cabello aún desordenado por el sueño.

“¿Está en su dormitorio?” preguntó mientras terminaba de abrocharse el botón superior.

“Sí,” respondí, girándome y guiándolo.

Abrí la puerta de Lucy, y el Sr. Russell entró rápidamente en la habitación, tomando la vela de mis manos y colocándola en el escritorio. Caminó de regreso a la cama, colocándose a mi lado y poniendo una mano en el brazo de Lucy, que había sacado de debajo de la manta.

“Lucy,” dijo en un susurro bajo pero urgente. Incluso en la tenue luz de una vela, pude ver la preocupación en su rostro. Soltó su brazo y le puso la mano en la frente, dejándola allí por un momento, hasta que Lucy giró la cabeza.

“Está ardiendo.” Me miró.

“Lo sé,” dije, tragando saliva. “La dejé hace unas horas, cansada y con dolor de cabeza, pero nada más.”

“¿Cómo se dió cuenta de su fiebre?” preguntó el Sr. Russell.

Me mordí el labio, pero no mentiría. “Habíamos planeado hacerle una pequeña broma juntas, y vine a hablar con ella sobre eso, solo para encontrarla... así.”

“Entonces, cuando la dejó, ¿no sabía que estaba realmente enferma?” dijo el Sr. Russell, claramente confundido.

“No,” admití, tirando del cordón para llamar a una doncella. “Pero debí haber visto las señales.” Estaba tan enfrascada en mi disputa con el Sr. Russell que no había notado lo que realmente le estaba pasando a Lucy.

Bueno, no podía cambiar el pasado, pero ciertamente podía hacer lo que estuviera en mi poder para ayudarla ahora. La habitación estaba caliente, y me apresuré a la ventana, levantando el pestillo y abriéndola para que entrara una pequeña brisa. Era una noche agradable, lo suficientemente fresca como para bajar la temperatura de la habitación sin congelarnos.

“¿Deberíamos llamar a un médico?” preguntó el Sr. Russell, con los ojos fijos en Lucy mientras hacía un lío enredado con las sábanas.

“No,” respondí con firmeza. “El Dr. Helms solo insistirá en sangrarla.”

“Entonces, ¿qué sugiere?”

“Seguir el consejo del Dr. Buchan,” respondí. “*No* debilitarla más con todo tipo de polvos, sangrías y demás.”

Se escuchó un golpe vacilante en la puerta, y fui a abrirla. La doncella llevaba una cofia, pero el cabello debajo estaba desordenado, evidencia de que ella también había estado durmiendo hace poco.

"Anne," dije rápidamente, "la señorita Ellis está muy enferma. Necesito que escuches con atención. Primero, necesito que me traigas un recipiente grande con agua tibia y un paño seco. Luego, usa la receta en el libro del Dr. Buchan en la sección sobre fiebres, algo con cremor tártaro y naranjas, si no recuerdo mal. ¿Puedes hacerlo?"

Anne asintió rápidamente. "Por supuesto, señorita." Desapareció, y cerré la puerta de nuevo, acercándome para sentarme en la cama.

"Lucy," dije, tomando su mano entre las mías. "Lucy, ¿puedes oírme?" Su mano estaba húmeda, y aunque su ceño se frunció al sonido de mi voz, no hizo otra respuesta.

"Está delirando," dijo el Sr. Russell. Su voz estaba casi en blanco, tan apática como lo había estado Lucy antes de tomar el día para descansar.

Me levanté, sintiéndome demasiado ansiosa para sentarme mientras esperábamos que la doncella trajera lo que había solicitado. En lugar de eso, comencé a caminar de un lado a otro mientras el Sr. Russell ocupaba el lugar que yo había dejado en la cama. Después de un momento, él tomó suavemente la mano de Lucy entre las suyas, mirándola. El pequeño gesto—y la vacilación en él—me hizo un nudo en la garganta, haciéndome sentir aliviada de no haberle hecho la broma que había planeado. Habría sido cruel.

Anne regresó poco después, llevando un recipiente grande y pesado con agua, con un paño seco colgando del borde. El Sr. Russell la relevó de su carga, y ella se excusó para preparar la bebida que le había indicado.

"¿Dónde quiere esto?" preguntó el Sr. Russell.

"Aquí," dije, señalando el baúl al pie de la cama. "Debemos bañar sus pies."

Siguió mis instrucciones sin decir palabra, colocando el recipiente cuidadosamente sobre el baúl mientras yo retiraba la parte inferior de las mantas para descubrir los pies de Lucy. Al principio, ella resistió nuestros esfuerzos, su agitación hacía casi imposible sumergir sus pies en el agua.

Intenté mantener un agarre firme pero suave en sus piernas, pero ella tiraba y se retorcía hasta que el Sr. Russell tomó el paño, lo sumergió en el agua y lo presionó contra uno de sus tobillos. Sus músculos se tensaron por un momento, luego se relajaron lo suficiente como para que pudiéramos poner sus pies en el recipiente.

Nos miramos, reconociendo nuestro alivio compartido. Ambos habíamos sido salpicados generosamente en la pequeña lucha.

Cuando Anne regresó, lo hizo con la bebida solicitada, un cordial y un cuenco de papilla ligera. El Sr. Russell ayudó a levantar a Lucy para que yo pudiera acercar la bebida a sus labios.

Su agitación estaba disminuyendo, aunque su temperatura seguía siendo lo suficientemente alta como para que pudiera sentir el calor emanando de ella. Sus mejillas estaban enrojecidas y su frente cubierta de gotas de sudor.

"Puedo quedarme con ella, señorita," dijo Anne.

"No," dije. Al darme cuenta de que mi tono era más severo de lo necesario dada la amabilidad de la sugerencia, tomé aire. "Gracias, pero me quedaré con ella. Quiero que vea una cara familiar cuando despierte."

"Yo también me quedaré," dijo el Sr. Russell desde su lugar apoyando a Lucy.

Lo miré, y él sostuvo mi mirada hasta que asentí una vez.

"Muy bien," dijo Anne. "¿Puedo traer algo más, señorita?"

Miré alrededor de la habitación, tratando de pensar en lo que podría ser necesario, pero no se me ocurrió nada en ese momento. Estábamos haciendo todo lo que el Dr. Buchan sugería. "Te llamaré si se me ocurre algo."

Ella asintió, hizo una pequeña reverencia y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Acerqué el cordial a los labios de Lucy, logrando que solo unas pocas gotas entraran en su boca antes de que ella apartara la cabeza. Suspirando, dejé el vaso en la mesa y me levanté, comenzando a caminar por la habitación mientras me frotaba nerviosamente el labio con el dedo índice.

"Debe descansar," dijo el Sr. Russell. "Ha hecho todo lo que puede por ahora. Ella está más

tranquila, al menos." Asentí, pero sabía lo rápido que podía volver una fiebre. Fue lo que finalmente llevó a mi madre. Su cuerpo ya estaba tan débil, sin embargo; solo podía esperar que Lucy fuera lo suficientemente joven y robusta para combatir lo que fuera que estuviera enfrentando.

"¿Puede ayudarme a recostarla?" preguntó. Su espalda descansaba contra su cuerpo, obligándolo a girar de una manera que podía imaginar era incómoda.

Feliz de tener algo que hacer, me apresuré y cuidadosamente rodeé sus hombros con mis brazos, dejando que su peso descansara en mí mientras el Sr. Russell se apartaba. Lentamente y con cuidado, se deslizó detrás de ella, ayudándome a recostarla suavemente sobre su almohada.

Ambos soltamos un suspiro de alivio cuando la tarea estuvo hecha, y miré al Sr. Russell, sonriendo débilmente ante la coincidencia mientras me sentaba de nuevo en la cama. Su camisa se aferraba a su cuerpo, más oscura en algunas partes donde la espalda y la cabeza calientes de Lucy habían descansado contra él durante los últimos veinte minutos.

Notando la dirección de mi mirada, él miró hacia abajo. Poniendo una mano en su camisa, la apartó de su pecho una y otra vez, aireándola, pero sin decir nada. En otras circunstancias, no tenía duda de que me habría hecho alguna broma por estar mirándolo, y casi desearía que lo hiciera. Esta situación más sombría llevaba una intensidad e intimidad que me hacían sentir extraña. Incluso asustada.

"No necesita quedarse," dije de repente. La mitad de mí temía que aceptara, mientras que la otra mitad lo esperaba.

"Quiero quedarme." Se acercó y tomó la silla del escritorio, llevándola junto a la cama. Se sentó en ella, inclinándose hacia adelante y juntando las manos mientras miraba a Lucy.

Su cabello estaba pegado a su frente, sus mejillas todavía enrojecidas, pero su cuerpo finalmente estaba quieto, lo que esperaba le permitiera descansar más. El silencio reinaba en la habitación mientras ambos la mirábamos, perdidos en nuestros propios pensamientos. Los míos estaban llenos de inquietud, tanto por Lucy como por mí misma. Su enfermedad había despojado la protección que mi enemistad con el Sr. Russell me proporcionaba, haciendo que la batalla entre nosotros pareciera tonta y dejándome sin defensa contra él.

"¿Es esto culpa mía?" La voz del Sr. Russell era un susurro bajo.

Levanté la vista sorprendida, encontrando su mirada. Sus ojos estaban llenos de angustia, casi suplicándome que aliviara su conciencia.

“Dígame la verdad, Diana,” dijo. “Siempre puedo confiar en usted para que me diga la verdad. ¿He llevado a Lucy a esto?”

Tragué saliva. ¿Cómo iba a responder a una pregunta así?

Capítulo 23

Esta era mi oportunidad de vencer al Sr. Russell. Él, como dije en una de nuestras primeras reuniones, me estaba proporcionando esa misma oportunidad: *La oportunidad de derrotar al enemigo es proporcionada por el propio enemigo*. Podría decirle ahora que, efectivamente, era su culpa que Lucy estuviera en cama con fiebre, que él la había llevado a tal desesperación por la imposibilidad de un futuro con el hombre que amaba. El Sr. Russell estaba sosteniendo una estaca contra su pecho y me daba la oportunidad de clavársela en el corazón.

Pero no pude hacerlo. A pesar de todas mis palabras sobre la victoria, no pude decirlas. De hecho, quería tomarlo de la mano y calmarlo con la seguridad de que no había hecho nada malo. Pero no estaba segura de que la enfermedad de Lucy no tuviera nada que ver con lo que estaba sucediendo entre ella y el Sr. Pike.

“No lo sé,” dije, dándole la verdad que me estaba pidiendo.

Sus ojos se mantuvieron fijos en los míos, y asintió, volviendo su mirada hacia Lucy. Hubo un silencio mientras extendía una mano hacia su frente, apartando el cabello seco de su rostro.

Fue un gesto afectuoso, el de un tío preocupado. Tan a menudo como Lucy se refería a él como Tío Duke, me había sido fácil olvidar la relación cercana que compartían. Él era su familia más cercana en el mundo, incluso más que la Sra. Westwood. Habían compartido una pérdida profunda, una que no podía evitar conectarlos.

“Tengo un miedo terrible de fallarle,” dijo de repente, su voz era un susurro mientras entrelazaba sus manos, descansándolas sobre la cama. “Temo cometer un error y condenarla a la infelicidad. Ella es tan joven, confía tanto en que el mundo le desea lo mejor. Esa confianza es un tesoro.”

Mi corazón se aceleró, pues sus palabras me penetraron, no solo por su vulnerabilidad, sino también por las palabras en sí. *Esa confianza es un tesoro*. No podía recordar la última vez que había confiado en alguien, que había ofrecido ese tesoro del que él hablaba. Ciertamente no creía que el mundo me deseara lo mejor.

“Estoy paralizado con el pensamiento de que su confianza pueda ser aprovechada por alguien,” continuó.

“Por el Sr. Pike,” dije.

Él asintió lentamente, y de repente me sentí terriblemente egoísta por negarme a ayudarlo a determinar la sinceridad del Sr. Pike. Él *sí* quería lo mejor para Lucy, pero yo había aceptado la caracterización que Lucy hacía de él como un enemigo de su felicidad y la alenté a verlo de esa manera. Si ella estaba enferma por su negativa a dejarla casarse con el Sr. Pike, yo también tenía algo de responsabilidad en ello.

“En caso de que importe en absoluto,” dije, “Lucy parece estar al tanto de su situación financiera. No le importa en lo más mínimo. Ella está segura de que él se encargará de ella, me ha asegurado que él ha prometido hacerlo.”

Los labios del Sr. Russell se apretaron, y cerró los ojos. “Ella no puede saber eso.”

“¿Pero usted sí?” pregunté.

“Ella no sabe...” Cerró la boca de golpe, desviando la mirada. Su mandíbula se tensaba y se relajaba.

“¿No sabe qué? ¿Cómo saber si un hombre la ama de verdad?” Si eso era lo que quería decir, supongo que podría entenderlo. Tal vez pensaba que ella era como yo había sido con el teniente Stokes: ingenua y tan ansiosa por ser amada que su mente estaba nublada. En más

formas de las que me gustaría admitir, yo también me sentía así.

Me miró fijamente, luego miró a Lucy antes de volver a clavar sus ojos en mí. Cuando habló, su voz fue casi un susurro. “Ella va a heredar una gran cantidad de dinero.”

Solté una pequeña risa, pero se desvaneció al ver la intensidad en sus ojos. “¿Qué quiere decir?”

“Precisamente lo que dije.”

Hubo una pausa mientras buscaba alguna señal de que estaba bromeando. No había tal señal. “Lucy nunca ha mencionado nada.”

“Eso es porque ella no sabe nada al respecto. Nadie lo sabe. Nadie excepto yo, y ahora usted. Así lo desearon sus padres.”

Mis cejas se fruncieron mientras trataba de entender, de comprender esta noticia. “¿Cuánto dinero?”

Miró a Lucy de nuevo, como si temiera que pudiera estar escuchando. Ella estaba tranquila, inmóvil, pero el Sr. Russell movió la cabeza hacia la pared más lejana y se levantó silenciosamente de su silla.

Aun sintiéndome desconcertada y cautelosa, me levanté suavemente de la cama y lo seguí hacia la esquina cerca del escritorio y la ventana, por donde entraba la suave brisa.

Se apoyó contra la pared, cruzando los brazos sobre el pecho mientras observaba a Lucy con el ceño fruncido. Su cabello seguía un poco despeinado, la abertura de su camisa aún lo suficientemente abierta como para distraerme por un breve momento.

Me enfrenté a él, forzando mis ojos a los suyos, esperando una explicación.

“Cinco mil libras.”

Mis ojos se abrieron de par en par. Seguramente, estaba bromeando a mi costa. ¿Lucy heredaría cinco mil libras? Lucy, que había pasado la mayor parte de su vida viviendo en un seminario.

“Mi hermano hizo una serie de inversiones a lo largo de los años. En general, tuvo una cantidad desmesurada de mala suerte en esas inversiones. Hicimos una juntos un año antes de su muerte, que resultó ser una muy sabia. Y como Lucy era su única hija…”

No podía apartar mis ojos de los suyos. Hablaba en serio. Completamente en serio. Lucy era una heredera.

“Pero… pero,” balbuceé, “No lo entiendo en absoluto. ¿Por qué querrían que ella ignorara algo así?”

“Conoce a Lucy, Diana. Ella cree lo mejor de todos.” Hizo una pausa, con un ligero ceño fruncido. “O de casi todos. Mi hermano tenía el mayor temor de que se convirtiera en el objetivo de cazafortunas, que, con su buen corazón, sería una víctima fácil, ansiosa por ayudar al primer hombre que expresara una necesidad de dinero o un afecto por ella.”

Miré a Lucy. Una *heredera*. Una heredera ignorante, nada menos. Una joven sin padres, pero con más dinero del que podría comprender. El recuerdo de verla con un billete de diez libras en la mano cruzó por mi mente. Había estado asombrada por esa cantidad, ¿qué pensaría de quinientas veces eso? ¿Qué pensaría el Sr. Pike al respecto, por cierto?

“¿Entonces sospecha usted que el Sr. Pike tiene intenciones sobre su fortuna? ¿A pesar de que admite que es usted el único que lo sabe?”

Él y yo. Me lo había contado a *mí*, de entre todas las personas. No tenía la capacidad mental en ese momento para abordar *ese* hecho, para pensar lo que significaba, pero de repente la confidencialidad del testamento tenía sentido.

Él suspiró. “No es imposible que él pudiera estar al tanto. El testamento se leyó con estricta

confidencialidad, pero necesariamente hubo personas involucradas en el proceso."

Asentí, pero pensé que era muy poco probable que el Sr. Pike, de entre todas las personas, estuviera al tanto del secreto. Si hubiera sido impaciente o hubiera intentado persuadir a Lucy para que se escaparan, tal vez habría estado más inclinada a considerar tal posibilidad, pero tal como estaban las cosas, cada vez me parecía más que el Sr. Russell estaba siendo un tutor excesivamente aprensivo, y por razones que podía entender. Era una gran carga para poner sobre los hombros de un hombre, especialmente cuando sabía que a Lucy no le importaba en absoluto. Sería demasiado fácil para ella culparlo si las cosas tomaran un mal giro bajo su cuidado.

"Parece que ha superado lo peor," dijo él.

Miré hacia la cama, donde Lucy yacía profundamente dormida. "Eso espero."

"¿No lo cree?"

Me encogí de hombros. "Mi madre estuvo así antes de que…" Me detuve. No había hablado de la muerte de mi madre con nadie, ni siquiera con mis hermanos, excepto en los términos más prácticos. Nada sobre el sufrimiento que la vi soportar. Las emociones que eran más poderosas que yo eran mejor guardarlas dentro, pues su fuerza me asustaba, al igual que lo hizo el beso del Sr. Russell.

Avancé, esperando cubrir mi lapsus. "Debería regresar a su cama. Me quedaré por si la fiebre regresa."

Él parecía reacio, y desearía saber si la vacilación era por Lucy o por mí. "Si empeora, iré a buscarlo yo misma," añadí.

"Gracias. Me alegra que viniera la primera vez," sonrió ligeramente, "incluso si fue originalmente con las peores intenciones."

"Las peores intenciones habrían implicado mucho más que simplemente tocar a su puerta," repliqué.

"¿Sigue soñando con estrangularme en mi cama?"

Mis mejillas se sonrojaron, pues había tenido más de un sueño sobre el Sr. Russell en la última semana, y ninguno de ellos había implicado estrangularlo. "Bueno, le vendría bien después de la cena de esta noche, ¿no?"

Su sonrisa creció, y de repente me quedé sin aliento, por la forma en que me miraba, la relativa oscuridad en la que nos encontrábamos. ¿Qué había pasado con mi resolución de no encontrarme sola con él nunca más?

"Al contrario," dijo él, "fui el compañero de cena más atento."

"¿Obligándome a derramar champaña sobre mí misma?" Toqué mis brazos con los dedos, pues casi podía sentir la pegajosidad persistente allí, a pesar de haberla lavado.

Él notó el gesto con diversión. "Pensé haber visto una o dos gotas bajar por su brazo."

"Más bien fue un diluvio," dije secamente.

Él respiró hondo, su sonrisa desvaneciéndose. "¿Me promete que irá a buscarme si ella empeora?"

Dudé. ¿Lo *buscaría*? Ya había visto suficiente del pecho del señor Russell, y había tenido suficiente oportunidad de imaginar besarlo en las situaciones más improbables, como en una enfermería. No necesitaba más tiempo con él.

"Entonces me quedaré aquí," dijo él tras mi pausa momentánea.

"Lo buscaré," dije apresuradamente. Era mejor apostar a la esperanza de que Lucy continuara durmiendo el resto de la noche que tener al señor Russell conmigo ahora. Tenía la sospecha de que, si lo hacía, terminaría haciendo algo de lo que me arrepentiría—o peor, algo de lo que debería arrepentirme, pero no lo haría.

Capítulo 24

La luz había comenzado a colarse por las rendijas de las cortinas cuando finalmente escuché a Lucy moverse por la mañana. Según pude calcular, el señor Russell había salido de la habitación alrededor de las dos y media. Había comenzado la noche en la silla que él había traído del escritorio y la terminé en el suelo. Me levanté rápidamente de la alfombra y me acerqué al lado de Lucy, ignorando las protestas de mi cuerpo después de una noche de sueño inquieto.

Lucy se estaba moviendo de un lado a otro, tratando de ponerse cómoda.

"Lucy, querida," dije mientras me sentaba en el borde de la cama. "Soy yo, Diana." Un toque rápido en su frente me dijo que una vez más tenía fiebre.

¿Debería ir a buscar al señor Russell? De repente, no estaba segura de sí mi promesa a él se refería solo a las horas nocturnas o si esperaba que fuera a buscarlo ahora también.

Me acerqué al cordón de la campanilla y, después de un momento de duda, lo jalé. Sentándome junto a Lucy y tratando una vez más de entender que no era la pobre huérfana que siempre había pensado, esperé a que Anne apareciera.

Anne y yo discutimos sobre la condición de Lucy durante unos minutos antes de que la enviara de vuelta con las cosas que había traído durante la noche y las instrucciones sobre lo que debía traer.

Juntas, cuidamos de Lucy, bañándole la frente y los pies, tratando de animarla a beber. Más de una vez, deseé que el señor Russell estuviera conmigo, pues habíamos trabajado bien juntos durante la noche, pareciendo entender qué hacer sin siquiera hablar. Su fuerza, también, había sido un recurso cuando Lucy necesitaba ser levantada para ponerse en posición sentada.

Sin embargo, su fiebre parecía inmune a todos nuestros esfuerzos por bajarla, y ella alternaba entre estados de delirio y un sueño inquieto. Mi propio cuerpo se sentía lento y cansado, con mi hombro derecho adolorido por haber apoyado mi peso en el suelo durante la noche.

Se oyó un suave golpeteo en la puerta y, tras mirarme, Anne fue a abrirla. El señor Russell estaba en el umbral, y su mirada recorrió la habitación, deteniéndose en mí por un momento antes de dirigirse a Lucy.

Frunció el ceño y entró en la habitación, acercándose al lado de la cama y tocando la frente de Lucy con el dorso de su mano. "¿Cuánto tiempo lleva así?"

"Unas dos horas," respondí.

"¿Por qué no me avisó?" Parecía sinceramente molesto, y volví a mojar el paño en el agua cerca de los pies de Lucy.

"Durmió hasta la mañana." Fue una respuesta patética, pero ciertamente mejor que decir: *Me temo que no podré controlar lo que hago si estoy demasiado en su presencia.*

"¿Y no ha tenido descanso de esta habitación?" Se acercó a mí y extendió una mano para tomar el paño. "Necesita descansar."

Ignoré su mano y puse el paño en los pies de Lucy. "Estoy perfectamente bien."

"Su apariencia dice lo contrario."

Mi mandíbula se aflojó, y miré al señor Russell con indignación. "¿No es usted encantador por la mañana?" Volví a mi tarea, ignorando el impulso de revisar mi reflejo o de arreglarme el cabello.

"¿Qué? ¿Porque digo que parece cansada?" Extendió la mano y la colocó sobre la mía, deteniéndome. La mantuvo allí hasta que lo miré con obstinación. Sin embargo, su mirada era

intensa. “Lo último que quiero es que usted *y* Lucy se enfermen, Diana.”

Tragué saliva, sintiendo como si parte del calor del cuerpo de Lucy se hubiera transferido repentinamente al mío.

“El hecho de que Lucy esté enferma puede ser su preocupación,” dije, “pero si yo me enfermo, puede estar tranquilo sabiendo que no le tocará a usted cuidarme, Marmaduke.”

Sus ojos se entrecerraron ligeramente mientras nuestras miradas se enfrentaban. “Si se niega a ir voluntariamente, me veré obligado a llevarla a su habitación yo mismo.”

Mis fosas nasales se ensancharon. “No se atrevería.”

“Al contrario,” respondió, con su mano aun cubriendo la mía, “sería un placer.”

Mis mejillas se calentaron, y miré a Anne, cuyos ojos estaban ligeramente abiertos y su atención en enderezar la almohada de Lucy era un poco demasiado estudiada.

El señor Russell siguió mi mirada. “Su presencia no me disuadirá.”

“Se ha calmado un poco, señorita,” dijo Anne con una rápida mirada hacia mí y luego apartó la vista, como si sintiera que estaba interrumpiendo un momento íntimo.

Contemplé mis opciones, parte de mí, curiosa de saber si el señor Russell realmente cumpliría su amenaza, y la otra parte temiendo si mi corazón sobreviviría a tal cosa. ¿Ser llevada en los brazos del señor Russell? ¿A mi propia cama? Era demasiado parecido a uno de los sueños que había tenido.

Sin embargo, estaba cansada. Todo en mí deseaba dormir.

Él me observaba mientras yo debatía. “Así sea, entonces.” Tomó la mano que había estado descansando sobre la mía y la rodeó por mi cintura. La otra mano parecía que pronto se colocaría bajo mis piernas. Todo mi cuerpo se tensó.

Me apresuré a ponerme de pie, dejando caer el paño en el agua. “Muy bien.” Aparté su brazo de mi cintura. “Descansaré. Pero no porque me lo esté ordenando. Solo porque necesito mi fuerza para ayudar aquí el resto del día.”

El señor Russell retrocedió y asintió. “Una decisión sensata.”

Entrecerré los ojos hacia él, deseando que no fuera infantil sacar la lengua. “Regresaré en una hora, Anne.”

“Dos horas,” dijo el señor Russell.

No le presté atención, saliendo de la habitación y cerrando la puerta detrás de mí. Una vez en el pasillo, me detuve. Aún estaba en mi bata de dormir, de lo contrario, habría ido a cualquier lugar menos a mi habitación solo para contrariar al señor Russell.

Pero me quedaba un mínimo de decoro. Alguien debería felicitar a la señora Westwood por ese éxito, sin duda.

La puerta se abrió detrás de mí, y el señor Russell asomó la cabeza. “Tal como sospechaba. ¿Ha olvidado en qué dirección está su habitación?”

“*En realidad*, estaba contemplando si enviar una nota a la señora Westwood y al señor Pike. Deberían saber cómo está Lucy, ¿no le parece?”

“Estoy de acuerdo. Y yo les escribiré. Su única tarea es, como hemos acordado, descansar. Durante dos horas.”

Levanté las cejas. “Qué dictatorial de su parte. ¿Piensa quedarse junto a mi cama para asegurarse de que cumpla?”

“Si eso es necesario. O podría simplemente darme su palabra de que, en efecto, dormirá. No es que su palabra valga mucho, como hemos visto.” Alzó una ceja, refiriéndose al hecho de que no lo había llamado cuando descubrí que la fiebre de Lucy había regresado.

Estaba demasiado cansada para seguir discutiendo. Era difícil pelear con alguien que le

exigía que hiciera exactamente lo que más deseaba. “Dos horas, entonces.”

El lado de su boca se alzó en una pequeña sonrisa. “Es usted una mujer sensata, señorita Donovan. La mayor parte del tiempo.”

Capítulo 25

Dormí tres horas. Al despertar, apenas sabía dónde estaba ni qué había sucedido, pues raramente tomaba siestas. Evidentemente, lo necesitaba. Maldición al señor Russell por tener razón una vez más.

Me vestí apresuradamente y fui a la habitación de Lucy, pero solo Anne estaba allí cuidando de su sueño. Lucy se había despertado durante mi ausencia, y había estado lo suficientemente consciente como para tomar un poco de caldo, que Anne le había dado.

"El señor Russell se fue hasta que ella volvió a dormirse," explicó Anne, "pues le preocupaba que la señorita Ellis se agitara al verlo."

Fruncí el ceño. Lucy no era consciente, entonces, de cuánto tiempo había pasado él cuidando de ella en las últimas veinticuatro horas, del sueño que había sacrificado, de la preocupación que sentía por ella. De hecho, Lucy ignoraba muchas cosas, pues tampoco tenía idea de que era una heredera.

"¿Dónde está el señor Russell ahora?" pregunté.

"Salió hace unos minutos para enviar por el doctor."

Sentí un destello de molestia. Le había dejado claro anoche que no deseaba la intervención del Dr. Helms. Tal vez solo estaba ansiosa por culpar a alguien por la muerte de mi madre, pero desde entonces sentía que él tenía alguna responsabilidad en ello.

Apreté los dientes y tomé nota mental de hablar con el señor Russell más tarde sobre su presunción y desobediencia. No importaba que él fuera el tutor de Lucy. Esta era mi casa. O la de mi padre. Pero esa era una distinción insignificante. "Gracias, Anne. Y ahora es *su* turno de descansar."

Ella se mostró reacia, pero obedeció cuando insistí. No recurrí a amenazas, como lo había hecho el señor Russell. Después de todo, no soy una bestia.

Cuando el señor Russell regresó, apenas había entrado por la puerta cuando lo abordé con su falta.

"¿Llamó al doctor?" le susurré, tratando de encontrar un equilibrio que mantuviera la habitación en silencio pero que expresara mi molestia. Lamentablemente, la molestia ganó, y el señor Russell miró hacia la cama mientras la cabeza de Lucy se movía de un lado a otro.

"Lo hice," dijo suavemente mientras cerraba la puerta.

"¿Y quién le dio permiso para tomar tal decisión como invitado en esta casa?"

Abrió la boca, pero me apresuré a hablar. "Si dice Valentine, gritaré."

"Entonces, por el bien de Lucy, no lo diré."

Apreté los labios. "Hubiera pensado que al menos prestaría atención a mi opinión. Valentine no tuvo que sentarse y ver cómo el Dr. Helms sangraba y desangraba a mi madre hasta la muerte."

La sonrisa del señor Russell se desvaneció. "Lo siento mucho, Diana. Pero le aseguro que yo…"

"Ya no importa," lo interrumpí, molesta por la forma en que parecía incapaz de dejar de hablar de la muerte de mi madre frente a él. "Lo hecho, hecho está. Pero si cree que me quedaré de brazos cruzados mientras hace lo mismo con Lucy, está muy equivocado."

"Oh, nunca pensaría que se quedaría de brazos cruzados mientras *algo* sucede." Sonrió y pasó a mi lado, moviéndose hacia la silla junto a la cama de Lucy. Ella estaba quieta por el momento. "Me sentaré con ella un rato. Me imagino que no ha comido mucho hoy."

Tenía razón. Solo había comido un poco de pan con mantequilla que Anne me había traído por la mañana, y estaba hambrienta.

“Imagino que lo mismo es cierto para usted.” Siempre tenía que ser difícil. Era algo que comenzaba a lamentar cada vez más en mí. Durante algún tiempo, había parecido una fortaleza. Pero con la presencia del señor Russell en las últimas dos semanas, había comenzado a parecer una debilidad mezquina disfrazada de fortaleza.

“Sí,” respondió, “pero mi temperamento puede soportar un poco de hambre. No creo que lo mismo sea cierto para el suyo.” La forma en que me sonrió me indicó que esperaba que contraatacara con mi propio insulto. Así que, naturalmente, me abstuve.

De hecho, fui a la cocina y ordené que prepararan dos platos de comida, los cuales llevé conmigo a la habitación de Lucy.

El señor Russell estaba sentado en la misma silla en la que había estado cuando lo dejé, apoyando los brazos en el borde de la cama y observando a Lucy con un ceño pensativo. Levantó la vista al entrar, dirigiendo su mirada inmediatamente hacia los platos de comida. La expresión de sorpresa en su rostro fue profundamente satisfactoria para mí, pues no había logrado sorprenderlo realmente—al menos sin enojarlo—desde que lo conocí. Fue lamentable, por supuesto, que me hubiera visto reducida a realizar un acto de bondad para lograrlo.

Comimos juntos mientras Lucy dormía, solo para ser interrumpidos por la repentina llegada del señor Pike. Estaba lleno de preocupación por Lucy, lamentando el hecho de no haber estado a su lado durante lo peor de su fiebre.

Tal vez fue mera coincidencia, pero Lucy mejoró drásticamente durante su visita, despertando al poco tiempo y ganando suficiente energía como para sentarse y comer un poco de avena. El señor Russell y yo compartimos miradas de sorpresa, y ninguno de los dos hizo nada para reprenderlos cuando se tomaron de la mano por un momento. Ambos estábamos demasiado satisfechos de ver a Lucy sentirse mejor como para decir algo. Sin embargo, no pude evitar preguntarme mientras los observaba sobre lo que había dicho el señor Russell. ¿Sabía el señor Pike sobre la fortuna? ¿Estaba simplemente cortejando a Lucy por sus cinco mil libras? Su lealtad hacia ella, la forma en que la atendía ahora, ajustando sus almohadas y ayudándola a alimentarse, hacía imposible para mí creer tal cosa de él.

El señor Russell, también, observaba con cuidado, y me pregunté qué pensaría de todo eso.

La visita del señor Pike fue necesariamente corta, dada la situación en casa, y Lucy estaba visiblemente cansada cuando él se fue, sus ojos se cerraban y su postura se volvía menos enérgica.

“Te dejaremos descansar, querida,” dije.

“No, no,” dijo ella urgentemente, sentándose. Sus mejillas se sonrojaron, como si no hubiera querido decirlo tan efusivamente. “Es decir, si no les importa, me siento mucho mejor teniendo a alguien que conozco a mi lado.”

“Por supuesto,” respondí con una mirada al señor Russell. “Lo entiendo perfectamente.”

Lucy se calmó lo suficiente como para quedarse dormida poco después de su arrebato, y no pasó mucho tiempo antes de que escucháramos los pasos y el posterior golpe que nos notificó la llegada del doctor. Le lancé una mirada al señor Russell que le decía que estaba preparada para enfrentar al doctor. Él respondió a mi expresión agravada con una sonrisa mientras se levantaba para abrir la puerta.

“Doctor Chisholm,” dijo, estrechando la mano de un hombre que nunca antes había visto. “Muchas gracias por venir desde tan lejos y con tan poca antelación.”

“Por supuesto, por supuesto,” dijo el doctor. “Su familia ha sido paciente leal mía durante

años. ¿Dónde está ella? Ah, allí."

Miré al señor Russell, quien me devolvió la mirada con una pequeña sonrisa que me indicó que sabía exactamente cómo me sentía en ese momento. Había asumido que él había ido en contra de mis deseos al llamar al Dr. Helms. No lo había hecho.

El señor Russell salió de la habitación para darle privacidad a Lucy mientras el doctor la evaluaba y yo observaba. Estaba preparada para que me desagradara el doctor, para estar en desacuerdo con su evaluación y sus sugerencias de tratamiento, pero me resultaba difícil justificar tal sentimiento. Fue minucioso en su examen, así como en sus preguntas, y aparte de sugerir un tónico y un ligero ajuste en su dieta, fue muy elogioso con el enfoque que habíamos tomado.

Al final de la visita, tomó su maletín de viaje en la mano mientras yo le abría la puerta, revelando al señor Russell esperando afuera, con las manos entrelazadas pacientemente detrás de su espalda.

"Sospecho que podría tener más fiebre esta noche," dijo el Dr. Chisholm, "por lo que debe ser vigilada de cerca. Volveré mañana por la mañana para ver cómo sigue."

"¿Nos turnaremos a su lado?" pregunté una vez que el señor Russell regresó de despedir al doctor. "Después de todo, ella expresó el deseo de tener a alguien que conoce aquí."

"Estoy seguro de que no se refería a mí cuando lo dijo."

"Debería saber de su atención hacia ella en su momento de necesidad," le respondí. "Y si *comienza* a gritar al verle, puede tocar la campana y enviarme a buscar."

"Muy tranquilizador," dijo secamente.

Insistí en tomar el primer turno, que coincidió con la hora de la cena. Con Lucy dormida, sin embargo, me sentí inquieta. No solo inquieta. Me encontré extrañando al señor Russell.

Casi desde que lo conocí, había esperado la compañía del señor Russell, disfrutando del intercambio de palabras que teníamos, sabiendo que había encontrado a un oponente digno que podía desafiarme. Pero esto era diferente. Habíamos trabajado como un equipo en las últimas veinticuatro horas, y eso me había obligado a darme cuenta de que no solo disfrutaba de las peleas con él. Simplemente disfrutaba de su compañía, y lo disfrutaba tanto que, aunque solo se había ido hace diez minutos, ya estaba ansiosa por verlo de nuevo.

Cuanto más intentaba verlo como un enemigo, más se rebelaba mi corazón, susurrándome lo que había estado intentando ahogar: Me estaba enamorando de Marmaduke Russell.

Me quedé frente a la ventana, observando cómo los setos del jardín pasaban de estar iluminados por un halo de luz dorada a quedar bañados en los tonos azulados del crepúsculo. La puerta se abrió y me volví. El señor Russell sostenía una bandeja en la mano, y la vela que llevaba sobre ella iluminaba el plato de comida y el vaso lleno de lo que parecía ser clarete.

Mi corazón dio un vuelco al ver lo que había estado deseando durante las últimas dos horas. Era demasiado tenue la luz para ver claramente sus rasgos, pero los conocía lo suficiente como para llenar las sombras: el contraste atrapante entre sus ojos claros y sus pestañas y cejas oscuras, el indicio de barba que siempre aparecía en su mandíbula a esta hora del día, la manera en que su cabello formaba un pico en el centro, como una flecha señalando el camino. Era casi como verlo por primera vez, verlo y sentirlo sin tratar de reprimir lo que sentía.

Ajeno a lo que estaba ocurriendo dentro de mí, él miró hacia donde Lucy dormía, y luego cerró cuidadosamente la puerta detrás de él.

"Los sirvientes estaban recogiendo la cena," susurró mientras se acercaba a mí, "así que pensé en traérsela yo mismo". Note la generosa porción de carne en su plato y la cantidad muy apropiada de líquido en su vaso. A través de nuestras conversaciones diarias, él había llegado a

conocer mi gusto secreto por el clarete.

Sonreí débilmente, sintiéndome abrumada y temerosa por cómo, de repente, todo parecía estar más en orden en mi mundo con él aquí. Su consideración hacia mí también me asustaba cuán desesperadamente quería interpretarlo como evidencia de su afecto por mí. “Lo felicito por haber logrado el más mínimo de civismo, Marm.”

Él rió suavemente y dejó la bandeja sobre el escritorio. “¿Cómo ha estado ella?”

“Mayormente tranquila,” respondí. “Soñando con el señor Pike, supongo.”

Como si supiera que estábamos hablando de ella, Lucy se movió bajo las cobijas. El señor Russell se acercó y colocó el dorso de su mano en su frente.

“Está caliente de nuevo,” dijo, con desilusión en su rostro.

Me apresuré a acercarme. Tenía razón. Sus mejillas estaban sonrojadas, su frente caliente, y se apartó de mi mano, como si mi toque solo le causara incomodidad. Sus párpados temblaron, y dio un pequeño gemido, sacando una de sus manos de debajo de las cobijas y dejándola caer a su lado.

Nos miramos el uno al otro mientras Lucy se volvía hacia nosotros, alcanzando la mano cercana del señor Russell y agarrándola. Sus párpados temblaron de nuevo, abriéndose lo suficiente como para fijarse en él con languidez.

La tensión llenó el aire mientras esperábamos su reacción. Si creía que estaba sosteniendo la mano del señor Pike, ver a su tío en su lugar sin duda sería un despertar muy rudo.

Pero la boca de Lucy se curvó en una débil sonrisa al mirarlo. “Padre.”

El señor Russell se tensó.

“Te he extrañado,” dijo ella con una voz áspera y débil.

El señor Russell estaba consternado, y abrió la boca. Le puse una mano en el brazo y negué con la cabeza, advirtiéndole que no la corrigiera.

Apretó los labios, pero guardó silencio.

Los párpados de Lucy se cerraron finalmente, su agarre en la mano de él aflojándose.

Él esperó un momento, luego lentamente retiró su mano de la cama. El silencio en la habitación era pesado mientras él retrocedía.

Lo observé, deseando saber exactamente lo que estaba sintiendo. “Me disculpo por detenerlo,” dije suavemente. “Solo…”

“No. Hizo bien en hacerlo. No habría ayudado corregirla.” Parecía sacudirse lo que lo distraía, y se volvió hacia mí. “En cualquier caso, ahora es libre de irse.”

Asentí, pero no hice ningún movimiento para irme. No quería.

Al ver mi vacilación, su ceño se frunció ligeramente, sus ojos se centraron en mí. La mueca lentamente se desvaneció, y su mirada se hizo más intensa, como si se diera cuenta de lo que realmente me mantenía allí—una renuencia a dejar su compañía.

“Quizás sería mejor que se quedara un rato,” dijo. “Solo hasta que podamos estar seguros de que el delirio no regrese. También podría comer aquí en paz.”

Tragué saliva y asentí, preguntándome si había malinterpretado el reconocimiento en sus ojos o si simplemente estaba siendo lo suficientemente amable como para darme una excusa para quedarme. Me ofreció el asiento en la silla junto al escritorio, y lo tomé mientras él se sentaba en el baúl al pie de la cama.

“¿Usted y Nicholas se parecen?” pregunté suavemente, curiosa pero simultáneamente dudosa de sacar a relucir un tema delicado. Mi comida permanecía intacta frente a mí. No tenía apetito después de lo que acababa de pasar.

“Mucho para ser solo medio hermanos.” Metió la mano en su abrigo y sacó algo. El reloj de

bolsillo brilló bajo la luz de la vela mientras lo sostenía en la mano. Sonrió ligeramente. “A Nicholas le encantaba este reloj de bolsillo. Era un hombre frugal, pero esto... esto fue una excepción. Estaba tan orgulloso de él, lo sacaba constantemente para mirar la hora, aunque nadie se lo pidiera. Le daba cuerda todas las noches justo después de la cena. ‘No querríamos que el tiempo se detuviera,’ solía decir siempre.” La sonrisa del señor Russell se desvaneció lentamente, y sus labios se torcieron hacia abajo mientras miraba el reloj. “Las siete y quince. Ese fue el momento en que el tiempo se detuvo para Nicholas, el momento en que mi propia vida cambió. La vida de Lucy también.”

Tragué saliva. El reloj de bolsillo se había roto en el accidente de carruaje que había matado a los padres de Lucy. Y lo había utilizado en mi guerra contra el señor Russell.

“No tenía idea cuando lo tomé,” dije.

Él sacudió la cabeza. “Lo sé. No se lo dije para hacerla sentir culpable. Se lo dije porque...” Me miró, y el final de la frase quedó flotando en el espacio entre nosotros, dificultándome respirar correctamente.

Suspiró y miró a Lucy. “Puedo parecerme a Nick, pero no soy él. Lo sentí profundamente, y preferí mantenerme alejado en lugar de fingir. Pero ahora ella no confía en mí. Mis deseos, mi opinión no tienen peso alguno para ella. Para ella, soy un monstruo.”

“Cualquiera que se interponga entre ella y el hombre que ama sería visto de esa manera,” respondí.

Él no respondió, lo que me dijo que no me creía del todo. “Usted no.”

“¿No qué?”

Él se encontró con mi mirada. “Lucy nunca la vería como un monstruo. La adora, la idolatra.”

Negué con la cabeza.

“Es verdad, Diana. Ella la escucha más que a nadie, excepto al señor Pike.” Hubo una pausa. “La escucharía si le dijera que esperara, que no desesperara.”

Contuve la respiración. Me estaba pidiendo que lo ayudara de nuevo, que me aliara con él. Había estado caminando por la habitación durante casi dos horas, deseando terminar esta guerra, pero ahora que me estaba dando la oportunidad, sentí una náusea recorrerme. No quería poner fin a la guerra; quería que yo cambiara de bando. Las palabras de Sun Tzu pasaron por mi mente: *Las propuestas de paz no acompañadas por un pacto jurado indican una trama.*

¿Era esto lo que él había estado esperando todo el tiempo? ¿Jugar y coquetear conmigo hasta que bajara mis defensas lo suficiente como para hacer su voluntad? ¿O estaba tan acostumbrada a ver la vida como una batalla que desconfiaba de todo instintivamente?

No sabía qué decir. Mi corazón se sentía como si se estuviera marchitando dentro de mí, igual que la noche en que había escuchado al teniente Stokes. Me levanté.

“Diana,” dijo en un susurro urgente mientras me dirigía hacia la puerta.

Lo ignoré, abriendo la puerta rápidamente y deslizándome en el corredor. Levantando mis faldas, me apresuré hacia mi propia puerta, alcanzando el pomo justo cuando el señor Russell me detuvo sujetándome la mano.

“Diana, espere,” dijo sin aliento.

Pude sentir el nudo ominoso subiendo por mi garganta y el ardor en la parte posterior de mis ojos. Iba a llorar. No había forma de evitarlo.

Bueno, tal vez no podría controlar mis lágrimas, pero podía controlar mi boca. Había pasado toda una vida asegurándome de eso.

Me zafé de su mano. “¿Cree que puede venir aquí sin ser invitado, sin previo aviso, que

puede molestarme, acosarme, atormentarme y cortejarme hasta que ceda a sus deseos? Pero si piensa derrotarme convirtiéndome en una traidora, ha calculado gravemente mal a su enemigo." Al darme cuenta de lo cerca que estábamos bajo el umbral de la puerta, me apoyé contra la pared.

"¿Derrotarla? ¿Mi enemiga?" Sus cejas se fruncieron. "Diana... no deseo derrotarla. Deseo amarla. La *amo*."

"Usted ni siquiera me conoce." Rechacé sus palabras antes de permitir que me hicieran daño o admitir mis propios sentimientos.

"¿No la conozco?" Buscó en mis ojos, dando un pequeño paso hacia mí. "Sé que es fuerte, que sabe lo que quiere, que cuida a Lucy como la hermana que siempre quise que tuviera."

Quería alejarme, poner más distancia entre nosotros, pero no había a dónde ir. No creía que el señor Russell pudiera amarme, pero tampoco podía pretender que no deseaba saber qué veía en mí para amarme. Yo era un cactus en medio de campos de flores.

"Sé que cuando estoy con usted, no quiero estar en ningún otro lugar. Me siento más vivo que nunca." Sus ojos se desviaron a mi boca, y lentamente, levantó la mano hasta que su pulgar rozó mis labios. Temblé.

Su voz se suavizó. "Sé que no he dejado de pensar en la noche en que me besó, no he dejado de desear repetirlo."

Me había fortalecido de todas las formas que conocía contra el señor Russell, pero mis murallas se desmoronaron como arena con cada palabra que decía. Quería ser amada por él. ¿No podría intentarlo, aunque solo fuera por esta vez?

Se acercó más, y su mirada volvió a mis ojos, su mano acariciando mi mejilla. "Si sé algo, Diana, es que preferiría jugar a la guerra con usted que amar a cualquier otra persona."

Me estaba observando, esperando, como si intentara medir mis deseos. No me besaría sin una señal de que yo también lo deseaba. Lo sabía, aunque no sabía cómo lo sabía.

Mi corazón latía erráticamente y mis rodillas temblaban bajo mi vestido. La última vez que había besado al señor Russell, había sido una batalla feroz, una lucha a muerte. Esta vez, me sentía tímida, y el tiempo se estiraba mientras él esperaba que le diera alguna señal. Sin embargo, estaba paralizada, la enormidad de lo que significaría hacer algo así hacía que mis miembros se sintieran pesados.

Él intentó sonreír con tristeza y bajó la mano de mi mejilla. Después de una leve inclinación de cabeza, sus ojos llenos de tristeza y simpatía, se dio la vuelta.

"Duke," dije, su nombre escapándose de mi pecho casi sin mi consentimiento.

Se detuvo justo fuera de mi alcance, girando ligeramente la cabeza para escuchar lo que tuviera que decir.

Inspiré profundamente, con un gran temblor, y di un paso hacia él. Miré la mano que había estado acariciando mi mejilla hasta hace unos momentos. Extendiendo la mano lentamente, la tomé, entrelazando mis dedos con los suyos mientras el ritmo de mi acelerado corazón retumbaba en mis oídos.

Estaba cansada de luchar—de luchar contra él, de luchar contra mí misma. Solo por un momento, quería que se detuviera.

Reuniendo lo que quedaba de mi valor, lo miré. Sus ojos estaban atentos, fijos en mi rostro, pero después de un momento, bajaron a nuestras manos. Su agarre se apretó, y giró su cuerpo completamente hacia mí, con su atención aún centrada en nuestras manos unidas.

Exhaló un suspiro que temblaba tanto como mi cuerpo, luego llevó su otra mano al hueco de mi cuello, descansándola allí con tanta suavidad que dudé si realmente estaba allí. Me miró,

sus ojos buscando los míos, luego inclinó la cabeza y cerró los ojos.

Cerré los míos, esperando sentir sus labios en los míos. Pero fue en mi mejilla derecha donde primero sentí su suave calidez. Aspiré un pequeño aliento de sorpresa. Presionó un beso en mi mejilla, con su mano aun sosteniendo la mía, apretándola de nuevo con más fuerza. De alguna manera, la urgencia de su agarre en mi mano, la suavidad del beso en mi mejilla... se sentían más íntimos que el último beso que habíamos compartido, con toda su pasión.

Sus labios rozaron la piel de mi mejilla, moviéndose hacia el borde de mis labios mientras las puntas de nuestras narices se tocaban. Finalmente, su boca se encontró con la mía.

Fue tan suave como el último había sido apresurado, tierno y lento, intencionado de una manera que no dejaba lugar para dudar de lo que sentía. No solo me estaban besando, me estaban apreciando. Era apreciada por Duke Russell.

Capítulo 26

Sabía cómo se sentía la emoción de la victoria, pero se desvanecía en comparación con lo que sentí en los brazos del Duque, con sus labios presionados contra los míos. ¿Era esto lo que había estado resistiendo durante las últimas tres semanas? ¿Quién hubiera pensado que rendirse podría ser tan dulce?

Aparté mis labios de los suyos, dejándolos lo suficientemente cerca como para poder cambiar de opinión y volver a besarlo. "Lucy", susurré, mi cuerpo aún temblaba.

"Lucy", repitió el Duque, como si intentara recordar el nombre. "Sí, Lucy. Debo estar con ella."

Asentí, sintiéndome reacia a apartarme de él. ¿Me había convertido en una mujer que no podía soportar estar lejos de un hombre por unas horas? Era patético, y no podía permitirme exhibir semejante...

"Iré con usted", dije.

Él sonrió y asintió, visiblemente complacido con mi insistencia.

***

Lucy pasó otra noche difícil, tal como el Doctor Chisholm había temido. Después de llamar a Anne para que trajera algunas cosas, el Duque y yo pasamos las siguientes dos horas atendiéndola hasta que la fiebre bajó lo suficiente para que pudiera volver a dormir.

"Y ahora", me susurró el Duque mientras recogíamos algunas cosas que Anne había traído, "es hora de que usted también vaya a dormir."

"Pero es el final de *su* turno", repliqué.

Él rió suavemente y me besó en la frente, enviando una oleada de mariposas a revolotear en mi estómago. "¿Debe usted discutir todo conmigo?"

Puse una mano sobre su corbata y arreglé los pliegues, que se habían aplastado y desordenado. "Se preocuparía por mí si no lo hiciera."

"Muy cierto." Me guio suavemente hacia la puerta, y en secreto disfruté de la sensación de sus manos en mi espalda, empujándome con firmeza, pero suavidad hacia adelante.

"Volveré en tres horas", susurré mientras él abría la puerta.

Él me tomó en sus brazos, presionando un beso en mis labios, y agarré las solapas de su abrigo cuando el mareo me invadió. Durante tanto tiempo, había despreciado a las jóvenes que se desmayaban en los salones de baile de Londres, y en un instante, me había convertido en una de ellas.

"Y volveré a *hacer* eso en tres horas", dijo cuando nos separamos.

Me mordí los labios para contener una sonrisa. "¿Y si Anne está conmigo?"

"Entonces regresará a los aposentos de los sirvientes con un montón de chismes para contar." Me besó de nuevo, y me aparté a regañadientes.

Si alguien me hubiera preguntado cómo llegué a mi alcoba, habría estado tentada a decir que floté en lugar de caminar. No quería llamar a Tait, dado lo tarde que era, pero necesitaba asegurarme de que me despertara para reemplazar al Duque en la habitación de Lucy en tres horas. Estaba ansiosa por relevarlo de su deber y reclamar el beso que me había prometido.

Lo último que recordaba antes de quedarme dormida era tocarme los labios con un dedo, tratando de capturar el recuerdo de los besos de la noche.

***

Me senté en el escritorio de mi habitación, garabateando las últimas palabras de una carta

para la Sra. Westwood. Sus alumnas pronto llegarían, y quería asegurarle que Lucy estaba siendo bien atendida aquí en Blackwick. La segunda mitad de la noche había pasado sin incidentes, y había dejado a Lucy con el Duque y una bandeja de comida. El médico había venido a primera hora de la mañana y estaba complacido con su progreso, indicando que no debía agotarse, pero expresando su esperanza de que pudiera empezar a hacer vida normal en un par de días.

Ya fuera por la debilidad de la fiebre o por otra cosa, su ánimo había estado muy bajo al despertar, y esperaba que mejorara con un poco de comida.

Espolvoreé arena sobre la tinta, luego doblé la carta y la dirigí a la Sra. Westwood. Aún no había hablado con Lucy sobre lo ocurrido entre el Duque y yo. De hecho, no tenía ni idea de qué decir o si *debía* decir algo al respecto. Y en cuanto a su fortuna... bueno, ese era un asunto completamente distinto. Parte de mí sentía que tenía derecho a saberlo. Pero comprendía la reticencia de sus padres a decírselo, joven e ingenua como era, y aunque no fuera así, no podía traicionar la confianza del Duque revelando la información.

Llevé la carta terminada yo misma al piso de abajo, entregándola a uno de los sirvientes. Me detuve al escuchar el ruido de ruedas de carruaje afuera. La mayoría de los invitados de mi padre se habían marchado ayer, pero el Capitán Stokes y uno de los otros oficiales estaban en el vestíbulo, sus valijas y baúles apilados en el suelo a su alrededor.

El Capitán Stokes levantó la mirada, y su mirada se fijó en mí.

"Señorita Donovan", dijo acercándose. "Me alegra verla. Me preocupaba no tener la oportunidad de despedirme. No estuvo en la cena anoche."

"No. He estado cuidando de la señorita Ellis." Y besando a su tío.

"Sí, usted y el señor Russell han estado bastante ocupados con ella." La forma en que sus ojos descansaron sobre mí dejó claro lo que pensaba de esta observación.

"Él es su tío y tutor", dije, "y yo soy su amiga." Odiaba lo defensiva que sonaba.

"Qué amable de su parte ser tan útil para el señor Russell. Desde luego lo fue conmigo hace tantos años." Había un brillo en sus ojos que me provocaba una intensa necesidad de abofetearlo. En algún lugar dentro de mí, reconocí esta oleada de malevolencia como lo que era: los últimos estertores de un hombre derrotado. Pero sus palabras aún me hirieron.

Sonreí, aunque con los dientes apretados. "Le deseo un buen viaje, Capitán."

Me di la vuelta y me fui, confiando en que no volvería a verlo nunca más. Pero él había plantado una semilla hace tantos años que desde entonces había florecido, y a pesar de mis intentos por cortar sus ramas, las raíces seguían corriendo profundamente.

Me había quedado dormida sobre una cama de nubes, pero desde que desperté, había estado luchando contra una creciente inquietud. Todo lo ocurrido con Duke ayer había pasado tan repentinamente. Había sido demasiado fácil, demasiado perfecto, y mi interacción con el Capitán Stokes era un recordatorio no deseado de que no todo era lo que parecía. Anoche estaba completamente convencida de que Duke me amaba, pero también había estado igual de convencida del aprecio del teniente Stokes cuando tenía quince años. Tal vez no era tan diferente de esa joven después de todo.

O tal vez el Capitán Stokes solo intentaba arruinar algo perfectamente bueno.

"¡Señorita Donovan!"

Me di la vuelta y encontré al señor Pike caminando rápidamente hacia mí en las escaleras. Parecía más desaliñado de lo que lo había visto hasta ahora, y sentí una oleada de simpatía por él. Parecía un hombre llevado al límite. No podía ser fácil tener a su madre y a la mujer que amaba en semejante estado, con una partida inminente que seguramente lo separaría de la última, probablemente para siempre. Yorkshire y Kent estaban muy lejos.

"He venido a ver a Lucy", dijo. "¿Cómo está?"

"Mejor", respondí, esperando tranquilizarlo rápidamente mientras nos dirigíamos hacia su habitación. "Pudo comer un poco esta mañana, aunque creo que son sus ánimos los que ahora le impiden recuperarse rápido, y su llegada seguramente ayudará con eso."

Sonrió, pero fue algo forzado. Cuando estuvo a mi lado, me volví para caminar con él hacia la habitación de Lucy. "¿Cómo está su madre?"

"Está..." Suspiró. "Está mejor, de hecho."

"Bueno, eso es una buena noticia", dije con una sonrisa.

Recibí otra sonrisa débil a cambio. "Sí, en cierto modo lo es. El médico me ha informado, sin embargo, que esto es a menudo el caso: un breve respiro de los síntomas antes de que vuelvan a empeorar."

"Ah", dije.

Asintió con un suspiro cuando llegamos a la puerta de la habitación de Lucy. "Es un recordatorio difícil de que pronto necesitará cuidados más exhaustivos."

La puerta se abrió, y Duke nos miró desde la entrada. Sus ojos se posaron en mí, calentándose considerablemente mientras su boca se curvaba en una sonrisa que hizo que mi corazón se acelerara. Miré de reojo al señor Pike, cuyas cejas estaban levemente fruncidas, aunque no podía decir si era por el intercambio silencioso entre Duke y yo o por estar preocupado.

"Pensamos que oíamos voces", dijo finalmente Duke, dejando que su mirada se dirigiera al señor Pike.

"¿Edwin?" La voz de Lucy llegó desde dentro de la habitación, y Duke se hizo a un lado, dejando paso al señor Pike.

"No debe mirarme así", dije una vez que el señor Pike estuvo fuera de oído.

Duke se echó ligeramente hacia atrás. "¿Así cómo?"

"Como si..."

"¿Como si hubiera estado esperando toda la mañana para hacer esto?" Salió de la habitación y cerró la puerta detrás de él, luego me envolvió en sus brazos.

Mis ojos se abrieron de par en par. "Duke", dije en un tono escandalizado, buscando en el pasillo por si había algún sirviente cerca. Pero mi corazón latía con fuerza, y todo lo que podía hacer era evitar que una sonrisa asomara a mis labios mientras él besaba justo debajo de mi oreja.

Me aparté cuando una de las criadas apareció en lo alto de la escalera de servicio al final del pasillo. Duke me dejó escapar, pero la forma en que me miró me dijo que no se habría molestado en detenerse si no lo hubiera obligado a hacerlo.

"¿Realmente piensa dejarlos solos ahí?" Incliné mi cabeza en dirección a la habitación de Lucy y el señor Pike.

Él levantó un hombro. "Quizás ha sido más persuasiva de lo que cree. Pensé que se alegraría de que esté considerando seriamente su evaluación del carácter del señor Pike".

"Sí, claro", respondí. "Solo estoy sorprendida". Y de repente insegura de mí misma. ¿Y si Duke estaba confiando en mí y yo me equivocaba sobre el señor Pike?

Nos quedamos en el pasillo, de pie uno junto al otro, con nuestras espaldas apoyadas en la pared. Fuera de vista, nuestras manos se tocaron, con su meñique superponiéndose con el mío contra la pared. Mi corazón latía como si hubiéramos estado besándonos otra vez.

Después de unos minutos, abrí la puerta, sintiendo que Lucy y el señor Pike ya habían tenido más que suficiente tiempo a solas. ¿En qué me estaba convirtiendo? Antes de darme cuenta, estaría recitando las máximas de la señora Westwood sobre hombres y mujeres solteros

pasando tiempo juntos.

El señor Pike estaba sentado al borde de la cama, sosteniendo la mano de Lucy. Lucy parecía más animada que cuando la dejé esa mañana, pero había desconcierto en sus ojos al mirarme.

Fruncí los labios. El señor Pike debió haberle contado sobre la mejoría de la salud de su madre. Pero una vez que el señor Pike se fue, el ánimo de Lucy no decayó como esperaba. De hecho, parecía tan recuperada que, cuando nos aseguró que se sentía lo suficientemente bien como para no requerir nuestra atención en su cama, no hice ningún movimiento para contradecirla. De hecho, me sentía ansiosa por hacer algo más que sentarme en la incómoda silla.

Duke y yo la dejamos con Anne y una bandeja con algunos alimentos que había mostrado interés en probar.

"Y ahora", dijo Duke mientras caminábamos por el pasillo, "¿qué debo hacer para persuadirla de que dé un paseo conmigo afuera?" Nuestros brazos se rozaron, y sus dedos rozaron los míos, uno enganchándose en mi meñique por un breve momento antes de soltarse. ¿Cómo pude haber pensado alguna vez en derrotar a Duke Russell cuando era capaz de hacer que mi corazón y mi estómago dieran vueltas de esa manera?

"Simplemente debe aceptar llevar las flores que cortaré para la habitación de Lucy", respondí.

"Una tarea difícil", se quejó. "Aunque, hay algunas cosas que usted podría concederme como compensación, me imagino". Me lanzó una mirada burlona, bajando su vista a mis labios en un gesto lleno de implicaciones.

* * *

"¿Estamos transformando la habitación de Lucy en un invernadero?" preguntó Duke mientras yo colocaba otro tallo en sus manos. Ya estaban llenas de un arcoíris de flores.

"No", respondí, mirando a mi alrededor por si alguna otra flor llamaba mi atención. "Simplemente estoy tratando de apoyar su mejoría de ánimo."

Él frunció el ceño al mirar el ramo. "Si su humor depende de las plantas cortadas, ¿qué sucederá cuando inevitablemente se marchiten?"

Le lancé una mirada poco divertida, luego me dirigí hacia la salida del invernadero. Sin embargo, él tiró de mi mano antes de que pudiera pasar por la puerta, acercándome a él y mirándome fijamente al rostro.

"Creo que ha olvidado algo, señorita Donovan."

Evadí su mirada con esmero, observando las flores a nuestro alrededor. "No, creo que eso es todo." Cuando lo miré de nuevo, él me sonreía, y no habría podido resistirme ni un momento más, aunque hubiera querido. Tiré de su boca hacia la mía y lo besé como había querido hacerlo desde nuestra última oportunidad.

Cuando nos separamos, parpadeó unas cuantas veces seguidas, su pecho subiendo y bajando tan rápido como el mío. "Quizás *deberíamos* quedarnos un poco más—unas cuantas flores más no harían daño. Se lo debemos al ánimo de Lucy, creo." Sus ojos me rogaban, mitad sinceros, mitad con humor.

Vacilé, igual de reacia a irme. "Supongo que podríamos cortar unas cuantas flores más para el salón mientras estamos aquí."

Su boca se curvó en una sonrisa, y volví a las flores, considerando cuáles se verían mejor con las paredes de color amarillo pálido de la habitación.

De repente, la puerta del invernadero se abrió, y el lacayo, Reeve, apareció.

"Una carta para usted, señorita", dijo Reeve.

Abrí las tijeras y las coloqué en la base de un lirio. "Debe ser de la señora Westwood. Puede dársela al señor Russell."

"Muy bien, señorita." Se la entregó a Duke y salió del invernadero tan rápido como había entrado.

"¿Qué dice?" pregunté, cortando el tallo del lirio en ángulo.

"No soy lo suficientemente hábil para abrir una carta con una mano, me temo."

Reí. "Puede dejar el ramo. Tendré que arreglarlo cuando lo pongamos en el jarrón, de todas formas."

Se oyó el crujido del papel al desdoblarse, y corté unos tallos de rosas blancas, colocándolos junto al lirio. Cuando el silencio continuó, miré a Duke.

Su ceño estaba profundamente fruncido.

"¿Qué sucede?" pregunté, sintiendo cómo mi estómago se encogía de preocupación.

Duke levantó la vista hacia mí, y la manera en que me miraba hizo que esa sensación de inquietud creciera. "¿Solicitó una copia del testamento de Nicholas?"

Me congelé. Casi había olvidado por completo esa solicitud.

Mi reacción parecía ser suficiente confirmación para él. Traición y decepción llenaron sus ojos. "¿Cuándo le dije que se leyó en el mayor secreto?"

Tragué saliva, sin responder. Mi conciencia se retorcía dentro de mí mientras el silencio continuaba.

"Confié en usted, Diana", dijo finalmente.

La decepción en su voz me desgarró. Era todo lo que había temido: había hecho algo que provocaba su repulsión hacia mí, y lo había logrado. El teniente Stokes había tenido razón todos esos años atrás, y también la tenía ahora: era demasiado atrevida, demasiado agresiva, demasiado arisca, incluso para Duke Russell.

"Quizás no debería haberlo hecho", dije, esperando que mis palabras contuvieran las ganas de llorar.

Su frente se frunció aún más. "¿No hay nada que no use como arma?"

Tragué saliva, desgarrada entre el deseo de disculparme y la necesidad de defenderme.

Él sostuvo mi mirada, luego bajó la vista a la carta. "Solicitó al Tribunal de Canterbury."

Mantuve mi silencio, sin saber cómo interpretar su comentario.

"¿Cuándo hizo esta solicitud?" insistió.

Me encogí de hombros, tratando de recordar. "Hace unos días." Estos últimos días se mezclaban entre la falta de sueño y la monotonía de las actividades.

"Antes de que le hablara de la fortuna de Lucy, entonces."

Asentí, preguntándome si ese hecho le haría sentir más o menos repulsión hacia mí.

"¿Por qué no lo solicitó al obispado?"

No respondí de inmediato, sorprendida por su enfoque en tal detalle. "¿Debería haberlo hecho?"

"El obispado maneja los testamentos de los patrimonios menores."

Lo miré, tratando de comprender lo que intentaba transmitir.

"Si desconocía la fortuna de Lucy", continuó, "todo lo que sabía de ella debería haberle llevado a creer que el testamento de su padre habría sido gestionado por el obispado."

"No tenía idea de la distinción. El señor Pike solo mencionó el Tribunal de Canterbury."

La mirada de Duke se hizo más penetrante. “¿El señor Pike?” Había sospecha en sus ojos, y me apresuré a disiparla.

“Tiene un primo que trabaja en la oficina de un abogado. Cuando expresé mi deseo de

conocer el contenido del testamento, mencionó que el tribunal los mantiene como asuntos de acceso público.”

Si esperaba que Duke se relajara con mi explicación, quedé decepcionada.

“¿Sabe usted el nombre del abogado?”

Negué con la cabeza, tratando de recordar la conversación. Había estado demasiado concentrado en planear cómo hacer la solicitud como para prestar atención a un detalle tan insignificante. Sin embargo, recordaba lo que Duke había dicho sobre la posibilidad de que el señor Pike supiera de la fortuna. “¿Cree que su primo le haya contado sobre la fortuna?”

Su mandíbula se tensó y me entregó la carta. “No lo sé. Tengo que irme.”

Tomé la carta, abriendo la boca para decir algo—cualquier cosa que lo impidiera marcharse—pero las palabras me fallaron.

“Cuide de Lucy,” dijo. “Por favor.” La diferencia entre cómo me miraba ahora y cómo lo había hecho unos minutos antes hizo que mi corazón se hundiera en el estómago. Ya no había calidez, solo seriedad.

“Lo haré,” dije débilmente.

Con la mandíbula apretada, sostuvo mi mirada un momento más, luego se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 27

Cuando regresé a la casa con las flores, Duke ya se había ido, y sentí su ausencia en todas partes. Un momento antes, me encontraba envuelta en una euforia floral, y al siguiente, no estaba segura si lo vería de nuevo o cuándo. Perdonarme por el incidente del reloj de bolsillo era una cosa, pero ahora seguramente veía mi comportamiento como un patrón, y eso era un asunto completamente distinto.

Con todos los invitados ya marchados, la casa estaba inquietantemente silenciosa. Desesperada por no quedarme a solas con mis pensamientos y preocupaciones, me sumergí en las tareas del hogar, convocando reuniones inesperadas con el cocinero, el ama de llaves y el jardinero.

Salía de la biblioteca con una de las jóvenes sirvientas, después de haberle dado instrucciones sobre cómo prefería que se hiciera la limpieza en esa habitación, cuando se acercó Valentine. Nunca había estado tan feliz de ver a mi malhumorado hermano—cualquier cosa que ocupara mi tiempo era bienvenida.

Despedí a la sirvienta cuando Valentine aminoró el paso, su mirada siguiéndola por un momento mientras ella hacía una reverencia y se alejaba.

"¿No tienes nada mejor que hacer que aterrorizar a las jóvenes sirvientas?" dijo.

"Mejor aterrorizadas conmigo que en peligro contigo," contesté. "Además, no la estaba aterrorizando; le estaba diciendo cómo hacer su trabajo."

"Una distinción sin diferencia."

Fruncí los labios.

"Por cierto," dijo, "¿dónde está Russell? Pensé haber visto su carruaje siendo preparado hace un rato."

Intenté no reaccionar, pero Valentine era malditamente perspicaz bajo esos ojos oscuros y perezosos. "Tenía algún asunto que atender," dije, intentando sonar despreocupada.

Valentine levantó una ceja, con una sonrisa torcida en los labios. "Finalmente lo has ahuyentado, ¿verdad?"

Me enorgullecía de ser dueña de mis emociones, pero las palabras de Valentine atravesaron mi ya debilitada coraza, golpeando de lleno en mi mayor temor.

Su sonrisa divertida se desvaneció por un momento, y sus ojos buscaron mi rostro. "Di..."

Negué con la cabeza rápidamente, forzando una risa. Salió tan débil y poco convincente como cualquier sonrisa.

Puso una mano en mi brazo, mirándome a los ojos. "Si alguna vez vi a un hombre enamorado de una mujer, es Russell enamorado de ti."

"Maldito seas," dije, apartando una lágrima obstinada. Aparté la mirada, esperando ocultar mi emoción. "No soy el tipo de mujer de la que un hombre se enamora—o con la que permanece enamorado."

Valentine dejó escapar una maldición concisa para mostrarme lo que pensaba de mi evaluación. "Una mujer poco común requiere a un hombre poco común. Y si Russell no lo ve, no es el hombre que creía." Mantuvo mi mirada un momento más y, en un gesto tan ajeno a él como desmayarme lo sería para mí, me dio un beso en la mejilla.

Y luego se fue.

***

La respuesta de la señora Westwood llegó más tarde, una nota apresurada de

agradecimiento y preocupación por Lucy, salpicada de referencias a lo ocupada que estaba preparando el regreso de todas las demás chicas de las vacaciones de mitad de verano. A pesar de ello, expresó que Lucy debería sentirse en libertad de regresar cuando quisiera.

Sin embargo, cuando fui a leerle la carta a Lucy, mostró una clara reticencia a regresar al internado. No podía culparla. Sus visitas con el señor Pike y la libertad de la que había disfrutado en Blackwick terminarían de inmediato en cuanto regresara con su prima.

Su reticencia se manifestó en una insistencia de que aún no se sentía lo suficientemente bien como para hacer el viaje, incluso el corto a la aldea. Dejé pasar la excusa, contenta de que Lucy permaneciera bajo mi cuidado, como Duke me había suplicado. Yo tampoco estaba completamente segura de que un viaje no *desencadenara* de nuevo la fiebre.

Mi más sincera esperanza era que Duke regresara, y que cuando lo hiciera, fuera con la seguridad de que se había equivocado en sus suposiciones sobre el señor Pike. No podía soportar pensar en la desesperación de Lucy si se demostraba lo contrario. Si la sola idea de retrasar el matrimonio con el señor Pike era suficiente para hacerla enfermar, ¿qué ocurriría si descubría que él no era sincero en sus afectos, sino un simple cazafortunas?

"¿Qué noticias tienes del señor Pike?" le pregunté mientras tomábamos un pequeño refrigerio en su habitación. Dudaba en sacar el difícil tema, pero, en toda honestidad, esperaba que Lucy lo hiciera, especialmente después de su visita anterior.

Ella me miró mientras recogía un pequeño sándwich. "Lo mismo de siempre. Está muy ocupado con los preparativos para Harrogate."

La observé detenidamente. Lucy no solía ser buena ocultando sus emociones, pero lo dijo con un tono tan descolorido.

"¿He entendido bien que él y su madre esperan partir dentro de una semana?"

Lucy asintió. "Eso creo."

Hubo silencio mientras masticaba su sándwich.

"¿Han hecho planes para verse en alguna fecha futura? ¿Volverá a Kent una vez que su madre esté instalada y su salud mejor controlada?"

"Eso es lo que esperamos, creo."

Fruncí el ceño. "Lucy, estás siendo terriblemente opaca. Estoy segura de que esto no debe ser nada fácil, y me siento mal por no haber tenido éxito en lo que esperábamos."

Frunció los labios, y el sándwich en su mano quedó suspendido ante ella. "¿De verdad te sientes mal?"

Me detuve con la mano sobre los sándwiches, y levanté las cejas. "¿*Que* si qué?"

Ella me sostuvo la mirada. "¿Que si de verdad se siente terrible por eso?"

Parpadeé. "¿Qué quiere decir? Por supuesto que sí."

Me sostuvo la mirada. "Pensé que habías cambiado tu opinión para alinearte con la de mi tío."

La miré con sorpresa.

"Edwin cree que tienes un interés en mi tío Duke."

Para mi consternación, mis mejillas se llenaron de calor de inmediato. "Ciertamente he desarrollado un gran respeto por él. Y, en verdad, creo que tú también lo harías si le dieras una oportunidad. Pero eso no significa que comparta su opinión, Lucy."

"Está decidido a separarme de Edwin," dijo.

"Está tratando de protegerte."

"¿Protegerme de qué?"

Apreté los labios, deseando poder hacerle entender exactamente qué temía su tío, lo

profundamente que se sentía responsable de su bienestar y futuro. Pero no podía. No me correspondía contarle sobre su fortuna, sobre la realidad de que había hombres en el mundo que podrían querer casarse con ella por el simple hecho de apropiarse de una cantidad tan considerable de dinero, ya que en el momento en que se casara, el dinero dejaría de ser suyo.

Dejé escapar un suspiro frustrado y extendí la mano para tomar la suya. Ella la apartó, y la miré sorprendida.

Evitó mi mirada.

Retiré mi mano. “Solo desea que esperes, Lucy,” dije suavemente. “No está diciendo nunca; solo te pide que demuestres la durabilidad de sus afectos el uno por el otro.” Sonreí con tristeza. “Algunos de nosotros sobrevivimos solteros más allá de los veinte años y aún vivimos para contarlo, ¿sabes?”

“No quiero convertirme en ti.”

Mi mirada se clavó en ella, y mi corazón se contrajo. Nunca había escuchado palabras tan crueles de la boca de Lucy. “No, supongo que no.”

Pausé por un momento y luego me levanté de la cama, alisando mi falda. “Tengo algunos asuntos que discutir con Tait. Si me disculpas.” Logré esbozar una pequeña sonrisa hacia Lucy, que me miraba con ojos a medio camino entre el dolor y la obstinación, mientras me daba la vuelta para irme.

No era de las que se regodeaban en lo desagradable, pero me encontré más abatida y desesperanzada de lo que podía recordar. Entre las palabras de Lucy, la confrontación con Duke y su continua ausencia, no sabía qué hacer conmigo misma.

Cuando el señor Pike llegó para su visita diaria, me encontré en una encrucijada. Quería asegurarme de que Lucy supiera que no era su enemiga, pues nada bueno podía surgir de eso, pero también sentía la necesidad de vigilarla. Ni la señora Westwood ni Duke estaban aquí para hacerse responsables de ella.

Las palabras de Sun Tzu me vinieron a la mente, como tantas veces lo hacían. *Pero cuando el ejército está inquieto y desconfiado, seguro que vendrán problemas*. Necesitaba la confianza de Lucy si quería asegurarme de su bienestar, así que le di tiempo a solas con el señor Pike, consciente de que la señora Westwood me habría regañado severamente si se hubiera enterado.

Suspiré. Parecía que estaba fallando con todos.

Pero este tiempo con el señor Pike era mi ofrenda de paz para Lucy, y deseaba con todo mi corazón que lo viera así y volviera a confiar en mí. Esperaba que me viera como su aliada.

El señor Pike solo se quedó un cuarto de hora, un hecho que nuevamente me tranquilizó sobre su carácter. Me costó un esfuerzo hercúleo humillarme lo suficiente para ir a la alcoba de Lucy cuando llegó la hora de la cena. Había herido mi orgullo de tal manera que aún me dolían sus palabras. *No deseo convertirme en ti.* Hasta ahí podía confiar en la afirmación de Duke de que ella me admiraba.

Después de un respiro fortificante y recordándome a mí misma que mi orgullo era lo menos importante en ese momento, toqué suavemente la puerta. “Lucy, soy Diana. ¿Vendrás a cenar?” Empujé el picaporte, pero la puerta resistió. La había cerrado con llave.

“No quiero que me molesten”, se oyó su voz amortiguada desde adentro. “Por favor”.

Suspiré, dudando mientras intentaba decidir qué hacer. La visita del señor Pike no debió haber ido tan bien como la anterior.

“Debes comer, Lucy, o nunca recuperarás del todo la salud”.

“No tengo hambre. Por favor, déjame en paz”.

Dejé escapar un suspiro frustrado. Le enviaría algo de comida y esperaría que tal vez

cambiara de opinión una vez que la tuviera frente a ella.

***

Tuve un encuentro similar a la mañana siguiente, con Lucy informándome desde su alcoba cerrada con llave que no deseaba ver a nadie en todo el día. Eso ciertamente no era verdad. Cuando inevitablemente viniera el señor Pike, desearía verlo.

Me dirigí al invernadero a cortar flores para un nuevo ramo, con la esperanza de que trajeran un poco de alegría a Lucy hasta la llegada del señor Pike. Si las flores tuvieran el efecto deseado era una cuestión de seria duda, pero lo que no estaba en duda era el efecto calmante que la actividad ejercía sobre mí. No podía evitar recordar la última vez que había venido al invernadero.

Desde la repentina partida de Duke, había oscilado entre la intención de disculparme profusamente con la esperanza de que tuviera piedad de mi maldita disposición voluntariosa, y la determinación de protegerme de la probabilidad de rechazo cuando él regresara.

Pero Duke Russell era un caballero, y sin duda pensaría que sus acciones hacia mí lo obligaban a proponerme matrimonio. Y eso no lo podía tolerar. No podía imaginar nada peor que un hombre que no deseara casarse conmigo sintiéndose obligado a hacerlo.

Le di el jarrón de flores cortadas a Anne y le pedí que se asegurara de que Lucy lo recibiera. Le daría unas horas antes de hacer otro intento por verla.

Fue tarde por la tarde cuando noté el jarrón apoyado sobre la mesa en el vestíbulo.

“Reeve”, dije con el ceño fruncido al ver al lacayo al pie de la escalera. “Esto debía colocarse en la alcoba de la señorita Ellis. ¿Sabe por qué está aquí?”

“Creo, señorita, que Anne hizo el intento y fue rechazada por la señorita Ellis. ¿Quiere que lo intente de nuevo?”

Fruncí los labios. “Gracias, pero no”.

Reeve hizo una reverencia y siguió su camino.

Mi paciencia, que nunca había sido una de mis mejores cualidades, estaba agotándose. Lucy estaba siendo, francamente, más terca y mezquina de lo que esperaba de alguien tan bondadosa. Después de todo, ¿qué había hecho yo para merecer tal trato de su parte? Me había esforzado por ayudarla a ella y al señor Pike.

Tomé el jarrón en la mano y subí las escaleras, decidida a que supiera que pensaba que su comportamiento infantil era una de las razones por las que Duke dudaba en confiar en su elección de esposo.

Toqué firmemente en la puerta. “Lucy”.

No hubo respuesta, así que toqué más fuerte. “Lucy, sé que no deseas verme, pero esto se está volviendo ridículo”.

Silencio.

Empujé el picaporte, pero nuevamente la puerta no cedió. “No puedes esconderte ahí para siempre, Lucy”.

Silencio.

Miré por el pasillo cuando Anne salió de una de las alcobas, con los brazos llenos de ropa de cama. Ella y algunas de las otras criadas habían estado ocupadas limpiando las habitaciones que habían sido ocupadas por los oficiales navales.

“Anne”, la llamé.

Se apresuró hacia mí, con las cejas levantadas expectantes.

“¿Qué dijo Lucy cuando le llevaste el ramo antes?”

“Nada, señorita”, dijo, con los ojos muy abiertos. “No respondió a mi llamada, así que

pensé que tal vez estaba durmiendo, y dado que ha estado enferma recientemente, pensé en esperar a llevarle las flores hasta que hubiera tenido la oportunidad de descansar".

Fruncí el ceño mientras una inquietud comenzaba a apoderarse de mí. Entonces, no había rechazado el ramo. Reeve debió haber asumido eso. "Necesitamos abrir esta puerta".

Los ojos de Anne se abrieron aún más, pero asintió apresuradamente. "Iré a buscar la llave con la señora Groves de inmediato, señorita".

Caminé de un lado a otro mientras esperaba, cada momento me ponía más ansiosa. ¿Lucy estaría durmiendo profundamente, o estaría tan enojada, tan terca que se negaba a hablar con nadie? O—tragué saliva—¿se habría ido?

Finalmente, Anne regresó, y cambié el jarrón que sostenía por la llave que ella me entregó, insertándola en la cerradura y girándola apresuradamente. Abrí la puerta de golpe, con la vista puesta inmediatamente en la cama.

Mis hombros se relajaron y solté un suspiro de alivio al ver la figura de Lucy, vuelta de espaldas a mí y cubierta por mantas. Debió haber dormido lo suficiente en la última semana como para durar todo un mes.

"Lucy," dije, acercándome y poniendo suavemente mi mano sobre su hombro. Sin embargo, mis dedos solo apretaron las mantas, y me quedé quieta. Extendiendo la mano hacia el borde de las cobijas, las arranqué de un tirón.

Un montón de almohadas ocupaba el lugar donde debería haber estado el cuerpo de Lucy. Mi estómago se llenó de pavor cuando mi mirada se dirigió al escritorio junto a la pared con ventanales y al único papel que descansaba sobre él.

Corrí hacia allí, sin preocuparme por ser delicada, y desdoblé la hoja, devorando su contenido.

Querida Diana:

Soy miserable. Sé que nunca podrás perdonarme por jugarte semejante engaño, y por eso, estaré por siempre arrepentida. Nada más que la fuerza de mi afecto por Edwin podría haberme persuadido a tratarte tan mal como lo he hecho, a decir las cosas que dije. Necesitaba que me dejaras en paz, y eres tan amable y leal como amiga que eso me obligó a hacer cosas de las que no estoy orgullosa.

Pero no soy como tú, lo suficientemente fuerte para estar sola, para enfrentar el mundo sin nadie a mi lado. Necesito a Edwin tanto como mis pulmones necesitan aire. Sé que seré feliz con él y él conmigo, y espero que algún día puedas alegrarte por nosotros también.

Si deseas vernos cuando volvamos de Escocia, con gusto te recibiremos en nuestro hogar en Harrogate. Si puedes perdonarme.

Tu amiga por siempre,

Lucy Ellis (Pike)

Capítulo 28

Solté una sarta de insultos, tirando la carta de nuevo sobre la mesa y volviéndome hacia Anne, quien me miraba con los ojos tan redondos como platos.

"Anne," dije tan calmadamente como mi corazón acelerado me lo permitió, "necesito interrogar a los sirvientes de inmediato hasta saber con la mayor precisión posible cuándo se fue la señorita Ellis."

Ella asintió apresuradamente, y la seguí fuera de la habitación. El tiempo era esencial.

Pero detrás de mi urgencia e impaciencia, burbujeaba una sensación de inquietud y un malestar terrible. Había fallado en todos los sentidos imaginables. Había fallado a Lucy. Me había fallado a mí misma. Había fallado a Duke.

No podía dejar que Lucy le hiciera esto a su tío, a ninguno de nosotros. Le había dado mi palabra a Duke de cuidar de ella, y tenía toda la intención de mirarlo directamente a los ojos cuando volviera—si es que volvía—y poder decirle que había hecho precisamente eso, incluso si eso significaba viajar a Gretna Green yo misma.

Después de hablar con algunos de los sirvientes, quedó claro que Lucy y el señor Pike no podían haberse ido hacía más de una hora y media, dos horas como mucho.

Me apresuré a mi dormitorio para recoger mi bolso y mi sombrero. No había tiempo para cambiarme. Sosteniendo mis faldas con una mano y mi sombrero y guantes con la otra, corrí de vuelta hacia las escaleras.

"¿A dónde vas?" La voz de Valentine sonó detrás de mí, pero no me detuve.

"Afuera," respondí mientras bajaba los escalones.

"¿Con quién?" Sus rápidos pasos sonaron tras de mí, acercándose.

"Con cuatro caballos y un postillón."

"Di." Me tomó del brazo, obligándome a detenerme al pie de la escalera.

Lo aparté, pero Valentine era mucho más fuerte que yo. "Suéltame, Valentine. No tengo un momento que perder."

No hizo ningún movimiento para soltarme. "Entonces será mejor que hables rápido."

Miré a nuestro alrededor, vigilando por si había algún sirviente. Les había dicho que Lucy había estado delirando por fiebre y que sospechaba que había caminado en dirección al pueblo. Le vendría bien si los rumores se propagaran y la siguieran por un tiempo. "Lucy y el señor Pike se fugaron."

El agarre de Valentine se aflojó ligeramente, y soltó una maldición. "¿Y qué? ¿Piensas ir tras ellos?"

"Lo sé."

Su agarre se volvió a tensar. "No seas tonta, Diana. Pronto anochecerá."

"Con más razón debes soltarme para que pueda aprovechar la poca luz que queda, y descontar la pequeña ventaja que tienen."

Sus ojos se volvieron más intensos. "¿Cuánta ventaja?"

"Una hora y media," dije.

Su mandíbula se tensó, su mirada se volvió pensativa, y aproveché su distracción para liberar mi brazo y apresurarme hacia el vestíbulo. Valentine soltó otro insulto, y sus pasos resonaron tras de mí en el suelo de mármol. Aceleré el paso mientras me deslizaba por la puerta principal, cerrándola de golpe tras de mí.

A la luz del atardecer resplandeciente, el coche y el postillón me esperaban en el patio, y

este último me ayudó a subir al carruaje.

"Hacia Escocia," dije. "Tan rápido como puedas. Y no te detengas por mi hermano bajo ningún motivo."

Asintió con firmeza y cerró la puerta. Esperaba oír a Valentine llamándome o dando la orden de detener el coche, pero la fortuna debió de haberme sonreído finalmente, porque no escuché nada mientras las ruedas y los cascos crujían sobre la grava y el carruaje avanzaba con un tirón. La hilera de árboles apareció ante mi ventana, y recé para verla pronto de nuevo, con Lucy a mi lado. Entonces podría estrangularla en paz.

Solté un suspiro. Era hora de concentrarme en...

La puerta del carruaje se abrió, y Valentine se deslizó dentro como si fuera la cosa más fácil del mundo entrar en un coche en movimiento.

Solté un sonido de incredulidad mientras él cerraba la puerta y tomaba asiento al mismo tiempo, con el cabello despeinado y sin el sombrero que solía llevar cuando viajaba.

Fruncí los labios con molestia. "Si tan solo tuvieras una pizca del respeto por tu propia reputación como la que parece que tienes por la mía."

Se acomodó en el asiento, estirando una bota junto a mí, como si estuviéramos en un paseo relajado a la ciudad en lugar de persiguiendo a unos amantes fugitivos. Llevaba esa expresión de fastidio que era tan común en él. "Si tan solo gastaras una fracción del pensamiento que pones en tus insultos para reflexionar sobre lo endemoniadamente incómoda que me estás haciendo la vida."

"No te obligué a subirte a este carruaje, Val."

Él soltó una risa sarcástica. "¿Y qué crees que habría pasado cuando el almirante descubriera que te dejé ir en una búsqueda inútil de noche? Sola."

No dije nada. No tenía duda de que mi padre culparía tanto a Valentine como a mí. Valentine era un chivo expiatorio fácil, en muchos sentidos, ya que nunca intentaba defenderse de las acusaciones de nuestro padre. Simplemente las escuchaba con el labio torcido y, una vez que mi padre agotaba su enojo y sermones, se perdía en una disipación rebelde.

Nos quedamos en silencio mientras el coche saltaba y nos sacudía; viajar a un ritmo rápido era todo menos cómodo.

Cuando nos detuvimos para cambiar los caballos por primera vez, Valentine insistió en bajar para preguntar si había noticias de Lucy y el señor Pike. Odiaba quedarme sin hacer nada en el carruaje, pero no podía negar que tenía más sentido, y causaba menos revuelo, que él se encargara del asunto.

Observé por la ventana, estirando el cuello para tener una mejor vista del bullicioso patio de la posada, pero con la luz menguante y lo pequeño del cristal, mis esfuerzos fueron en vano.

Di un salto cuando la puerta se abrió de repente.

Hice un ruido irritado para mostrarle a Valentine lo que pensaba de ese gesto tan descortés y abrupto.

"¿Qué noticias hay?" pregunté impacientemente.

Llevaba una extraña expresión, medio sonriente. "Nunca adivinarás con quién me encontré."

Mi corazón se disparó cuando se hizo a un lado, solo para volcarse y desplomarse al ver a Duke detrás de él.

Capítulo 29

Duke estaba vestido para viajar, con sus hombros envueltos en un abrigo verde oliva con tres capas, su sombrero en la mano mientras la luz del carruaje lo iluminaba. Sus ojos, que parecían más intensamente verdes gracias al abrigo, se encontraron con los míos, impasibles e inescrutables. En toda mi urgencia por ir tras Lucy, no se me había ocurrido que Duke podría estar viajando por los mismos caminos que nosotros, pero en dirección contraria.

Tragué el nerviosismo que se extendía por todo mi cuerpo y miré a Valentine.

"No", respondió a la pregunta silenciosa en mis ojos. "Pensé en dejarte el honor de informarle nuestro destino a ti."

El ceño de Duke se frunció, un presagio de la decepción y el enojo que sentiría conmigo cuando descubriera lo que había sucedido bajo mi cuidado de Lucy. Mi irritación con Valentine revivió por un momento, pero la reprimí. Quizá esto era lo mejor. Nada podría curarlo más seguramente de cualquier afecto que aún pudiera quedarle hacia mí que otro error garrafal de mi parte.

"Se fugaron", dije antes de perder el valor.

Él se quedó completamente inmóvil. "¿Qué?"

"Lucy y el señor Pike", respondí sin rodeos. No tenía sentido suavizar el golpe ni moderar su frustración conmigo.

"No puede ser", respondió.

Su reticencia por creer lo que decía, me irritó. ¿Pensaba que yo tenía la costumbre de hacer viajes apresurados al atardecer hacia Escocia sin motivo alguno? "Me encantaría tomarme el tiempo para convencerlo de los hechos, señor Russell, pero estoy bastante ocupada persiguiéndolos en este momento." Me volví hacia mi hermano. "¿Qué noticias hay?"

"Pasaron por aquí hace una hora", respondió.

Me incliné hacia la puerta, asomando la cabeza lo suficiente para verificar que los caballos habían sido cambiados. "Sigamos nuestro camino, Leigh."

El cochero asintió y subió al caballo.

Alcancé la manija de la puerta y volví a mirar a Duke. "Quizás podría llevar a Valentine a Blackwick por mí. Si desea verificar la fuga, hay una carta en la habitación de Lucy que creo encontrará bastante persuasiva."

Tiré de la puerta, pero Valentine la detuvo sin ceremonias con una mano firme. Ambos hombres me miraban fijamente, y apreté los labios. No tendrían ninguna dificultad en detener mi partida si lo desearan.

"Suban o quítense del camino", dije entre dientes.

"Después de usted", dijo Duke, extendiendo una mano para invitar a Valentine a precederlo.

Mientras Valentine subía al carruaje, Duke giró la cabeza y dio unas órdenes a su propio cochero antes de subirse al carruaje.

Valentine se sentó frente a mí, pero antes de que Duke pudiera tomar el lugar a su lado, Valentine se estiró, apoyando una pierna en el espacio vacío. "Si no te molesta, Russell, tengo una rodilla que necesita estirarse un poco."

Duke lo miró por un momento, pero no dijo nada y tomó asiento a mi lado. El carruaje realmente estaba diseñado solo para dos personas, y me vi obligada a pegarme a la pared para acomodar sus amplios hombros.

Mirando la diversión apenas disimulada de Valentine, lo miré con desaprobación y golpeé

el techo con el puño, imaginando su cara en su lugar, pues con gusto lo habría golpeado.

El carruaje se sacudió y nos pusimos en marcha.

"No tiene ningún sentido", dijo el señor Russell mientras nuestros cuerpos se sacudían por el camino. "¿Está segura de que no malinterpretó la nota?"

Intenté acercarme más a la pared del carruaje, ya que el señor Russell olía a caballos, viento y ámbar, pero no había forma de escapar de él. "A menos que se le ocurra otra razón para que Lucy y el señor Pike viajen juntos a Escocia sin informar a nadie, entonces no."

"No se me ocurre, pero tampoco entiendo de dónde sacaron los medios para hacerlo, ni cómo el señor Pike dejaría a su madre por tanto tiempo, ni qué..."

Mi mano salió disparada mientras una idea me ocurría.

Duke guardó un silencio absoluto, y Valentine arqueó una ceja. Miré mi mano y vi que la había puesto sobre la pierna de Duke. Mis mejillas se llenaron de calor, y retiré la mano rápidamente.

"¿Qué sucede?", preguntó como si nada hubiera pasado.

"El dinero que le envió a Lucy", dije, esperando que el tema lo distrajera de mi gesto tan inapropiado. "Las once libras. Nunca las gastó. Podrían estar usando eso para financiar al menos parte de este viaje."

Duke maldijo en voz baja. "Sin duda tiene razón. Pero, aun así, ¿por qué fugarse? No lo entiendo en absoluto."

Me burlé. "¿Por qué fugarse? ¡Porque los empujamos a ello, por supuesto! Sintieron que no les quedaba otra opción."

Sacudió la cabeza. "No entiende, Diana. Confirmé que el primo del señor Pike trabaja en la oficina que manejó el testamento de mi hermano. Parece que la cláusula del testamento que exige mantener en secreto la fortuna de Lucy fue objeto de largas discusiones allí, discusiones que, según admitió el primo de Pike, salieron de la oficina en una ocasión. Pero si Pike conocía el testamento, entendería que casarse con Lucy sin más pondría la fortuna fuera de su alcance para siempre."

Giré la cabeza, fijando mi mirada en su rostro.

Él me devolvió la mirada y asintió. "La herencia depende de que Lucy se case con mi bendición."

"No tenía idea", dije, desconcertada.

"No por falta de intentos, ciertamente", dijo.

La referencia a mi solicitud del testamento fue un rápido recordatorio de dónde estábamos, y aparté la vista, pero el dolor en mi corazón me hizo querer asegurarme de que él entendiera su propio papel en esto. "Le advertí del potencial para que esto sucediera, y me aseguró que había, como dijo, *metido el miedo de Dios en el señor Pike*."

"Al parecer, el señor Pike no teme ni a Dios ni a la pobreza."

Sacudí la cabeza, negándome a creer tal cosa. “Un hombre en la situación financiera del señor Pike no renunciaría voluntariamente a cinco mil libras.”

“¿Cinco mil libras?” repitió Valentine.

Le lancé una mirada y evité responder a su pregunta, mientras Duke me sonreía de una manera que casi me hizo creer que su aprecio por mí seguía intacto. “¿Qué pasó con sus obstinadas afirmaciones de que Pike estaba motivado solo por amor?”

El carruaje se sacudió al pasar sobre un gran bache, lo que me hizo caer sobre Duke, quien me atrapó hábilmente. Me aparté rápidamente y volví a mi lugar. ¿Cómo se suponía que una mujer mantuviera la compostura o fingiera que su corazón no estaba afectado cuando el destino

insistía en empujarla —literalmente— hacia los brazos del hombre que amaba?

Alisé mis faldas arrugadas y reajusté mi sombrero. “Quizá, si usted hubiera considerado oportuno proporcionarme la información necesaria sobre la fortuna de Lucy, no habría dado tales afirmaciones.”

“Bueno,” respondió él, “si Pike cree que pronto recibirá una gran suma de dinero, tengo toda la intención de estar presente para ver su rostro cuando descubra que ha puesto ese dinero para siempre fuera de su alcance.”

“Sí,” respondí con sarcasmo, “seguramente su satisfacción ante el desconcierto del señor Pike justifica obligar a su sobrina y pupila a renunciar a una fortuna secreta de miles de libras.”

Duke me miró, frunciendo los labios pensativamente. “No, por supuesto que no. No imagino que eso fuera lo que mi hermano pretendía al instruir que el testamento se mantuviera en secreto.”

Nos estábamos acercando a ellos mucho más rápido de lo que había anticipado. Cualquiera que fuera el dinero que usaban para financiar su fuga, parecía suficiente para que tomaran refrescos en cada parada, más frecuentemente incluso de lo que sus caballos requerían un cambio, un lujo extraño para una pareja en fuga.

Y, sin embargo, a pesar de nuestro progreso, el viaje se sentía interminable, rodeada como estaba por las inflexibles paredes del carruaje por un lado y el cuerpo de Duke por el otro. Cada sacudida del carruaje me acercaba a él o lo acercaba a mí, como si no fuera ya consciente de cada punto de contacto entre nuestros cuerpos o de lo agradable que sería relajar mis músculos y rendirme a nuestra cercanía, inclinándome hacia él.

En nuestra siguiente parada para cambiar de caballos, cuando ya no podía soportarlo ni un momento más, me moví para levantarme antes de que el carruaje se detuviera por completo. Pero Duke me tomó de la mano, manteniéndome en mi lugar y haciendo que mi corazón latiera con fuerza.

“Quizá serías tan amable de preguntar por Lucy y Pike, Donovan,” dijo a Valentine.

Mi hermano me lanzó una sonrisa traviesa y se frotó la rodilla. “Ciertamente. Mi rodilla necesita un buen estiramiento, después de todo.”

“O una buena patada,” respondí mientras él desaparecía por la puerta, dejándome sola con Duke. Debería haber esperado esto de él: abandono cuando más lo necesitaba. Él era la única arma en mi arsenal en este momento. Estar a solas con Duke nunca había sido una posición de fortaleza para mí, y el espacio ahora era más reducido que nunca. No confiaba en mí misma ni por un segundo.

“Parece un conejo atrapado en una trampa,” dijo, soltando mi mano.

Me moví al asiento frente a él, tomando mi primer respiro completo desde que lo había visto en la última posada. “Empecé este viaje sola; ahora me encuentro rodeada de compañeros no invitados.”

“Recuerdo una época en la que me suplicaba diez minutos de mi compañía.”

Mi mandíbula se cayó ante su habilidad para decir algo tan ridículamente juguetón en tales circunstancias. “Nunca *supliqué*, y usted sabe muy bien por qué estaba ansiosa por esos diez minutos.”

Su boca se torció en una sonrisa ante mi reacción. “Conozco la excusa que dió, ciertamente.” Un ruido en el patio de la posada hizo que su mirada se desviara hacia la puerta, y se deslizó hacia el borde de su asiento, su expresión volviéndose más seria. “Diana, quería hablar con usted…”

“No es necesario,” lo interrumpí.

Me observó, buscando en mi rostro. “Para mí, sí lo es.”

Me hundí aún más en los cojines, desesperada por algo de distancia, por estar en algún lugar donde sus ojos no me atrajeran, donde su aroma no me invitara a acercarme, donde sus labios no me tentaran ni me llamaran.

“He estado reprochándome por cómo dejé las cosas el otro día,” dijo. “Estaba enojado y en pánico.” Frunció el ceño. “No, estaba herido, herido al descubrir que usó mis confidencias en mi contra.”

Escuchar cómo lo había decepcionado y causado dolor me retorció por dentro. Pero él necesitaba comprenderme, verme como debía ser vista, no como una versión idealizada de mí. “Le advertí desde el principio que pretendía ganar.” Las palabras sabían amargas y frías en mi boca, una total tergiversación de lo que ahora sentía.

“Lo hizo.”

“Y de todas formas me lo dijo.”

“Lo hice.” Buscó en mi rostro de nuevo, aunque no podía decir qué esperaba encontrar. “Pero no pasó mucho tiempo antes de que supiera que era su corazón lo que realmente quería ganar. Y comencé a esperar que quizá tú también hubieras empezado a desear lo mismo. ¿Me equivoqué?”

No podía moverme, apenas podía respirar. No estaba equivocado. Tenía toda la razón. En algún momento, mi deseo de derrotarlo había cambiado en un desesperado deseo de ser amada por él, y mi temor de perderlo o confiar en él sin razón justificada.

Pero incluso cuando comencé a rendirme a mi deseo de amar a Duke y ser amada por él, lo había decepcionado. ¿Cómo podía confiar en que su amor soportaría las inevitables decepciones que le causaría en el futuro? Porque lo haría, no tenía duda de ello. Era temperamental, terca y de lengua afilada. ¿Cómo podría alguien desear tales cualidades en una esposa?

No podía soportar un futuro en el que Duke llegara a arrepentirse de su decisión de casarse conmigo.

“No puedo darle lo que quiere, Duke,” dije, mi voz sonando estrangulada incluso para mis propios oídos.

La puerta se abrió y Valentine subió. “Si nos apresuramos, creo que podríamos alcanzarlos en la próxima…” Se detuvo en el umbral, mirando entre Duke y yo. “Ah, ¿vamos a disfrutar el resto del viaje en incómodo silencio? Fantástico.” Entró y el postillón cerró la puerta tras él.

Valentine nos miró de nuevo, esperando expectante. “Recordarán que necesito mi propio asiento… por mi rodilla.” Tocó su rodilla y, tras una larga pausa, aspiró y gimió.

“Por tu bien,” dijo Duke, levantándose de su asiento, “espero que nunca te veas obligado a ganarte la vida en el teatro, Donovan.” Parecía tan sereno, como si mis palabras no hubieran tenido ningún efecto en él.

Darme cuenta me oprimió el corazón y, al mismo tiempo, me tranquilizó. Aunque mi propio corazón tal vez no se recuperara, Duke no era el tipo de hombre que se derrumbaría por una pérdida. Era demasiado frío y sereno. Se recuperaría con facilidad, y vería la sensatez de buscar una esposa adecuada.

Me aparté contra la pared de nuevo, deseando por décima vez haber hecho el viaje sola. Con una sonrisa fastidiosa, Valentine golpeó el techo del carruaje con el puño, enviándonos nuevamente en marcha.

Duke y yo habíamos estado sentados uno junto al otro durante todo el viaje, y la cercanía había sido difícil desde el principio, pero ahora... ahora que le había dado a entender que nosotros no podríamos ser, era una tortura de la peor clase. Cada roce era un recordatorio de lo

que no tendría, pero deseaba más que nada.

Cuando llegamos a The White Hart en West Kingsdown, la noche ya había caído por completo, pero las lámparas en el patio nos mostraron exactamente lo que buscábamos: un carruaje que coincidía con la descripción del que Lucy y el señor Pike habían tomado.

Cuando nuestro propio carruaje se detuvo, tanto Duke como yo nos dirigimos a la puerta. Valentine simplemente sonrió mientras observaba el incómodo momento en el que decidimos quién debería bajar primero. Eso parecía ser todo lo que había hecho mi hermano durante el viaje: sonreírnos con complicidad de una manera que me daban ganas de abofetearlo. Algún día me vengaría de él.

Duke no solo salió del carruaje primero, sino que dejó tras de sí su embriagador aroma a ámbar antes de girarse para ofrecerme su mano. Era infantil no tomarla, pero después de casi dos horas de estar prácticamente sentada en su regazo y desear no haber nacido con el temperamento de una arpía, estaba desesperada por distanciarme de él.

Salté del carruaje y me apresuré hacia el que estaba parado en el patio. No estaba del todo segura de que fuera el de Lucy y el señor Pike, pero a estas alturas me importaba poco el espectáculo que haría al abrir la puerta del carruaje de un desconocido.

Abrí la puerta de un tirón y entrecerré los ojos para ver en el espacio oscuro, deteniéndome una vez que mis ojos se ajustaron lo suficiente. Lucy y la señora Pike estaban dentro. Ambas mujeres me miraron, Lucy con los ojos muy abiertos y frenéticos, la señora Pike con los suyos cansados y caídos.

“¡Diana!” gritó Lucy con consternación. De alguna manera, sus ojos se abrieron aún más al mirar detrás de mí. “¡Tío Duke!”

Capítulo 30

Me tomó un momento entender lo que estaba viendo. Ciertamente no esperaba encontrar a la señora Pike como parte del grupo que huía.

"¿Podría hablar contigo a solas, Lucy?" pregunté con la voz más serena que pude lograr.

Su sorpresa dio paso a la cautela. "Lo que tengas que decirme, lo puedes decir aquí."

"Puedes salir por tu propia voluntad," dijo Duke con calma, "o te sacaré yo mismo. Tú decides, Lucy."

"¡Eres un tirano!" dijo ella, con los puños apretados en su regazo. "Un déspota decidido a hacer a todos tan miserables como tú, ¡y te odio!"

Miré a Duke y vi en su expresión un destello de dolor.

"Es un tutor que está intentando salvar a su sobrina de un cazafortunas," repliqué, intentando contener el enojo que me provocaba la total falta de gratitud de Lucy.

"Edwin no es un cazafortunas," contestó ella. "Solo porque necesita el dinero no significa que se esté casando conmigo por ella."

Por un momento me quedé sin palabras, sin nada más que hacer que mirar a Duke.

Fruncía el ceño, y tras una rápida mirada hacia mí, dirigió su atención a Lucy. "¿Sabes sobre la fortuna?"

"Fui yo quien se lo dijo."

La voz vino desde detrás de nosotros, y Duke y yo nos giramos para ver al señor Pike a unos pasos de distancia, con un plato de pan y queso en la mano. "Ella merecía saberlo."

Lucy se levantó de su asiento dentro del carruaje y se acercó a la puerta, sus ojos brillando al ver al señor Pike. Él pasó junto a nosotros y extendió su mano libre para recibir la de ella, apretándola y mirándola con una cálida expresión de apoyo.

"Eso era una decisión de su padre, no suya," dijo Duke con frialdad.

El señor Pike asintió brevemente. "Intenté respetar esos deseos. Pero en algún momento me di cuenta de que mi amor por Lucy requería dejar de ocultarle algo tan importante, sobre todo cuando podía hacerle dudar de mi amor por ella." Miró a Lucy. "Y la amaba antes de saber de la fortuna."

"Y aparentemente lo suficiente como para ponerla para siempre fuera de su alcance," dijo Duke secamente.

Ambos, el señor Pike y Lucy, lo miraron con el ceño fruncido y una expresión de confusión. "¿Qué quieres decir?" preguntó Lucy.

"Como el señor Pike sabe sin duda por su familiaridad con el testamento de tu padre," continuó Duke en tono cortante, "solo heredarás una fracción de las cinco mil libras si te casas sin mi aprobación, incluso si ese matrimonio se lleva a cabo en Gretna Green."

Las expresiones boquiabiertas que siguieron dejaron claro que ninguno de los dos conocía esta particular disposición.

Lucy miró al señor Pike, y él sacudió la cabeza, desconcertado. "No tenía idea..."

"Me sorprende oírle admitirlo," dijo Duke. "Si *hubiera* sabido de esta cláusula, su fuga a Gretna Green parecería noble —irracional, tal vez, pero noble, al fin y al cabo, porque indudablemente habría estado motivada por amor. Pero ahora está claro que creía que estaba a punto de heredar..."

"Gretna Green fue idea mía," dijo Lucy, bajando del carruaje junto al señor Pike. "Edwin se resistió y resistió, pero al final, nos desesperamos. Su madre necesita tratamiento ahora, no en

dos años” le lanzó una mirada de reproche a su tío “y cada día era más evidente que Diana ya no tenía la intención de ayudarnos porque se había enamorado de ti.”

Me ardían las mejillas, pero evité la mirada de Duke, sabiendo que vería la verdad en mi rostro si le daba la oportunidad. Había permanecido en silencio, sin saber qué decir, sin saber qué pensar de la lealtad ferviente de Lucy hacia el señor Pike en circunstancias en las que cualquier mujer habría sido perdonada por dudar de sus intenciones. ¿Cómo podía confiar en él tan fácilmente cuando estaba en una necesidad tan desesperada del dinero que ella podía ofrecer?

Todas las miradas se posaron en mí, pero no tuve la oportunidad de responder a la acusación.

"Me gustaría que le informara a *ella* de ese hecho", dijo Duke, manteniendo mi mirada con ironía y un toque de diversión.

"Informar a Diana de algo es la peor manera de proceder". No necesitaba girarme para reconocer la voz de mi hermano.

"¡Por el amor de Dios! ¿Acaso no hay una pinta o un trago dentro que te tiente, Valentine?"

La boca de Duke se curvó en una sonrisa, y me giré para encontrar a mi hermano con una pinta en la mano, la cual levantó como si brindara ante mi sugerencia.

"Si quieres que Diana se case contigo, Russell", dijo, "todo lo que debes hacer es prohibírselo bajo cualquier circunstancia".

"Volvamos al asunto en cuestión", dije entre dientes, lanzándole a Valentine una mirada que esperaba lo enviara de vuelta a la posada. Él me sonrió, pero se dirigió de nuevo hacia la entrada de The White Hart.

Me volví hacia Lucy y el señor Pike. "Ahora que hemos establecido lo imprudente que sería una fuga, creo que nos corresponde encontrarle un lugar donde pasar la noche a su madre, señor Pike. No se ve bien."

"¿Qué le hizo llevarla con usted?", dijo Duke.

"Ella insistió en que se encontraba bien", respondió el señor Pike, aunque su rostro parecía enrojecerse en la oscuridad. "El viaje *ha* sido más agotador para ella de lo que anticipé. Nos hemos visto obligados a detenernos muchas veces." Subió al carruaje y se sentó frente a ella, ofreciéndole comida. Intercambiaron unas pocas frases ininteligibles en la oscuridad mientras Lucy permanecía en el estribo cercano.

Duke se acercó a mi lado, y me preparé para un comentario sobre lo que Lucy había dicho acerca de que me había enamorado de él.

"¿Qué haría usted?" Su voz era suave, y sus ojos se fijaron en Lucy.

Lo miré, y él sostuvo mi mirada, con los ojos llenos de preguntas e incertidumbre.

Intenté dejar de lado mis propios problemas, tomando aire y observando cómo Lucy extendía la mano hacia la señora Pike en el carruaje.

"En algún momento, Lucy debe tener la libertad de tomar sus propias decisiones, aunque sean errores." Volví a concentrarme en Duke. "Ha hecho lo mejor para guiarla, para animarla a ser sabia, para honrar los deseos de su hermano. Y si ahora decide casarse con él, lo hace con pleno conocimiento de lo que está eligiendo."

Sus labios se torcieron hacia abajo. "¿Aún cree que los sentimientos de Pike son sinceros?"

Me mordí el labio y aparté la mirada. "No me considero la mejor jueza de esas cosas."

"Confío en su opinión, Diana. La necesito. El peso de esta decisión es demasiado para que lo haga solo. Por favor, dígame lo que realmente piensa."

Tragué saliva, conmovida por su vulnerabilidad y la confianza que tenía en mí.

El señor Pike bajó del carruaje, y él y Lucy se miraron. Mientras conversaban, él tomó su

mano, y mi propio corazón dolió al ver el sutil pero tierno gesto de afecto. Pude recordar fácilmente cuando Duke había buscado mis dedos de esa misma manera.

Respiré hondo y lo miré. "No he descubierto nada de su carácter que me haga pensar que será otra cosa que un buen esposo para Lucy."

Asintió lentamente. "¿Y sus deudas?"

Levanté un hombro. "Si le preocupan, ¿no podría estipular algo en el contrato de matrimonio que limite la cantidad de la fortuna de Lucy a la que él pueda acceder hasta que demuestre ser digno?"

"Ya había pensado en eso una vez", dijo, "pero me preocupaba enviar a Lucy a un matrimonio con esas dudas en mi cabeza. Pero creo que tiene razón. Parece ser la mejor opción." Me miró con esos ojos verdes claros que parecían traspasarme. "Gracias. Por todo."

Odié esas palabras, tanto porque no había hecho nada que mereciera su agradecimiento como por el tono de despedida que tenían.

Se apartó y se dirigió hacia Lucy y el señor Pike. "¿Le conviene más a su madre quedarse aquí esta noche, Pike? ¿O preferiría regresar a casa? En cualquier caso, no es necesario continuar con la fuga." Su pecho subió lentamente al tomar aire. "Les doy mi aprobación para casarse. *Pero*" miró al señor Pike "hasta que pueda demostrar más sensatez financiera de la que ha mostrado en el pasado, Pike, la cantidad de dinero a la que tendrá acceso será limitada."

Los ojos de Lucy y del señor Pike se abrieron de par en par, y ambos miraron a Duke por un momento antes de volverse uno hacia el otro. Hubo un momento de duda, luego un abrazo, fervoroso y lleno de alegría. Que se regocijaran tan plenamente a pesar de conocer las condiciones bajo las que ocurriría su unión era un testimonio de la autenticidad de su afecto y devoción mutuos. Miré a Duke para ver qué pensaba.

Estaba sonriendo suavemente. Pero cuando sus ojos se dirigieron hacia mí, había un toque de tristeza en ellos.

***

Mi corazón y mi mente estaban demasiado confundidos como para siquiera considerar la idea de otro viaje en carruaje como el que había soportado en el trayecto a West Kingsdown. Buscando cualquier excusa para evitarlo, sugerí que Lucy viajara con Valentine y conmigo de regreso a Blackwick, por razones de decoro.

Ciertamente me di cuenta de que nadie consideraría más apropiado enviar a una joven soltera en un carruaje cerrado con mi hermano libertino en lugar de con el señor Pike, y estaba bastante segura de que tanto Duke como Valentine también lo notaron, pero ninguno de los dos dijo nada. Los ojos de Duke se quedaron en mí después de que hice la sugerencia, como si supiera la verdadera razón detrás de ella.

La calesa había parecido demasiado pequeña para tres personas en el camino a West Kingsdown. Pero ahora, con los tres de regreso a casa, el mismo espacio de alguna manera se sentía vacío.

"Eres una tonta, Di", dijo Valentine mientras el carruaje salía del patio de la posada y tomaba los caminos oscuros. Apoyando su espalda contra la pared del carruaje, cerró los ojos y pronto se quedó dormido.

Así como su cabeza se balanceaba de un lado a otro con los movimientos de la calesa, sus palabras rebotaban en mi mente, sacudiendo mis emociones e impidiéndoles asentarse en algún lugar con el que pudiera sentirme satisfecha.

"Tienes una boda que planear", le dije a Lucy, con la esperanza de dirigir mis pensamientos a otro lugar.

"Sí", respondió, y la sonrisa en su voz era evidente incluso en la oscuridad de la calesa. "Aunque estaré contenta incluso si solo somos Edwin, la señora Pike y yo." Hubo una breve pausa. "Y, por supuesto, me sentiría honrada si vinieras, aunque entiendo si te sientes incapaz de hacerlo después de…"

Tomé su mano entre las mías. "No me lo perdería."

Ella me sonrió y devolvió la presión de mi mano. "Lamento mucho todo, Diana. Por haber dudado de ti y haber sido cruel. No merezco tenerte como amiga."

"Tonterías", dije. "Mereces mucho más."

Ella sacudió la cabeza. "Lo que dije fue falso y terriblemente hiriente. No has hecho más que ayudarme, y, por miedo a perder a Edwin, me dejé llevar para decir y hacer cosas horribles. Siempre he deseado ser más como tú. Eres la mujer más asombrosa que conozco."

Tragué saliva, más conmovida por sus palabras de lo que quería mostrar, así que me limité a apretar su mano una vez más. El silencio reinó durante un tiempo, acompañado por el traqueteo y retumbar de la calesa, y mi mente volvió de inmediato a sus pensamientos angustiosos.

"¿Lucy?" dije en voz baja.

"¿Hmm?" respondió con un tono somnoliento.

Dudé un momento, sintiendo que un nudo se formaba en mi garganta. "¿Cómo aceptaste casarte con el señor Pike cuando era posible que lo hiciera por tu fortuna? Cuando era posible que todo se derrumbara en cuanto el dinero fuera suyo. Tal confianza…". Negué con la cabeza.

Se tomó su tiempo antes de responder. "*Confío* en Edwin. Y eso es lo que es la confianza, ¿no? Una decisión de poner tu fe en alguien, sabiendo que existe la posibilidad, por pequeña que parezca, de que puedas equivocarte, de que puedan herirte. Pero conozco lo suficiente a Edwin para creer que nunca me haría daño a propósito."

Asentí, y ella me miró pensativamente. "¿Amas a tío Duke, Diana?"

Me mordí los labios, tomándome mi tiempo antes de responder a una pregunta tan importante. "Sí. Pero me está costando confiar en él, o quizás en mí misma."

Ella sonrió con simpatía. "Tampoco he confiado en él como debería, y puedo ver lo mal que ha estado por mi parte suponer lo peor de él."

"Él te ama, Lucy", dije. "Más de lo que imaginas."

Ella suspiró. "Te creo, y espero poder arreglar las cosas con él con el tiempo. Cualquier hombre que *te* ame no puede ser más que el mejor de los hombres. Y está claro que te ama, Diana. Pero la confianza es como una llave, y sin ella, las mejores partes del amor permanecen encerradas." Dio un gran bostezo. "Y tú mereces lo mejor de todo."

Pronto su cabeza se inclinó sobre mi hombro. Mientras dormía, mis ojos permanecieron abiertos, mi mente completamente despierta.

Capítulo 31

Para cuando llegamos a Blackwick, calculé que debía ser alrededor de la una de la mañana. Valentine y Lucy habían dormido durante todo el trayecto, incluso durante el cambio de caballos, mientras que yo no había podido pegar ojo, a pesar del cansancio.

Me quedé sentada un momento, mirando entre Lucy y Valentine. Había estado molesta con Valentine por su intromisión, pero sentí una oleada de aprecio hacia él. Los desperté suavemente de su sueño, y ambos se estiraron antes de descender.

Una vez que bajé al camino de grava, miré por el sendero detrás de nosotros, buscando la carreta en la que iban el señor Pike, su madre y Duke. No había rastro de ella, solo un abismo oscuro. Evidentemente, Duke no regresaría a Blackwick. Mi corazón dio un pequeño vuelco mientras me giraba hacia la casa para encontrar a mi hermano observándome.

"Parece que has ganado tu guerra", dijo. "Dulce victoria". Las últimas palabras las pronunció con un tono inconfundiblemente irónico. Sus ojos se clavaron en mí hasta que se volvió hacia la casa. Cuando llegó a la puerta, miró por encima del hombro. "O quizá todo este tiempo has estado luchando contra la persona por la que deberías haber estado luchando."

No esperó una respuesta antes de abrir la puerta y entrar. Me quedé mirando la puerta cerrada por un momento, luego me volví hacia Lucy.

"Vamos a llevarte a la cama, ¿te parece?" Mis palabras sonaron excesivamente enérgicas y alegres, pero Lucy no pareció notarlo. La ayudé a llegar a su dormitorio, asegurándome de que tuviera a alguien para ayudarla a desvestirse, y luego fui a mi propia habitación, con nada más que las palabras de Valentine para arrullarme en un sueño inquieto.

***

Estuve a punto de pedir que me trajeran el desayuno a mi habitación, pues no tenía ninguna ilusión de que la escapada de anoche hubiera pasado desapercibida para mi padre. Y aunque no estaba precisamente ansiosa por el inevitable intercambio, le debía a Valentine asegurarme de que no se le echara la culpa.

Mi padre levantó la vista al verme entrar en el comedor, con una expresión de asombro.

"Diana."

Quizás estaba desconcertado por mi aspecto cansado. No podía culparlo por eso. No tenía buen aspecto.

"¿Qué haces aquí?", preguntó.

Me quedé inmóvil, frente a él, con las cejas fruncidas. Tal vez la edad empezaba a afectar su mente.

"Vivo aquí, padre."

Un destello de irritación cruzó su rostro. "Soy perfectamente consciente de ese hecho. Pero te fuiste anoche."

No respondí de inmediato, ya que no sabía bien qué hacer de aquella conversación.

Su boca se torció en una mueca de desagrado. "Pensé que podrías haber huido con el señor Russell."

Me quedé realmente sin palabras por un momento, con demasiadas preguntas formándose en mi mente como para verbalizar una sola de ellas. Mi padre, sin embargo, ni siquiera se molestó en esperar una respuesta, simplemente frunció el ceño profundamente mientras volvía a cortar su cordero.

"Pero me fui con Valentine", logré señalar, finalmente, uno de los cientos de problemas con

su suposición descabellada.

Su mandíbula se tensó al mencionar a mi hermano, y me apresuré a explicar.

"Lucy y el señor Pike decidieron fugarse, y sentí que era mi deber ir tras ellos. Valentine se preocupó por mi seguridad, así que insistió en acompañarme."

Mi padre hizo un pequeño sonido.

No había esperado una reacción tan leve ante una expedición poco adecuada para una dama, pero tampoco estaba dispuesta a dejar que volviera a su desayuno tan fácilmente.

"¿Por qué en el mundo asumirías que yo, de todas las personas, había huido, y además con el señor Russell, de todas las personas?"

Clavó un trozo de cordero con su tenedor. "Quizá fugarse no es la palabra adecuada. Cuando se descubrió que te habías ido, pensé que él podría haberte secuestrado. Asumí que Valentine había pasado la noche festejando en el pueblo, como es su costumbre."

Solté una carcajada fuerte e incrédula. Seguramente, esta era la conversación más absurda de toda la historia.

"Y, creyendo que su única hija había sido secuestrada por un hombre con la intención de llevarla a Gretna Green, ¿decidiste disfrutar de una noche completa de descanso y luego sentarte a un desayuno tranquilo esta mañana?"

Dejó sus utensilios sobre la mesa y me miró, visiblemente exasperado.

"Cuando Russell me pidió permiso para cortejarte, le dije que estaba perdiendo el tiempo, que la única manera en que probablemente te verían en el altar sería si te obligaban a ir, y que Dios ayude al hombre lo suficientemente valiente y tonto como para intentarlo. Me dijo que tendría en cuenta mi sugerencia y advertencia."

"¿Pidió tu permiso para cortejarme?" repetí aturdida. "¿Cuándo?"

Él hizo un gesto despectivo con la mano, como si mi pregunta fuera una molestia.

"Hace unos días."

Hubo silencio mientras nos mirábamos el uno al otro.

"¿Por qué no me lo dijiste?"

Frunció el ceño.

"Dejaste claro que no te agradaba y pensé que sería mejor evitar más incomodidades entre los invitados informándote de algo que te resultaría desagradable. Ahora, si me disculpas, quiero comer en paz mi desayuno, que cada vez está más frío."

Asentí vagamente, ya sin pensar en mi propio desayuno, y salí aturdida de la habitación. El señor Russell había pedido permiso para cortejarme.

Había estado haciendo todo lo posible para alejarlo, para que me tomara aversión, y de alguna manera, aún me quería.

Y yo...

Tragué saliva. Yo también lo quería.

Quería abrir cada puerta que nos separaba, que nos mantenía alejados. Y como Lucy había dicho, sólo yo tenía la llave para hacerlo. Había estado usando esa llave para cerrar cada puerta con la que me encontraba, pero ya no más. Estaba cansada de estar tan confinada, tan sola, tan obsesionada con protegerme. Protegerme había comenzado a sentirse más como una prisión que otra cosa.

Duke se había ido, pero debía haber algo que pudiera hacer para convencerlo de que estaba lista para entregarle mi llave. Para siempre.

Capítulo 32

La noche siguiente, Valentine soltó un gran suspiro y bajó del carruaje. Como si nuestra persecución hacia Escocia no hubiera sido suficiente, acabábamos de pasar la mayor parte de otro día en la calesa juntos.

"Puedes terminar la noche con Russell, Di, pero de poco te servirá si Padre te asesina después."

"Cállate," dije, entregándole mi carga mientras bajaba del carruaje frente al salón público en el norte de Kent. "Nunca lo sabrá." Era extraño llevar un libro a una noche de baile, y si las cosas salían mal, sería terriblemente incómodo cargarlo toda la noche, pero sentí que era importante traerlo conmigo.

Además, no tenía paciencia para el cinismo de Valentine en ese momento. Parecía estar hecha enteramente de nervios, dudas aplastantes y esperanzas imposibles, y Valentine no podía evitar inclinar la balanza en la dirección opuesta a la que yo deseaba.

Ni siquiera estaba del todo segura de que Duke estaría aquí. Era posible que hubiera recordado mal lo que dijo sobre el evento, en cuyo caso, el largo viaje de hoy habría sido en vano. Pero aquí estaba.

Alisé la muselina blanca de mi vestido. ¿Cómo podía preocuparme por algo tan insignificante como mi apariencia cuando mi corazón y mi futuro estaban en juego?

"Mira el lado positivo," dijo Valentine, observando mi gesto nervioso. "Si las cosas salen mal, tienes esto para lanzárselo en la cara." Sostuvo el pesado libro.

Solté un gruñido impaciente, dándome la vuelta. Fue entonces cuando me sorprendió al tomarme de la mano, poniéndose frente a mí hasta que no tuve más opción que mirarlo a los ojos.

"Sólo un tonto te rechazaría, Di," dijo, entregándome el libro. "Y Russell no es ningún tonto."

Me humedecí los labios y asentí nerviosa. De todos mis hermanos, Valentine era quizá la elección menos obvia como acompañante esa noche, pero era en quien confiaba para mantenerme sensata si el peor de los escenarios se volvía realidad.

Me apretó la mano y movió la cabeza en dirección a la puerta.

Inspiré profundamente y me dirigí hacia las escaleras. Calidez y música nos envolvieron al entrar, y mis ojos buscaron entre la multitud cualquier señal de Duke. Sólo estaba allí por él.

Lo vi de inmediato, conversando con un caballero, y mi corazón empezó a latir con fuerza. Era el hombre más increíblemente apuesto del salón —no es que me hubiera molestado en verificarlo— y de pronto me asaltó la locura de lo que estaba haciendo. Cualquier mujer allí sería afortunada de llamar a Marmaduke Russell su esposo. Hice un rápido recorrido visual por la sala: las jóvenes que bailaban, las que conversaban riendo con sus amigas, las que permanecían pegadas a sus chaperonas. Seguramente, yo era la menos adecuada para ese papel.

Me enderecé, llenando mis pulmones a regañadientes. Era hija del almirante George Donovan. Me habían enseñado a luchar por lo que quería, y quería a Duke Russell más que cualquier mujer en esa sala. Lo que debía averiguar era si él aún me quería a mí, y esa posibilidad no podía hacer otra cosa que hacerme temblar en mis zapatillas.

Pero no me daría la vuelta ahora, no retrocedería ante la perspectiva de una derrota posible —incluso probable—. El amor podría ser una batalla, pero la vulnerabilidad, más que la fuerza bruta, era el único camino hacia la victoria.

Las últimas notas del baile campestre se desvanecieron, y las parejas hicieron reverencias y cortesías mutuamente. Mis ojos, sin embargo, se desplazaron entre el maestro de ceremonias, que estaba al frente de la pista de baile, y Duke, que seguía enfrascado en su conversación. El primero esperaba a que el murmullo de la charla disminuyera un poco antes de anunciar la siguiente tanda.

Me volví hacia mi hermano. "Sé que va en contra de tu naturaleza quedarte quieto en un lugar como este en lugar de intentar perder una fortuna en las cartas, pero por favor, intenta resistirlo durante los próximos veinte minutos."

"Es difícil perder una fortuna cuando no tienes una," respondió con fastidio. "Pero, por si te preocupa, me quedaré allá junto a la ventana. Eso sí, después de que encuentre algo para beber."

Asentí y volví a concentrarme en el maestro de ceremonias, mi primer obstáculo.

Pero el señor Arnold era un hombre jovial, y cuando logré hablar con él, estuvo más que dispuesto a cumplir mi petición, por más extraña que fuera. No tenía chaperona conmigo — excepto Valentine, claro, que podría considerarse lo opuesto a una influencia guardiana.

"El señor Russell aún no ha bailado esta noche," dijo el señor Arnold, "y me daría mucho gusto cambiar eso, señorita Donovan."

Le agradecí, tratando de no pensar en la posibilidad muy real de que Duke me rechazara.

Su mirada se dirigió al libro en mis manos. "¿Hay alguien con quien podría dejar eso?"

"Gracias, pero no."

Me lanzó una mirada extraña, pero pareció decidir no decir nada más. Se dio la vuelta y nos guio, ajeno a cómo mi corazón latía contra mi pecho como un látigo contra los flancos de un caballo con cada paso que dábamos.

Se detuvo de repente, y casi choqué con él.

"Estaba justo aquí." Buscó por la sala hasta que sus ojos se posaron en algo. "Ah, allí está. Parece que se dirige a la puerta. Al parecer se escapa temprano." Se volvió hacia mí con una mueca. "Lo siento mucho, señorita Donovan."

"Creo que aún podemos alcanzarlo," dije, aunque la posibilidad de que Duke me hubiera visto y decidido irse como resultado ciertamente cruzó por mi mente, robándome algo de valor.

Las cejas del señor Arnold se levantaron. "Yo... él no..." Encontró mi mirada suplicante, luego apretó los labios. "Oh, muy bien. Apresurémonos entonces."

La multitud se abrió voluntariamente cuando la gente se dio cuenta de quién pedía disculpas al pasar, y aunque era consciente de que muchas miradas se quedaban en mí, las mías estaban fijas en Duke, que ya casi llegaba a la puerta.

Cuando lo alcanzamos, ya había salido.

"Señor Russell," dijo el señor Arnold. "¿Se va tan pronto?" Su voz era una mezcla de alegría forzada y evidentes nervios. Tenía miedo de Duke, de que lo reprendiera. La realización me hizo sonreír, incluso en medio de mis propios nervios.

Duke no se giró de inmediato, como si estuviera reuniendo su paciencia antes de responder. Con una respiración que hizo que sus hombros se alzaran, Duke se volvió lentamente hacia el señor Arnold, quien tragó saliva y continuó.

"Esperaba que pudiera encontrar tiempo para unirse a la próxima tanda y permitirme presentarle a una compañera muy elegible."

Los ojos de Duke se posaron en mí, y se quedó inmóvil.

"Permítame presentarle, señorita Donovan, al señor Russell."

Sostuve la mirada de Duke, desesperada por una señal de cómo percibía mi repentina aparición, y luego hice una reverencia, un tanto torpe debido al libro que sostenía.

"Espléndido", dijo el señor Arnold, sin darse cuenta de la tensa situación en la que se encontraba. "Ahora, si me disculpan, tengo deberes que atender."

La puerta chirrió al cerrarse, silenciando el bullicio de las conversaciones y la música, y el silencio nos envolvió. Estábamos rodeados de nada más que oscuridad y unos pocos caballos golpeando el suelo mientras los carruajes esperaban a los que bailaban dentro del salón.

"¿Bailamos, entonces?" preguntó Duke, señalando la puerta.

"No quiero bailar," respondí. No es que pudiera hacerlo con el libro en mis manos, incluso si hubiera querido.

"Me siento aliviado," dijo con una pequeña sonrisa ladeada. "La última vez que bailamos, el daño a mis pies fue lo suficientemente significativo como para pensar que necesitaría al doctor Chisholm para amputarlos."

No pude evitar soltar una risa, y con ella, parte de mis ansiedades se disiparon. "No pude ver evidencia alguna de que mis intentos por aplastar sus pies lo afectaran en absoluto."

"Mi existencia entera desde que nos conocimos ha sido intentar persuadirla de que no me afecta."

Mi respiración se detuvo en mi pecho y tragué saliva. "¿Por qué?"

"Porque en cuanto sientes presión para hacer algo, Diana, luchas contra ello con todo lo que tienes dentro."

Apreté el libro entre mis manos, las palabras que había usado como guía casi toda mi vida.

"Quizá fue demasiado persuasivo," dije.

"Quizá," respondió él. "O quizá mis esperanzas fueron mal concebidas desde el principio. Quizá fue una locura pensar que podría abrirme paso en su corazón."

Negué con la cabeza, con mi corazón latiendo tan fuerte que parecía que iba a estallar, porque reconocía el momento que tanto temía como anticipaba. "No he estado luchando para mantenerlo fuera de mi corazón, Duke. He estado luchando contra el hecho de que ya estaba dentro. He estado luchando contra mí misma." Inhalé otra respiración temblorosa. "Pero ya no quiero luchar." Extendí el libro hacia él.

Sus ojos estaban fijos en los míos, pero a regañadientes los apartó para mirar lo que le ofrecía. Lo tomó, entrecerrando los ojos para leer el título en la oscuridad. Luego me miró, y vi en sus ojos que comprendía el significado del gesto.

"No puedo aceptar esto," dijo, extendiéndome el libro de vuelta. No lo tomé. "¿Quién es Diana Donovan sin su amado libro de estrategias de guerra?" Su mirada se intensificó. "Amo la lucha que hay en usted, Diana. Fue lo que me atrajo de usted en primer lugar. Pero uno no puede luchar para siempre. El propósito de la guerra es preservar lo que valoramos, proteger a las personas que amamos. Lucharé a su lado tanto como quiera; incluso lucharé con usted. Pero quiero ser la persona que esté allí cuando la lucha termine. Quiero ser por quien está luchando."

Mi garganta se cerró. "¿Por qué querrías algo así?" Miré hacia la puerta del salón. "Detrás de esa puerta hay cincuenta jóvenes más aptas para ser su esposa, dóciles, amables, dispuestas."

Dejó caer el brazo que sostenía el libro y dio un paso hacia mí, mirándome desde lo alto. "No deseo una esposa que necesite ser cuidada, Diana. Quiero una esposa que pueda cuidarse a sí misma, pero que *elija* estar conmigo porque me ama." Puso suavemente su pulgar en mi mejilla. "¿Me ama, Diana?"

Lo tomé de la muñeca y sostuve su mirada, presionando su mano contra mi mejilla con más firmeza. "Que el cielo me ayude, porque sí."

A pesar de la oscuridad que nos rodeaba, sus ojos se iluminaron con mis palabras, una energía recorriéndolo y pasándome a mí. "Entonces que el cielo lo *ayude*, porque le prometo que

yo no lo haré." Buscando en mis ojos, bajó sus labios hacia los míos, y con un pequeño estremecimiento de dicha, me apoyé en su cuerpo.

Él envolvió su otro brazo alrededor de mi espalda, y el libro que sostenía chocó contra mí. Soltó un sonido de molestia, separándose de mí y levantándolo. "Este maldito libro no ha hecho más que darme problemas desde el principio."

Reí, sintiéndome ligera y libre como nunca antes. "Valentine trató de convencerme de dejarlo en casa."

"Su hermano es un hombre sabio."

Levanté las cejas. "También sugirió que podía lanzárselo si me rechazaba."

"Su hermano es un tonto." Me soltó y se acercó a la balaustrada de piedra cercana para dejar el libro.

"Con cuidado," dije, apretando los dientes. "Mi padre tendrá su cabeza en bandeja si se arruina."

Duke se volvió hacia mí, con una expresión de exasperación divertida. "Y yo que pensaba que me lo estaba dando, rindiéndose."

Me mordí los labios con culpa. "Era un gesto simbólico."

Él rió y se acercó a mí, envolviéndome en sus brazos y atrayéndome con fuerza contra su cuerpo, de modo que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

"Usted, Diana Donovan, es la mujer más encantadora y exasperante que he tenido el placer de conocer, y pienso casarme con usted tan pronto como sea posible."

Levanté las cejas, aunque sus palabras me emocionaron profundamente. "¿Incluso si tiene que secuestrarme y llevarme a Gretna Green?"

"Nada me detendrá." Soltó una mano de mi espalda y entrelazó sus dedos con los míos, provocando escalofríos por todo mi cuerpo.

"No es costumbre que un hombre pida permiso al padre de una mujer antes de secuestrarla y casarse con ella."

Frunció el ceño exageradamente. "¿No? Estoy seguro de que hay algo sobre eso aquí." Estiró un brazo, alcanzando el libro, y yo le di un manotazo en la mano para detenerlo.

“Por el amor de Dios, Marmaduke. Basta de hablar del libro.” Envolviendo mis brazos alrededor de su cuello, acerqué sus labios a los míos, saboreando cada segundo de una victoria compartida.

Epílogo

Oakworth Parish Church, Kent, England

De todas las cosas que jamás pensé experimentar en mi vida, mi propia boda en pleno verano de Kent era la principal entre ellas.

El clima era tan agradable que tanto mi familia como la de Duke se habían congregado afuera, reacios a dejar el cálido sol y la suave brisa matutina para entrar en la penumbra de la iglesia. El vicario se había visto obligado a ir al pueblo, lo que nos brindaba la excusa perfecta para quedarnos un poco más afuera.

Mis ojos se desviaron hacia Duke. Mi corazón latió más fuerte al ver al hombre con el que me casaría en menos de una hora. Era, en verdad, todo lo que nunca supe que necesitaba, y verlo sonreír con tanta plenitud en la mañana de nuestra boda provocaba algo extraño en mi corazón. Estaba junto a su hermano, Roger, que había llegado de Londres la noche anterior.

Nicholas estaba presente en la forma del reloj roto que colgaba del bolsillo de Duke. Dentro del bolsillo había una carta de Lucy, felicitándonos y expresando su entusiasmo por nuestra próxima visita a Harrogate, camino a Northumberland.

“Bueno, querida,” dijo la señora Westwood, levantando el mentón con orgullo, “ha llegado el día. La cúspide de su existencia.”

Normalmente habría puesto los ojos en blanco ante tales palabras, pero hoy me parecían sorprendentemente acertadas. Unir mi vida con la de Duke *sí* se sentía como la cúspide de mi existencia hasta el momento. Mi único desacuerdo con la señora Westwood radicaba en el hecho de que creía que lo mejor aún estaba por venir.

“¿Ha tenido noticias de Lucy?” pregunté, prefiriendo no expresar mi opinión al respecto en ese momento.

“Justo ayer, de hecho,” dijo. “Me informa que su suegra está respondiendo bien a los tratamientos del doctor Chandler. No puede curarse, por supuesto, pero está mucho más cómoda, y eso era lo que esperaban. Lucy parece estar bastante contenta. El matrimonio le sienta bien, creo.”

“Sí, yo también lo creo.” Lo vería por mí misma muy pronto. Mañana, Duke y yo partiríamos en un pequeño recorrido de bodas, haciendo una parada en Harrogate, donde Duke había prometido ayudar al señor Pike a comprender mejor la gestión financiera adecuada. Después, pasaríamos unos días en Cumbria antes de recoger a Rebecca en Northumberland. Rebecca, la hermana de Duke, vendría a vivir con nosotros.

La señora Westwood me sonrió y me apretó la mano. “Creo que entraré a prepararme para la ceremonia ahora.”

“Por supuesto,” dije. Una vez que se hubo ido, no tardé en volver a dirigir mi mirada hacia Duke. ¿Cómo era posible estar a punto de casarse con un hombre y aún sentir impaciencia por estar cerca de él?

Valentine se acercó a mi lado, elegante con un frac oscuro y chaleco azul. “Bueno, nadie podría confundir *esto* con un matrimonio de conveniencia.”

“¿Qué quieres decir?”

Él arqueó una ceja. “La forma en que miras a Russell tiene escrito ‘pareja enamorada’ por

todas partes. Además, no hay nada de conveniente en esto para mí. Significa que te vas de Blackwick."

Deslicé mi brazo por el de Valentine, acercándolo a mí. "Parece cruel dejarte con padre. Por supuesto, Phineas sigue ahí, pero me temo que es de poca ayuda para ti."

"Ninguna en absoluto," coincidió Valentine.

"Quizá sea algo bueno, después de todo. Tú y padre no podrán evitarse, y podrán resolver sus diferencias."

Volvió la cabeza para mirarme. "Solo una mujer a punto de casarse podría expresar una esperanza tan absurda."

Me encogí de hombros. "Siempre podrías casarte."

Soltó una carcajada y me dio una palmadita en el brazo. "No puedo decidir si tu absurdo es inspirador o patético."

Phineas se acercó, su chaleco plateado combinando con el marco metálico de sus gafas. "Un día feliz, ¿verdad?"

"Lo es," coincidí. "Y Duke y yo te debemos mucho, sabes, porque actuaste como chaperón informal en nuestras reuniones en la biblioteca."

Sonrió de su manera reservada. "Soy muy consciente de eso. Generalmente no prefiero hacer mis lecturas con el ruido de fondo de coqueteos, pero por el potencial que vi entre tú y Russell, estuve dispuesto a hacer un sacrificio."

Con las cejas enarcadas, miré a Valentine, quien parecía tan sorprendido como yo.

"¿Quieres decir que escuchaste... todo?" pregunté, mitad desconcertada, mitad divertida.

Se rió. "Escuché... lo suficiente. Afortunadamente, mi capacidad de concentración es fuerte, y pude ignorar voluntariamente muchas cosas."

"Por el amor de Dios," dije, "¡no éramos *tan* malos!"

Phineas y Valentine se miraron, y les di un golpe a cada uno, mientras ambos se reían.

La puerta del cementerio chirrió, y todos miramos al vicario, que entraba apresurado, vestido para la ceremonia y pidiendo disculpas por su tardanza.

"Diana," dijo mi padre. "Es hora."

Asentí, mi corazón dando una serie de saltos y vuelcos mientras buscaba a Duke con la mirada.

Él venía caminando hacia mí. "¿Puedo tener un momento con la novia?"

"Demasiado tarde para echarse atrás ahora, Russell," dijo mi padre. "Ella ya es prácticamente tuya."

Duke rió, tomando mi mano enguantada. "Créame, almirante, me alegraría que eso fuera cierto, pero a los ojos de Dios, aún faltan algunos asuntos para que ella sea realmente mía y yo de ella. Solo nos tomará un momento."

Mi padre asintió, y Duke me tomó de la mano, llevándome por un costado de la iglesia cubierta de hiedra hacia un lugar de relativa intimidad.

"¿Qué sucede?" pregunté, sin poder reprimir un ligero toque de ansiedad por el desvío inesperado.

Él inhaló profundamente y me miró, apartando con un dedo un mechón de mi cabello. "Solo... bueno, soy lo suficientemente egoísta como para querer un momento a solas con mi novia antes de que se convierta en mi esposa."

Las últimas dos palabras me marearon con su poder. Nunca pensé en convertirme en esposa, y, sin embargo, aquí estaba.

"Diana," dijo, mirando mi mano y acariciando la seda de mi guante con el pulgar. "Pronto

nos haremos promesas el uno al otro."

"Sí," respondí, sin estar segura de lo que pasaba por su mente.

"Repetiremos las palabras después del vicario." Comenzó a tirar de las puntas de los dedos de mi guante izquierdo, quitándolos uno por uno. "Pero yo ya las sé de memoria, porque he estado pensando en ellas durante semanas. Y quiero que sepas que no las diré solo porque es lo que se espera." Tiró del guante, que se deslizó de mi mano, dejando que mi piel se estremeciera con la brisa. Me miró, y de repente me sentí mareada.

Metió la mano en su bolsillo y sacó un anillo, una simple banda de oro. Manteniendo su mirada fija en la mía, habló: "Diana Donovan, con este anillo te desposo, con mi cuerpo te adoro" mi corazón tembló, y mis rodillas se debilitaron "y con todos mis bienes me entrego." Deslizó el anillo en mi dedo y me volvió a mirar. "Te amo, Diana, y prometo luchar por este amor, por nuestro amor, mientras tú me lo permitas."

Tomé aire, temblorosa y le agarré la mano, encontrando su mirada. "Te amo, Duke, y prometo luchar a tu lado." Rodeé su cuello con mi otra mano y acerqué sus labios a los míos, sellando nuestros votos con un beso.

Cuando nos separamos, nuestras miradas se encontraron, y ambos sonreímos como solo dos enamorados a punto de casarse pueden hacerlo.

"Ahora," dijo, "será mejor que me devuelvas ese anillo o el vicario podría negarse a casar a dos herejes."

"Y yo pensé que me lo estabas dando, rindiéndote," lo provoqué.

"Era solo un gesto," contestó, sabiendo exactamente a qué conversación me refería.

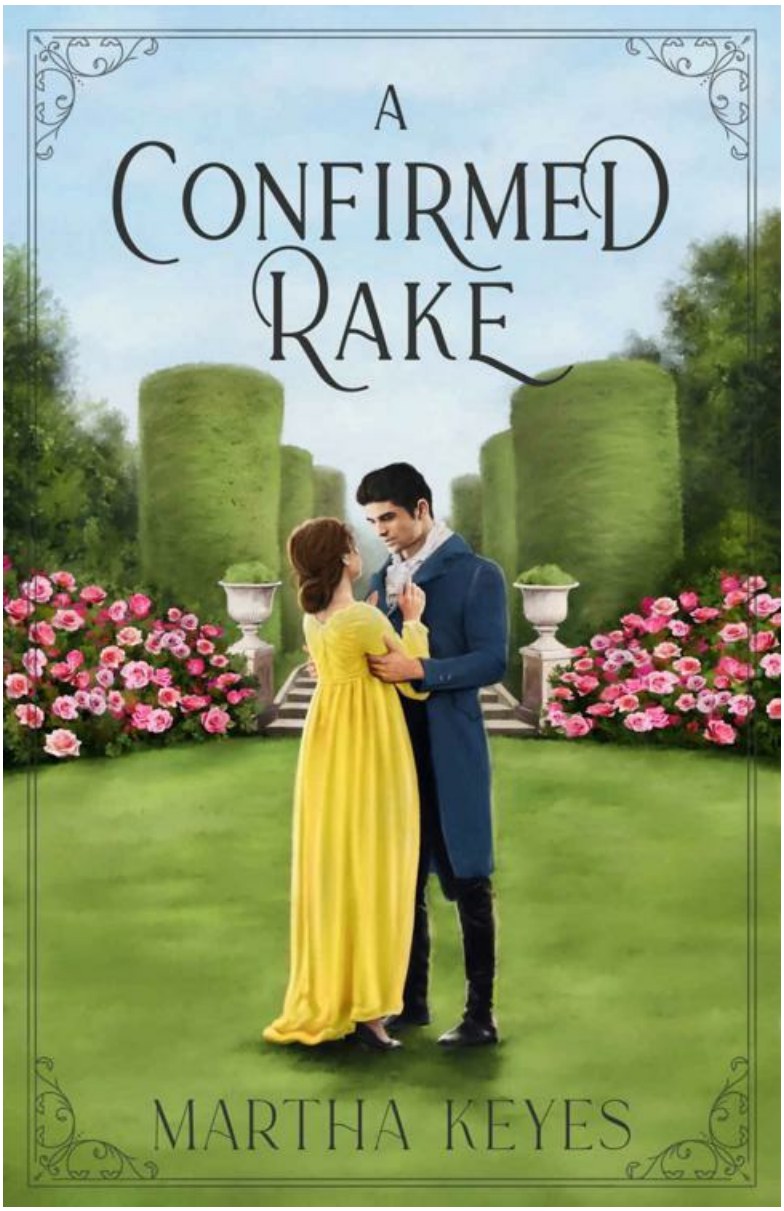
Reí y me quité el anillo del dedo, dándole el anillo a cambio de mi guante, mi mano aún temblaba por la intimidad de los momentos que acabábamos de compartir.

Me volví a poner el guante, y nos miramos una vez más, con las palabras de Sun Tzu repitiéndose en mi mente. *Si conoces el cielo y la tierra, puedes hacer tu victoria completa.* En Duke, había llegado a conocer tanto el cielo como la tierra, y cuando saliéramos de la iglesia en una hora, nuestra victoria sería completa, pues habríamos logrado juntos lo que hasta hace poco parecía imposible.

FIN

* * *

Lee el siguiente libro de la serie, La historia de Valentine:


A
CONFIRMED
RAKE
MARTHA KEYES

Nota de la Autora

El Arte de la Guerra, el famoso tratado militar, ha existido desde el siglo V a. C., pero no fue sino hasta el siglo XX que se dispuso de una traducción completa al inglés. Durante la era de la Regencia, existía una traducción al francés realizada por el jesuita Jean Joseph Marie Amiot, que es la que he puesto a disposición de mis personajes en *El Arte de la Victoria.*

Aunque existen debates académicos sobre la verdadera autoría de *El Arte de la Guerra,* he atribuido la obra a Sun Tzu por simplicidad.

Las citas que ves en el libro provienen de dos fuentes: mi propia traducción de la versión francesa o la traducción al inglés de Lionel Giles, que es de dominio público.

Agradecimientos

La idea para este libro ha estado en mi mente durante mucho tiempo, pero es solo gracias a la ayuda de muchas personas que el producto final está ahora en manos de los lectores.

Mi esposo merece todo el reconocimiento del mundo por su apoyo en este negocio que lo abarca todo. Nada de esto —nada— habría sido posible sin él. Las comidas, la limpieza, el cuidado de los niños, la trama, ser confidente. Lo hace todo.

Mis hijos son pacientes con mi constante preocupación, aunque no entienden cómo es que mis libros nunca parecen estar terminados.

A mi grupo de crítica—Kasey, Jess, Deborah—ustedes son mi gente, y su amistad es, con mucho, la mejor parte de este trabajo.

A mis lectores beta—mamá, Madi, Kelsy, Brooke, Miranda—gracias por leer la primera versión de esto y por hacerla mejor de lo que jamás habría sido sin sus atentos ojos y comentarios.

Gracias a mi editora, Molly Rice, por su maravilloso trabajo y por arreglar los desastres que dejo.

Gracias a mi equipo de reseñas por su ayuda y apoyo en este negocio, que a menudo puede ser inquietante.

Y gracias, por último y más importante, a Dios, por bendecirme con todo lo que tengo.

Sobre la Autora



Martha Keyes, ganadora del premio Whitney, nació, creció y se educó en Utah, un hogar que ama profundamente, pero del cual también disfruta escapar para viajar por el mundo. Obtuvo una licenciatura en Estudios Franceses y una Maestría en Salud Pública, ambas de la Universidad Brigham Young.

Su camino para convertirse en autora ha estado lleno de giros y vueltas, pero finalmente ha encontrado algo que le apasiona. Investigar, soñar despierta y comer bocadillos se han convertido en trabajos de tiempo completo, y no podría estar más feliz por ello. Cuando no está escribiendo, mejora sus habilidades fotográficas, busca ofertas de viajes y pasa tiempo con su familia. Actualmente está viajando por el mundo a tiempo completo con su esposo y sus hijos gemelos.